

José Aldazábal

Enséñame tus caminos 9

Domingos ciclo B



dossiers CPL 108

JOSÉ ALDAZÁBAL

ENSÉÑAME TUS CAMINOS

9

LOS DOMINGOS DEL CICLO B

Dossiers CPL, 108
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona

SUMARIO

Introducción	9
Marcos, el evangelista del año	11
ADVIENTO	13
Domingo 1 de Adviento	17
Domingo 2 de Adviento	24
La Inmaculada Concepción. 8 de diciembre.....	30
Domingo 3 de Adviento	36
Domingo 4 de Adviento	43
NAVIDAD	49
Misa vespertina de la Vigilia	55
La Natividad del Señor. 25 de diciembre	59
Misa de medianoche. Misa de la aurora. Misa del día	
La Sagrada Familia	70
Santa María Madre de Dios. 1 de enero	77
Domingo 2 de Navidad	82
Epifanía del Señor. 6 de enero	87
Bautismo del Señor	93

No está permitida la reproducción pública total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento sin la autorización escrita de la editorial.

Primera edición: septiembre del 2005

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica
ISBN: 84-9805-069-3
D.L.: Z - 2.457 - 2005
Imprime: INO Reproducciones, S.A.

CUARESMA	101
Domingo 1 de Cuaresma	108
Domingo 2 de Cuaresma	116
Domingo 3 de Cuaresma	122
Domingo 4 de Cuaresma	128
Domingo 5 de Cuaresma	134
Domingo de Ramos en la Pasión del Señor	140
TRIDUO PASCUAL	147
Jueves Santo. Misa vespertina	152
Viernes Santo: celebración de la Pasión	160
Domingo de Pascua: la Vigilia Pascual	167
CINCUNETENA PASCUAL	177
Domingo 1 de Pascua	184
Domingo 2 de Pascua	192
Domingo 3 de Pascua	200
Domingo 4 de Pascua	207
Domingo 5 de Pascua	214
Domingo 6 de Pascua	221
Domingo 7 de Pascua: la Ascensión del Señor	227
Domingo de Pentecostés	234
TIEMPO ORDINARIO	243
Domingo 2 del Tiempo Ordinario	253
Domingo 3 del Tiempo Ordinario	259
Domingo 4 del Tiempo Ordinario	266
Domingo 5 del Tiempo Ordinario	273
Domingo 6 del Tiempo Ordinario	280
Domingo 7 del Tiempo Ordinario	287
Domingo 8 del Tiempo Ordinario	296
Domingo 9 del Tiempo Ordinario	304

Domingo 10 del Tiempo Ordinario	311
Domingo 11 del Tiempo Ordinario	319
Domingo 12 del Tiempo Ordinario	327
Domingo 13 del Tiempo Ordinario	332
Domingo 14 del Tiempo Ordinario	339
Domingo 15 del Tiempo Ordinario	346
Domingo 16 del Tiempo Ordinario	353
Domingo 17 del Tiempo Ordinario	361
Domingo 18 del Tiempo Ordinario	367
Domingo 19 del Tiempo Ordinario	373
Domingo 20 del Tiempo Ordinario	380
Domingo 21 del Tiempo Ordinario	386
Domingo 22 del Tiempo Ordinario	394
Domingo 23 del Tiempo Ordinario	400
Domingo 24 del Tiempo Ordinario	410
Domingo 25 del Tiempo Ordinario	418
Domingo 26 del Tiempo Ordinario	425
Domingo 27 del Tiempo Ordinario	432
Domingo 28 del Tiempo Ordinario	438
Domingo 29 del Tiempo Ordinario	447
Domingo 30 del Tiempo Ordinario	453
Domingo 31 del Tiempo Ordinario	459
Domingo 32 del Tiempo Ordinario	466
Domingo 33 del Tiempo Ordinario	474
Domingo 34: Jesucristo, Rey del Universo	480
Santísima Trinidad: domingo siguiente a Pentecostés	486
Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo: domingo siguiente a la Trinidad	492
La Asunción de Nuestra Señora. 15 de agosto	500
Festividad de Todos los Santos. 1 de noviembre	505

INTRODUCCIÓN

Entre los años 1995 y 1998 publiqué siete volúmenes con el título común de “Enseñame tus caminos”, con unas reflexiones a modo de meditación de la Palabra de Dios, sobre las lecturas bíblicas de cada día. Seis de ellos están dedicados a los días feriales de todo el año, y el último a las fiestas de los Santos que tienen lecturas propias. Todos ellos han tenido ya varias ediciones.

Últimamente, decidimos continuar la “serie” también para los domingos. Apareció primero el volumen 10, con los domingos del ciclo C, que tiene a Lucas como evangelista del año. Después el volumen 8 de la serie, correspondiente al ciclo A, que sigue a Mateo como evangelista propio. Y ahora, finalmente, ofrecemos el volumen 9, para el ciclo B, con Marcos como evangelista del año. Con lo cual se termina el conjunto de los diez volúmenes de “Enseñame tus caminos”.

Hay otra publicación, *Misa Dominical*, del mismo “Centro de Pastoral Litúrgica”, que constituye una ayuda bastante más completa para la animación de las misas dominicales y también para la preparación de la homilía, con sus “Orientaciones para la celebración”, “Notas exegéticas” y “Proyecto de homilía”, junto con las moniciones y cantos que propone. Además, “Misa Dominical” ofrece a lo largo del año, en sus 16 envíos, con hojas amarillas y verdes, y ahora con el cuadernillo “Bloc MD”, abundante material de formación litúrgica y orientaciones pastorales, tanto para los sacerdotes y los equipos litúrgicos, como para los mismos fieles.

La intención de este volumen es bastante más modesta. Por ejemplo, no ofrece “orientaciones para la celebración” ni consejos pastorales, ni moni-

ciones, ni intenciones para la Oración Universal, ni sugerencias de cantos. Sólo pretende ofrecer reflexiones de tipo espiritual, a modo de meditación personal sobre los textos bíblicos del día.

La Palabra de Dios nos interpela continuamente, ante todo a cada uno de nosotros, y luego, si tenemos que realizar el ministerio de la homilía, la reflexión que hayamos hecho nosotros mismos, ante el espejo de la Palabra, puede ser que nos facilite también la ayuda a los demás.

Con esta intención ofrezco las siguientes páginas.

MARCOS, EVANGELISTA DEL AÑO

Hoy es común entre los estudiosos la opinión de que el de Marcos fue el primer evangelio que se escribió, entre el año 65 y el 70. Esto significa que Marcos fue el “inventor” de esa forma literaria a la que nosotros estamos ya acostumbrados: el “evangelio”, o la Buena Noticia de la salvación que nos trae Cristo Jesús. Precisamente él es el único que emplea el término “evangelio” para definir su obra, ya en el primer versículo. No se trata de una “historia ordenada” o una “biografía” de Jesús, sino de la “Buena Noticia” de Jesús, que él escribió con el mérito de no tener fuentes escritas anteriores, aunque sí, naturalmente, la tradición oral, muy viva, de la primera comunidad, que era consciente de que en los hechos y dichos de Jesús está la revelación del plan salvador de Dios a la humanidad, o sea, la Buena Noticia.

Durante siglos, este evangelio no gozó de mucho aprecio: se le consideraba dependiente del de Mateo, se echaban de menos en él los grandes discursos de Jesús y se consideraba desconcertante su figura humana y sus reacciones. Pero hace poco más de un siglo empezó a recuperar aprecio y se le considera ahora como original y más cercano a los hechos.

Probablemente Marcos era de Jerusalén. En el libro de los Hechos (12,12) se dice que, cuando Pedro fue liberado de la prisión, los discípulos estaban reunidos en casa de “María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos”. Lo cual puede indicar que su casa fue un lugar en que se solía reunir la comunidad en los primeros tiempos.

Su nombre aparece como “Juan, por sobrenombre Marcos”. Fue una persona muy activa: era primo de Bernabé, uno de los personajes más influyentes de la primera comunidad; acompañó a Pablo en alguno de sus viajes, y luego se separó de él para anunciar el Evangelio en Chipre, tal vez por algunos momentos de tensión que pudieron tener entre ellos. Más tarde lo encontramos también como acompañante y “secretario” de Pedro y, más tarde, tal vez reconciliados, de nuevo con Pablo. No es de extrañar, pues, que en su evangelio encuentren los entendidos ideas de Pablo y también la experiencia personal y única de Pedro en su seguimiento de Jesús.

Su lengua materna sería el arameo, pero conocía bien el griego, la lengua que se usaba en las cosas oficiales y literarias. Se nota que escribe para cristianos que proceden del paganismo: traduce palabras arameas y explica las costumbres judías, que sus lectores probablemente no conocían.

Evangelio breve, dinámico

El de Marcos es el evangelio más breve de los cuatro. Por eso, durante unos domingos se completa su lectura con el capítulo 6 del evangelio de Juan.

No cuenta las escenas del nacimiento y la infancia de Jesús. Tampoco nos transmite los discursos de Jesús, como hace Mateo. Más bien cuenta los hechos de Jesús, alternando con sus dichos, en un relato vivo y dinámico, una marcha incluso “nerviosa” de Jesús hacia el desenlace final del drama, su muerte y resurrección.

El evangelio de Marcos empieza con la gran afirmación de que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios (1,1) y termina, según los estudiosos, un poco repentinamente en 16, 8: las mujeres reciben el encargo de anunciar a los apóstoles, pero “no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo”, y no se dice nada de las apariciones del Resucitado. Es poco probable que Marcos concluyera así su evangelio. Los versículos siguientes (16, 9-20) no parecen suyos, pero es lógico que los añadieran sus discípulos, o la comunidad.

No leemos entero este evangelio los domingos. Pero sí, prácticamente, en la lectura continuada ferial del Tiempo Ordinario, en el que se lee en primer lugar, antes de Mateo y Lucas, en las ferias de las semanas 1-9.

Los momentos más importantes de la proclamación de Marcos serán el domingo de Ramos, en que escucharemos su relato de la Pasión, y la noche de la Vigilia Pascual en que resonará el anuncio que el ángel a las mujeres de la resurrección de Jesús.

El “evangelio de Jesús, Mesías, Hijo de Dios”

Marcos centra todo su libro en la persona de Jesús, en su conducta, sus hechos y dichos, su personalidad, los conflictos que tuvo con las autoridades de su tiempo su estrecha relación con los discípulos. No pretende sistematizar su doctrina, sino presentar su persona, sus reacciones, sus intenciones.

Es una figura muy viva y “humana” la que él presenta de Jesús: se compadece de los que sufren o tienen hambre, pero luego les manda callar; se muestra molesto con los discípulos que no entienden su mensaje y extrañado de la poca fe de sus paisanos; impresionan sus miradas de amable acogida y también las de enojo y hasta de ira, como en la sinagoga con los que no quieren entender la prioridad de la caridad por encima de la ley; un Jesús agotado por su trabajo (se duerme en la barca en medio de la tempestad) y tan entregado a su misión que sus familiares quedan asustados (no tenía tiempo ni para comer: “está fuera de sí”); que muestra su afecto por los niños y los jóvenes; en conflicto creciente con sus adversarios, que le llevarán finalmente a la muerte; un Jesús que tiene miedo, pavor, ante la muerte, y muere en la cruz con su grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

A la vez, presenta a un Jesús claramente identificado como Mesías e Hijo de Dios. El título que más veces se le atribuye es el de “Hijo del Hombre”, que hace referencia a la profecía de Daniel (14 veces). También, y ya desde el principio, le llama “Hijo de Dios” (8 veces), dirá cómo la voz del cielo, en su bautismo, le proclama como “mi Hijo amado”, y terminará precisamente con la confesión del centurión romano: “verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios” (15,39). El nombre de “Mesías” (7 veces), que también aparece en el inicio del libro (1,1), se proclama solemnemente cuando Pedro confiesa: “tú eres el Mesías” (8,29).

Algunos autores dividen el evangelio de Marcos en un apartado (del 1,14 hasta el 8,30) que se puede titular “¿quién es Jesús?”, cuyo punto culminante es precisamente esa confesión de Pedro, y otro (desde el 8,31 hasta el 10, 52) que se podría titular “¿a dónde va Jesús?”. En esta segunda parte es donde más aparece su anuncio de la pasión y la petición de que sus discípulos tomen también su cruz y le sigan.

Contradicción creciente

En Marcos se ve, después de una visión optimista de las primeras escenas, una oposición progresivamente más violenta de los judíos contra él, sobre todo porque tiene una manera muy nueva de ver la historia, y las personas, y hasta al mismo Dios. Unas veces sus opositores son los escribas y los fariseos, otras los ancianos y sacerdotes o los herodianos. Tampoco los familiares acaban de entender sus intenciones y muestran por él una preocupación rayana en el rechazo.

Los discípulos también dan muestra de cortedad a la hora de entender su mensaje: “se preguntaban, ¿qué es esto? ¿una doctrina nueva, expuesta con autoridad!” (1,27), “¿quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?” (4,41), “¿de dónde le viene esto? ¿qué sabiduría es esta que le ha sido dada? ¿y esos milagros hechos por sus manos? ¿no es este el carpintero, el hijo de María?” (6,2), “y quedaron estupefactos, pues no habían entendido lo de los panes, sino que su mente estaba embotada” (6,51-52), “y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos” (9, 10). Sobre todo cuando les anuncia su pasión: en 8,31 ss. se ve la reacción de Pedro, que en principio es justa, confesando el mesianismo de Jesús, pero que en seguida se ve que no lo ha entendido según los planes de Dios, lo que le merece una dura reprimenda de Jesús. Al final sus discípulos le abandonan. Uno le traiciona. Otro niega conocerle.

Es significativo que sólo entienden la identidad de Jesús los demonios, aunque Jesús les hace callar, y, al final, el centurión romano: “verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (16,39).

El difícil seguimiento de los discípulos

El evangelio de Marcos, naturalmente, es “post-pascual”, está escrito desde la perspectiva de Cristo Resucitado. Se nota ya desde el primer versículo, en que llama a Jesús “Mesías e Hijo de Dios”.

Y está escrito para una comunidad –la segunda generación– que, hacia los años 65-70, ya conoce lo que es la incompreensión y la persecución del ambiente social, que en su interior siente también las dificultades del seguimiento de Jesús y se plantea interrogantes sobre su persona y el modo de organizar la comunidad y seguir el estilo de vida de Jesús. Pedro y Pablo ya habían sido sacrificados hacia el 64. No era un tiempo de fe pacífica y sin problemas. Además, ya se había llegado a una clara separación entre la Sinagoga y la Iglesia, entre la doctrina de Jesús y el judaísmo.

En el evangelio de Marcos se refleja claramente la vida de esa comunidad: sus preocupaciones y dificultades, y sus esfuerzos por comprender y seguir a Jesús. Por eso presenta al Mesías que predica, que cura, que libera del mal, pero a la vez es perseguido y humillado, y que al final triunfará en su resurrección.

Retrata también, narrando la actitud de los primeros discípulos, el perfil de los buenos seguidores de Jesús. En todo el evangelio se describe la estrecha relación de Jesús con sus discípulos, a los que acompaña en su lento proceso de maduración y cambio de mentalidad, y a los que envía a una misión continuadora de la suya. Aparece repetidamente la llamada de Jesús a seguirle. A Simón y Andrés: “venid conmigo” (1,17); a Leví (Mateo): “sígueme” (2,14); a la gente: “si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (8,34); al joven que le preguntaba: “luego, ven y sígueme” (10, 21); a los discípulos y Pedro después de la resurrección: “irá delante de vosotros a Galilea” (16,7)...

A estos discípulos, hombres y mujeres, los presenta Marcos como modelos para las generaciones siguientes. También nosotros, en el siglo XXI, nos vemos reflejados en ellos: personas de buena voluntad, que intentan creer y seguir a Jesús, pero débiles, lentos en comprender la identidad y las intenciones del Maestro y, en los momentos claves, cobardes.

El seguimiento de Jesús no nos extraña que sea difícil. El mismo Jesús nos invita a seguirle pero cada vez con palabras más exigentes. Sus seguidores también tienen que aceptar su “cruz”. Hay que ser cristianos también en los momentos difíciles. Por eso presenta Marcos a los discípulos “siguiendo” a Jesús aunque no le entienden mucho. La cruz es la clave para entender la persona y la misión de Jesús. Lo es también para los que le quieren seguir.

El evangelio de Marcos nos interpela. No nos cuenta, para curiosidad histórica, qué pasó entonces. Sino que nos provoca continuamente a que pensemos: ¿y a mí qué me dice Jesús, este episodio de Jesús, estas palabras de Jesús?

Un consejo. Para que a lo largo del año podamos leer a Marcos con más fruto, podríamos empezar leyéndolo seguido y entero, cosa que no debería costarnos más de una hora y media. Así, luego, podemos “situar” cada página en su conjunto.

Una bibliografía sencilla

J. Febrer, *Por el camino de Jesús de la mano de Marcos* (= Emaús 52) CPL, Barcelona 2002, 78 págs.

T. Suau, *Mujeres en el evangelio de Marcos* (= Emaús 20) CPL, Barcelona 1996, 76 págs.

J. J. Bartolomé, *El evangelio de Marcos. Un manual de formación para seguidores de Jesús*, en “Los cuatro evangelios” (= Cuadernos Phase 62) CPL, Barcelona 1995, pp. 27-41.

R. Schnackenburg, *El Evangelio según san Marcos*, Herder, Barcelona 1973, 2 vols.

A. Rodríguez Carmona, *Predicación del evangelio de san Marcos*, Edice, Madrid 1987.

A. Pronzato, *Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos*, Sígueme, Salamanca 1982-1984, 3 vols.

ADVIENTO

Como introducción histórica y ambientación espiritual para este tiempo del Adviento, se puede leer la del Dossier de las ferias:

Enséñame tus caminos. 1. Adviento y Navidad día tras día. Comentarios al Leccionario ferial (=Dossiers CPL 67), Barcelona, 6ª edición 2003, pp. 9-14.

Otros libros que pueden ayudar son:

* *Celebrar la venida del Señor* (=Dossiers CPL 44) CPL, Barcelona, 3ªed. 1999, 110 págs.

* *Adviento y Navidad. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 92) CPL, Barcelona 2001, 158 págs. (con disquete). Por ejemplo, en págs. 14-21, el comentario a los cuatro prefacios del Adviento.

* J. Castellano, *El año litúrgico, memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (= Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona, 2ª ed., 1996, pp. 63-120: “la celebración de la manifestación del Señor”.

*J. Lligadas, *Adviento: el Señor viene* (= Emaús 1) CPL, Barcelona 1992, 2ª ed., 68 págs.

* J. Lligadas, *Adviento y Navidad en Isaías* (=Emaús 21) CPL, Barcelona 1996, 72 págs.

En el Dossier 67 se ofrece el comentario a las lecturas de las *ferias* de este tiempo. En el presente, se completa con los cuatro *domingos* de Adviento y la solemnidad de la Inmaculada, así como los domingos y las fiestas del tiempo de la Navidad. Para la solemnidad de la Virgen de Guadalupe (12 de diciembre, patrona de América), cf. el Dossier 80: *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, 2ª edición 1999.

DOMINGOS DE ADVIENTO

Domingo 1

Is 63, 16-17.19; 64, 2-7 ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!

1Co 1,3-9

Esperamos la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo

Mc 13,33-37

¡Velad, ya que no sabéis cuándo vendrá
el dueño de la casa!

Domingo 2

Is 40, 1-5.9-11

Preparadle un camino al Señor

2P 3, 8-14

Esperamos un cielo nuevo y una **tierra nueva**

Mc 1,1-8

Allanad los senderos del Señor

Inmaculada Concepción de Santa María Virgen

Gn 3,9-15.20

Establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer

Ef 1,3-6. 11-12

Nos eligió en la persona de Cristo,
antes de crear el mundo

Lc 1,26-38

Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo

Domingo 3

Is 61, 1-2.10-11

Desbordo de gozo con el Señor

1Ts 5, 16-24

Que vuestro espíritu, alma y cuerpo,
sea custodiado hasta la venida del Señor

Jn 1, 6-8.19-28

En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis

Domingo 4

2S 7, 1-5.8-12.14-16

El reino de David durará por siempre
en la presencia del Señor

Rm 16, 25-27

El misterio, mantenido en secreto durante siglos, **ahora**
se ha manifestado

Lc 1, 26-38

Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo

“El tiempo de Adviento tiene una doble índole: es el tiempo de preparación para las solemnidades de Navidad, en las que se conmemora la primera venida del Hijo de Dios a los hombres, y es a la vez el tiempo en el que por este recuerdo se dirigen las mentes hacia la expectación de la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos. Por estas dos razones el Adviento se nos manifiesta como tiempo de una expectación piadosa y alegre”

(Normas Universales de 1969
para el Calendario)

DOMINGO 1 DE ADVIENTO

—I—

Empieza un nuevo año cristiano

Hoy los cristianos empezamos un nuevo año litúrgico. Y lo hacemos con una convocatoria que nos resulta conocida y nueva a la vez: somos invitados a celebrar, en un único y progresivo movimiento, el Adviento, la Navidad y la Epifanía. Las tres palabras –Adviento, Navidad y Epifanía, o sea, venida, nacimiento y manifestación– apuntan a lo mismo: que el Hijo de Dios, Cristo Jesús, se ha querido hacer presente en nuestra historia para comunicarnos su salvación. Desde hoy hasta el día del Bautismo del Señor, el domingo siguiente a la Epifanía, van a ser unas seis semanas de “tiempo fuerte” en que celebramos la misma Buena Noticia: la venida del Señor.

Cuando todos están hablando de las últimas semanas del año, nosotros hablamos de las primeras. Cuando en el ambiente social se respira la preparación comercial de las fiestas navideñas, nosotros los cristianos, además, nos centramos en la gran noticia de que nuestro Dios ha querido ser Dios-con-nosotros.

Nos guiarán en esta celebración las lecturas y las oraciones, así como la ambientación especial de las iglesias y el repertorio de los cantos. También las velas de la “corona de Adviento”, que iremos encendiendo sucesivamente a lo largo de estas semanas y que con el verde vegetal y la luz de las velas nos habla simbólicamente de la esperanza y de la alegría por la venida del Señor.

Isaías 63, 16-17.19; 64,2-7. *¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!*

El profeta nos presenta una visión muy positiva de Dios, en contraposición a otra, no tan positiva, de nuestra situación de pecado.

La lectura de hoy es la oración confiada y humilde a un Dios a quien se llama “nuestro Padre” y “nuestro Redentor”. Le pedimos que se vuelva a nosotros, aunque seamos culpables y “nuestra justicia sea un paño manchado”. El pueblo de Israel sabe que ha merecido el castigo (el destierro) y que Dios le “haya ocultado su rostro”. Pero confía en que él, como siempre, le perdonará y salvará. Desea que se “rasguen los cielos” y baje la salvación de Dios.

El *salmo* sigue con el mismo tono de humilde confianza: “oh Dios, res-táuranos, que brille tu rostro y nos salve”. Esta vez el salmista llama a Dios “Pastor de Israel” y le pide que venga en nuestra ayuda: “ven a visitar tu viña... danos vida para que invoquemos tu nombre”.

1 Corintios 1,3-9. *Esperamos la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo*

Leemos el comienzo de esta carta de Pablo a los cristianos de Corinto. Después del saludo, en seguida asume un tono optimista y de acción de gracias por la situación de aquella comunidad: “habéis sido enriquecidos en todo... no carecéis de ningún don”. Sobre todo alaba Pablo (con una cierta ironía, que se extiende a toda la carta) que los de Corinto son famosos “en el hablar y en el saber” (¡son griegos, y los griegos eran maestros en filosofía!).

Pero además de creer en el Cristo que ya vino, y que “les llama a participar en su vida”, los corintios “aguardan la manifestación del Señor” al final de los tiempos: es la perspectiva escatológica. Los corintios miran ya hacia delante y se preparan para cuando se tengan que presentar ante “el tribunal de Jesucristo Nuestro Señor”.

Marcos 13,33-37. *¡Velad, ya que no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa!*

Ya desde este primer domingo empezamos a escuchar al evangelista Marcos, que nos acompañará todo el año. No lo hacemos desde su primera página –lo

haremos el próximo domingo—sino con uno de los últimos capítulos antes de la Pasión, porque en la primera parte del Adviento miramos decididamente hacia el final de los tiempos.

Jesús ofrece una breve parábola a sus oyentes, invitándoles a la vigilancia. Compara su venida última con la vuelta del amo, que se ha ido de viaje y puede volver a casa en cualquier momento. Se trata de que los criados estén preparados para recibirle cuando llegue, no sea que los encuentre dormidos. El consejo de Jesús es claro: “lo que digo a vosotros, lo digo a todos: ¡velad!”.

-II-

Somos pecadores

Reconocerse pecadores es la primera condición para que Dios nos salve.

Eso es lo que hace el profeta en nombre del pueblo de Israel y nos invita a hacer a nosotros: todos somos pecadores, impuros, culpables. Con una sencilla comparación, dice que “nuestra justicia es un paño manchado”.

También nosotros, sin ninguna exageración, podemos reconocernos pecadores delante de Dios. Como sociedad. Como Iglesia. Como personas particulares. No será tal vez que hayamos cometido graves pecados. Pero seguro que sí pecamos muchas veces de dejadez, de olvido, de pereza, envueltos y tentados como estamos por una mentalidad social que no es exactamente la de Dios. ¿Tendremos que reconocer también nosotros que “nuestra justicia es un paño manchado” y que “nos hemos extraviado de tus caminos”?

Desde esa situación de “déficit” —cada uno sabe en qué y hasta qué punto—somos invitados a pedir perdón a Dios, también como comunidad.

Orar con confianza a Dios

Nuestra oración debería estar también llena de confianza. Si el profeta llamaba a Dios “nuestro padre” y “nuestro redentor”, y el salmista se dirigía a él como “pastor de Israel”, nosotros, después de la venida de Cristo Jesús a

nuestra historia, tenemos muchos más motivos para llamarle nuestro Padre y Salvador, y para decir con un cierto orgullo: “jamás oído oyó ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por el que espera en él”.

También en el Adviento de este año deseamos nosotros en nuestras oraciones y cantos que Dios “rasgue los cielos y baje” en nuestra ayuda. Como cuando en tiempo de sequía el campesino mira al cielo, deseando que aparezcan por fin las nubes y la lluvia. Nosotros también necesitamos esa lluvia de Dios. Es verdad que somos débiles y no siempre hemos correspondido a Dios como él deseaba, pero seguimos diciendo como el profeta: “y sin embargo tú eres nuestro padre”.

Ya hace dos mil años que Dios envió a su Hijo a salvarnos. Pero se trata de que nosotros, en la Navidad de este año, le admitamos en nuestra vida, que pueda entrar de veras en nuestra existencia y en nuestra mentalidad.

Lo digo a todos: ¡velad!

No nos resulta cómodo que nos despierten y nos inviten a velar, a vigilar. Pues eso es lo que hace Jesús con nosotros. Miles y miles de comunidades cristianas escuchan hoy la llamada inicial del Adviento: “lo digo a todos: ¡velad!”. Es un toque de atención. Una llamada a la vigilancia.

Nuestra tendencia, con el correr de los días y los meses, es a quedarnos un poco dormidos, perezosamente instalados en lo que ya tenemos, entretenidos en muchos valores intermedios y descuidando los fundamentales.

El Adviento es como un despertador espiritual. Nos estimula a la vigilancia orientando nuestra mirada, ante todo, hacia adelante: a la última venida, al final de los tiempos, la venida gloriosa del Señor como Juez de la historia. La primera parte del Adviento, hasta el día 16 de diciembre, tiene esta perspectiva “escatológica”, de mirada hacia el final de los tiempos. Se nota en los prefacios y en las oraciones.

También nos prepara el Adviento a la “venida sacramental” que sucederá, con gracia siempre nueva, en la Navidad de este año. La Navidad está en medio de la primera venida, que ya sucedió hace dos mil años en Belén, y la última, que no sabemos cuándo tendrá lugar. La Navidad condensa en sí

misma el pasado y el futuro, con una gracia que siempre es actual y presente: el Dios que quiere hacerse, una vez más, con renovada ilusión por su parte, Dios-con-nosotros.

Vigilar es no dejarse vencer por el sueño, no caer en el sopor o en la pereza o en la rutina. Vigilar es estar atentos a Dios, a su venida continuada a nuestras vidas, y acogerle cada día. Vigilar es darse cuenta de que no sabemos cuándo acabará nuestro camino personal, ni el de la humanidad, ni el del cosmos. Dios puede “venir” a nosotros a cualquier hora, cualquier día, “al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer”, como dice la parábola de Jesús. Lo importante no es saber cuándo vendrá, sino cómo tenemos que estar preparados para que nos encuentre dispuestos a recibirle.

Vigilar es mirar al futuro: como hacen los que se preocupan de que nuestro mundo, nuestro medio ambiente, no vaya deteriorándose, sino que lo podamos dejar en herencia a nuestros sucesores en las mejores condiciones posibles. O como el jardinero que cuida su jardín, porque sabe que si lo descuida crecerán las malas hierbas y se estropeará progresivamente. O como el deportista que no sabe cuándo va a ser el momento decisivo para atacar o responder al ataque del adversario. O como cuando, al comienzo del verano o del invierno, cambian oficialmente la hora y tenemos que “poner en hora” nuestro reloj personal: así en el Adviento tendríamos que poner en hora nuestro reloj espiritual y reorientar nuestra marcha por la vida.

Pregoneros de la esperanza

En medio de las propagandas y confusas ideologías de este mundo, vivir el Adviento es, para los cristianos, reconocer que sólo en Dios está la salvación. Las seguridades que nos ofrecen el dinero, o el placer, o el éxito social, son efímeras.

Debemos volver a sentir la necesidad de Dios, creyéndonos las palabras que tantas veces oímos y decimos estos días: “ojalá rasgases los cielos y bajases”. Al menos en Adviento, ¿tendremos hambre de Dios?

Pero también debemos ser pregoneros de esa misma esperanza para los demás: transmitir a las personas con las que nos encontramos esa confianza

en Dios, que quiere construir, con nuestra ayuda, unos cielos nuevos y una tierra nueva. Si vamos cantando: “ven, Salvador, ven sin tardar”, eso se tiene que traducir en un estilo de vida en que predomine la esperanza y, a la vez, nuestro compromiso de trabajar para la llegada del Reino de Dios.

El Adviento es una verdadera escuela de esperanza. A veces se nos insiste en la importancia de una fe recta o de una caridad generosa. En este tiempo se nos urge a que crezcamos en esperanza, a que aprendamos a esperar, como espera el estudiante las vacaciones, y la mujer su primer hijo, y el campo reseco la lluvia...

Cada vez que celebramos la Eucaristía miramos al pasado, porque es el memorial de la Pascua del Señor. Pero también miramos hacia delante: “mientras aguardamos la gloriosa venida de nuestro Salvador, Jesucristo”, y en el centro de cada celebración proclamamos: “ven, Señor Jesús”.

Si el profeta llamaba a Dios “nuestro Padre”, nosotros, en el rezo de la oración que nos enseñó Jesús, hoy tendríamos que “descongelar” esa expresión, y decirla con profunda fe, creyendo lo que decimos: “Padre nuestro, que estás en los cielos... Venga a nosotros tu Reino”.

DOMINGO 2 DE ADVIENTO

—I—

Nuevas consignas para nuestro Adviento

Seguimos nuestra marcha hacia la Navidad. Las lecturas bíblicas nos guían para ir adquiriendo las actitudes espirituales necesarias para poder acoger la Venida del Señor.

El domingo pasado la consigna era “velad”: se nos invitaba a la vigilancia, tanto para preparar la Navidad de este año como, sobre todo, a la última venida, gloriosa, de Cristo, al final de los tiempos, porque el Adviento es una actitud que dura hasta el final de la historia.

Este domingo, en que también seguimos —hasta el día 16 de diciembre— con la mirada puesta en la venida escatológica del Señor, la consigna que más escuchamos es “preparad el camino al Señor”. Y se nos dice que preparar el camino supone rellenar, rebajar y enderezar.

Esta semana aparecen en nuestra celebración los personajes más clásicos del Adviento: a) el profeta Isaías, del Antiguo Testamento, que hoy nos hace oír palabras que son a la vez de esperanza y de exigencia; b) el precursor, Juan Bautista, que ya anuncia la llegada del Salvador del mundo; c) y la Virgen Madre, María, cuya Inmaculada Concepción celebramos el día 8, muy cerca de este segundo domingo de Adviento: ella experimentó el “sí” absoluto de Dios, al que respondió con su “sí” personal, en representación de toda la humanidad.

Isaías 40, 1-5.9-11. *Preparadle un camino al Señor*

Escuchamos un “poema de consolación”: una hermosa página en la que el profeta, de parte de Dios, consuela a su pueblo, que está sufriendo la gran catástrofe del destierro en tierra extranjera, y le asegura que Dios ha perdonado sus pecados y está preparando ya la vuelta de todos a la patria. “Mirad, Dios, el Señor, llega con fuerza”, como un pastor que reúne a sus ovejas.

Pero, a la vez, les estimula a que “preparen el camino” al Señor: “que los valles se levanten, los montes se abajen, lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale”. Un camino por el desierto y por parajes medio salvajes requiere mucho trabajo de infraestructura, que los israelitas deberán entender, naturalmente, en su sentido espiritual de conversión sería a los caminos del Señor.

El *salm*o nos hace pedir a Dios que nos muestre su misericordia y nos dé su salvación. El salmista también se contagia de la alegría confiada del profeta: “Dios anuncia la paz a su pueblo... la salvación está ya cerca de sus fieles”. Este salmo 84 lo podemos hacer nuestro y rezarlo despacio en este tiempo de Adviento, asimilando sus sentimientos.

2 Pedro 3, 8-14. *Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva*

Si los lectores de esta carta creían inminente la vuelta del Señor, su autor se encarga de asegurarles que el calendario de Dios es diferente del nuestro: “el Señor no tarda en cumplir sus promesas, como creen algunos”. Para Dios, “mil años son como un día”.

Eso sí, ese día vendrá “como un ladrón”: nadie sabe cuándo. Los signos del final de que habla la carta —el cielo desaparecerá con estrépito, los elementos se desintegrarán abrasados, los cielos serán consumidos por el fuego y los elementos se derretirán— no hay que tomarlos, evidentemente, como datos científicos del proceso final, aunque algunos parezcan coincidir con algunos presagios alarmantes de los científicos de ahora.

Lo principal es que, sea cuando sea esta venida del Señor, tenemos que estar preparados: “procurad que Dios os encuentre en paz con él, inmaculados e irrepugnables”.

Marcos 1, 1-8. *Allanad los senderos del Señor*

Leemos hoy el inicio del evangelio de Marcos. Dios mismo preparó los caminos al Mesías suscitando a Juan el Bautista para que predicara el bautismo de conversión y anunciara la llegada del Salvador.

Juan es una figura adusta, exigente, que no calló un mensaje de conversión que no debió de resultar popular en su tiempo y que tampoco lo es ahora. Pero fue fiel a la misión que se le había encomendado. No se dedicó a tranquilizar, sino a provocar y urgir a la conversión. Y fue honesto: no se presentó él mismo como el Salvador, sino como su precursor: “yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo”.

-II-

Crear el mensaje de consolación...

El mensaje que escuchamos hoy nos ayuda a **preparar con gozo la celebración** de una Buena Noticia, la Navidad.

Sumergidos en una historia que no abunda en noticias consoladoras, hoy escuchamos un pregón de esperanza. También los cristianos de hoy necesitamos que nos digamos palabras de ánimo: “Consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor”. Son palabras que nos ayudan a superar miedos y nos estimulan a cumplir nuestra misión en medio del mundo: “no temas, alza la voz y di a todos: aquí está vuestro Dios”.

Este año, de nuevo, Dios quiere venir a nuestras vidas. Vale la pena que nos dejemos convencer por estas palabras de esperanza y alegría. Nosotros, con más motivos que los creyentes del AT, creemos en la cercanía de Dios, porque nos la ha mostrado en Cristo Jesús. Podemos seguir escuchando la voz de los profetas: esperamos lo mismo que ellos, pero con más sentido. La venida de Cristo en Belén, hace dos mil años, fue sólo la inauguración de un proceso que todavía no ha terminado. Será “Adviento” hasta el final de los tiempos.

... y anunciarlo a los demás

Si creemos de veras esta Buena Noticia, es lógico que nos convirtamos en pregoneros de la misma. O sea, si hemos sido “evangelizados”, debemos ser por nuestra parte “evangelizadores”: personas llenas de la Buena Noticia, que la comunican a los demás.

Por si acaso somos un poco tímidos a la hora de dar testimonio de fe en este mundo, tendremos que hacer caso a las palabras que oyó el profeta, que valen también para nosotros: “alza la voz con fuerza, álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: aquí está vuestro Dios”. También nuestro mundo necesita de heraldos que suban a lo alto y griten las palabras de Dios. Al igual que entonces, tendremos que decir a las “ciudades de Judá”, al mundo de hoy: “aquí está vuestro Dios”.

El profeta, de parte de Dios, nos dice que tenemos que poner todo nuestro empeño y pedagogía en este anuncio: “hablad al corazón de Jerusalén, gritadle...”. Evangelizar es despertar el interés de los hijos, de los alumnos, de los amigos, abrir su “apetito de Dios”, sembrar en ellos una sana inquietud, para que nadie se instale en el conformismo y acepte demasiado tranquilamente cómo va el mundo y desista de mejorarlo.

El mundo de hoy necesita personas que como Isaías o el Bautista hagan oír su voz y su testimonio personal de los valores de Dios, aunque parezca que predicán en el desierto. El mundo necesita cristianos “misioneros” que en su propio ambiente, con humildad pero con decisión, den testimonio de la salvación de Dios.

Preparad un camino al Señor

A la vez que unas palabras gozosas, escuchamos hoy otras exigentes: “consolad a mi pueblo... preparad el camino”. La espera del Señor no es una espera pasiva. Tenemos que preparar su venida.

No hace falta que seamos ingenieros de caminos para entender lo que pide la construcción de una autopista: una seria labor de infraestructuras, puentes, túneles, desvíos, desmontes. Las imágenes que emplea Isaías, y que repite

el Bautista, las podemos entender muy bien aplicadas a nuestra situación espiritual y humana: los “valles” de las lagunas y vacíos que hay en nuestra vida hay que rellenarlos, los “montes” de nuestra autosuficiencia o nuestro orgullo hay que rebajarlos, “lo torcido” de nuestras trampas y ambigüedades hay que enderezarlo, lo “escabroso” de nuestros pecados e idolatrías hay que allanarlo.

La venida del Señor a nuestra vida pide de nosotros una actitud de fe y atención: “procurad que Dios os encuentre en paz con él, inmaculados, irreprochables”. Esto no sólo vale si pensamos en el momento de nuestra muerte, sino también en nuestra actitud ante las continuos signos de la presencia de Dios en nuestra vida. En concreto, también, ante la gracia de la próxima Navidad.

Después de dos mil años, seguimos esperando

Cristo Jesús ya vino. Al final volverá glorioso, aunque no sabemos cuándo. Pero ¿nos damos cuenta de que viene hoy, que este año también nos convoca a celebrar su venida a nuestra historia y que esta venida es gracia nueva y siempre actual?

Aunque hay muchos signos de progreso en cuanto a los valores que Cristo nos trajo hace dos mil años, hay otros que nos podrían hacer pensar que, lejos de progresar en la acogida del Salvador, la sociedad de ahora se está más bien alejando de él.

Hoy se puede decir que la voz del Bautista, la voz de la Iglesia que hace de portavoz de Cristo Jesús, sigue resonando en medio del desierto, en un mundo ausente, que prescinde, o pretende prescindir, de lo espiritual y lo trascendente. Una voz entre otras muchas, en la ventolera de mensajes y mentalidades que se ofrecen en este mundo.

Pero es ahí, en el desierto, donde hace falta que se oiga la voz de Dios y donde urge que resuene nuestra voz y se vea nuestro testimonio de cristianos. En el desierto hay caminos, si los sabemos trabajar; en la noche hay luz, si la sabemos encender; en la desorientación de este mundo está la semilla del mundo nuevo, el que Cristo anuncia y que nosotros debemos colaborar en construir.

Se tendría que notar en este Adviento que en verdad, tanto la comunidad como cada cristiano, cambiamos algo, que preparamos el camino, enderezamos, corregimos. El Adviento nos invita a no perder la esperanza, a seguir trabajando para que sean una realidad ese “cielo nuevo y tierra nueva, en que habite la justicia”, de que habla Pedro. El mundo mejorará si mejora nuestro entorno más cercano: si nosotros ponemos a nuestro alrededor más cariño, más solidaridad, más optimismo.

Para esta tarea tenemos el “viático” que nos dejó Cristo en el admirable sacramento de la Eucaristía: su Palabra y su Cuerpo y Sangre, como luz y alimento para el camino.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

—I—

La fiesta del comienzo absoluto

La fiesta de la Inmaculada no desdice, ciertamente, del clima del Adviento. Estamos celebrando la venida del Hijo de Dios y él va a ser el protagonista de nuestra fe y de nuestra alabanza. Pero también recordamos que Dios puso junto a Cristo a su Madre, la que le esperó, la que le dio a luz, la que lo mostró a los demás.

La fiesta de la Inmaculada surgió en el Oriente hacia los siglos VII-VIII, y luego se extendió rápidamente también por el Occidente. El año 1854 el papa Pío IX declaró dogma de fe que María, por singular privilegio, fue preservada de toda mancha de pecado ya desde el momento de su concepción.

No es un “paréntesis” en el Adviento. En la Madre empieza a realizarse el misterio de la encarnación del Hijo. Es la fiesta del comienzo absoluto, como la Asunción podría llamarse la fiesta del final, de la plenitud pascual cumplida también en la Madre del Salvador. En ambos casos, el comienzo y el final, María aparece como modelo y figura de lo que es el destino de toda la comunidad eclesial. Como dijo el papa Pablo VI en su *Marialis Cultus*, hoy es una fiesta “en que se celebran conjuntamente la Inmaculada Concepción de María, la preparación radical a la venida del Salvador y el feliz comienzo de la Iglesia, hermosa, sin mancha ni arruga”.

La fiesta principal de este mes no es esta, sino la Navidad. La novena de esta fiesta no tiene que restar ritmo al Adviento y a su auténtica “novena”, que son los días del 17 al 24 de diciembre, la preparación inmediata de la Natividad. Pero eso no obsta a que celebremos con gozo la fiesta de hoy.

Génesis 3, 9-15. 20. *Establezco hostilidades entre tu stirpe y la de la mujer*

El primer libro de la Biblia cuenta de un modo poético y popular el origen del mundo y de la humanidad. Lo principal que afirma es que el inicio de todo, del cosmos y de la familia humana, es iniciativa de Dios.

Hoy leemos las consecuencias del primer pecado de la humanidad, que ha quedado “herida” y ha perdido el equilibrio inicial. Es expresivo el diálogo: Adán echa la culpa a Eva; Eva, a la serpiente; y la serpiente recibe de Dios el “castigo” de tener que arrastrarse por tierra. El Génesis interpreta como consecuencia del pecado lo que sucede de negativo en la vida natural: que el hombre tenga que ganar el pan con el sudor de su frente, que la mujer sufra dolores en el parto y que la serpiente sea un animal que se arrastra por tierra.

Pero Dios no cierra del todo la puerta: ya en el momento de la primera caída, anuncia la salvación: “establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya”. Aparece una “mujer” en el horizonte de la salvación, María, la que va a ser en verdad “madre de los vivientes”, porque obedeció a Dios, no como Eva, que le desobedeció.

El *salmo* está lleno de júbilo: “cantad al Señor un cántico nuevo... aclamad al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad”.

Efesios 1, 3-6. 11-12. *Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo*

Éfeso es una ciudad del Asia Menor, en la actual Turquía, y Pablo dedicó mucho tiempo y cuidados a la comunidad cristiana que él había fundado allí. Hoy leemos el comienzo de la carta que les escribió desde la cárcel en Roma hacia el año 62.

Es un himno lleno de entusiasmo en donde se muestra la iniciativa de Dios en la historia de la salvación y nuestra respuesta de alabanza. Bendecimos a Dios porque él nos ha bendecido con toda clase de bendiciones. Las dos direcciones, la descendente y la ascendente, se encuentran y recapitulan “en la persona de Cristo”. La bendición que nos ha hecho Dios es que nos ha destinado a ser sus hijos, santos e irreprochables, herederos con Cristo Jesús.

Con este “himno” de Pablo da comienzo el Catecismo de la Iglesia su segunda parte, la dedicada a la “celebración del Misterio de Cristo”, bajo la clave de la bendición que nos viene de Dios y la que nosotros le dedicamos en nuestro culto (cf. CCE 1077). Es un cántico que rezamos cada semana en la celebración de Vísperas, y que volveremos a leer en la Eucaristía del domingo II de la Navidad.

Lucas 1, 26-38. *Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*

La escena de la anunciación a María, una de las más hermosas del evangelio, la leemos varias veces al año, pero siempre nos parece interpelante para nosotros, como un símbolo del diálogo de Dios con la humanidad.

La iniciativa es de Dios, que actúa por su Espíritu y envía como Salvador a su Hijo, Jesús. Esta iniciativa encuentra respuesta en una humilde jovencita de Israel, que ha sido la elegida, la llena de gracia, y se muestra plenamente abierta a la Palabra y disponible para la misión encomendada, y que así, sin saberlo ella, se convierte en la representante de todas las personas que tanto en el AT como en el NT han sabido responder “sí” a Dios: “hágase en mí según tu palabra”.

—II—

La primera salvada por la Pascua de Cristo

Dios la eligió antes de que naciera. El Génesis nos ha dicho que desde el inicio del mundo ya pensó Dios en “la mujer” y en su “descendencia”, como promesa de salvación y de perdón del primer pecado. “Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída. Este pasaje del Génesis ha sido llamado *Protoevangelio*, por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de esta” (CCE 410).

En verdad Dios “ha hecho grandes obras en ella”, como dice María en el *Magnificat*. En previsión de la Pascua de su Hijo, Dios llenó de gracia a la Madre: “preparaste a tu Hijo una digna morada”, “en previsión de la muerte de tu Hijo la preservaste de todo pecado” (oración colecta), “la preservaste limpia de toda mancha” (ofrendas), el pecado “del que fue preservada de modo singular” la Inmaculada Virgen (poscomunió); “preservaste a la Virgen María de toda mancha de pecado original”, “purísima había de ser la Virgen que nos diera el Cordero inocente que quita el pecado del mundo” (prefacio).

María es el primer fruto de la Pascua de Jesús. Pablo no la nombra cuando en su himno describe la bendición que nos ha venido de Dios y la que nosotros le elevamos como respuesta. Pero todos sabemos que, si Dios nos ha “bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en Cristo”, a María de Nazaret le ha alcanzado antes que a nadie la alegría mesiánica que Dios ha preparado para la humanidad. Y también que ella fue la que mejor supo bendecirle, con el *Magnificat*, desde su fe gozosa.

La mujer que supo decir “sí” a Dios

Al “sí” absoluto y gratuito de Dios a María —“por pura iniciativa suya”, como ha dicho Pablo—, y en ella a la humanidad entera, respondió ella con su “sí”, que también se puede decir que es el “sí” de todos nosotros. Su “sí”

hace perfecto eco a la actitud de Cristo en su encarnación: “vengo a hacer tu voluntad”.

Aquí se empieza a dibujar el admirable retrato de esta humilde mujer que luego, a lo largo de su vida, seguirá valientemente contestando a Dios “sí”, “hágase en mí”, en otras circunstancias más difíciles. El anuncio del ángel y el “amén” de María no evitaron que luego tuviera dificultades y oscuridades. Pero fue fiel, hasta llegar a la escena cumbre de la Madre que se mantiene presente, recia, silenciosa, pero creyente, al pie de la cruz donde está muriendo su Hijo.

Por eso se nos presenta como la mejor maestra para todos los que en la historia han dicho y siguen diciendo “sí” a Dios: personas que probablemente no lo veían todo claro, que pasaban por dificultades, pero se fieron de Dios y dijeron y siguen diciendo con decisión, como María, “hágase en mí según tu palabra”.

Fiesta de la Iglesia entera

La fiesta de hoy se puede decir que es también la fiesta de todos nosotros. María aparece como la primicia de toda la comunidad. La primera salvada por la Pascua de Cristo. La primera discípula de Cristo. La primera cristiana. La figura y el resumen de todo lo que la Iglesia quiere ser. Podemos decirle una vez más: “tú eres la gloria de Jerusalén, tú el orgullo de nuestra raza”.

Incluso se puede decir que en ella encuentra motivo de alegría toda la humanidad. No somos tan malos, cuando uno de nuestra raza ha sido objeto de la bendición de Dios y ha sabido responderle con esa elegancia espiritual.

En el prefacio de hoy alabamos a Dios, no sólo porque en María preparó una “digna Madre para su Hijo”, sino también porque quiso que ella fuera “comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura”.

Como Adán llamó a su mujer “Eva”, que significa “madre de los vivientes”, así María es la nueva Eva, y la podemos contemplar como modelo de fe, motivo de esperanza, madre de los vivientes, porque nos dio a Cristo y ella misma acogió con gozo la salvación que su Hijo traía a la humanidad. Hoy

nos alegramos porque intuimos cuál es también para todos nosotros el plan de salvación de Dios, que ha empezado a cumplir en la Virgen. En ella ha quedado beneficiada toda la humanidad.

También nosotros decimos “sí” a Dios

Hoy nos alegramos con razón de cómo Dios actuó con la Virgen María, llenándola de su gracia y preparándola para ser la Madre del Mesías. De que la eligiera a ella para hacerse Dios-con-nosotros y para que todos fuéramos bendecidos.

Pero también somos invitados a sacar una consecuencia personal de este misterio: se nos pide una vida santa, irreprochable, vida propia de hijos y herederos. Esta fiesta nos interpela para que también nosotros sepamos imitar la respuesta de María. Si hoy es la fiesta del “sí” de Dios y del “sí” de María, debe ser también la fiesta y el compromiso de nuestro “sí”. Y así como de la confluencia de las dos actitudes de Dios y de María, por obra del Espíritu, sucedió la encarnación salvadora de Jesús, de nuestro sí a Dios brotará, por obra del mismo Espíritu, también nuestra colaboración en la salvación del mundo.

María, la nueva Eva, la que aceptó para su vida el plan salvador de Dios, es nuestro mejor modelo para nuestra vivencia del Adviento y de la Navidad. La comunidad cristiana lleva dos mil años colaborando en la salvación del mundo y trabajando en la construcción del Reino de Dios.

Nosotros no aspiramos al privilegio de María desde el momento de la concepción. Pero sí pedimos participar en la lucha contra el mal, que sigue abierta en nosotros y en el mundo a pesar de la victoria radical de Cristo. Pedimos a Dios “llegar a ti limpios de todas nuestras culpas” (oración colecta), “guárdanos también a nosotros, limpios de todo pecado” (ofrendas) y que la Eucaristía que celebramos “repare en nosotros los efectos del pecado” (poscomunión).

Es fácil decir “amén” en el momento de la comunión. Es bastante más difícil repetir ese “amén” en los diversos momentos, también los difíciles y oscuros, de nuestra vida.

DOMINGO 3 DE ADVIENTO

—I—

Invitación a la alegría

A este domingo se ha llamado durante siglos “domingo Gaudete”, por la primera palabra del canto latino de entrada (“Gaudete in Domino semper”, alegraos siempre en el Señor), que, a su vez, está tomado de la carta de Pablo a los Filipenses.

Pero aunque no se cante esta antífona al principio de la celebración, también tienen el mismo sentido las lecturas bíblicas de hoy, así como la oración colecta, en la que le pedimos a Dios: “concédenos celebrar la Navidad con alegría desbordante”. También el salmo responsorial, que esta vez es el *Magnificat* de María, impregnado de alegría.

El motivo de esta alegría es muy profundo: Dios está cerca, Dios viene a nuestra vida a cumplir sus promesas de salvación. Al encender hoy la tercera vela de la Corona de Adviento, aumenta nuestra esperanza y alegría, porque se nos anuncia la cercanía del Señor.

Isaías 61, 1-2.10-11. *Desbordo de gozo con el Señor*

Esta página de Isaías (o del “Tercer Isaías”) es la que le tocó leer a Jesús en la sinagoga de su pueblo, Nazaret, y que él, en su primera “homilía”, declaró que se cumplía en su propia persona (Lucas 4).

Con razón prorrumpen el profeta en un grito de alegría: “desbordo de gozo con el Señor y me alegro con mi Dios”, después de enumerar el proyecto de Dios para su pueblo: anunciar la buena noticia a los que sufren, vendar los corazones desgarrados, asegurar la amnistía y la liberación a los cautivos, proclamar el año de gracia del Señor... Dios quiere que todos estén alegres y que los campos broten y den fruto, y que haya justicia en el mundo.

Esta vez el *salmo responsorial* no está tomado del AT, sino del evangelio. Es el *Magnificat* de la Virgen María, que hace eco al anuncio del profeta: “se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”.

1 Tesalonicenses 5, 16-24. *Que vuestro espíritu entero, alma y cuerpo, sea custodiado hasta la venida del Señor*

También este pasaje de Pablo empieza con la consigna “estad siempre alegres”.

En seguida se ve que para Pablo esta alegría es profunda, porque quiere a sus cristianos constantes en la oración y en la acción de gracias, y con una actitud positiva en la vida, apreciando lo bueno y los valores que nos ofrece el mundo y rechazando toda forma de maldad. De modo que puedan presentarse sin reproche ante la venida del Señor.

Juan 1, 6-8.19-28. *En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis*

De nuevo aparece Juan, el Precursor, como protagonista del evangelio de hoy. Ante las preguntas, un poco nerviosas, que le dirigen las autoridades de su época, Juan contesta claramente que él no es el Mesías esperado, sino la voz que anuncia su llegada. No es la luz, sino testigo de la luz, que ha sido enviado a preparar el camino al Mesías.

Juan es honesto: no se apropia en beneficio propio su misión profética, sino que orienta a todos hacia el verdadero Salvador, Jesús: “en medio de vosotros hay uno que no conocéis...”.

-II-

Pregón de alegría para un mundo triste y preocupado

En un mundo con bastantes quebraderos de cabeza, no está mal que los cristianos escuchemos esta invitación a la esperanza y a la alegría, basadas en la buena noticia de que Dios ha querido entrar en nuestra historia para siempre, aunque no nos resulte fácil adivinar su presencia.

Vale la pena que resuenen hoy en nuestro ánimo estas llamadas a la alegría verdadera, en vísperas de la Navidad:

“desbordo de gozo con mi Señor... me ha vestido un traje de gala... como novio que se pone la corona, como novia que se adorna con sus joyas”,

“como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace brotar sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia”,

“se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”,

“estad siempre alegres... que el Dios de la paz os consagre totalmente”,

“el que nos ha llamado es fiel y cumplirá sus promesas”...

Las comparaciones no pueden ser más optimistas: la alegría de los liberados, de los novios que preparan su boda (luego, Jesús se comparará a sí mismo con el Novio), de los campos que abundan en brotes y frutos, y de la Virgen María que se alegra de ser elegida como Madre del Mesías.

Vale la pena que nos preguntemos: ¿estoy yo alegre por dentro, como Isaías o como María de Nazaret? Y si no es así, ¿no será porque no acabo de creerme esas palabras bonitas que decimos y que cantamos en el Adviento?

Claves positivas para la vida

Esta Buena Noticia nos lleva también, según el programa que ofrece Pablo a los suyos, a una actitud positiva en la vida.

Además de invitarnos a la alegría, nos dice que seamos constantes en la oración, que sepamos dar gracias a Dios en toda ocasión, sabiendo, por

tanto, descubrir continuamente los favores que nos ha hecho en Cristo Jesús y que nos sigue haciendo en nuestra vida de cada día.

El programa sigue con unas consignas más concretas. Ante todo, que no “apaguemos el espíritu”, o sea, que no tengamos miedo a que el Espíritu de Dios suscite nuevos carismas en el mundo y en la Iglesia. Ya el profeta Isaías (Is 42) anunciaba que el Siervo de Yahvé no iba a “apagar el pábilo vacilante, o a acabar de romper la caña resquebrajada”, sino que iba a hacer lo posible para que se recompusieran. Así nosotros somos invitados a mirar con buenos ojos todo “lo nuevo” que aparezca. Cuando desde Jerusalén enviaron a Bernabé a que viese qué sucedía en la comunidad de Antioquía, donde se estaban abriendo caminos no acostumbrados hasta entonces, él no adoptó una actitud de cerrazón y de suspicacia ante “todo lo nuevo”, sino “hombre lleno de Espíritu” como era, bendijo lo que él creyó que era obra del Espíritu. Así tal vez cambió el futuro de la Iglesia. Si Pedro hubiera sido más cobarde y no hubiera captado que era el Espíritu quien le movía a admitir a la fe a la familia del centurión Cornelio, se hubiera retrasado indebidamente el progreso de maduración universalista de la primera comunidad.

Tampoco tenemos que “despreciar el don de profecía”: a veces somos tentados de mirar con suspicacia las ideas e iniciativas de otros, o el “éxito” que otros pueden tener en su misión. Nos tendríamos que alegrar igual del bien hecho por otros como del hecho por nosotros mismos.

Eso sí, Pablo nos da otra consigna que él mismo tuvo que poner en práctica con frecuencia en su itinerario por las comunidades: “examinadlo todo, quedándoos con lo bueno”. Un cristiano tiene las antenas desplegadas para saber captar todo lo que hay de bueno en este mundo, los valores que aprecian los jóvenes o nuestros contemporáneos en general. Pero con discernimiento. No todo son contravalores, pero tampoco todo son valores en lo que aplaude este mundo nuestro. El cristiano, guiado por la sabiduría de Dios y el sentido de la Iglesia –porque el discernimiento es muy peligroso hacerlo por cuenta propia–, tiene que saber distinguir entre lo bueno y lo menos bueno y actuar en consecuencia.

Esto nos traerá equilibrio y hará que “el Dios de la paz nos consagre totalmente”.

Es una alegría exigente, la del cristiano

No todo es alegría, al menos no todo es alegría como a veces se puede entender superficialmente. Una buena noticia es también exigente. No hay en el fondo nada más exigente que el amor y la amistad.

Isaías nos ha dicho que Dios quiere hacer brotar la justicia en nuestro mundo: no puede haber alegría verdadera si no trabajamos por mejorar las cosas, la sociedad, la suerte de tantas personas que sufren.

Pablo nos ha propuesto como lema: “guardaos de toda forma de maldad”. Precisamente porque entendemos como noticia festiva la venida de Cristo, eso nos obliga a aceptar su programa de vida, a rechazar todo lo que es anti-cristiano y a luchar contra el pecado: que “vuestro ser entero, cuerpo y alma, sea custodiado sin reproche hasta la venida del Señor”.

Lo mismo el Bautista, que nos repite hoy la consigna que ya el domingo pasado le escuchábamos: “allanad el camino del Señor”. Todos sabemos que preparar el camino al que viene es una actitud comprometida y activa.

Testigos de la Luz

Como los profetas fueron portavoces de la salvación de Dios en el AT, y como Juan el Precursor fue la voz que preparaba la venida del Mesías, así ahora la Iglesia, o sea, nosotros, somos llamados a ser testigos de la Luz que es Cristo. Y como Juan no se presentó a sí mismo como el salvador, así la comunidad cristiana no tiene la misión de defenderse ni de absolutizarse a sí misma, sino la de anunciar a este mundo que la verdadera Luz está en Cristo Jesús.

A los cristianos se nos encarga la misión de ser testigos de la luz en medio de la noche, en medio del desierto, en medio de un mundo que no ve o no quiere ver esa luz, un mundo a veces desconcertado y que camina inseguro, palpando en las tinieblas o en la penumbra. En la sociedad en la que vivimos se puede decir también hoy con mucha razón, como en el caso del Bautista: “en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis”, porque el mundo no sabe descubrir los signos de la presencia del Salvador en su historia.

El auténtico “ungido” que anunciaba el profeta, y que iba a proclamar el “año de gracia” de la salvación de Dios, fue Cristo Jesús. “Ungido” es lo mismo que “Cristo” en griego y que “Mesías” en hebreo. Ahora somos nosotros, los “cristianos”, “los que pertenecen al Ungido, a Cristo”, los que tenemos que seguir proclamando ese mismo mensaje lleno de esperanza.

Eso sí, tenemos la convicción de que ser testigos de otra Luz distinta de la que se busca en este mundo puede resultar incómodo para la sociedad y que fácilmente provoca suspicacias. A Juan no sólo le interrogaron las autoridades del tiempo, sino que, finalmente, se deshicieron de él y le eliminaron. Los cristianos no se tienen que dejar “domesticar” ni por los poderosos ni por las modas ni por las estadísticas, sino anunciar a Cristo y, a veces, denunciar lo que vean contrario a los derechos humanos y al proyecto salvador de Dios.

En concreto, ¿cómo lograremos los cristianos ser testigos eficaces de la Luz de Cristo en nuestra familia, en nuestro medio de trabajo, en nuestra sociedad? Sobre todo con nuestras obras, con nuestro estilo de vida. Seremos convincentes si también nosotros, como anunciaba el profeta, animamos a los que sufren, vendamos los corazones desgarrados, concedemos por nuestra parte la amnistía y la liberación a los cautivos y prisioneros, y proclamamos, no una fe cristiana triste y angustiosa, sino positiva y esperanzadora, centrada en el mensaje del amor y de la gracia de Dios.

Entonces si podremos convencer a alguien que es posible otro mundo mejor, con más justicia y esperanza para todos. Por una parte, constantes en la oración y en la acción de gracias, pero también atentos a trabajar por la justicia y a luchar contra toda forma de maldad, en nosotros y en la sociedad.

Siempre que celebramos la Eucaristía, en la que se condensan de alguna manera las varias presencias del Enviado de Dios, tenemos motivos para cantar nuestra alegría, para dar gracias a Dios por su salvación, y para comprometernos a que esta celebración sea luego motor de un estilo de vida coherente que invite a otros a creer que los planes de Dios son liberadores y que vale la pena trabajar por conseguir un mundo mejor. La Eucaristía debe ayudarnos a crecer en alegría y también en compromiso cristiano.

Los hombres de nuestro tiempo no ven ya a Jesús por las calles de la ciudad.

Nos ven a nosotros, los cristianos. ¿Nos verán como profetas y trabajadores de más esperanza, de más luz, de más amor, de más justicia? ¿Verán que nuestras preferencias, como anunciaba el profeta, están por los pobres, por los que sufren, por los corazones desgarrados, por los cautivos y prisioneros? Entonces sí merecerá la pena el Adviento y la Navidad.

DOMINGO 4 DE ADVIENTO

—I—

¿Un domingo “mariano”?

El domingo 4 de Adviento tiene —cada año con lecturas distintas— un claro color mariano. Es como el prelude de la próxima Natividad del Señor. En este ciclo B, el evangelio es la anunciación del ángel a María.

El recuerdo de la Madre no interrumpe ciertamente el ritmo del Adviento ni la dinámica de la preparación a la Navidad. María fue la que mejor vivió el Adviento y la Navidad: ella, la que aceptó el plan de Dios sobre su vida, la que “le esperó con inefable amor de Madre” (prefacio II), ella, la nueva Eva, en la que “la maternidad se abre al don de una vida nueva” (prefacio IV). Ella puede ayudarnos a vivir la Navidad con mayor profundidad desde nuestra fe, acogiendo a Dios en nuestra vida con el mismo amor y la misma fe que ella.

La gente está estos días más bien preocupada de visitar los supermercados, adquiriendo comida, bebida y regalos para estos días, obediente a los reclamos de la sociedad de consumo. Los cristianos, que también preparamos humanamente la fiesta, nos preparamos además, nos preparamos a celebrar espiritualmente la Navidad como la gran fiesta de un Dios que se ha querido hacer Dios-con-nosotros.

2 Samuel 7, 1-5.8-12.14-16. *El reino de David durará por siempre en la presencia del Señor*

David fue uno de los personajes más importantes de la historia de Israel. Una vez que los israelitas, establecidos ya en la tierra prometida, consiguieron que Samuel proclamara la monarquía, por la que suspiraban para imitar a los pueblos vecinos, el primer rey fue Saúl, pero el más famoso fue el segundo, David.

Una idea que a David le pareció piadosa, una vez conseguida la paz y la unidad de las tribus del Norte y del Sur en un único Reino, fue la de construir un Templo al Señor. Pero Dios, por medio del profeta Natán, le dice que no va a ser él, David, quien erija una “casa” a Dios, que no la necesita, sino Dios quien erija una “casa” o dinastía perpetua a David y sus descendientes. De ahí deriva la espera mesiánica y “davídica” del pueblo judío, que duró hasta la venida de Jesús, a quien se le llama en el evangelio “hijo de David”.

El *salmo* nos invita a una alabanza agradecida a Dios (“cantaré eternamente las misericordias del Señor”) y también a recordar la promesa hecha a David (“sellé una alianza con mi elegido... te fundaré un linaje perpetuo”).

Romanos 16, 25-27. *El misterio, mantenido en secreto durante siglos, ahora se ha manifestado*

Pablo, hacia el final de su densa carta a los cristianos de Roma, se siente orgulloso de haber sido el designado para anunciar a las naciones el misterio de Cristo, escondido desde los siglos, y ahora revelado para que todos los pueblos lleguen a la fe.

Nos prepara este pasaje, de algún modo, a escuchar con más sentido el relato de la anunciación a la Madre del Mesías.

Lucas 1, 26-38. *Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo*

El evangelio de la anunciación del ángel a María lo hemos leído hace poco, en la fiesta de la Inmaculada. Pero es característico también del domingo 4

de Adviento, en este ciclo B. Nunca terminamos de admirar los matices tan significativos de este diálogo salvador entre Dios y la humanidad.

El “sí” de Dios nos alcanza a todos en la persona de esa humilde muchacha de Nazaret. El “sí” de María a Dios también representa de algún modo a todos los que a lo largo de la historia han dicho “sí” a los planes de Dios sobre sus vidas.

El ángel asegura a la Virgen que ahora se cumple radicalmente la promesa de Dios a David sobre el linaje perpetuo que le prepara.

–II–

Dios convierte nuestra historia en Historia de Salvación

El que el pueblo de Israel se estructurara, según sus deseos, finalmente como monarquía, no dependía directamente de Dios, sino de la elección del pueblo, aunque, por cierto, el último “juez”, Samuel, aceptó a regañadientes el cambio social que eso suponía.

Pero Dios demostró, como siempre, que, fuera cual fuera la forma de organización social de Israel –ahora finalmente la monarquía– lo importante es que él quería que todo redundase en bien para Israel. La historia, con minúscula, nos la hacemos nosotros, pero Dios la convierte en Historia con mayúscula, en Historia de Salvación.

Lo principal son los planes de Dios, que anuncian a David que su descendencia sería perpetua. Pablo expresa su alegría porque está convencido de que ha llegado la plenitud del tiempo y el misterio de la salvación en Cristo se ha revelado a todas las naciones.

Además, Dios tiene métodos muy sorprendentes para crear esa Historia de Salvación: elige a personas que según los criterios del mundo no parecerían las más adecuadas, pero que con su ayuda han realizado admirablemente la misión que se les encomendaba y han sido colaboradores muy eficaces de la salvación de la humanidad.

Lo de la “dinastía de David” es una de esas decisiones de Dios relacionadas con nuestra historia. María estaba desposada con José, que era precisamente de “la estirpe de David”, aunque venido a menos en lo social y en lo económico. Por eso el ángel dijo a María que a su hijo Dios le daría “el trono de David su padre”.

Jesús nació de una familia humana. No vino como un ángel extraño a nuestro mundo. El Mesías quiso tener raíces familiares concretas, nombre y apellido. María y José fueron los eslabones más próximos de una cadena que hace que Jesús sea hermano nuestro, arraigado en un pueblo, en una historia.

Esta historia pequeña se convierte en Historia importante: por obra del Espíritu, María va a dar a luz al Hijo de Dios. Jesús será “hijo de David”, pero, sobre todo, “Hijo de Dios”.

Hágase en mí según tu Palabra

Una vez más, haremos bien en detenernos ante el sentido profundo de este diálogo entre Dios y María de Nazaret, por mediación del ángel. Dios nos revela sus planes de salvación, gratuitos y llenos de amor. Y María nos da ejemplo de una docilidad plena. Su aceptación “hágase en mí según tu palabra”, se prolonga después en casa de su prima Isabel, en el canto del *Magnificat*, centrado en lo que ha hecho Dios en ella: “proclama mi alma... se alegra mi espíritu... ha hecho cosas grandes en mí...”.

Ahora es a nosotros, a los cristianos del siglo XXI, a quienes el ángel Gabriel nos anuncia lo que hace dos mil años anunció a María de Nazaret: que Dios quiere venir, que quiere nacer en nosotros, para bien de nuestro mundo de hoy.

La iniciativa siempre es de él, no nuestra. David recibió una buena lección de parte de Dios: no somos nosotros, los hombres, los que le hacemos un favor a Dios con nuestro culto (o con la idea de levantar un Templo, cosa que finalmente haría el hijo de David, Salomón), sino que es él, Dios, quien siempre se nos adelanta y nos llena de sus bendiciones. También en nuestro caso es Dios quien toma la iniciativa: se puede decir que el Adviento lo está celebrando él más que nosotros, que es él quien nos está preparando para la Navidad y está deseando “venir” en plenitud a nuestra vida.

Podemos preguntarnos, como preguntó María: ¿cómo puede ser esto? Porque tal vez no acabamos de creer que este mundo tenga remedio y que sea posible su evangelización. La respuesta es la misma que se le dio a ella: con nuestras solas fuerzas, no podremos ni salvar el mundo ni transformarlo, pero con la fuerza del Espíritu de Dios, sí. También a nosotros nos dice el ángel que no tengamos miedo, porque Dios nos ayudará y para él “no hay nada imposible”.

Ojalá escuche hoy Dios una respuesta sincera y profunda de nuestra parte: “hágase en mí según tu palabra”. Ojalá acojamos sinceramente en nuestra vida ese amor salvador de Dios.

Que no falte el Invitado principal

En vísperas ya de la fiesta de Navidad, los cristianos recibimos ánimos de esta Eucaristía para que nos preparemos debidamente a ella.

No se trata tanto de preparar cosas, que también habrá que prepararlas, sino de prepararnos nosotros. María y José no pudieron ofrecer al Hijo ni una cuna hermosa ni una casa limpia para su nacimiento: pero se ofrecieron ellos mismos y le acogieron desde de la fe, que es la mejor acogida.

Que no nos suceda a los cristianos lo que por desgracia parece a veces que pasa con otros: que se acuerdan de todos los detalles de la fiesta, pero tal vez se olvidan del Invitado principal, Dios mismo, y la alegría y la oración y el agradecimiento por la venida del Hijo de Dios a nuestra historia.

Celebrar en cristiano la Navidad es superar la perspectiva de una “fiesta de invierno” o de una “fiesta en familia”, que son cosas muy saludables, pero no suficientes. Celebrar la Navidad en cristiano es acoger lo profundo de ese Dios que se hace Dios-con-nosotros y quiere cambiar nuestra historia, de ese Cristo Jesús que se ha hecho nuestro Hermano y que permanece con nosotros todos los días, hasta el final de los tiempos.

NAVIDAD

Cf. una introducción histórica y la ambientación espiritual de la Navidad en el Dossier de las ferias de este tiempo:

Enséñame tus caminos. 1. Adviento y Navidad día tras día. Comentarios al Leccionario ferial (=Dossiers CPL 67), Barcelona, 6ª edición 2003, 99-107.

Cf., además, sobre la espiritualidad de la Navidad:

* *Celebrar la venida del Señor* (=Dossiers CPL 44), Barcelona, 3ª ed. 1999, 110 págs.

* *Adviento y Navidad. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 92), Barcelona 2001, 158 págs. (con disquete).

* J. Castellano, *El año litúrgico. Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (= Biblioteca Litúrgica 1), Barcelona, 2ª edición 1996, pp. 63-120: “la celebración de la manifestación del Señor”.

* J. Lligadas, *Navidad, Dios con nosotros* (= Emaús 8), Barcelona 1993, 72 págs.

En el Dossier 67 se comentan las lecturas de las ferias del tiempo de Navidad y Epifanía. En el presente, las cuatro misas de Navidad (vigilia, medianoche, aurora y día) y los domingos y festivos de este tiempo, terminando con el Bautismo del Señor.

Navidad y Epifanía

En Roma, a principios del siglo IV, aparece la fiesta de la Natividad del Señor el 25 de diciembre. Así en el calendario del 354 se dice: “octavo Kalendas ianuarii, natalis solis invicti, natus Christus in Bethlem Iudae”, “el octavo día antes de las calendas de enero (o sea, el octavo día antes del 1 de enero:

el 25 de diciembre) se celebra el nacimiento del Sol invicto, Cristo, que nace en Belén de Judá”. Hasta entonces, en el calendario cristiano, sólo se celebraba la Pascua semanal (todos los domingos) y la Pascua anual.

Puede ser que esta fecha se decidiera para sustituir a unas fiestas paganas que había en Roma por esas fechas, en honor del sol invicto. Hacia el 25 de diciembre, pasado el solsticio de invierno (21 de diciembre), el sol –el día–, empieza a predominar sobre la noche, en nuestro hemisferio. Era fácil la transcripción al Sol verdadero, porque a Cristo le cantamos en el *Benedictus* como “el sol que nace de lo alto” y como “luz para alumbrar a las naciones”.

Pero también podría que ser que, según cálculos que estuvieron muy en boga en el siglo IV (son testigos Agustín, Jerónimo y Crisóstomo), creyeran que el 25 de diciembre era precisamente el día histórico del nacimiento de Jesús. Partían, para ello, de una convicción muy extendida: que el 25 de marzo era la fecha en que coincidían acontecimientos importantes como la creación del mundo, la encarnación de Jesús y su muerte. Así lo afirma, por ejemplo, el calendario de la liturgia mozárabe antigua y lo defienden autores actuales muy serios. Ahora bien, si la encarnación fue el 25 de marzo, el nacimiento coincidía más o menos con el 25 de diciembre, a los nueve meses.

En Oriente (empezando tal vez en Egipto), por las mismas fechas, tenemos testimonios de que se ha organizado una celebración cristológica el 6 de enero, la Epifanía, sustituyendo también a otras fiestas “de la luz”, que se celebraban por el mismo motivo de la “victoria” del sol sobre el invierno.

Pronto, ya a partir del mismo siglo IV, hubo un “intercambio” de estas dos fiestas: en Oriente se aceptó también la Navidad del 25 de diciembre y en Occidente la Epifanía del 6 de enero. Aunque para nosotros la Epifanía no es, como para los orientales, la fiesta del Bautismo (o incluso del Nacimiento) de Jesús, sino su manifestación a los magos.

Estas semanas de Navidad y Epifanía nos invitan a celebrar un verdadero tiempo de gracia, un “sacramento” que no sólo conmemora, sino que hace presente y nos comunica la gracia del Nacimiento de Dios en nuestra familia. Navidad es el misterio de la “humanización” de Dios: Dios se hace hombre para “divinizar” al hombre. San León Magno dijo: “natalis capitis, natalis est corporis”, el nacimiento de la Cabeza es también el nacimiento del Cuerpo.

DOMINGOS Y FIESTAS DE NAVIDAD

Natividad del Señor 24 diciembre: Misa vespertina de la vigilia

Is 62, 1-5

El Señor te prefiere a ti

Hch 13, 16-17.22-25 Testimonio de Pablo sobre Cristo, Hijo de David

Mt 1, 1-25

Genealogía de Jesucristo, Hijo de David

25 diciembre: Misa de medianoche

Is 9, 1-3.5-6

Un hijo se nos ha dado

Tt 2, 11-14

Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres

Lc 2, 1-14

Hoy os ha nacido un Salvador

Misa de la aurora

Is 62, 11-12

Mira a tu Salvador que llega

Tt 3, 4-7

Según su propia misericordia nos ha salvado

Lc 2, 15-20

Los pastores encontraron a María y a José y al Niño

Misa del día

Is 52, 7-10

Verán los confines de la tierra la victoria
de nuestro Dios

Hb 1, 1-6

Dios nos ha hablado por el Hijo

Jn 1, 1-18

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

La Sagrada Familia

Si 3, 2-6.12-14 El que teme al Señor honra a sus padres
(o bien) Gn 15, 1-6; 21,1-3 Te heredarás uno salido de tus entrañas
 Col 3, 12-21 La vida de familia vivida en el Señor
(o bien) Hb 11, 8.11-12.17-19 Fe de Abrahán, de Sara y de Isaac
 Lc 2, 22-40 El niño iba creciendo lleno de sabiduría

1 enero. Santa María Madre de Dios

Nm 6, 22-27 Invocarán mi nombre sobre los israelitas
 y yo los bendeciré
 Ga 4, 4-7 Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer
 Lc 2, 16-21 Encontraron a María y a José y al Niño.
 A los ocho días, le pusieron por nombre Jesús

Domingo 2 de Navidad

Si 24, 1-2.8-12 La sabiduría de Dios habitó en el pueblo elegido
 Ef 1, 3-6.15-18 Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos
 Jn 1, 1-18 La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

Epifanía del Señor

Is 60, 1-6 La gloria del Señor amanece sobre ti
 Ef 3, 2-3a. 5-6 Ahora ha sido revelado que también los gentiles
 son coherederos de la promesa
 Mt 2, 1-12 Venimos de Oriente para adorar al Rey

Bautismo del Señor

Is 42, 1-4. 6-7 Mirad a mi siervo, a quien prefiero
(o bien) Is 55, 1-11 Acudid por agua; escuchadme y viviréis
 Hch 10, 34-38 Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo
(o bien) 1Jn 5, 1-9 El Espíritu, el agua y la sangre
 Mc 1, 7-11 Tú eres mi Hijo amado, mi preferido

MISA VESPERTINA DE LA VIGILIA DE NAVIDAD

—I—

Mañana contemplaréis su gloria

El sentido de esta Misa del 24 de diciembre por la tarde lo define ya su antífona de entrada, tomada de Éxodo 16: “hoy vais a saber que el Señor vendrá y nos salvará y mañana contemplaréis su gloria”. También el estribillo del aleluya antes del evangelio: “mañana quedará borrada la maldad de la tierra y será nuestro rey el Salvador del mundo”.

Esta Misa apunta, pues, claramente a la inminente fiesta de mañana. Pero no deja de lanzar una mirada a la venida última del Señor: “así como ahora acogemos gozosos a tu Hijo como Redentor, lo recibamos también confiados cuando venga como Juez” (oración colecta).

Esta Misa de la vigilia ya inaugura la celebración de la Natividad. Si se ve que para muchos va a ser la única Misa de esta festividad, se podrían utilizar para ella los textos de cualquiera de las Misas de la Natividad.

Para los que celebran diariamente la Eucaristía, el día 24 tiene ya su misa matutina.

Isaías 62, 1-5. *El Señor te prefiere a ti*

El profeta más leído en el Adviento, Isaías, nos anuncia la inminencia de la fiesta. Los últimos capítulos –que probablemente no son del primer Isaías, sino del segundo o del tercero– son claramente optimistas.

La de hoy es una lectura muy apropiada para la vigilia de la Navidad. El profeta no callará “hasta que rompa la aurora de su justicia”, y anima a su pueblo a confiar en Dios que es su Salvador: “los pueblos verán tu justicia”; “serás corona fúlgida en la mano del Señor... ya no te llamarán abandonada, sino mi favorita”.

La iniciativa la tiene Dios, que sigue amando a su pueblo: “el Señor te prefiere a ti... Como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó”. La comparación entre Dios y su pueblo como esposo y esposa es muy repetida en los profetas, y en el NT se aplica a Cristo y a su Iglesia.

El *salmo 88* expresa la alegría de los salvados: “cantaré eternamente las misericordias del Señor”. También se alude a David, de cuya descendencia viene Jesús, según la promesa de Dios: “te fundaré un linaje perpetuo”.

Hechos de los Apóstoles 13, 16-17. 22-25. *Testimonio de Pablo sobre Cristo, Hijo de David*

En el discurso que predicó en Antioquía de Pisidia, en la actual Turquía, precisamente en la sinagoga, a Pablo le interesa sobre todo resaltar que Jesús, el Mesías, proviene de la dinastía de David: “de su descendencia sacó Dios un Salvador para Israel, Jesús”.

También nombra a Juan el Bautista, personaje muy apreciado por los judíos, que señaló a Jesús de Nazaret como el Mesías: “detrás de mí viene uno...”. Los dos personajes, David y el Bautista, muestran claramente a Cristo Jesús como la respuesta de Dios a la humanidad.

Mateo 1, 1-25. *Genealogía de Jesucristo, Hijo de David*

Leemos hoy el comienzo del evangelio de Mateo, con la genealogía de Jesús. Ciertamente ni él ni Lucas –que también presenta otra lista genealógica– pretenden seguir una estricta metodología histórica. Mateo organiza los antepasados de Jesús en tres grupos, encabezados por Abrahán, David y Jeconías: este por ser el primero después del destierro de Babilonia.

A continuación describe Mateo el diálogo del ángel con José, resolviendo las dudas que este tenía sobre si era digno de entrar en el terreno del misterio que estaba sucediendo en su prometida, María. José, como siempre, “hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”: acogió a María como esposa y luego puso al hijo el nombre de Jesús, que significa “Dios salva”.

–II–**Cristo pertenece a nuestra familia humana**

La lista genealógica de Mateo tiene una intención inmediata: demostrar que Jesús pertenecía a la casa de David, por parte de José.

Pero tiene también una intención más profunda que nos ayuda a entender el misterio del Dios-con-nosotros. El Mesías esperado, el Hijo de Dios, se ha encarnado plenamente en la historia humana y está arraigado en un pueblo concreto, el de Israel. No es un extraterrestre o un ángel sin raíces aquí abajo. Pertenece con pleno derecho a la familia humana.

Los nombres de esta genealogía, donde hay personas famosas y otras desconocidas, no son precisamente una letanía de santos: hay en ella hombres y mujeres que tienen una vida recomendable, y otros que no son nada modélicos. En el primer apartado de los patriarcas, la promesa mesiánica no empieza con Ismael, el hijo mayor de Abrahán, sino con Isaac. No sigue con el hijo mayor de Isaac, que era Esaú, sino con el segundo, Jacob, que arrancó con trampas a su hermano el derecho de primogenitura. No con el hijo preferido de Jacob, el justo José, sino con Judá, que había vendido a su hermano.

En la lista de los reyes, junto a David, que es una mezcla de santo y pecador, aparecen, antes del destierro, unos reyes claramente impresentables. Aparte de Ezequías y Josías, los demás son idólatras, asesinos y disolutos. Después del destierro, apenas hay nadie que se distinga por sus valores humanos y religiosos. Hasta llegar a los dos últimos nombres, José y María.

Aparecen en este árbol genealógico cinco mujeres. Las cuatro primeras no son como para estar orgullosos de ellas. Rut es buena y religiosa, pero es extranjera, lo que para los israelitas es un inconveniente grave. Raab es una prostituta, aunque de buen corazón. Tamar, una tramposa que engaña a su suegro Judá para tener descendencia. Betsabé, una que ha cometido adulterio con David. La quinta sí: es María, la esposa de José, la madre de Jesús.

Entre los ascendientes de Jesús hay pecadores y santos. En verdad, los pensamientos de Dios no son como los nuestros. Él cuenta con todos y así va construyendo la historia. Jesús se ha hecho solidario de esta humanidad concreta, débil y pecadora, no de una ideal y angélica. Luego se pondrá en fila entre los que reciben el bautismo de Juan en el Jordán: él es santo, pero no desdeña mostrarse en compañía de los pecadores. Ha entrado en nuestra familia, no en la de los ángeles. No excluye a nadie de su Reino.

Navidad con un corazón abierto a todos

Es una lección para que también nosotros miremos a las personas con ojos generosos, sin menospreciar a nadie. Nadie es incapaz de salvación. La comunidad eclesial puede no gustarnos, porque la vemos débil y frágil en su testimonio. La sociedad nos puede parecer corrompida, y algunas personas indeseables, y las más cercanas, llenas de defectos. Pero Jesús viene precisamente a curar a los enfermos, no a felicitar a los sanos; a salvar a los pecadores, no a canonizar a los buenos.

La salvación es para todos. Jesús no renegó de su árbol genealógico porque en él hubiera personas pecadoras. Nosotros no debemos renegar de la generación en que nos ha tocado vivir. En esta Navidad deberíamos crecer en una visión más optimista de las personas y de los acontecimientos, sabiendo dar un margen de confianza a las capacidades de cada persona ante la gracia salvadora de Dios.

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

25 de diciembre

—I—

“Hoy” nos ha nacido el Salvador

En estas fiestas de Navidad oímos repetidas veces la palabra “hoy”: “yo te he engendrado hoy”, “hoy, desde el cielo, ha descendido la paz sobre nosotros”, “has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo”, “hoy nos ha nacido un Salvador”, “hoy brillará una luz sobre nosotros”, “hoy una gran luz ha llegado a la tierra”, “hoy nos ha nacido el Salvador”. Lo mismo pasará en la Epifanía: “hoy se nos ha manifestado”, “hoy la estrella condujo a los magos”.

Este “hoy” quiere significar que lo que celebramos en la Navidad no es un aniversario, sino un “sacramento”, o sea, una actualización sacramental del hecho salvífico del nacimiento humano del Hijo de Dios. En la fiesta de la Navidad Dios nos comunica la gracia de un “nuevo nacimiento” como hijos en la familia de Dios. La Navidad es la condensación del “ayer” de Belén y del “mañana” de la última venida del Señor en el “hoy” de la celebración de este año, que es un acontecimiento siempre nuevo, no sólo un recuerdo pedagógico de hechos pasados.

Las lecturas bíblicas de las tres misas de la Navidad (noche, aurora, día) son intercambiables entre sí. Más aún, también se pueden utilizar en la misa vigiliar del 24 las lecturas de las tres misas de la fiesta. Hay que tener en cuenta que la misa más importante, para muchos la única, es la del día.

MISA DE MEDIANOCHE

Isaías 9, 1-3. 5-6. *Un hijo se nos ha dado*

El profeta Isaías, clásico en el Adviento, nos anuncia también la Navidad. Proclama gozosamente que “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande”. La metáfora de la luz es muy expresiva para significar el cambio que sucederá al pueblo elegido cuando termine su destierro.

La liberación producirá gran alegría: “acreciste la alegría, aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia”. El profeta asegura que se acaba la tiranía y la “vara del opresor”. El motivo es que “un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”.

Si el profeta hablaba, a corto plazo, de algún rey próximo –podría ser que el pasaje perteneciera al “ritual de entronización” de un nuevo rey en Israel, o fuera anuncio del rey Ezequías–, nosotros, los cristianos, interpretamos este “hijo que se nos ha dado” aplicándolo a Cristo Jesús, el verdadero “príncipe de la paz”, el que ocupa “el trono de David” y quiere consolidar nuestro mundo “con la justicia y el derecho”.

El *salmo* prolonga esta alegría con un canto de victoria, al que la antifona da un claro color cristiano: “hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”.

Tito 2, 11-14. *Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres*

En la carta a su discípulo Tito, a quien había encomendado la comunidad de Creta, Pablo le da unas consignas para la conducta de los cristianos.

Habla de dos “apariciones”, la que ya sucedió, al encarnarse Jesús en nuestra historia, y la que esperamos al final de los tiempos: “ha aparecido la gracia de Dios”, “aguardando la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador, Jesucristo”.

En el tiempo intermedio, los cristianos, teniendo la garantía del triunfo final, debemos llevar “una vida sobria, honrada, religiosa”, renunciando “a la vida sin religión y a los deseos mundanos”.

Lucas 2, 1-14. *Hoy os ha nacido un Salvador*

Leemos en esta Misa (y también en otras, si lo preferimos) este evangelio de Lucas, que parece el más indicado para la fiesta.

Nos narra el nacimiento de Jesús, en la mayor pobreza: “le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre”. En ese nacimiento tan sencillo se cumplen las promesas: José pertenece a la familia de David, aunque venida a menos socialmente, y así el Mesías nace, como se había prometido, de la dinastía de David.

A continuación nos narra Lucas la aparición del ángel a los pastores –la gente sencilla y humilde son los primeros destinatarios de la Buena Nueva– anunciándoles la noticia que llena al mundo de alegría: “hoy os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”.

Se puede completar la lectura con el evangelio de la “misa de la aurora”, que es su continuación: los pastores corren al pesebre, encuentran al Niño y se convierten en los primeros apóstoles de la buena noticia.

MISA DE LA AURORA

Isaías 62, 11-12. *Mira a tu Salvador que llega*

En el breve pasaje de hoy, Isaías anuncia ya el retorno de los desterrados a Jerusalén y canta la alegría del “pueblo santo”, de los “redimidos del Señor”, de la que parecía olvidada de Dios, pero que es la “ciudad no abandonada”. Es como un himno de alabanza y alegría por la salvación del pueblo: Dios está con ellos.

El *salmo* es muy propio de la misa de una aurora: “amanece la luz para el justo y la alegría para los rectos de corazón”, acompañado por un estribillo navideño: “hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor”.

Tito, 3, 4-7. *Según su propia misericordia nos ha salvado*

También es breve, pero jugoso, el pasaje de la carta que Pablo escribe a Tito, el responsable de la comunidad de Creta.

Le ofrece una serie de consignas para la vida de aquellos cristianos, motivadas porque “ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre”. Pablo se refiere al Bautismo, a la iniciación cristiana que ya han celebrado esos cristianos, iniciación que es “segundo nacimiento” y “renovación por el Espíritu Santo”. La llegada del amor de Dios y la experiencia del Bautismo para los cristianos les hace mirar hacia delante, porque “somos, en esperanza, herederos de la vida eterna”.

Lucas 2, 15-20. *Los pastores encontraron a María y a José y al Niño*

Este pasaje es continuación del evangelio de la medianoche: los pastores, después de oír el anuncio de los ángeles, corren a Belén, encuentran al Niño con sus padres y se convierten en pregoneros de su venida.

Es una escena muy sencilla y humana, pero admiramos la actitud de fe de aquellos pastores, que reconocen al Mesías en su pobreza y le adoran, y luego cuentan a todos su experiencia, convirtiéndose en evangelizadores de la Buena Nueva para todos los que les quieran oír. Mientras tanto, la madre, María, medita todo esto en su corazón.

MISA DEL DÍA

Isaías 52, 7-10. *Verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios*

El profeta, probablemente el segundo Isaías, nos invita a la esperanza porque Dios “consuela a su pueblo y rescata a Jerusalén”. La promesa se refiere a los tiempos del destierro en Babilonia y a su próximo final. Pero nosotros leemos el pasaje desde la perspectiva de la encarnación del Hijo de Dios.

Si en el AT se hablaba de lo hermosos que son los pies del mensajero que trae buenas noticias, los cristianos podemos leer con más alegría que los oyentes de Isaías el anuncio de que “tu Dios es Rey”, o que “ven cara a cara

al Señor”, o que “verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios”. En verdad, “¡qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!”.

El *salmo* nos hace cantar sentimientos de alegría y victoria: “cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas”, y hemos repetido con convicción: “los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”.

Hebreos 1, 1-6. *Dios nos ha hablado por el Hijo*

Escribiendo a cristianos que proceden del judaísmo, el autor de esta carta puede argumentar a partir del AT, para hacer ver cómo en Cristo se cumplen en plenitud todas las promesas.

Los versículos que leemos hoy son como un resumen de toda la carta y una cristología concentrada: Dios nos ha hablado por los profetas, y ahora lo hace por medio de su Hijo. Cristo es “reflejo de la gloria” de Dios y “sostiene el universo con su palabra poderosa”. Es Hijo y Heredero, es superior a todos los ángeles; y ya desde la creación inicial, por medio de él, Dios “ha ido realizando las edades del mundo”.

Juan 1, 1-18. *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*

El evangelio de hoy nos ayuda a profundizar en la celebración de la Navidad: es el prólogo del evangelio de Juan. Esta lectura, junto con las anteriores, da a la Misa de hoy un tono contemplativo y teológico en las fiestas del Nacimiento del Hijo de Dios.

Este evangelio nos habla de la pre-existencia del Verbo en el seno de Dios, como el “Logos”, la Palabra viviente, por la que es creado el universo. Pero en la plenitud del tiempo se hace hombre, se encarna y “acampa entre nosotros”, nos revela al Padre y nos hace partícipes de la plenitud de su gracia y de su vida.

Es verdad que muchos, a pesar de que “viene a su casa”, no le acogen. Pero los que le acogen reciben el mejor don: ser hijos de Dios.

-II-

La luz: teología de la Navidad

La fiesta de Navidad, fiesta popular donde las haya, la tenemos que celebrar con un color claramente cristiano, asimilando las dimensiones más teológicas que nos presentan las lecturas y oraciones de las tres misas.

La escena del evangelio es muy sencilla: José y María van a Belén a inscribirse, porque así lo manda la ley. Allí María da a luz y, como no tienen lugar en la posada, cuando nace el Niño lo depositan en un pesebre.

Este acontecimiento, que nos produce alegría y gratitud, tiene una dimensión teológica que los textos de hoy nos ponen de relieve. Ese Niño recién nacido es también el Maestro, el Profeta, el Hijo de Dios, el que luego aceptará, por solidaridad, la muerte, reconciliando a la humanidad con Dios, y volverá glorioso al final de los tiempos como Juez universal. A la ternura se une la teología. Es la teología que también expresamos –en esta fiesta con más razón– en el canto del “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz”.

En uno de los prefacios de este tiempo, el lenguaje se hace también muy teológico: “en el misterio santo que hoy celebramos, Cristo, el Señor... se hace presente entre nosotros de un modo nuevo: el que era invisible en su naturaleza, se hace visible al adoptar la nuestra; el eterno comparte nuestra vida temporal... para asumir en sí todo lo creado, para reconstruir lo que estaba caído... para llamar de nuevo al reino de los cielos al hombre sumergido en el pecado” (prefacio II).

Una imagen que hoy se repite varias veces es la de la luz: “has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo, la luz verdadera”, “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande”, “hoy brillará una luz sobre nosotros”, “los que vivimos inmersos en la luz de tu Palabra”, “amanece la luz para el justo”, “hoy una gran luz ha bajado a la tierra”, “la Palabra era la luz verdadera que alumbra a todo hombre”. Somos invitados a la fiesta de la luz.

Con razón damos gracias a Dios “porque la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor” (prefacio I).

Los motivos de la alegría de la Navidad

Por muy preocupados que estemos por los problemas de la vida, y por negro que veamos el panorama social o eclesial, es bueno que nos dejemos contagiar de la alegría y la esperanza que ya anunciaba Isaías: “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande... porque un hijo se nos ha dado”. Lo que él anunciaba en el AT, nosotros tenemos mayor ocasión de creerlo como ya realizado en Cristo Jesús.

Repetidamente se nos invita a la alegría: “alegrémonos todos en el Señor”, “acreciste la alegría y aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia, como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín”, “alégrese el cielo, goce la tierra, delante del Señor que ya llega”, “os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo”, “celebramos rebosantes de gozo el misterio del nacimiento de Cristo”, “la tierra goza, se alegran las islas innumerables”, “hemos celebrado con cristiana alegría el nacimiento de tu Hijo”.

Según Isaías, lo que trae el futuro Mesías es la liberación de toda clase de esclavitud: del bastón que golpea, del yugo injusto que se impone a los demás. Dios nos quiere dar “una paz sin límites”, hecha de “justicia y derecho”. En efecto, Cristo nos salva de las pequeñas o grandes esclavitudes que nos amenazan: materialismo, egoísmo, pesimismo, intolerancia, rencor, pereza, sensualidad, violencia.

Cristo ha venido a comunicarnos la salvación y la filiación divina.: “hoy nos ha nacido el Salvador para comunicarnos la vida divina”, “ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos”, “así, justificados por su gracia, somos, en esperanza, herederos de la vida eterna”, “de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia”, “a cuantos le recibieron les da poder para ser hijos de Dios”.

Alegría, paz, victoria, vida, liberación, justicia, filiación divina: vale la pena que los cristianos proclamemos, para nosotros mismos, y a todos los que nos quieran escuchar, este mensaje de alegría y de bendiciones que nos vienen de Dios en esta fiesta del nacimiento de su Hijo.

Esta “noticia” no saldrá precisamente en los telediarios. Pero los cristianos sí la sabemos y la celebramos.

El “maravilloso intercambio” que nos salva

Algunos textos de esta fiesta hablan de un admirable intercambio que sucede en la Navidad: “hoy resplandece ante el mundo el maravilloso intercambio que nos salva, pues al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición, no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos” (prefacio III).

Lo dicen otras oraciones: “haznos participar de la divinidad de tu Hijo que, al asumir la naturaleza humana, nos ha unido a la tuya de modo admirable”, “compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana”.

Es la noticia de la “humanización” de Dios y de la “divinización” del hombre: el hombre ha sido elevado a la categoría de hijo en la casa de Dios.

Mirando también al futuro

En la Navidad, que parecería sólo una celebración histórica, o en todo caso una actualización de la gracia que Dios nos comunica hoy y aquí, miramos también al futuro.

Pablo, por ejemplo, además de proponernos como motivo de alegría que “ha aparecido la gracia de Dios”, también nos invita a mirar hacia el final de los tiempos, “aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador Jesucristo”.

En las oraciones pedimos a Dios: “concédenos gozar en el cielo del esplendor de su gloria a los que hemos experimentado la claridad de su presencia en la tierra”, “concédenos que, así como ahora acogemos, gozosos, a tu Hijo como redentor, lo recibamos también confiados cuando venga como Juez”.

De nuevo estamos en la dinámica de la historia de la salvación, que ha estado presente durante el Adviento: la venida humilde de Jesús en Belén es el comienzo de nuestra salvación. Su venida última y gloriosa, que no sabemos cuándo ni cómo será, nos llenará de alegría si hemos sabido vivir conforme a su programa de vida. En la oración que sigue en la misa al Padrenuestro decimos cada día: “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”.

Los pastores, maestros de la acogida

Fueron unas personas sencillas las que supieron ver la llegada de los tiempos mesiánicos y acogieron al Enviado de Dios. Ante todo esa joven pareja de creyentes que se llamaban José y María. Luego, los pastores, que hicieron caso a la invitación de los ángeles, corrieron a Belén y reconocieron al Mesías a pesar de la extrema pobreza de su venida.

Otros, los importantes de Jerusalén, las autoridades tanto políticas como religiosas, no se enteraron, o no se quisieron enterar. Los pastores, sí. A veces son las personas humildes las que están más abiertas a la salvación y a la fe. Jesús, ya desde su nacimiento, pertenece a los pobres, que serán también sus predilectos en su actuación y en sus enseñanzas: basta recordar las bienaventuranzas.

Todos somos invitados a esta actitud de acogida. Dios se nos ha acercado, Dios es Dios-con-nosotros, y ha querido compartir nuestra vida para que nosotros, acogiéndole, compartamos la suya. Sea cual sea nuestro estado social, o nuestra edad, o nuestra cultura, todos somos importantes para Dios. Esta Navidad podemos decir, con mayor sentido que nunca, y desde el fondo de nuestro ser, la oración del Padrenuestro que nos enseñó Jesús. Porque el Hijo de Dios se ha hecho Hermano nuestro, todos somos hijos en la familia de Dios.

Podemos espejarnos en esos pastores de Belén y acoger con fe y hasta con emoción a Dios en nuestras vidas. Y, además, ser apóstoles y evangelizadores para con los demás: “el que encomendó al ángel anunciar a los pastores la gran alegría del nacimiento del Salvador os llene de gozo y os haga también a vosotros mensajeros del Evangelio” (bendición solemne).

Consecuencia para la vida

Esto no sólo provoca nuestras alabanzas y cantos en la celebración litúrgica. Debe también producir un cambio en nuestras vidas. Sería una pena que también de nosotros se tuviera que decir: “vino a su casa y los suyos no le recibieron”. O lo que pasó a la pareja José y María, que andaban buscando una casa para dar a luz y no hubo sitio en ninguna para ellos.

A veces estamos tan llenos de cosas y de preocupaciones intrascendentes, que no tenemos sitio para Dios en nuestra vida. Celebrar la Navidad debería significar hacer sitio al amor de Dios en nuestro programa de vida. Para muchos, la Navidad es sólo un período de vacación, de regalos y de encuentros familiares. Lo cual no está nada mal. Pero los cristianos tenemos un “plus” de motivos de alegría y de celebración. Deberíamos, por tanto, evitar los peligros de una banalización consumista de esta fiesta. Deberíamos re-evangelizarla, llenándola del motivo fundamental de su celebración.

Pablo, en la carta a Tito (misa de la noche), nos señala un programa de vida consecuente con la alegría que celebramos: “renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos” y llevar ya desde ahora “una vida sobria, honrada y religiosa”, de modo que seamos “un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras”.

Por eso pedimos a Dios “la gracia de vivir una vida santa”, “que resplandezca en nuestras obras la fe que haces brillar en nuestro espíritu”. En la bendición solemne de esta fiesta el sacerdote nos desea a todos: “Dios, que dispuso las tinieblas del mundo con la encarnación de su Hijo... e iluminó este día santo, aleje de vosotros la tiniebla del pecado y alumbré vuestros corazones con la luz de la gracia”.

LA SAGRADA FAMILIA

—I—

Un modelo para las familias cristianas

Terminamos los domingos del año civil con una fiesta entrañable: en el ambiente de la Navidad recordamos a la familia de Jesús, María y José en Nazaret.

Es una fiesta reciente: fue establecida hace poco más de un siglo por el papa León XIII para dar a las familias cristianas un modelo evangélico de vida.

La oración colecta expresa muy bien esta finalidad. Presenta a la familia de Nazaret como un “maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo”, para que imitando “sus virtudes domésticas y su unión en el amor”, podamos llegar a “gozar de los premios eternos en el hogar del cielo”. En la oración sobre las ofrendas pedimos a Dios: “guarda nuestras familias en tu gracia y en tu paz verdadera”. Y en la poscomunión, que “después de las pruebas de esta vida, podamos gozar en el cielo de tu eterna compañía”.

En unos tiempos en que la familia humana y cristiana es puesta en peligro incluso en su misma identidad, es bueno que escuchemos lo que la Palabra de Dios nos dice acerca de ella.

Las lecturas primera y segunda, que tienen lecturas diferentes para los tres ciclos, nos presentan ejemplos de virtudes domésticas. El evangelio nos recuerda escenas de la infancia de Jesús. En el ciclo A se leen las lecturas más

clásicas, las que están en primer lugar. Pero nosotros aquí prestaremos atención también a las propias del ciclo B, que ponemos en segundo lugar.

Eclesiástico 3, 2-6. 12-14. *El que teme al Señor honra a sus padres*

El libro del Eclesiástico, uno de los últimos libros sapienciales del AT, se llama también Sirácida, porque lo escribió Jesús Ben Sira, o hijo de Sira, unos doscientos años antes de Cristo.

El pasaje de hoy habla de las relaciones entre hijos y padres. El que honra a sus padres, dice el sabio, se asegura una serie de beneficios: expía sus pecados, acumula tesoros, se llena de alegría y, cuando ora, es escuchado por Dios, que además le concede larga vida.

Añade un toque de realismo: un buen hijo no abandona a sus padres tampoco cuando se hacen viejos y “aunque flaquee su mente”.

El *salmo* también habla del ambiente familiar: con la mujer al frente de la casa, como “parra fecunda”, y los hijos en torno a la mesa, gozando todos de la bendición de Dios.

(O bien) **Génesis 15, 1-6; 21, 1-3.** *Te heredaré uno salido de tus entrañas*

El pasaje de hoy nos muestra cómo la fe de Abrahán en la promesa que le había hecho Dios, de que tendría una numerosa descendencia, pasó por momentos de angustia. Dios le asegura, una vez más, que le heredará “un hijo salido de sus entrañas”, a pesar de que es anciano, así como su mujer, Sara.

En efecto, nace finalmente Isaac, el “hijo de la promesa”. Dios conduce la historia de sus elegidos y hace de Abrahán cabeza de todo el pueblo de Israel.

Es lógico que el *salmista* se muestre agradecido, acordándose de la “estirpe de Abrahán, su siervo”, y nos invite a alabar a Dios: “el Señor es nuestro Dios, se acuerda de su alianza eternamente... dadle gracias... cantadle... recordad las maravillas que hizo”.

Colosenses 3, 12-21. *La vida de familia vivida en el Señor*

En la carta que escribe Pablo a la comunidad de Colosas (en Frigia, actual Turquía), les presenta un programa ideal de vida comunitaria. Su “uniforme” —el vestido que les distingue de los demás— debe ser misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón. Pablo desciende también a una ejemplificación en el ámbito de la familia: las relaciones entre marido y mujer, y entre padres e hijos.

A la vez, los cristianos deben permanecer en la acción de gracias (¿alusión a la eucaristía?), dando primacía a la Palabra y orando con cantos, salmos e himnos.

(o bien) **Hebreos 11, 8.11-12.17-19.** *Fe de Abrahán, de Sara y de Isaac*

Esta lectura sigue el hilo de la primera, si se ha escogido Gn 15. El autor de la carta a los Hebreos quiere animar a la fidelidad a sus lectores, proponiéndoles una lista de ejemplos tomados del AT: personas que tuvieron fe y se mantuvieron fieles a Dios a pesar de las oscuridades de su tiempo. Hoy leemos el ejemplo que les propone de la familia de creyentes que formaron Abrahán, Sara e Isaac.

Abrahán tuvo gran fe en Dios y siguió su orden, abandonando su tierra “sin saber adónde iba”, y en adelante su vida fue la de un nómada, viviendo en tiendas. También su mujer, Sara, anciana y estéril, “juzgó digno de fe al que se lo prometía”, experimentó la fidelidad de Dios y dio a luz al hijo esperado. Pero el colmo de la fe de esta familia fue cuando Abrahán se mostró dispuesto a sacrificar a ese hijo suyo, que había esperado tanto, si iba a ser para cumplir la voluntad de Dios. Aunque no tuvo que completar el sacrificio, porque el ángel de Dios le detuvo.

Lucas 2, 22-40. *El niño iba creciendo lleno de sabiduría*

En este ciclo B leemos la significativa escena de la presentación de Jesús en el Templo, que los orientales llaman “el Encuentro”. Es un episodio lleno de simbolismo, porque cumple las figuras antiguas y anticipa también lo que Jesús va a hacer y decir en ese Templo cuando sea mayor.

Sus padres cumplían así la ley de consagrar a Dios a su primogénito. Como dice Pablo en Ga 4, el Mesías “nació de una mujer, bajo la ley”. María y José se encuentran en el Templo con dos personas mayores, Simeón y Ana, que representan a aquellos creyentes del pueblo elegido que vivían intensamente la espera del Mesías. Ellos saben reconocer en el niño al Enviado de Dios, la luz de todas las naciones.

Lucas pone en labios de Simeón un himno de gratitud a Dios, el “Nunc dimittis” que rezamos cada noche en la hora de Completas, y también el anuncio profético de lo que tendrá que sufrir María, la Madre, porque su Hijo va a ser “bandera discutida”, objeto de contradicción por parte de sus adversarios.

El relato concluye con un breve apunte de la vida de esta familia en Nazaret y el proceso de crecimiento de Jesús.

-II-

Programa de vida de familia

De la familia de Nazaret –a la que siempre nos deberíamos acercar con un infinito respeto, porque está sumergida en el misterio de Dios– no sabemos muchas cosas. Pero una cosa sí es segura: el Hijo de Dios quiso nacer y vivir en una familia y experimentar nuestra existencia humana, precisamente en una familia pobre, trabajadora, que tendría muchos momentos de paz y serenidad, pero que también supo de estrecheces económicas, de emigración, de persecución y de muerte.

Esta familia de Nazaret aparece como un modelo amable de muchas virtudes que deberían copiar las familias cristianas: la mutua acogida y comprensión, la comunión perfecta, la fe en Dios, la capacidad de silencio y oración, la fortaleza ante las dificultades, el cumplimiento de las leyes sociales y de la voluntad de Dios, el acompañamiento en el crecimiento humano y creyente de los hijos.

El programa que aparece en los textos de esta fiesta vale para las familias, para las comunidades religiosas, para las parroquias, para la humanidad entera. Nos irían bastante mejor las cosas si en verdad los hijos cuidaran de sus padres siguiendo los consejos del Sirácida. Y si todos tuviéramos la disponibilidad y la fe de la familia de Abrahán incluso en circunstancias que pueden parecer increíbles y paradójicas. Y si en nuestras relaciones con los demás vistiéramos ese “uniforme” del que habla Pablo: misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón. Los consejos de Pablo parecen pensados para nosotros: “perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro... que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón... y, por encima de todo, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada”. Pablo conocía bien las dificultades de la convivencia humana.

La fiesta de hoy no nos da soluciones técnicas para la vida familiar o social, pero nos ofrece las claves más profundas, humanas y cristianas, de esta convivencia. Habrán cambiado las condiciones sociales y el modo de relacionarse padres e hijos en comparación con las que describían los libros del AT o las cartas de Pablo. Ahora, por ejemplo, se tienen mucho más en cuenta los derechos de cada persona, y el papel de la mujer, como esposa y madre, es muy diferente del de hace siglos. Pero los principios y los valores principales siguen ahí: el respeto, el amor, la solidaridad, la tolerancia, la ayuda mutua.

Cuando los padres se hacen viejos y hay que cuidarlos

(Si se elige Eclesiástico) Ben Sira nos traza un pequeño tratado sobre el comportamiento de los hijos para con sus padres. Se puede decir que tenemos aquí un comentario o glosa del cuarto mandamiento: “honrarás al padre y a la madre”. El marco social ha cambiado, pero la norma que él da sigue en pie: atender a los padres, honrar padre y madre.

También sigue actual el detalle que el sabio del AT apuntaba respecto a los padres ancianos, a los que ya “les flaquea la mente”. Él no sabía nada del mal de Alzheimer, pero parece describirlo, y nos invita a extremar nuestro amor a los mayores precisamente en esas circunstancias. Es fácil tratar bien

a los padres cuando son ellos los que nos ayudan a nosotros, porque dependemos hasta económicamente de ellos. Y difícil cuando ya no se valen por sí mismos y son ellos los que dependen de nuestra ayuda.

El Catecismo de la Iglesia Católica, citando precisamente este pasaje del Sirácida, concreta el “cuarto mandamiento” recordando a los hijos sus responsabilidades para con los padres: “Cuando se hacen mayores, los hijos deben seguir respetando a sus padres... La obediencia a los padres cesa con la emancipación de los hijos, pero no el respeto que les es debido, que permanece para siempre... En la medida en que ellos pueden, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus enfermedades, y en momentos de soledad o de abatimiento” (CCE 2217-2218).

El ejemplo de una familia creyente: la de Abrahán

(Si se elige Génesis y Hebreos) Las dos primeras lecturas más propias del ciclo B nos presentan una familia realmente ejemplar y de fe recia: la de Abrahán.

Los tres, Abrahán, Sara y también Isaac, aceptan el plan salvador de Dios sobre ellos, aunque va a traer a su vida dificultades no pequeñas. Dios ha pensado en ellos para que sean el inicio del pueblo elegido. En una situación que parece más bien inadecuada –la esterilidad de unos ancianos– sin embargo creen en Dios, o creen a Dios, y renuncian a sus propios planes para obedecer a los de Dios.

Con razón se alaba repetidamente en el Nuevo Testamento la fe de esta familia que abandona su patria y está dispuesta a sacrificar incluso a su único hijo, con plena confianza en los designios de Dios, porque “Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar muertos”. El acento habría que ponerlo en toda la familia, que por sus circunstancias difíciles es hoy como la figura profética de la familia de Nazaret, también envuelta en los planes salvadores de Dios.

Una familia que cree y que ora

Este programa de vida familiar y comunitaria no es nada fácil. No se puede basar sólo en una filantropía humana, o en motivos de mera convivencia civilizada, sino sobre todo en la fe.

Para una vida familiar y comunitaria sólida necesitamos la fe, porque el motivo último de este amor que se nos pide es el amor que Dios nos ha mostrado en su Hijo y que estos días se nos ha manifestado de un modo más explícito. Ya Ben Sira ponía como motivo fundamental del amor a los padres la mirada hacia Dios: “el que honra a su padre, cuando rece será escuchado; al que honra a su madre, el Señor le escucha”.

Cuando Pablo invita a las mujeres, a los maridos y a los hijos a superar las dificultades que puedan encontrar y a vivir en paz y armonía, no se basa sólo en que debemos convivir civilizadamente unos con otros, sino que añade una pequeña pero significativa expresión: “en el Señor”.

Necesitamos la ayuda de Dios. Si no hubiera sido por esta ayuda, Abrahán no hubiera podido cumplir su misión. Pablo nos invita a no descuidar la acción de gracias (Eucaristía), a dar el debido lugar a la Palabra de Dios, a dar sentido a nuestra vida con la oración y el canto de salmos e himnos. Una agrupación humana, sea la familia o una comunidad religiosa, no puede superar las mil dificultades que encuentra para la convivencia, si no es con la ayuda de Dios. Si existe esta apertura de fe, entonces sí se puede creer que es posible lo que Pablo recomienda a los Colosenses: que en la vida, “todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús”. El programa de Pablo es claro y concreto, pero difícil de cumplir cada día, como todos hemos experimentado más de una vez.

Es interesante que los tres miembros de la familia de Nazaret sean presentados a lo largo del evangelio como personas que se distinguen por su escucha de la Palabra. De José se dice varias veces que, cuando despierta, cumple lo que se le había comunicado de parte de Dios. María contesta en su diálogo con el ángel: “hágase en mí según tu palabra”. Jesús afirma que debe estar en las cosas de su Padre, y en toda su vida aparece siempre atento a cumplir la voluntad de Dios.

Una familia que cada domingo acude a celebrar la Eucaristía tiene un apoyo consistente en la escucha de la Palabra y en la comunión con Cristo como su alimento, para su camino de convivencia y de crecimiento humano y cristiano. Así es como crece más eficazmente como una “iglesia doméstica” (LG 11).

Los mayores: testigos en una familia

En una familia hay también personas mayores, sobre todo los abuelos. El evangelio de hoy es un buen modelo del papel evangelizador y testimonial que pueden tener estas personas mayores en la familia y en la sociedad.

Cuando Jesús entra por primera vez en el Templo, llevado por sus padres, se encuentra allí con Simeón y Ana, que representan de algún modo al “resto de Israel” que acoge al enviado de Dios, como antes lo habían hecho los pastores y los magos de Oriente y, sobre todo, la joven pareja de José y María. Ellos, desde el prestigio y la experiencia de su ancianidad, supieron alabar a Dios por su fidelidad y a la vez dar testimonio de su alegría, avisar a María del futuro que le esperaba y “hablar del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén”.

Unas personas mayores no podrán hacer otras cosas, ni tener tanta energía como cuando eran jóvenes, pero sí pueden dar un testimonio así y ayudar a los más jóvenes en su camino de fe, con su propio ejemplo y con su palabra oportuna.

Una familia más santa, fruto de la Navidad

A la vez que, en el clima de la Navidad, seguimos meditando y celebrando el misterio del Dios hecho hombre, nos miramos hoy al espejo de la Sagrada Familia para mejorar el clima de la nuestra. Dios ha querido encarnarse en una familia humana, con hondas raíces genealógicas en un pueblo: Abrahán, David... El que era “de la misma naturaleza del Padre”, se hizo uno de nosotros y “compartió en todo nuestra condición humana menos en el pecado”.

Las lecturas propias de este ciclo B acentúan la iniciativa gratuita de Dios –que concede un hijo a una pareja de ancianos y sobre todo ha enviado a

su Hijo como luz y salvación del mundo– y la fe de unas personas, como Abrahán, María, José, Simeón y Ana, que saben descubrir la voluntad de Dios en sus vidas y la acogen con fidelidad.

Precisamente ahora en que tantos interrogantes se levantan contra la institución de la familia humana y cristiana, en un tiempo en que tal vez más que en otros sentimos las dificultades de la convivencia familiar y se multiplican los ejemplos de violencia doméstica, y también se ve más difícil la estabilidad de nuestras opciones y relaciones, la Palabra de Dios ilumina desde la luz cristiana y navideña el ideal de la familia tal como la quiere Dios.

Ojalá las nuestras imiten esas consignas de fe en Dios y de unión y mutua acogida y tolerancia que escuchamos en las lecturas de hoy. Es en ese clima donde una familia encuentra su mejor salud, su equilibrio y su ilusión para seguir ayudándose mutuamente –los esposos entre sí, los padres para con los hijos, los hijos para con los padres– a crecer en los valores humanos y cristianos.

SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

1 de enero

—I—

El recuerdo de la Madre en la fiesta del Hijo

La fiesta de hoy tiene varias direcciones: es el comienzo del año civil (la más popular), es la octava de la Navidad, el día en que Jesús fue circuncidado y le pusieron ese nombre, la jornada de oración por la paz (que podría motivar de modo especial la oración por la paz del mundo y el gesto de la paz mutua antes de comulgar). Pero, sobre todo, es la solemnidad de Santa María Madre de Dios.

Aunque el protagonista de todo este tiempo es Cristo Jesús, el recuerdo de la Virgen en la octava de la Navidad no le quita al Hijo ninguna importancia y nos ayuda a vivir mejor el misterio del Dios-con-nosotros. El título de “Santa María Madre de Dios” es el principal de todos los demás que se pueden aplicar a la Virgen y es seguramente la fiesta mariana más antigua en la liturgia romana.

Números 6, 22-27. *Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré*

En este libro, que se llama de los “Números” porque comienza con el censo de las tribus de Israel, los sacerdotes del AT reciben el encargo de bendecir a los fieles que acuden al lugar del culto, transmitiéndoles así la bendición de Dios, acompañada de su paz, sobre todo con ocasión del año nuevo.

Hoy tiene muy buen sentido este breve pasaje: también nosotros necesitamos, para todo el año que empieza, la bendición de Dios, que ahora está llena de mayor contenido, desde la venida de Cristo Jesús a nuestra familia.

El hermoso *salmo* que prolonga esta lectura pide para nosotros que “el Señor tenga piedad y nos bendiga”, y lo hace no sólo para nosotros, sino para todos los pueblos de la tierra, en un claro color universalista: “que te alaben todos los pueblos”.

Gálatas 4, 4-7. *Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer*

Pocas alusiones encontramos en Pablo a la Madre del Mesías. Hoy leemos cómo les dice a los cristianos de Galacia que Dios envió a su Hijo “nacido de una mujer y nacido bajo la ley” de Moisés, integrado, por tanto, en la raza humana y en concreto en el pueblo de Israel.

La finalidad de esa venida es, según Pablo, “rescatar a los que estaban bajo la ley” y, sobre todo, “que recibiéramos el ser hijos” y así poder decir, movidos por el Espíritu, “Abbá, Padre”. Y si somos hijos, somos “también herederos”.

Lucas 2, 16-21. *Encontraron a María y a José y al Niño.*

A los ocho días, le pusieron por nombre Jesús

De nuevo escuchamos, como el día de Navidad, cómo los pastores encontraron al Niño en Belén y marcharon luego gozosos, contando a todos su experiencia. Y también cómo “María conservaba todas estas cosas, meditando en su corazón”.

Aquí se añade además lo que sucedió “a los ocho días” del nacimiento de Jesús: su circuncisión y la imposición del nombre de Jesús, el nombre que había encomendado el ángel a José. Los padres de Jesús obedecieron la ley de su pueblo respecto a la circuncisión, y obedecieron también la indicación del ángel respecto al nombre que le habían de poner a su Hijo.

-II-

Empezamos bien el año

Toda la celebración rezuma “buena noticia”: estamos en la octava de la Navidad, celebrando todavía “el día santo en que la Virgen María dio a luz al Salvador del mundo” (embolismo propio en el Canon Romano). En medio de un mundo que no abunda precisamente en alegrías profundas, la fiesta de hoy nos “felicita” a todos el nuevo año proclamando la buena noticia del Dios-con-nosotros e implorando su bendición sobre nuestras vidas.

Si los sacerdotes del AT bendecían a sus fieles de parte de Dios y les deseaban la paz –“ilumine su rostro sobre ti... te conceda la paz”–, los cristianos sabemos que hemos sido bendecidos todavía con mayor plenitud en el Hijo. Su venida ha sido la mejor garantía de bendición y de paz para nosotros. El ángel lo anunció a los pastores: “gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres”.

Vale la pena releer la “bendición solemne” que el Misal propone para hoy y que el presidente de la Eucaristía pronunciará con énfasis al final de la misa: “El Dios, fuente y origen de toda bendición, os conceda su gracia... y os proteja durante todo este año que hoy comenzamos... os mantenga íntegros en la fe, incommovibles en la esperanza y perseverantes en la caridad... Os conceda un feliz y próspero año nuevo, escuche vuestras súplicas y os lleve a la vida eterna”.

¿Podemos desear algo mejor? Lo vamos a necesitar los doce meses del año que empieza.

Le pusieron por nombre Jesús, que significa Dios-salva

Estamos todavía en Navidad. Lo que celebramos es que Dios se ha acercado a nosotros al encarnarse en nuestra historia.

El nombre que le pusieron, siguiendo la indicación del ángel, fue “Jesús”, que en hebreo significa “Dios salva”: el nombre más significativo que se le podía poner al Mesías, equivalente al de Dios-con-nosotros.

La gracia fundamental de la Navidad es que Dios se ha introducido definitivamente en nuestra historia, que se ha hecho uno de nosotros para salvarnos desde dentro, por medio de su Hijo. Esta salvación ya ha empezado, pero está destinada a llegar a su plenitud al final: “así como nos llena de gozo celebrar el comienzo de nuestra salvación, nos alegremos un día de alcanzar su plenitud” (oración sobre las ofrendas).

Somos hijos

Como dice Pablo en su carta de hoy, “Dios envió a su Hijo para que recibiéramos el ser hijos por adopción”.

Nuestra auténtica relación con Dios no es sólo de creaturas, y menos de esclavos. El Hijo de Dios se ha hecho hermano nuestro para que nosotros seamos hijos en la familia de Dios, “de manera que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero” junto con Cristo. Por eso, movidos desde dentro por el mismo Espíritu que movía a Jesús, podemos exclamar en verdad “Abbá, Padre”.

El prólogo del evangelio de Juan, que leemos en estas fiestas, nos dice que “a cuantos lo recibieron les dio poder ser hijos de Dios”, afirmación que continúa en una de sus cartas: “mirad qué amor nos ha tenido el Padre: que somos llamados hijos de Dios, y lo somos”.

Nos hace bien que al principio del año se nos recuerde esta convicción que da un tono distinto a nuestra historia: somos hijos en la casa de Dios. Puede ser que no gocemos de mucha salud, y que nuestra situación social no sea envidiable, y que nuestras cualidades no sean muy brillantes. Pero lo que nadie nos quita es esto: que somos hijos en la familia de Dios, que Dios nos quiere como a sus hijos. Eso no es un mero consuelo psicológico, sino teología. Sea lo que sea lo que nos vaya a deparar el año nuevo, una cosa es importante: a lo largo de todos sus días, Dios seguirá siendo nuestro Padre y nos querrá como a hijos.

Aquí está también la motivación principal de esa paz que todos deseamos en casa propia y en todo el mundo: si todos nos sabemos hijos en la casa de Dios, sacaremos la conclusión de que todos somos hermanos y nos sentiremos invitados a tratarnos como tales.

Santa María, Madre

Todo el tiempo de Adviento y Navidad es claramente un “tiempo mariano”, por la presencia tan privilegiada de María en el misterio del nacimiento y manifestación de Jesús. Y no ciertamente porque lo hayamos decidido nosotros: ha sido Dios mismo quien quiso que ella estuviera al lado de Jesús en este inicio de su vida, así como luego iba a estar al pie de la cruz, en la alegría de la Pascua y en la venida del Espíritu sobre la comunidad.

La fiesta de hoy nos invita a “celebrar la parte que tuvo María en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la Madre Santa, por la que merecimos recibir al Autor de la vida” (Pablo VI, *Marialis Cultus*).

Afirmamos con gozo que “por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación”, y que por ella “hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida” (oración colecta). En la poscomunión de hoy aparece por primera vez en los textos litúrgicos el título de “Madre de la Iglesia”, aplicado a María solemnemente por el papa Pablo VI y ahora asumido por el Misal: “proclamamos a María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia”.

María es maestra de la espera, de la acogida y de la manifestación del Mesías al mundo. Es la persona que mejor vivió el Adviento, la Navidad y la Epifanía. Por ello su recuerdo puede ayudarnos, junto al de Jesús, a celebrar mejor este tiempo y a empezar mejor el año.

DOMINGO 2 DE NAVIDAD

—I—

Profundizando en la Navidad

Este domingo es como un eco o una profundización de la fiesta de la Navidad, con el tono teológico que ya se había iniciado en la “misa del día” del 25 de diciembre con el prólogo del evangelio de Juan.

El aspecto que más se resalta en los textos de hoy es el de Cristo como la Palabra viviente de Dios, que nos comunica su luz y su salvación.

En los primeros días del nuevo año seguimos meditando y celebrando el gran misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en nuestra historia. Imitando, también en esto, la actitud de María, la Madre, que “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”.

Eclesiástico 24, 1-4. 12-16. *La sabiduría de Dios habitó en el pueblo elegido*

El libro del Eclesiástico, llamado también “Sirácida”, porque fue escrito por Jesús, Ben Sira (hijo de Sira), es uno de los últimos libros sapienciales del AT.

Hoy prepara bien la lectura del prólogo de Juan, porque habla de la sabiduría de Dios. Ya en el AT se intuía que la sabiduría de Dios, personificada, existía

“desde el principio, antes de los siglos”, e iba a tener un puesto central: “se gloria en medio de su pueblo”, “en la congregación plena de los santos”; esa sabiduría de Dios “habita en Jacob, en Jerusalén”, “eché raíces en un pueblo glorioso”, mientras otros pueblos permanecen en la oscuridad y la ignorancia.

Para los que leemos ese libro dos mil años después de la venida de Cristo, esa promesa no puede tener otro sentido que el de Cristo como Palabra eterna de Dios, enviado como Profeta y Maestro auténtico.

El *salmo* sigue en la misma perspectiva de un Dios que “envía su mensaje a la tierra y su palabra corre veloz”, que “anuncia su palabra a Jacob”. La antífona que se intercala entre sus estrofas, “la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”, hace que cantemos ese salmo desde la visión cristiana. Nosotros sí que podemos decir que “con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos”.

Efesios 1, 3-6. 15-18. *Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos*

Volvemos a leer el entusiasta comienzo de la carta de Pablo a la comunidad de Éfeso, que ya escuchábamos el día de la Inmaculada.

Es Dios quien actúa primero, “por pura iniciativa suya”, bendiciéndonos con toda clase de bendiciones, y eso provoca que nosotros le respondamos con nuestra bendición: “Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido...”. La bendición descendente de Dios y la ascendente de nuestra alabanza se encuentran “en la persona de Cristo”.

La bendición mejor que nos ha otorgado Dios es que “nos ha destinado a ser sus hijos”. Pablo pide a Dios que conceda a sus cristianos “espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo”, que les abra sus ojos para una inteligencia más viva del misterio de Dios.

Juan 1, 1-18. *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*

Proclamamos hoy, con el prólogo del evangelio de Juan, el mejor resumen teológico, no sólo del misterio de la Navidad, sino de toda la historia de la salvación.

Cristo, desde la eternidad, estaba junto a Dios, era Dios y era la Palabra viviente de Dios. Cuando llegó la plenitud del tiempo, el que era la Palabra se hizo hombre, se “encarnó” y acampó entre nosotros para iluminar con su luz a todos los hombres. Los que le acogen reciben el don de nacer de Dios y ser sus hijos.

¿Se puede pensar en una teología más resumida y densa del misterio que estamos celebrando? Son los grandes conceptos propios de Juan: Palabra, Vida, Luz, Gracia, Hijos...

—II—

El Niño recién nacido es la Palabra viviente de Dios

Estamos todavía en la Navidad. Hemos celebrado el nacimiento del Hijo y la fiesta de la Madre. Pronto celebraremos la Epifanía, la manifestación del Salvador a las naciones. Pero las lecturas de hoy nos ayudan a entender más en profundidad lo que representa para nosotros el que el Hijo de Dios haya tomado nuestra naturaleza humana. No sólo le vemos como el Niño recién nacido, sino como el Mesías, el Maestro y Profeta que nos enseña la verdad de Dios.

Los textos de hoy se centran sobre todo en Jesús como la Palabra de Dios, como la Sabiduría encarnada. Nuestro Dios no es un Dios mudo: es un Dios que nos habla, que nos dirige su Palabra personal. Ya el Sirácida, en la primera lectura, anunciaba que la Sabiduría de Dios iba a establecer su morada en Israel y que iba a “echar raíces en un pueblo glorioso”. Juan proclama el cumplimiento de las promesas: “la Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros”.

La alegría que experimentaba Israel porque la Sabiduría de Dios habitaba en medio de ellos, la sentimos los cristianos con mayor razón, porque sabemos que Jesús no sólo nos ha venido a traer la Palabra de Dios, sino que él mismo *es* su Palabra viviente. “En el principio era la Palabra y la Palabra era Dios”, y esa Palabra, hecha persona, es la que ha venido al mundo y ha puesto su tienda en medio de nosotros. Lo que era profecía en el AT es ahora realidad.

¿No es esto lo que celebramos en la Navidad y nos llena de alegría y da sentido a nuestra existencia? Nuestro Dios no es un Dios lejano: nos ha “dirigido su Palabra” y esta Palabra es Cristo Jesús. En la oración sobre las ofrendas afirmamos que Dios, por medio de su Hijo, “nos ha señalado el camino de la verdad”.

Necesitamos la sabiduría de Dios

Pero el evangelio de Juan nos ha planteado el dilema: unos reciben a esa Persona que es la Palabra viva de Dios, y otros, no. Esa Palabra era la Luz, pero a veces pasa que “la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió”, “vino a su casa y los suyos no la recibieron”. Los que sí la acogen, reciben el don de ser hijos, de “nacer de Dios”.

Todos necesitamos la luz de esa Palabra. Todos necesitamos, para descubrir el sentido de nuestra vida, esa sabiduría que nos ayuda a ver las cosas desde los ojos de Dios, que es “luz de los que en él creen” (oración colecta). Si no recibimos a ese Cristo como la Palabra definitiva de Dios, no nos extrañemos del desconcierto y de la confusión que reina en las ideologías de este mundo. Se puede seguir diciendo, como dijo Jesús de muchos de sus contemporáneos, que “andan como ovejas sin pastor”.

En su carta a los Efesios, Pablo pide para ellos que maduren en su fe, que Dios les conceda “espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo”, y que les ilumine “para que comprendan cuál es la esperanza a la que nos llama y la riqueza de gloria que nos tiene preparada como herencia”. “Conocer” y “comprender” a Cristo, que es el Maestro, la Palabra viviente, nos puede dar ese conocimiento profundo de la historia. Los creyentes ya caminamos en la luz, pero necesitamos profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo.

En cada Eucaristía, a la escuela de la Palabra

Pronto terminaremos las fiestas de la Navidad. Pero queda, para todo el año, nuestro encuentro dominical (o diario) con Cristo, la Palabra que nos dirige una y otra vez Dios Padre.

Esa es nuestra mejor catequesis, nuestra más profunda y eficaz “formación permanente”, la escuela que nos ayuda a crecer en la fe y en la vida cristiana. Si con el salmista pedimos a Dios “enséñame tus caminos”, su respuesta es precisamente esta: la proclamación de su Palabra en las celebraciones comunitarias, además de la lectura que podamos hacer personalmente o en los grupos de oración o en la “lectio divina”.

En la primera parte de cada Eucaristía –la “primera mesa” a la que nos invita el Señor– vamos asimilando su sabiduría, o sea, su mentalidad, su manera de ver las personas y los acontecimientos. Como la Virgen María contestó a Dios: “hágase en mí según tu Palabra”, nosotros deberíamos ajustar nuestro estilo de vida a la Palabra que Dios nos va dirigiendo. Así viviremos en la luz y creceremos en fe y esperanza.

EPIFANÍA DEL SEÑOR

6 de enero

—I—

La manifestación universal del Salvador

La fiesta de hoy, prolongación de la Navidad, tiene en nuestra liturgia romana como protagonistas a unos magos de tierras extrañas que vienen a adorar al Mesías, mientras que en el Oriente ha sido siempre la fiesta del Bautismo y también del nacimiento del Señor.

Tendremos que saber pasar, a partir del aspecto más popular de la fiesta, que es una jornada entrañable de regalos para los niños, a celebrar lo que es su objetivo fundamental: la “epifanía”, o sea, la “manifestación” del Mesías también a los pueblos paganos. El Ceremonial de Obispos la describe así: “en ella se celebran, en el Niño nacido de María, la manifestación de aquel que es el Hijo de Dios, el Mesías de los judíos y la luz de las naciones”.

Hoy, después de la lectura del evangelio, se suele proclamar el “calendario” de las fiestas principales del año, sobre todo de la Pascua. Una vez más, se enlaza el misterio del nacimiento del Señor con su Pascua. Al final de la Misa, como seguramente se habrá hecho en otras fiestas dentro de la Navidad, hoy tiene particular sentido dar a besar la imagen del Niño, imitando así a los magos que adoraron a Jesús.

Isaías 60, 1-6. La gloria del Señor amanece sobre ti

Con un lenguaje poético, el profeta Isaías, en uno de sus últimos capítulos, los más llenos de esperanza, anuncia la alegría de la vuelta de los desterrados, la salvación universal centrada en Jerusalén: “levántate, Jerusalén, que llega tu luz”. Por encima de las tinieblas de la tierra “sobre ti amanecerá el Señor”.

El profeta, lleno de entusiasmo, anuncia cómo vendrán desde las regiones más lejanas a ofrecer sus regalos a Jerusalén, “incienso y oro”. Esta lectura prepara así la de los magos que vienen a adorar al Niño.

El *salmo responsorial* insiste: “se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra”. Habla de los que vendrán desde lejos –Tarsis, Saba, Arabia– a ofrecer sus dones al “rey”, que nosotros vemos como figura de Jesús, el Mesías.

Efesios 3, 2-3a. 5-6. Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos de la promesa

Para Pablo, la llamada a la fe no sólo de los judíos, sino también de los paganos, es uno de sus temas preferidos. Se siente orgulloso de “la gracia que se le ha dado”, poder revelar a todos el misterio que había estado escondido desde siempre: “que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo”. Ahora el punto de atracción no es una capital geográfica o política, sino una Persona: Cristo Jesús.

Es una convicción por la que luchará Pablo continuamente, y logrará vencer a la Iglesia apostólica de que tiene que abrirse también a los paganos, no sólo al pueblo de Israel, el pueblo elegido que, ciertamente, sigue siendo el primer destinatario de la promesa de Dios.

Mateo 2, 1-12. Venimos de Oriente para adorar al Rey

Mateo es el único evangelista que nos cuenta el episodio de los magos que vienen a visitar al recién nacido Mesías.

¡Qué diferencia de actitud en las personas! Esos personajes que vienen desde lejos, obedientes a una intuición misteriosa, llegan hasta Jesús, lo reconocen como el enviado de Dios y “cayendo de rodillas, lo adoran”. Mientras que las autoridades de Jerusalén, tanto políticas como religiosas, empezando por el rey Herodes –que emprendió la construcción del Templo, pero se hizo famoso sobre todo por su crueldad– se asustan de lo que puede significar esa estrella y ese “rey” recién nacido. Y no saben reconocerle.

–II–

Otra fiesta de la Luz

Tanto en Roma como en Egipto y Oriente, las fiestas del 25 de diciembre y del 6 de enero tenían mucho que ver con la luz: la luz cósmica que, por estas fechas, empieza en nuestras latitudes a “vencer” a la noche, después del solsticio de invierno que es el 21 de diciembre. De ahí es fácil el paso a la luz de Cristo, el verdadero Sol que ilumina nuestras vidas.

Ya Isaías anunciaba el programa de salvación de Dios bajo el símbolo de la luz: “llega tu luz, la gloria del Señor amanece sobre ti”. Alrededor, “las tinieblas cubren la tierra”, pero “sobre ti amanecerá el Señor”. Además, el pueblo elegido debe ser un faro evangelizador para los demás: “y caminarán los pueblos a tu luz”.

Eso se cumple en lo que nos narra el evangelio. Los magos de Oriente, después de la fallida consulta a las autoridades de Israel, “se pusieron en camino y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño”.

Nuestra actitud de acogida del misterio de la Navidad debería ser una actitud de apertura a la luz: “que tu luz nos disponga y nos guíe siempre para que contemplemos con fe pura y vivamos con amor sincero el misterio del que hemos participado”.

En la bendición solemne de esta fiesta, al final de la celebración, se afirma

que “Dios os llamó de las tinieblas a su luz admirable”, que “Cristo se ha manifestado hoy al mundo como luz en la tiniebla” y que al final de la vida nuestro destino es que “lleguemos a encontrarnos con Cristo, luz de luz”.

Dios quiere la salvación de todos

Epifanía es también el mensaje gozoso de la universalidad de la salvación de Dios. ¿Para quién ha venido Cristo Jesús? Para todos los pueblos de la tierra. Esta es la respuesta de las lecturas de hoy. No sólo para Israel, también para los paganos. No sólo, ahora, para los católicos o los cristianos, también para los demás pueblos y religiones.

En la Epifanía celebramos la manifestación de Jesús a todos los pueblos de la tierra, representados en los magos. Lo anunciaba ya Isaías: “todos los pueblos caminarán a tu luz: todos se reúnen y vienen a ti”. El salmo nos ha hecho repetir que “se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra”.

Claro que lo que anunciaba Isaías, que iban a venir a ofrecer sus regalos, ahora no lo hacen a Jerusalén como capital geográfica, sino a Cristo, en quien se cumplen los anuncios: “caminarán los pueblos a tu luz... proclamando las alabanzas del Señor”. Como dice el Catecismo, “en estos magos, representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el evangelio ve las primicias de la naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación” (CCE 528).

Todo eso, como dice Pablo, responde al plan de Dios. El “misterio” que estaba oculto durante siglos ahora se ha manifestado en Cristo: “que también los paganos son coherederos, copartícipes de la promesa en Jesucristo”. Como dice la oración colecta de hoy: “tú en este día revelaste a tu Hijo Unigénito a los pueblos gentiles”.

Estos días estamos asistiendo a una manifestación progresiva del Mesías: a sus padres, a los pastores, a los ancianos Simeón y Ana en el Templo, a los magos de Oriente y, como celebraremos el domingo que viene, su proclamación mesiánica en el Bautismo del Jordán, antes de empezar su misión. Por eso la fiesta de hoy de alguna manera se puede decir que es la fiesta de la Iglesia misionera.

¿Es universal nuestro corazón?

Nos conviene esta fiesta de la Epifanía, porque no nos resulta fácil ser universales en nuestra visión del mundo y en nuestra conducta con los demás.

Es verdad que los magos nos dan también otro ejemplo. Aunque de ellos no se nos dice ni cuántos son, a qué se dedican o de dónde proceden con exactitud, sí se ve que son personas que se ponen en camino, buscan la luz y la verdad, y quieren responder a la llamada que intuyen que les viene de Dios, venciendo con su fe las distancias, las dificultades y la acogida un tanto fría de las autoridades de Jerusalén. Tendríamos que imitar esta actitud de búsqueda y de disponibilidad, porque la fe es camino y búsqueda.

Pero, a la vez, la fiesta de hoy nos recuerda que hemos de ser universales. Dios es universal en su plan de salvación y quiere que también nosotros lo seamos.

Ahora que se da cada vez más en todas partes una mezcla de culturas y razas, por la creciente inmigración de otros pueblos, tal vez la lección más apremiante de la fiesta de hoy es que aprendamos de Dios a ser más abiertos de corazón: él quiere la salvación de todos los pueblos y razas, porque es el Padre de todos, y nos enseña a actuar así también a nosotros, con espíritu misionero, pero con corazón tolerante y solidario, comprensivo para todas las opiniones y culturas religiosas. Como Cristo que, a lo largo del evangelio, aparece como nuestro mejor maestro y modelo de acogida a todos.

Ser universales significa, en el nivel eclesial, que no nos encerremos en nuestro grupo o movimiento o cofradía, sino que nos abramos a la cooperación con los demás y tengamos una visión global de la Iglesia, no como patrimonio de un grupo o de una cultura.

En el nivel social, ser universales significa que seamos claramente pluralistas, aceptando a las personas de otra raza y cultura, también religiosa, venciendo todo brote de “racismo”, que no necesariamente se nota sólo en nuestra relación con personas de otra raza, sino también de otra cultura, edad, opiniones políticas, etc.

Ser universales en el nivel familiar o comunitario quiere decir ser tolerantes,

capaces de dialogar, abiertos a los demás, no cerrados en nuestros gustos o preocupados por hacer valer sólo nuestros derechos.

Siempre que celebramos la Eucaristía, hacemos una profesión de universalidad, porque nos reunimos gentes de edad y gustos diferentes, convocados por la fe en Cristo. Participamos todos de la misma Palabra, rezamos y cantamos juntos y, sobre todo, compartimos el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo, precisamente después de hacer con los más cercanos el gesto de la paz, como símbolo comprometedor de que queremos progresar en los valores de la fraternidad y la mutua acogida.

BAUTISMO DEL SEÑOR

—I—

Termina Navidad, empieza la misión

Con la fiesta de hoy termina el ciclo de la Navidad. Esta tarde, después de vísperas, retiramos ya los símbolos del tiempo navideño y dejamos paso a las semanas de Tiempo Ordinario que precederán a la Cuaresma. En rigor, hoy sería el domingo primero del Tiempo Ordinario: pero en él siempre se celebra la fiesta del Bautismo. Mañana, lunes, sí es lunes de la 1ª semana.

Terminamos la Navidad con la escena que da inicio a la misión pública de Jesús: su Bautismo en el Jordán, donde recibe la confirmación oficial de su mesianismo. Del Niño recién nacido pasamos al Profeta y Maestro que nos ha enviado Dios y que va a comenzar su misión. Seguimos en clima de Epifanía, de manifestación.

Puede parecer un tanto brusco este paso de la infancia de Jesús a su vida pública: pero los evangelistas no quieren sencillamente narrar cosas, sino transmitir un evangelio, la buena noticia que Jesús mismo era y predicaba.

Las lecturas bíblicas de esta fiesta son diferentes para cada uno de los tres ciclos. A las del ciclo A, que se pueden leer cada año, se añaden en el ciclo B las que ponemos en segundo lugar, y que también comentamos. La escena del Bautismo en el Jordán la escuchamos, naturalmente, al evangelista del año, Marcos.

Isaías 42, 1-4. 6-7. *Mirad a mi siervo, a quien prefiero*

El libro de Isaías incluye cuatro “cantos del Siervo de Yahvé”, de los que hoy leemos el primero.

Es un poema que prepara perfectamente lo que luego escuchamos en el evangelio, porque las palabras que Dios dice sobre el Siervo y las que suenan sobre Jesús en el Jordán son muy parecidas. El canto del AT dice: “Mirad a mi Siervo, a quien sostengo, mi elegido, a quien prefiero”. La voz del cielo sobre Jesús suena así: “tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”. La palabra “hijo”, en griego “pais”, puede significar “hijo” o “siervo”, indistintamente. Sobre los dos baja el Espíritu. En Isaías dice la voz sobre el Siervo: “sobre él he puesto mi espíritu”. Los evangelistas dicen de Jesús que “se abrió el cielo y el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él”.

Isaías describe también cuál va a ser la misión y el estilo de actuación de este Siervo: “no gritaré... la caña cascada no la quebraré... promoveré el derecho... te he hecho alianza de un pueblo...”.

El *salmo* se fija más en “las aguas” –“la voz del Señor sobre las aguas torrenciales”– y en la glorificación del Señor: “el Dios de la gloria ha tronado... el Señor se sienta como rey eterno”. Es un salmo que parece preludiar ya la designación oficial de Jesús como el Mesías y el Rey en el río Jordán. Un Rey que viene a traer la paz. De ahí el estribillo que repetimos: “el Señor bendice a su pueblo con la paz”.

(o bien) **Isaías 55, 1-11.** *Acudid por agua; escuchadme y viviréis*

El profeta –el “segundo Isaías”, en el llamado “libro de la consolación”– expresa en esta página la oferta gratuita que Dios hace a su pueblo del agua y del trigo, del vino y la leche. Pero, sobre todo, de la alianza siempre renovada. ¡Y todo gratis! Invita a ser fieles a esos dones de Dios por nuestra parte: a buscar al Señor, venir a él, escucharle, abandonar los malos caminos, hacer alianza con Dios.

El pasaje incluye también la comparación entre la Palabra de Dios y la lluvia y la nieve que empapan y fecundan la tierra.

El *salmo* insiste en el agua que nos ofrece Dios, que hay que saber acoger con humildad y confianza: “sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación.... dad gracias al Señor, invocad su nombre... el Señor es mi Dios y Salvador: confiaré y no temeré...”.

Hechos de los Apóstoles 10, 34-38. *Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo*

La catequesis que Pedro hace sobre Jesús, en casa de Cornelio –en el marco de la apertura de la comunidad a los paganos–, empieza precisamente con el recuerdo del Bautismo de Jesús.

El resumen que Pedro hace de este episodio es por demás rico en contenido: Jesús, aquel día, fue “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo” y así pudo empezar su misión mesiánica. Además, durante toda su vida, “pasó haciendo el bien” y obrando cosas maravillosas, “porque Dios estaba con él”.

(o bien) **1 Juan 5, 1-9.** *El Espíritu, el agua y la sangre*

La primera carta de Juan –que leemos casi entera en las ferias del tiempo de Navidad– queda como condensada en el pasaje de este domingo para el ciclo B.

En él aparecen los grandes verbos de Juan: creer, nacer, amar, vencer. Y también el “trinomio” de testigos que nos aseguran que Jesús es el Hijo de Dios: el Espíritu, el agua y la sangre, tres testigos que tienen particular actualidad en la fiesta del Bautismo de Jesús.

Marcos 1, 7-11. *Tú eres mi Hijo amado, mi preferido*

El Bautismo de Jesús por parte del Bautista, en el Jordán, es un acontecimiento al que los cuatro evangelistas dan mucha importancia: Jesús es manifestado como el Hijo, el predilecto de Dios, lleno del Espíritu, dispuesto a comenzar su misión mesiánica, solidario con todo el pueblo que acude al Bautismo

de Juan. Parece la investidura oficial de Jesús de Nazaret como el Mesías anunciado y el comienzo de su misión.

Marcos enlaza la escena con el anuncio que había hecho el Bautista: “detrás de mí viene... él os bautizará con Espíritu Santo”. A continuación, brevemente, narra cómo vino Jesús, se dejó bautizar en el Jordán y sucedió la expresiva “teofanía”: cuando Jesús sale del agua, oye la voz del Padre y el Espíritu baja sobre él como una paloma. Para Marcos el Bautismo de Jesús es la escena inaugural del evangelio, después de los breves versículos dedicados al Precursor.

–II–

La teofanía trinitaria

Un aspecto teológicamente importante de los textos de hoy es esta “teofanía trinitaria” que sucede en la escena del Bautismo, que lleva consigo también la “investidura”, la proclamación oficial de Jesús de Nazaret como el Hijo amado y el Mesías enviado de Dios.

Así nos lo ha narrado Marcos: “apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. Y se oyó una voz del cielo: tú eres mi Hijo amado, mi predilecto”.

La oración colecta del día ya empieza diciendo: “en el Bautismo de Cristo quisiste revelar solemnemente que él era tu Hijo amado enviándole tu Espíritu Santo”. También la oración sobre las ofrendas habla del “día en que manifestaste a tu Hijo predilecto”.

El prefacio explica cuál era la intención del Bautismo de Jesús: “hiciste descender tu voz desde el cielo, para que el mundo creyese que tu Palabra habitaba entre nosotros; y por medio del Espíritu ungiste a tu siervo Jesús para que los hombres reconociesen en él al Mesías, enviado a anunciar la salvación a los pobres”.

Decir que Jesús de Nazaret es el Hijo amado y el predilecto manifiesta su misión divina.

El protagonismo del Espíritu

En la escena del Bautismo de Jesús en el Jordán aparece explícitamente el protagonismo del Espíritu, en forma de paloma que se posa sobre él. No sabemos bien por qué la paloma: ¿por ser un ave sutil, mansa, símbolo de la paz? ¿o como reminiscencia del Génesis, que nos cuenta que el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas primordiales y las llenó de vida?

Ese mismo Espíritu del origen del mundo es el que se prometía al Siervo de Yahvé, y se daba a los profetas y reyes en el AT como símbolo de la fuerza de Dios que les iba a acompañar en su misión. Es el mismo Espíritu que intervino en la encarnación humana del Hijo de Dios, en el seno de María de Nazaret, “por obra del Espíritu”, y el que actuaría luego en el sepulcro de Jesús, resucitándole de entre los muertos a una vida nueva.

En el Jordán se posó este Espíritu sobre Jesús. Pedro nos dice que Jesús fue “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo”. Cuando se escribieron los evangelios y el libro de los Hechos, la comunidad cristiana tenía amplia experiencia de que el Espíritu iba guiando sus pasos y llenándola de su gracia. Como lo sigue haciendo en nuestro tiempo. También ahora, por medio de los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, y por la riqueza de sus carismas e impulsos, el Espíritu continuamente nos empuja a la misión y a la evangelización.

Crear, nacer, vencer

(si se elige 1 Juan) Juan, hacia el final de su carta, asegura que el que cree en Jesús nace a la vida, vence al mundo y tiene la vida eterna.

Jesús ha venido a este mundo ampliamente apoyado por los testimonios de Dios. Si aceptamos el testimonio humano, más fuerza tiene el testimonio de Dios.

Este testimonio, para Juan, con su lenguaje simbólico, es triple: el Espíritu, el agua y la sangre. Este Jesús en quien creemos es el que fue bautizado en el agua del Jordán, con el Espíritu sobre él, y el que al final de su vida derramó su sangre en la cruz y luego fue resucitado por ese mismo Espíritu.

Agua y sangre son certificados siempre por el Espíritu, el maestro y garante de la fe verdadera.

Pero lo principal es lo que sucede a los que creen en el Enviado de Dios: vencen al mundo y tienen la vida eterna. “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?... Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo, y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe”.

Nosotros somos de los que creemos en Jesús como el Hijo de Dios. Por eso hemos celebrado la Navidad con alegría y fe cristiana. Pero deberían ser más claras las consecuencias de esta fe. ¿Podemos decir que estamos venciendo al mundo y al mal que hay en nosotros y en el mundo? Si creemos en Jesús, deberíamos participar más expresamente de su victoria contra el mal y sentir en nosotros mismos con mayor abundancia su vida, sobre todo cuando le recibimos como alimento de vida en la Eucaristía: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna”.

El estilo de actuación del Siervo y de Jesús

(si se elige Isaías 42) En el canto de Isaías 42 se nos describe cuál va a ser el estilo de actuación del Siervo: “no gritará... la caña quebrada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará... promoverá el derecho...”.

Además, dice del Siervo, y nosotros lo vemos cumplido en Jesús de modo pleno: “te he hecho alianza de un pueblo y luz de las naciones... para que abras los ojos de los ciegos...”.

El evangelio nos demuestra continuamente cómo se ha cumplido este retrato en Jesús de Nazaret: no apagó las llamas vacilantes ni acabó de quebrar lo que estaba roto, sino que hizo siempre lo posible para recuperar al que parecía perdido (el hijo pródigo, los pecadores, Pedro que le había negado). Su estilo era, en verdad, no el del grito ni la violencia, sobre todo con los débiles y humildes, sino el de la mansedumbre y la comprensión.

El nombre que, siguiendo la sugerencia del ángel, puso José a su hijo fue “Jesús”, que significa “Dios salva”: a eso vino, a salvar. Como resume Pedro en su catequesis, Jesús “pasó haciendo el bien” y “curando a los oprimidos

por el diablo”. Siempre tuvo tiempo para los pobres, los sencillos, los niños, los enfermos, los que sufrían. De él sí que podemos decir con verdad que fue constituido “alianza para un pueblo y luz para las naciones”, y que abrió los ojos del ciego e hizo oír a los sordos.

El que para su Bautismo se pusiera en la fila de los pecadores que acudían a Juan es una muestra de la solidaridad y cercanía que durante toda su vida iba a mostrar para los más débiles y pecadores, para los marginados de la sociedad. Es un aspecto que se pone de relieve repetidas veces en el evangelio. Isaías 53 ya había anunciado que el Siervo de Yahvé iba a cargar sobre sus hombros los pecados de todos.

Nuestro seguimiento de Cristo a lo largo del año

El Bautismo de Jesús es el prototipo del nuestro: “en el Bautismo de Cristo has realizado signos prodigiosos para manifestar el misterio del nuevo Bautismo” (prefacio). Empezamos nuestra vida cristiana siendo bautizados en Cristo Jesús. Desde entonces somos “hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo” (oración colecta).

Hoy sería bueno empezar la Eucaristía con el rito de la aspersion, sustituyendo al acto penitencial. Es un gesto simbólico que nos invita a recordar nuestro Bautismo, del que el Bautismo de Jesús es el prototipo, y a pedir a Dios que renueve en nosotros la gracia que nos concedió en aquel sacramento.

Pero el Bautismo, para nosotros, como para él, es el comienzo de un camino y de una misión. Ser bautizados significa ser seguidores e imitadores de Cristo Jesús, que va a ser continuamente nuestro guía para la vida.

Termina la Navidad. Pero a partir de hoy seguiremos desarrollando la gracia de nuestro Bautismo y nuestra respuesta de fe, escuchando ante todo, en las lecturas de la Eucaristía, cómo actúa Jesús durante su vida, curando a los enfermos, consolando a los atribulados, perdonando a los pecadores, resucitando a los muertos, enseñando los caminos de Dios y la buena noticia de la salvación.

(si se elige Isaías 42) En concreto, será bueno que reflexionemos si imitamos ese estilo de actuación que Isaías anunciaba y que Jesús cumplió a la perfección:

- si también nosotros promovemos el derecho y la justicia,
- si somos personas de alianza y de unión,
- si no actuamos a gritos y con violencia,
- si somos suaves en nuestros métodos, tolerantes y comprensivos con los demás, si echamos una mano para ayudar y no para empujar,
- si cuando vemos a una persona que, por su desánimo o sus crisis, se puede comparar a una caña cascada, no la terminamos de quebrar, sino que intentamos rehabilitarla,
- si cuando alguien a nuestro lado está a punto de apagarse, como un pábilo vacilante, no soplamos para que se acabe de apagar, sino que hacemos lo posible para que se recupere,
- si somos personas que saben apagar fuegos o bien que los encienden y azuzan.

(si se elige Isaías 55) Termina la Navidad, pero nos queda Jesús Maestro y Profeta y Enviado de Dios, para el resto del año. Para que se pueda decir de nosotros que somos discípulos y seguidores suyos, que intentamos imitarle en nuestro estilo de vida, y que quisiéramos que al final de nuestra vida se pudiera decir de nosotros, como se dijo de él: “pasó haciendo el bien, porque Dios estaba con él”.

En cada Eucaristía tendríamos que recordar lo que nos ha dicho el profeta sobre la eficacia que Dios quiere que tenga su Palabra cuando es proclamada sobre nosotros: como el agua y la nieve empapan y fecundan la tierra y le hacen dar fruto, así quiere Dios que produzca frutos en nosotros su Palabra. Y frutos con generosidad: no sólo el treinta o el sesenta, sino el ciento por uno, como dirá Jesús en su parábola del sembrador. Y esto, durante todo el año.

Como muchas veces podemos constatar que nuestra manera de juzgar y actuar se parece más a la de este mundo que a la de Cristo, a lo largo del año, este Jesús que ahora es investido oficialmente como nuestro Salvador y Maestro, nos va a ir enseñando cuál es su mentalidad, que, como decía el profeta, no coincide con la del mundo: “mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos”.

CUARESMA

Como ambientación espiritual de la Cuaresma, puede ser útil la del Dossier de misas feriales:

Enséñame tus caminos. 2. La Cuaresma día tras día (=Dossiers CPL 73) CPL, Barcelona, 5ª edición 2003, págs. 7-12.

Además:

* *Celebrar la Cuaresma* (=Dossiers CPL 57) CPL, Barcelona 3ª ed. 1997: en págs. 45-49, reflexión sobre los prefacios de este tiempo.

* *Cuaresma. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 96) CPL, Barcelona 2003, 142 págs. (con disquete).

* J. Castellano, *El año litúrgico, Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (=Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 2ª edic. 1996: págs. 125-152, “La Cuaresma: camino de la Iglesia hacia la Pascua”.

* R. Grández, *El camino cuaresmal* (= Emaús 9) CPL, Barcelona 1994, 70 págs.

En el Dossier 73 se comentan las lecturas de las ferias de Cuaresma. Aquí lo completamos con las de los seis domingos (el sexto, el de Ramos).

Las fiestas importantes que pueden celebrarse en este tiempo, como san José y la Anunciación del Señor, están comentadas en el Dossier CPL 80, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, 2ª edición 1999.

Un poco de historia

En los primeros siglos, después de organizarse la Pascua y su prolongación de siete semanas, se fue evolucionando poco a poco, en las diversas Iglesias, hacia un tiempo de preparación a la principal fiesta cristiana. Esta preparación empezó ya en el siglo II con los dos días del Viernes y Sábado Santos, que formaban con el Domingo el Triduo Pascual. Hasta llegar, en el siglo IV, a una Cuaresma parecida a la que tenemos ahora.

No les debió costar mucho decidirse por el número de “cuarenta días”, que es lo que significa Cuaresma, “quadragesima”. Bastaba seguir la tendencia de la Biblia, que repetidamente presenta la cuarentena –de días o de años– como período de preparación a un acontecimiento importante: los cuarenta días del diluvio universal, los cuarenta días de Moisés en el monte antes de sellar la Alianza, los cuarenta años de Israel por el desierto hasta llegar a la tierra prometida, los cuarenta días de Elías en su huida, el plazo de cuarenta días que Jonás dio a Nínive para su conversión, los cuarenta días de Cristo en el desierto, los cuarenta días entre la Resurrección y la Ascensión de Jesús...

Las lecturas dominicales del ciclo B

Las lecturas de los domingos de Cuaresma están bien organizadas, y hay que tenerlas en cuenta en su conjunto.

Las *primeras lecturas*, tomadas del AT, presentan la Historia de la Salvación en sus grandes momentos, este año bajo la categoría de la Alianza, que es fundamental para entender la obra salvadora de Dios: la Alianza con Noé (1), con Abrahán (2), con Moisés y el pueblo en el Sinaí (3), el castigo por la infidelidad de Israel (4), el anuncio de la nueva Alianza por Jeremías (5) y la entrega del Siervo para la reconciliación universal (Ramos). Son páginas que preparan progresivamente la realización plena de la Nueva Alianza en la cruz y resurrección de Cristo.

Los *evangelios* tienen una coherencia independiente: a) los dos primeros domingos, nos presentan los temas clásicos de la Tentación y la Transfiguración, leídos este año en el evangelio de Marcos; b) del domingo 3º al 5º,

se toman pasajes del evangelio de Juan y vienen a ser una catequesis de la muerte victoriosa de Cristo: con la imagen del Templo que se destruirá (3), la *serpiente salvadora* (4) y el *grano de trigo que muere* (5); c) finalmente, el último domingo, el de Ramos, se lee la Pasión en la versión de san Marcos. Son, pues, pasajes decididamente cristológicos, centrados todos ellos en el misterio de la Pascua de Cristo. Nos ayudan a seguir su camino pascual y a participar en él por la vida y los sacramentos.

Las *segundas lecturas* no tienen continuidad entre sí. A veces subrayan el tema del AT, como en los dos primeros domingos (el diluvio y el sacrificio de Isaac). En los cuatro restantes, anticipan de alguna manera el evangelio, con la aplicación del misterio pascual de Cristo a nuestras vidas.

La línea central de esta Cuaresma, en el ciclo B, es, pues, doble: a) la Alianza entre Dios y su pueblo, y b) el misterio de la cruz de Cristo. Dos temas por demás céntricos en el cristianismo. No en vano la Cuaresma es una “vuelta a las fuentes” y una reiniciación de los creyentes en su más profunda identidad.

DOMINGOS DE CUARESMA

Domingo 1 de Cuaresma

Gn 9, 8-15 El pacto de Dios con Noé salvado del diluvio
 1P 3, 18-22 Actualmente os salva el Bautismo
 Mc 1, 12-15 Se dejaba tentar por Satanás, y los ángeles le servían

Domingo 2 de Cuaresma

Gn 22, 1-2.9-13.15-18 El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe
 Rm 8, 31-34 Dios no perdonó a su propio Hijo
 Mc 9, 2-10 Este es mi Hijo amado

Domingo 3 de Cuaresma

Ex 20, 1-17 La ley se dio por medio de Moisés
 1Co 1, 22-25 Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos,
 pero, para los llamados, sabiduría de Dios
 Jn 2, 13-25 Destruid este templo y en tres días lo levantaré

Domingo 4 de Cuaresma

Cro 36, 14-16.19-23 La ira y la misericordia del Señor se manifestaron
 en el exilio y en la liberación del pueblo
 Ef 2, 4-10 Estando muertos por los pecados,
 nos ha hecho vivir con Cristo
 Jn 3, 14-21 Dios mandó a su Hijo para que el mundo se salve por él

Domingo 5 de Cuaresma

Jr 31, 31-34 Haré una alianza nueva y no recordaré sus pecados
 Hb 5, 7-9 Aprendió a obedecer y se ha convertido
 en autor de salvación eterna
 Jn 12, 20-33 Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da mucho fruto

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

(procesión) Mc 11, 1-10 Bendito el que viene en nombre del Señor
 (o bien) Juan 12, 12-16 Bendito el que viene en nombre del Señor
 (misa) Is 50, 4-7 No me tapé el rostro ante los ultrajes,
 sabiendo que no quedaría defraudado
 Fil 2, 6-11 Se rebajó: por eso Dios lo levantó sobre todo
 Mc 14,1 – 15,47 Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según san Marcos

DOMINGO 1 DE CUARESMA

— I —

Iniciamos el camino cuaresmal hacia la Pascua

Para muchos cristianos empieza hoy prácticamente la Cuaresma, mientras que otros han vivido ya los días de introducción desde el miércoles de ceniza, con el gesto simbólico de la ceniza y los ricos programas de vida cuaresmal-pascual que nos proponen las misas de estas ferias. Estos últimos celebran la Eucaristía de hoy resonándoles todavía el eco de lo que les dijo el que les impuso la ceniza: “acuérdate de que eres polvo y en polvo te convertirás”, o bien, “conviértete y cree en el Evangelio”.

Ayudados por los recursos pedagógicos de la Cuaresma –ambientación más austera, cantos propios de este tiempo, silencio del Aleluya y del Gloria– y sobre todo por los textos de oración y las lecturas bíblicas, queremos emprender, en compañía de Jesús, su “subida a la cruz”, para pasar juntamente con él, este año con mayor decisión que en los anteriores, a la vida nueva de la Pascua. Es lo que el Ceremonial de los Obispos llama “el tiempo de preparación por el que se asciende al monte santo de la Pascua” (CE 249).

Pascua es un acontecimiento nuevo cada año: no nos disponemos a celebrar el “aniversario de la muerte y resurrección de Cristo en una primavera como esta”. Él, que ahora está en su existencia de Resucitado, quiere comunicarnos en la Pascua de este año su gracia, su vida nueva, su energía.

Las lecturas de hoy nos hablan de la Alianza que Dios sella con la familia

de Noé, después del diluvio; también del Bautismo –figurado por ese mismo diluvio–, que es el sacramento que nos introduce en la Nueva Alianza de Cristo; y –lo más característico de este domingo primero de Cuaresma cada año– de las tentaciones que Jesús vence en el desierto, antes de emprender su misión mesiánica.

Génesis 9, 8-15. *El pacto de Dios con Noé salvado del diluvio*

De las etapas de la Historia de Salvación que van presentando las primeras lecturas de los domingos de Cuaresma –y de las que hablamos en la introducción a este tiempo– hoy escuchamos el pacto que Dios hizo con Noé, después del diluvio.

El autor del libro sagrado interpreta el que se ve que fue gran cataclismo del diluvio como un castigo por la perversión de la humanidad, y el arco iris *como un signo puesto por Dios para mostrar su perdón y la paz. No es un elemento de magia: el arco iris, interpretado aquí con un lenguaje poético, popular y religioso, les recordará que Dios ha querido que después de la tormenta vuelva la calma y la paz. En la Biblia, “arco iris” y “arco de guerra” son sinónimos: sería, por tanto, sinónimo de paz.*

El *salmo*, consecuentemente, canta la bondad de Dios: “tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad, para los que guardan tu alianza”, y le pide que siga conduciéndonos en la vida: “enséñame tus caminos... el Señor es bueno y es recto y enseña el camino a los humildes”.

1 Pedro 3, 18-22. *Actualmente os salva el Bautismo*

Esta carta, atribuida a Pedro, es interpretada por los estudiosos como una “homilía bautismal”. Por eso no nos extraña que su autor, en medio de un solemne himno de profesión de fe en la Pascua del Señor, conecte el Bautismo, por el que nos incorporamos a la Pascua de Cristo, con el diluvio del que habla la primera lectura y la bajada de Cristo al lugar de la muerte para anunciarles la salvación.

“En el arca (de Noé) unos pocos, ocho personas, se salvaron cruzando las aguas: aquello fue un símbolo del Bautismo que actualmente os salva”. O sea, es el mismo NT el que interpreta el diluvio como figura y “anti-tipo” (es la palabra que emplea en griego) del sacramento bautismal. Entonces las aguas del diluvio purificaron a la humanidad y a la vez dieron origen, por la Alianza de Dios, a una nueva generación. Ahora, el Bautismo nos introduce a todos, por el baño de inmersión en agua, a la esfera de la vida de Cristo. No se trata de una pureza corporal, sino de una conciencia interior pura.

Marcos 1, 12-15. *Se dejaba tentar por Satanás, y los ángeles le servían*

Marcos, en este breve pasaje, no nos cuenta las tentaciones una por una, como hacen los otros dos sinópticos. Sólo dice que Jesús fue “empujado” por el Espíritu al desierto y allí “se dejó tentar por Satanás”. A continuación, después de vencer esas tentaciones, “le servían los ángeles”.

Marcos nos dice, también brevemente, que en seguida empezó la misión de Jesús, proclamando en Galilea: “está cerca el reino de Dios, convertíos y creed en el Evangelio”.

–II–

Reiteraste tu Alianza con los hombres

Como decíamos en la introducción a este tiempo de Cuaresma, en los domingos del ciclo B se nos recordará cómo Dios ha querido renovar repetidas veces su Alianza con la humanidad. Hoy, con Noé y su familia: “yo hago un pacto con vosotros”. Es una Alianza universalista, estable (Dios promete no volverse atrás) e incluso cósmica.

Esta Alianza se puede considerar una renovación de la primitiva que ya había hecho Dios con Adán. Es como una re-fundación de la humanidad, después de la catástrofe purificadora del diluvio. Más tarde volverá a sellar su Alianza con Abrahán y con Moisés. Hasta llegar a la definitiva y nueva

Alianza de Cristo. Dios empieza con ilusión una nueva etapa de la humanidad. La creación entera parece resurgir de las aguas del diluvio y Dios pronuncia su bendición sobre Noé y su familia casi con las mismas palabras que sobre Adán y Eva, al principio de la historia (cf. Gn 1,28-30).

En verdad, como nos ha invitado a cantar el salmo, “el Señor es bueno y recto”, es nuestro “Dios y Salvador”, “su ternura y misericordia son eternas” y “sus sendas son misericordia y lealtad para los que guardan su alianza”.

En la Plegaria Eucarística IV le decimos agradecidos a Dios: “cuando el hombre, por desobediencia, perdió tu amistad, tú no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca, y reiteraste tu Alianza a los hombres...”

Nosotros participamos de esa Alianza ya desde nuestro Bautismo, y la renovamos en cada Eucaristía, donde celebramos el memorial de la Pascua de Cristo participando de la “Sangre de la Alianza nueva y eterna”. También cada año, en la Vigilia Pascual, “renovando nuestras promesas bautismales”, respondemos con un convencido “sí” a la pregunta de si renunciamos al mal y si creemos en Cristo Jesús.

Se trata de que también nosotros seamos fieles a esa Alianza, como Dios lo es de su parte. Cuaresma es el mejor tiempo para repensar esta vuelta a las raíces fundamentales de nuestra vida cristiana.

Cristo, en la cruz, el verdadero arco iris

Ya desde el primer domingo miramos hacia la Pascua: en este sacrificio de la Eucaristía “inauguramos la celebración de la Pascua” (oración sobre las ofrendas).

A los contemporáneos de Noé Dios les indicó –o ellos así lo interpretaron– un signo muy sencillo y fácil de aplicar: cuando vieran el arco iris, que sale después de una tormenta, les invitó a que recordaran su bondad y su fidelidad. A nosotros, que sabemos bien cuál es el origen científico del arco iris, no nos iría mal que sacáramos una lección de este fenómeno natural: acordarnos de que Dios tiene paciencia, que sabe perdonar y que después de la tormenta quiere que haya paz. Que nos perdona nuestros fallos y que

quiere que también nosotros seamos más tolerantes con los demás, y sepamos perdonar y hacer salir el signo de la paz después de momentos más o menos tormentosos en nuestra vida.

A nosotros es Cristo Jesús, desde la cruz, quien mejor nos recuerda este amor de Dios. Él “murió por los pecados una vez para siempre, el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios” (lectura de Pedro). La Alianza, ahora, es la Nueva Alianza en la sangre de Cristo. Ha habido algo más que un diluvio o una época de esclavitud: Cristo, nuestro Salvador, se ha entregado hasta la muerte, por solidaridad, y ha restablecido de una vez por todas la Alianza entre Dios y la humanidad. Es lo que vamos a celebrar en todo este tiempo de Cuaresma y Pascua.

La carta de Pedro interpreta la Pascua de Cristo y nuestro Bautismo como cumplimiento de lo que había anunciado el diluvio. Lo que decía el diluvio proféticamente (situación de deterioro, juicio condenatorio, salvación por el agua purificadora, nacimiento de una nueva humanidad), se ha realizado eminentemente en Cristo, que asume el pecado, aunque es inocente, que es llevado a la muerte, pero luego resucita y es constituido Cabeza de la nueva humanidad.

Ese mismo proceso lo experimentamos nosotros sacramentalmente el día de nuestro Bautismo: a nuestra situación de pecado responde la gracia que nos ha conquistado Jesús en su Pascua y somos integrados en su nueva comunidad.

Lucha en el desierto para vencer las tentaciones

La Cuaresma nos invita a renovar nuestro compromiso con Dios. Alianza es fidelidad y compromiso por las dos partes. De la fidelidad de Dios no podemos dudar. Él es siempre fiel. Pero nosotros estamos continuamente tentados de infidelidad. Por desgracia, tenemos experiencia de ello.

Por eso se nos pone delante, en este primer domingo de Cuaresma, la figura de un Cristo que en el desierto es “tentado por Satanás” y sale victorioso. Es el mejor ejemplo que se nos puede proponer para estimularnos a ser también nosotros fuertes ante la tentación. Como el pueblo de Israel pasó

cuarenta años en el desierto, con abundancias tentaciones (y caídas), Jesús quiso pasar cuarenta días en el desierto antes de dar comienzo a su predicación. Nosotros somos invitados a vivir cuarenta días de purificación y preparación a la Pascua.

Casi es mejor que Marcos no nos narre las tentaciones concretas. Así queda abierto el sentido de que fue en toda su vida cuando Jesús las experimentó, por ejemplo con la invitación al poder o al prestigio o al aplauso fácil.

Todos tenemos experiencia de que vivir en cristiano es difícil y supone lucha ante las tentaciones de este mundo. A pesar de que hoy se va perdiendo la “conciencia de pecado”, sin embargo, si somos sinceros con nosotros mismos, cada uno sabe que van también para él las palabras de Cristo: “convertíos”. El mal contra el que tenemos que luchar no sólo existe en esa sociedad que estamos tentados de comparar con la humanidad que mereció el castigo del diluvio, sino dentro de cada uno de nosotros. Todos somos débiles y somos tentados por tendencias que no son precisamente evangélicas. Tal vez también de nosotros, como dice Marcos de Jesús en el desierto, se pueda afirmar que estamos “rodeados de alimañas”, que acechan contra nuestra fidelidad. Cada uno sabrá en qué dirección.

La Cuaresma es un buen tiempo –por ejemplo con el sacramento de la Reconciliación– para reencontrarse con Dios y consigo mismo, para renovar las opciones básicas de nuestra vida cristiana. Van a ser tres meses (cuarenta días de Cuaresma y cincuenta de Pascua) de auténtica “primavera espiritual” en la que Dios nos quiere purificar, renovar su Alianza con nosotros y comunicarnos la vida nueva, la energía y la libertad interior del Resucitado.

La convocatoria de Cuaresma es un pregón positivo y a la vez comprometedor. Es camino de Pascua, hacia la renovación total, como Noé y sobre todo como Cristo. Camino de lucha y de opción, de reiniciación de vida nueva: “se ha cumplido el plazo, convertíos y creed en el Evangelio”. Es más convocatoria a Pascua que a Cuaresma.

En la Eucaristía celebramos esa Pascua de Cristo, su paso a la nueva existencia, y, participando en “el Cuerpo entregado” y en la “Sangre de la Nueva Alianza”, recibimos la fuerza para que también para nosotros la Pascua de este año sea una gracia renovada de Alianza y de victoria contra el mal.

DOMINGO 2 DE CUARESMA

– I –

El domingo de la transfiguración

En este segundo domingo de Cuaresma escuchamos cada año la escena de la transfiguración de Jesús antes sus discípulos, este año según Marcos. Esta escena aparece como muy importante en el evangelio: es la revelación solemne de Jesús como Hijo, como predilecto, como Maestro.

Nada más dar inicio en la Cuaresma al camino de la cruz, ya se nos propone el destino último de este camino: la gloria suya y nuestra. Después de haber leído el domingo pasado la lucha contra las tentaciones y el mal, hoy se nos asegura que el proceso termina con la victoria y la glorificación de Cristo, y que también a nosotros la lucha contra el mal nos conduce a la vida.

En nuestro camino cuaresmal, no nos olvidamos de pedir a Dios que esta Eucaristía “nos prepare a celebrar dignamente las fiestas pascuales”.

Génesis 22, 1-2.9-13.15-18 *El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe*

De las etapas más importantes de la Historia de la Salvación en el AT, que leemos como primeras lecturas en los domingos de Cuaresma, llegamos hoy a la figura de Abrahán. El domingo pasado era Noé, cabeza de una nueva humanidad después del diluvio. Esta vez es Abrahán, con el que Dios dio

inicio al Pueblo elegido: es el modelo de fe para los creyentes de todos los tiempos.

De este patriarca leemos el punto culminante de su historia, cuando Dios le pide que sacrifique a su hijo Isaac, el “hijo de la promesa”. Abrahán obedece, a pesar de que esta propuesta parece ir en contra del plan salvador que se le había anunciado.

El ángel no le permite ejecutar el sacrificio, y le dice de parte de Dios que por este acto de fe será bendecido, y que en él todos los pueblos encontrarán también la bendición. La orden de Dios fue una “prueba”, como dice el texto: “Dios puso a prueba a Abrahán”. Una prueba ciertamente dramática, que mostró la fe y la obediencia de aquel recio creyente.

El *salmo* hace eco al episodio. Por parte de Abrahán hay una actitud de obediencia: “te ofreceré un sacrificio de alabanza... cumpliré al Señor mis votos”. Por parte de Dios, su voluntad de que triunfe la vida y no la muerte: “mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles”.

Romanos 8, 31-34. *Dios no perdonó a su propio Hijo*

Leemos, un tanto abreviado, el entusiasta himno de Pablo al amor que nos tiene Dios y que se ha manifestado en Cristo Jesús. Con preguntas retóricas va expresando su convicción de fe: “¿quién estará contra nosotros?”. Ciertamente no Dios, que “no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros”. Tampoco el mismo Cristo, que murió por todos.

Así, la lectura de Pablo viene como a hacer eco al sacrificio de Isaac: con la diferencia que el sacrificio de Jesús sí llegó a su trágico cumplimiento en la cruz y es el motivo de nuestra confianza en el amor de Dios.

Marcos 9, 2-10. *Este es mi Hijo amado*

Cada evangelista cuenta la escena de la transfiguración con matices distintos, que no es importante entretenerse en describir. Lo importante es que Jesús quiso hacer ver a sus discípulos predilectos, Pedro, Santiago y Juan –los mismos que estarían después presentes en su crisis del Huerto de Getse-

maní— un anticipo de su destino de gloria después de su muerte en la cruz. Este acontecimiento del monte Tabor tuvo lugar “a los seis días”, dice el evangelio: a los seis días de haberles anunciado su pasión y muerte.

La intervención de Pedro—que repetidamente es protagonista en el evangelio de Marcos— es característica de sus reacciones primarias: “hagamos tres tiendas...”. Marcos, que fue acompañante suyo, no oculta sus momentos de debilidad. Aquí apostilla que “no sabía lo que decía”.

El episodio termina con la orden del “secreto mesiánico”: Jesús no quiere que se divulgue su mesianismo hasta que vea los ánimos preparados.

—II—

¿Aceptamos la Alianza con Dios con la misma fe de Abrahán?

La Alianza es el hilo conductor de la Historia de la Salvación resaltado este año en las primeras lecturas de los domingos. La Alianza es un pacto o un compromiso bilateral entre Dios y la humanidad, esta vez con Abrahán como fundador del Pueblo elegido.

Desde luego, ninguna de las alianzas humanas —ni las matrimoniales, ni las comerciales, ni las políticas— parecen tener suficiente estabilidad como para poder compararse a esta Alianza a la que Dios es siempre fiel y que nos ha mostrado de un modo privilegiado en la Pascua de su Hijo.

Después de la Alianza que Dios hizo con Noé, tras el diluvio, y con la que Dios daba comienzo con toda la ilusión a una nueva “creación” de la humanidad, hoy escuchamos la que selló con Abrahán y, a través de él, con toda la humanidad.

Es admirable la radical obediencia de este hombre. Su fe fue sometida a pruebas nada fáciles: Dios le pidió que saliera de su tierra para peregrinar hacia lo desconocido; que abandonara su religión pagana; que se fiara de su promesa de que le daría un hijo, a pesar de su avanzada edad. Pero el colmo

de “la prueba a la que le sometió Dios” es que le pidió que sacrificara a su hijo, que había tenido finalmente en su ancianidad. Lo que ahora le pedía Dios parecía echar por tierra todas sus promesas anteriores: ¿no iba a ser padre de una multitud de pueblos?, ¿cómo es que ahora tiene que sacrificar a su hijo? Al abandonar su patria, Ur, Abrahán renunció a su pasado. Al estar dispuesto a sacrificar a su hijo —“tu hijo único, al que tanto amas”—, renuncia al futuro.

Puede ser que una intención del relato de este hecho fuera convencer a Abrahán, y a toda la humanidad, que debían abandonar algunos ritos que se habían extendido en diversas culturas religiosas y que consistían en ofrecer a la divinidad sacrificios humanos.

Pero ciertamente para nosotros también es evidente el ejemplo de fe y de obediencia de esta patriarca, honrado no sólo por los cristianos, sino también por los judíos y los musulmanes, al que merecidamente llamamos “el padre de los creyentes” y al que tantas veces alaban Cristo y Pablo en el NT.

El episodio está narrado con sobriedad, pero se puede adivinar el drama interior y noche oscura que debió experimentar Abrahán, que sin embargo tuvo fe en Dios. No es extraño que la carta a los Hebreos le proponga como modelo de fe para todos los creyentes, sobre todo si están pasando por momentos de crisis o duda en sus vidas: “por la fe, Abrahán, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda... pensaba que poderoso era Dios aún para resucitar de entre los muertos” (Hb 11, 17-19). Abrahán cree en las promesas. Pero cree más en Dios mismo. Y cree contra toda esperanza.

¿Seríamos capaces nosotros de semejante abandono en la voluntad de Dios? ¿somos de hecho capaces, en esta Cuaresma, de renunciar a algo que nos sea muy querido, de sacrificar algún “Isaac”, algún aspecto de nuestra vida que apreciamos especialmente, renunciando a él por seguir el camino de Dios? ¿incluso de renunciar a nuestra propia vida, como hizo Jesús? ¿o sólo lo seguimos cuando todo nos va bien, cuando nos consuela, cuando no parece exigirnos demasiado? ¿sólo en Pascua, o también el Viernes Santo?

Cuando en la Vigilia Pascual se nos invite a renovar por parte nuestra la Alianza con Dios y nos pregunten si renunciamos al mal y creemos en Dios, ¿será auténtico nuestro “sí, renuncio; sí, creo”?

La Nueva Alianza en la cruz de Cristo

Nos disponemos a celebrar, en la próxima Pascua, la muerte salvadora de Cristo.

Isaac ha sido considerado siempre en la Iglesia como una figura impresionante de Cristo en su camino a la cruz. La diferencia es que Isaac no llegó a ser sacrificado, y Cristo, sí. Como dice Pablo en su lectura, Dios “no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros”. El camino para la salvación de la humanidad, envuelta en pecado, fue que el mismo Dios asumió el dolor y el castigo merecidos por todos. Con su muerte Cristo llega a su cumbre de la solidaridad, reedifica los puentes rotos por nuestro pecado y restablece, ahora con plenitud, la Alianza entre Dios y los hombres.

En la Misa comparamos el sacrificio de Jesús con los sacrificios del AT, y sobre todo con el que estaba dispuesto a realizar Abrahán. En la Plegaria Eucarística I –el “canon” romano– le pedimos a Dios: “mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala como aceptaste... el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe”.

En verdad, Dios lo ha dado todo por nosotros, se ha dado a sí mismo y ha renovado gratuitamente su Alianza con nosotros. Por eso entona Pablo su himno entusiasta: ¿quién nos separará del amor de Dios?; si Dios está con nosotros, ¿qué nos va a negar? ¿quién podrá vencernos?

En cada Eucaristía participamos de la “Sangre de la Alianza nueva y eterna”. Eso es lo que nos da fuerzas para vivir nuestra vida cristiana. Eso es lo que motiva nuestro seguimiento de Jesús y el cumplimiento de la misión que cada uno tiene en la vida. Eso es lo que nos anima en los momentos difíciles. El camino de nuestra pascua –el programa cuaresmal– es serio, pasa por la prueba y la tentación y el cansancio y las dudas. La Pascua nos convoca al seguimiento de un Cristo que a veces no es nada dulce, sino difícil.

¿Hacemos tres tiendas? ¿o bajamos de la montaña a la vida?

¿Cuál es nuestra actitud ante la cruz y la transfiguración de Jesús? A los tres discípulos les vino bien entrever por un momento el destino de gloria del Maestro, perplejos como habían quedado después del anuncio de su pasión

y su muerte. Esta experiencia seguramente fue un factor de ánimo para su camino de seguimiento de Jesús. Como para Abrahán cuando oyó lo de “no alargues tu mano...”, “te bendeciré... todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia”, o como cuando Pablo expresó su confianza en el amor de Dios: si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?

Esto nos interpela a todos: ¿qué pienso yo de Cristo, de su marcha hacia la cruz?, ¿le acepto, como Pedro inicialmente, sólo en su aspecto consolador y triunfante, o también en su dimensión de cruz y muerte? ¿prefiero llegar a la resurrección y la gloria sin pasar por la cruz? ¿o estoy dispuesto al seguimiento de Jesús sólo cuando está en el Tabor de la gloria y no en el Calvario de la cruz?

Pedro y los demás discípulos le fueron entendiendo muy poco a poco. Hoy aparecen discutiendo qué significa eso de “resucitar de entre los muertos”. Lo que no entienden ni les cabe en la cabeza es lo de la pasión y la muerte. ¿Y yo? ¿he llegado a aceptar en mi vida de seguimiento de Jesús el destino de la cruz, para poder colaborar en la salvación del mundo? ¿o prefiero instalarme en las tres tiendas, en un paraíso particular que me he ideado yo?

Los discípulos vieron pronto a Jesús, con vestido normal, no tan blanco y esplendoroso, y bajaron con él al valle, a seguir su camino. ¿Bajo yo también a la tarea de cada día, animado por Cristo?

Ser fiel a la Alianza le costó a Abrahán. Le costó aun más a Jesús cumplir hasta el final su misión salvadora. ¿Quiero yo cumplir en mi vida la voluntad de Dios sin que me cueste nada?

¡Escuchadle!

La voz del cielo concluye su afirmación sobre la identidad de Jesús con una consigna que valía para los tres discípulos y también para nosotros: ¡escuchadle!

Jesús es el Maestro, el Enviado de Dios. Es en él en quien nosotros creemos, a quien seguimos. A quien escuchamos en cada Eucaristía, donde en la “primera mesa” se nos comunica primero como Palabra, para dársenos después como Pan y Vino de Eucaristía.

En cada misa no sucede para nosotros un milagro visible de transfiguración que nos anime. Pero sí se da el sacramento, invisible pero real y eficaz, de la donación que Jesús nos hace de sí mismo, como Palabra y como Pan eucarístico. Deberíamos saber descubrir en esta pequeña experiencia de la celebración eucarística la luz y la fuerza –el “viático”, alimento para el camino– que quiere darnos el Señor Resucitado para nuestro camino de cada día.

DOMINGO 3 DE CUARESMA

–I–

La Alianza y la Pascua

A lo largo de los domingos de Cuaresma, las lecturas nos ofrecen una doble línea de reflexión: la Alianza que Dios ha sellado reiteradamente con la humanidad, y la marcha de Cristo Jesús hacia su muerte y su glorificación.

Después de la Alianza con Noé y con Moisés, que escuchábamos en los domingos anteriores, hoy llegamos a la que se considera la más importante del AT: la Alianza que hizo Yahvé con su pueblo, por la mediación de Moisés, en el monte Sinaí, a la salida de Egipto. A esta se la llama “Antigua Alianza”, o bien “la primera Alianza”, que prepara la que será la segunda y definitiva: la “Nueva Alianza” restablecida por mediación de Cristo en la cruz. Así, toda la Historia de la Salvación la vemos desde la clave de la Alianza entre Dios y la humanidad.

El evangelio nos sitúa en la otra gran línea: la que nos prepara a celebrar dentro de pocas semanas el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, su Pascua. De ese misterio de la entrega pascual de Cristo nos ofrece Pablo una catequesis y Juan la imagen del Templo destruido y reconstruido.

Éxodo 20, 1-17. *La ley se dio por medio de Moisés*

La página que leemos hoy condensa los diez mandamientos, el Decálogo de la Alianza entre Dios y su pueblo. De los capítulos 20-23 del libro del

Éxodo sólo leemos el comienzo, empezando por una frase básica: “yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la esclavitud de Egipto”. Las normas de vida que siguen no vienen de un Dios extraño, o de una “divinidad” difusa: son del Dios que hizo el mundo y el que les sacó de Egipto.

Estos diez mandamientos, que en los capítulos siguientes del Éxodo están mucho más detallados, resumen el estilo de vida que se pide al pueblo elegido. Unos se refieren al culto a Dios. Otros, al trato con los demás, empezando por el de “honra a tu padre y a tu madre”.

El *salmista* está convencido de que en estos mandamientos está la clave de la verdadera armonía interior y exterior: “los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón... los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos...”. Por eso repetimos: “Señor, tú tienes palabras de vida eterna”.

1 Corintios 1, 22-25. *Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, pero, para los llamados, sabiduría de Dios*

Pablo aborda en su carta a los cristianos de Corinto, en Grecia, el tema de la “sabiduría” verdadera.

Los judíos piden “signos”. Los griegos “buscan sabiduría”. Pero la fe cristiana es “fuerza de Dios”, es el lenguaje de la cruz: por eso “nosotros predicamos a Cristo crucificado”, que puede parecer necedad a los griegos y escándalo a los judíos.

Juan 2, 13-25. *Destruid este templo y en tres días lo levantaré*

Durante tres domingos leeremos el evangelio no de Marcos, sino de Juan, con tres símbolos expresivos de la muerte pascual de Cristo: el Templo, la serpiente y el grano de trigo.

El episodio de hoy sucede en torno a la Pascua, lo cual para Juan ya es significativo.

Jesús realiza uno de los gestos simbólicos que más debieron llamar la atención y provocar la ira de sus enemigos: expulsó a los vendedores y cambistas del

Templo, defendiendo el carácter sagrado y cúltilo de aquel espacio. Pero el principal motivo de la elección de este pasaje es el “signo” que él da para justificar su actuación: “destruid este templo...”. Naturalmente no se refiere al Templo de piedra, que habían tardado cuarenta y seis años en edificar, sino al templo de su cuerpo, anunciando así –aunque de momento nadie le entendiera– su resurrección.

–II–

Una Alianza que afecta de lleno a la vida

Los mandamientos de la 1ª Alianza siguen siendo válidos. Son “diez palabras” (eso es lo que significa “decálogo”) que Dios nos ha dirigido de una vez por todas, para que vivamos según sus caminos. Jesús no suprimió estos mandamientos: les dio motivaciones más profundas (“amaos como yo os he amado”) y los completó, sobre todo con las bienaventuranzas y el sermón de la montaña.

Los mandamientos son universales: también los paganos deben honrar a sus padres y respetar lo ajeno, y nosotros los cristianos también debemos defender la vida y practicar la justicia social y la ética sexual y, sobre todo, “no tener otros dioses” como valores absolutos, en medio de una sociedad que nos los ofrece en abundancia. Eso sí, nosotros tenemos además los valores que nos ha enseñado Cristo Jesús.

Los primeros mandamientos nos hacen mirar a Dios: “no tendrás otros dioses frente a mí”, “no pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso”, “santifica el sábado”. La tentación que todos tenemos es la de fabricarnos “ídolos” más a nuestro gusto y rendirles culto. Tal vez no serán ahora ídolos en forma de estatua de piedra o madera (aunque si a alguien le dan la estatuilla del Oscar puede ser que experimente la tentación al pie de la letra...), pero sí todos podemos caer en la adoración del dinero, del prestigio, del placer, de lo material.

A partir del cuarto, estos mandamientos nos hacen mirar al prójimo: “honra a tu padre y a tu madre... no matarás... no cometerás adulterio... no robarás...”.

Dios hace suyos los intereses de los hombres y nos urge a que sepamos respetar la propiedad y la persona de todos. Quiere que le honremos a él y que respetemos el día consagrado a él, pero quiere también que respetemos al prójimo y que sepamos vivir en justicia y verdad.

Los mandamientos no nos quitan la libertad: al contrario, son el camino de una vida digna, libre, en armonía con Dios y con el prójimo, que es el mejor modo de estar también en armonía con nosotros mismos. Los mandamientos son el camino de la verdadera liberación. Algunos están en formulación negativa (“no tendrás otro dios... no matarás... no robarás... no codiciarás los bienes del prójimo...”), pero son profundamente positivos, porque nos invitan a decir “sí” tanto a Dios como al prójimo.

La ley tiene su importancia, en la medida en que traduzcamos en la vida práctica la actitud interior. Lo principal no es la norma en sí o la lista detallada de los preceptos. Detrás de esas normas está el compromiso personal, la fidelidad a la Alianza que Dios nos ofrece.

Podemos decir con humildad y alegría, como el salmista: “tú tienes palabras de vida eterna... la ley del Señor es perfecta y es descanso del alma... los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón...”. Nos iría mucho mejor, como personas y como humanidad, si hiciéramos caso de esas palabras de vida que Dios nos dio a todos a través de Moisés y de su pueblo.

Sería útil que nos asomásemos hoy a las páginas que el Catecismo de la Iglesia Católica dedica a los mandamientos, entendidos ahora desde Cristo: es la 3ª parte, “La vida en Cristo”, segunda sección, “Los diez mandamientos”, nn. 2052-2557. Es una buena actualización de las palabras normativas de Dios, que siguen válidas para toda la humanidad y también para nosotros, los cristianos.

Por un culto más purificado

El episodio del Templo, cuando Jesús echa fuera a los cambistas y a los mercaderes de animales, expresa cómo quiere él que sea el verdadero culto, “en espíritu y verdad”. Jesús quiere que el Templo sea “casa de Dios”, y que no se corrompa con intereses personales, sobre todo económicos.

El provocativo gesto de Jesús no les debió saber nada bien a los encargados del Templo, que tenían montado un buen negocio, porque todos los que venían a rendir culto a Dios tenían que adquirir allí los animales (bueyes, corderos, palomas) y también cambiar la moneda que trajeran, porque sólo se admitía la oficial de Jerusalén.

No sabemos si después de este episodio cambiaron las costumbres del Templo, o fue sólo de un gesto simbólico de Jesús. Es una lección que sigue siendo válida para la Iglesia de todos los tiempos, porque siempre tenemos la tentación de orientar el culto para nuestro propio beneficio. El verdadero culto no es la ofrenda de cosas materiales, sino la de nosotros mismos. Como la ofrenda de Cristo en la Cruz, cuando llevó a su plenitud el culto de la humanidad a Dios.

Nuestro culto ha de ser vital, interno, además de ritual y externo. Él mismo se entregó en la cruz hasta las últimas consecuencias, sellando así, no con ritos en el Templo sino con la donación de su propia persona, la Nueva Alianza con Dios.

La cruz: escándalo, necesidad o sabiduría verdadera

Pablo, en su lectura, nos ha preparado para entender lo que significa que Jesús anuncie su muerte y su resurrección. Lo que representa para nuestra vida la Nueva Alianza de la cruz de Cristo.

Cristo crucificado no parece responder al ideal de sabiduría de los griegos ni a los signos de poder que los judíos esperan del Mesías. Pero Dios se muestra sorprendente y no sigue los criterios ni de los judíos ni de los griegos. Más bien parece como si quisiera desprestigiar lo que los hombres llamamos sabiduría, demostrando que es necedad, mientras que lo que nosotros despreciamos como necio o débil puede ser a sus ojos lo verdaderamente sabio.

Jesús hace una afirmación que deja perplejos a sus adversarios: “destruid este Templo y yo lo levantaré en tres días” (para “levantaré” se emplea aquí la misma palabra griega que para “resucitar”: “egeiro”). El evangelista ya se encarga de decirnos que “él hablaba del templo de su cuerpo”. Por tanto, nuestra atención es orientada por el mismo Jesús hacia su Pascua, hacia su entrega en la cruz y a su resurrección al tercer día.

Nos conviene también a nosotros reajustar nuestra mentalidad. Porque los criterios de sabiduría de este mundo no siempre coinciden, ahora menos que nunca, con los de Jesús. La sabiduría cristiana se basa en Cristo crucificado, que chocaba en el ambiente helénico y judío y sigue chocando también en la cultura actual, que valora sólo el éxito, la salud, la eficacia, la fama. Pero la cruz de Cristo es lo que nos ha llevado a la verdadera felicidad, porque es la sabiduría y la fuerza de Dios.

La Cuaresma, además de recordarnos que la fe tiene que llevarnos al cumplimiento de las normas de vida que nos ha dado Dios, en los mandamientos del AT y en el evangelio, nos estimula a centrar nuestra vida en Cristo Jesús, y más en concreto, en el Cristo Pascual, el Cristo de la cruz y de la resurrección y, por tanto, nos invita a una vida más exigente en su seguimiento. Debemos ir asimilando su sabiduría, la que el mundo de hoy puede seguir considerando necedad (¿perdonar setenta veces siete? ¿poner la otra mejilla?) o escándalo (“el que quiera seguirme tome su cruz y sígame”, “no es el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre”).

Estamos preparando la celebración de la Pascua. Es bueno que purifiquemos a la luz del mismo Cristo, el verdadero Maestro, nuestra visión de la historia y de nuestra propia vida. Y que progrese en la conversión cuaresmal-pascual que nos pide este tiempo fuerte por excelencia de nuestro año cristiano.

DOMINGO 4 DE CUARESMA

—I—

Dios es fiel a la Alianza: nosotros, no

La Alianza entre Dios y la humanidad, que hemos ido meditando en los domingos pasados (con Noé, Abrahán y Moisés como protagonistas), es cosa de dos. Por parte de Dios no hay duda que él es fiel. Lo ha demostrado a lo largo de la historia, sobre todo en el éxodo y en la peregrinación por el desierto y la entrada en la tierra prometida.

Pero no así el pueblo de Israel, pueblo de dura cerviz, y que continuamente va oscilando entre la fidelidad y la idolatría, o sea, violando el primer mandamiento que habían “pactado” con Yahvé al pie del Sinaí.

Estamos prácticamente a mitad de la Cuaresma. Es bueno que también nosotros, tan débiles y volubles tal vez como los israelitas, nos espejemos en su historia para decidarnos a una seria conversión en la cercanía de la Pascua.

2Crónicas 36, 14-16.19-23. *La ira y la misericordia del Señor se manifestaron en el exilio y en la liberación del pueblo*

El autor del libro de las Crónicas interpreta el gran desastre de la cautividad del pueblo en Babilonia como castigo de sus pecados. Empezando por las clases dirigentes, los israelitas “multiplicaron sus infidelidades, según las

costumbres abominables de los gentiles”. Aunque Dios “tenía compasión de su pueblo” y les envió profetas que les avisaran, no les hicieron caso.

La dramática destrucción de Jerusalén y de su Templo y el destierro fueron la corrección que Dios aplicó al pueblo por su infidelidad a la Alianza. Pero Dios nunca cierra todas las puertas: una vez cumplido el tiempo debido, suscitó a un pagano, Ciro, rey de Persia, que permitió que volvieran a Jerusalén los que quisieran.

El *salmo* 136 expresa muy bien los sentimientos que debieron tener, en tierra extranjera, los que todavía se “acordaban de Jerusalén” y de la Ley de Dios, de la Alianza. Ahora, “junto a los canales de Babilonia”, echan de menos los cantos de Sión y piden a Dios que termine con sus enemigos. Como, en efecto, sucedió, porque Ciro acabó con el poder de los asirios que habían llevado a cabo al destierro a los israelitas.

Efesios 2, 4-10. *Estando muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo*

Pablo, consciente del pecado al que todos somos propensos, destaca la fuerza del amor de Dios que supera nuestro pecado y nos salva: “por el gran amor con que nos amó”, “nos ha hecho vivir con Cristo”.

Para expresar lo que nos sucede a los que nos incorporamos a Cristo, Pablo tiene que inventar neologismos: “con-vivir, con-resucitar, con-sentarse a la derecha de Dios” junto con Cristo.

Todo es don gratuito de Dios, que espera de nosotros fe y buenas obras. Así, la lectura de Pablo nos prepara para escuchar el evangelio, que también insiste en este amor gratuito de Dios para con nosotros pecadores.

Juan 3, 14-21. *Dios mandó a su Hijo para que el mundo se salve por él*

Del diálogo de Jesús con Nicodemo, leemos hoy la segunda parte, que ya no es tanto diálogo, sino monólogo teológico en labios de Jesús.

Después de haber hecho las afirmaciones que apuntan a la “iniciación” en el Reino y la fe en Cristo Jesús, que nos hace nacer de nuevo “por el agua

y el Espíritu”, Jesús recuerda la imagen de la serpiente que Moisés levantó en el desierto y que, para los que la miraban con fe, producía la curación.

Se centra todo el discurso –la catequesis– del Maestro en el amor que Dios tiene a la humanidad, y que se ha mostrado sobre todo al enviarles a su propio Hijo, para que se salven todos los que creen en él.

-II-

Somos pecadores

La descripción que hace el libro de las Crónicas de la historia de Israel puede ser también un poco reflejo de la nuestra. A pesar de la elección y de los dones de Dios, y de los profetas que sigue enviando para enseñanza nuestra, y, sobre todo, a pesar de habernos dado como Maestro y Salvador a su propio Hijo, seguimos claramente en déficit respecto a la Nueva Alianza que él nos ha ofrecido.

De nosotros también se puede decir, en alguna medida, que hemos “preferido las tinieblas a la luz”, porque no acabamos de admitir en nuestra vida toda la luz de Cristo. Como Israel en el AT fue continuamente tentado de dejarse contaminar por las costumbres morales y la idolatría de los pueblos paganos vecinos, también nosotros podemos ser cobardes a la hora de resistir al atractivo que el mundo de hoy, con su mentalidad, ejerce sobre nosotros.

Cuaresma es tiempo de examen, de chequeo espiritual, de autocrítica sincera, de conversión. A la luz de ese Cristo que camina hacia su entrega total en la cruz, sus seguidores nos tenemos que plantear si nuestra vida va respondiendo a ese amor de Dios manifestado en Cristo Jesús o hemos caído en una rutina y una pereza espiritual que hace peligrar que la Pascua de este año sea una Pascua provechosa para nuestro crecimiento en la fe.

Sólo podremos prepararnos a la Pascua, y celebrarla en profundidad, si reconocemos nuestra situación de pecado, y decidimos convertirnos a nuestra opción radical cristiana de fidelidad a la Alianza.

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único

Esta frase de Jesús, que se puede considerar como centro y resumen no sólo del evangelio de Juan, sino de todo el mensaje del NT, nos da la clave para superar nuestra conciencia de pecado: “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna”.

El amor que Dios nos tiene es previo a todos nuestros méritos y superior a todos nuestros deméritos. Ya en el AT se manifestó este amor, incluso si tuvo que castigar y corregir a su pueblo, cuando le sacó de la esclavitud de Egipto y más tarde le hizo volver de la cautividad. En la primera lectura hemos escuchado cómo Dios movió el corazón del rey Ciro, que permitió a los israelitas volver a Jerusalén para reedificar su nación y su Templo. Dios superaba, una vez más, con su amor y su perdón, la realidad del pecado.

Pero, sobre todo es en el NT cuando experimentamos este amor de una manera más profunda. Pablo nos dice que “Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo”.

Este amor de Dios es totalmente gratuito, no lo habíamos merecido: “por pura gracia estáis salvados”, “así muestra en todos los tiempos la inmensa riqueza de su gracia, su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”, “no se debe a vosotros, sino que es un don de Dios”.

Mirar a Cristo en la cruz

No sabemos bien qué sentido pudo tener el misterioso episodio de la serpiente de bronce que Moisés fabricó y levantó como un estandarte en el desierto, por indicación de Dios, y que sirvió precisamente para curar las picaduras de las serpientes venenosas que les atacaron en el desierto. En el libro de la Sabiduría se nos da la clave para entenderlo mejor. No valora la serpiente en sí misma, como si fuera un objeto mágico, sino como recordatorio de la bondad de Dios, cuando el pueblo le mira: “el que a ella se volvía, se salvaba, no por lo que contemplaba, sino por ti, Salvador de todos” (Sb 16,6-7).

Pero lo que sí sabemos, porque es el mismo Jesús quien lo explica a Nicodemo, es que él, Jesús, “elevado” como la serpiente en el estandarte de la cruz, será el punto de referencia para todos los que se quieran salvar. Más adelante, en el mismo evangelio de Juan, Jesús les dice a sus oyentes: “cuando levantéis al Hijo del Hombre, sabréis que yo soy” (8, 28).

El que cree en él “no será juzgado” y se salvará: tendrá vida. Mientras que el que no quiera creer, él mismo se juzga y se aleja de la salvación. Ese es el sentido de la Pascua: “para que todo el que cree en él tenga vida eterna”.

Es lo que los cristianos nos disponemos a celebrar en los próximos días: “miraremos” a Cristo en la cruz con creciente intensidad y emoción, con fe, y aprenderemos la gran lección que nos da desde la paradójica “cátedra” de la cruz.

En Cuaresma somos invitados a confiar en la misericordia de Dios y a reconciliarnos con él. Como a Israel, se nos presenta el camino para volver del pecado a la Alianza y reedificar los valores que habíamos perdido. Cada uno sabrá qué tiene que reedificar en su vida, de qué pecados tiene que convertirse, qué valores tiene que recuperar.

Dejarnos iluminar por la luz pascual

Los temas de las lecturas de hoy nos conectan espontáneamente, por una parte, con el sacramento de la Reconciliación, por nuestra condición de pecadores y nuestra voluntad de conversión al amor de Dios. Por otra, con la Eucaristía, el sacramento en que participamos de esa Nueva Alianza que Jesús selló en la cruz.

Pero también apuntamos ya a la celebración de la Vigilia Pascual, con su expresivo simbolismo de la luz, que se puede decir que es preparado por el evangelio de hoy: “el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios”, mientras que los que no creen “prefieren las tinieblas a la luz”. Cristo es la Luz y el que le sigue no anda en tinieblas.

La progresiva iluminación de la Vigilia Pascual a partir del Cirio y la presencia de este símbolos a lo largo de toda la Cincuentena, es un modo muy

expresivo de significar la nueva vida de Cristo, comunicada esa noche a los cristianos.

Eso nos invitará a ser en verdad “hijos de la luz” en nuestra vida. Un cristiano es el que no sólo está bautizado (y ya en la celebración del Bautismo juega un papel importante el simbolismo de la luz), sino que intenta vivir conforme al Resucitado, obrando las obras de la luz: el amor, la fraternidad, la verdad, la lucha contra la injusticia. Porque, como nos dice Pablo, “Dios nos ha creado en Cristo Jesús para que nos dediquemos a las buenas obras, que él nos asignó para que las practicásemos”.

DOMINGO 5 DE CUARESMA

—I—

Se acerca la Pascua

Dos semanas escasas para el Triduo Pascual. Las lecturas de hoy nos recuerdan la inminencia de esa celebración central: la muerte y la resurrección de Cristo Jesús.

La carta a los Hebreos nos habla de sus “gritos y lágrimas” ante la certeza de su muerte. El evangelio nos recuerda otro momento de “crisis” de Jesús ante la “hora” dramática que ve acercarse, aunque triunfa su voluntad de obediencia al plan salvador de Dios, con la hermosa imagen del grano de trigo que, para dar fruto, tiene que enterrarse y morir.

Los discípulos de Jesús queremos unirnos a él en ese camino suyo hacia la “hora” de su “glorificación”, que incluye la cruz y la nueva vida. En la oración colecta de hoy pedimos a Dios “que vivamos siempre de aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo”.

Jeremías 31, 31-34. *Haré una alianza nueva y no recordaré sus pecados*

Leemos hoy la famosa página del profeta Jeremías, la primera vez que en el AT se anuncia que va a haber una “nueva Alianza”, después del fracaso de la primera por parte del pueblo infiel.

Una Alianza que será profunda e interior: “meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones”, y realizará en verdad lo que había querido ya la primera: “yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”. Por parte de Dios, la misericordia: “cuando perdone sus crímenes y no recuerde sus pecados”. Por parte del pueblo, el deseo de que sea fiel a Dios: “todos me conocerán”.

El *salmista*, que esta vez es el autor del “Miserere”, hace suyos los sentimientos de esta perspectiva positiva de Jeremías: “oh Dios, crea en mí un corazón puro”, “renuévame por dentro”, “devuélveme la alegría de tu salvación”.

Hebreos 5, 7-9. *Aprendió a obedecer y se ha convertido* en autor de salvación eterna

Es breve pero impresionante este pasaje en que el autor de la carta a los Hebreos nos presenta un Mediador, un Sacerdote que sabe lo que es el dolor y el sufrimiento.

Si los evangelistas que narran la “crisis” de Jesús en Getsemaní ante la inminencia de su muerte hablan de miedo, pavor, tristeza y tedio, esta carta añade un dato dramático: “a gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte”. Y por su obediencia, “se convirtió en autor de salvación eterna”.

Juan 12, 20-33. *Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da mucho fruto*

En tres domingos sucesivos se nos presentan –en este ciclo B– otros tantos símbolos, a cual más expresivos, que nos permiten entender mejor el misterio de la Pascua del Señor: el templo que él reedificará en tres días, la serpiente levantada que cura a quien le mira con fe, y hoy el grano de trigo. En el evangelio de hoy hay también una alusión a la imagen de la serpiente: “cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”.

Así Jesús nos va dando las claves para entender su muerte y resurrección. Hoy, con la metáfora tomada de la vida del campo: “si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto”.

–II–

La seriedad del dolor de Jesús

Como preparación próxima a la Semana Santa, las lecturas de hoy nos presentan a Jesús que camina con admirable fortaleza a vivir su “hora” decisiva, en la que por solidaridad con los hombres se dispone a cumplir el proyecto salvador de Dios.

Ya los evangelistas nos hablan de sus momentos de tristeza y miedo en el Huerto. También el evangelio de hoy se puede decir que refleja otro momento, anterior al de Getsemaní, en que Jesús confiesa con emoción: “mi alma está agitada”, y nos dice que lo primero que se le ocurre pedir es: “Padre, líbrame de esta hora”. Aunque en seguida triunfa su obediencia: “pero si por eso he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre”. Ya sabemos qué significa para Jesús esa “hora” y esa “glorificación”.

La carta a los Hebreos nos asegura también que Jesús no caminó hacia la muerte como un héroe o un superhombre, con la mirada iluminada e impasible, sino que “a gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte”. Y añade la sorprendente observación de que “en su angustia fue escuchado”, y que “a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer”. Por eso fue constituido salvador de la humanidad. Fue escuchado, no porque Dios le liberó de la muerte “antes” de sufrirla, sino “después”, con la resurrección.

Es evidente la seriedad con que Jesús asumió su papel de redentor. Tenemos un Sumo Sacerdote que no se ha enterado de nuestros problemas leyendo libros, sino que ha experimentado en su propia carne toda la debilidad y el dolor del camino pascual. Eso nos da la convicción de que el dolor o el sufrimiento o la muerte no son la última palabra. El amor total, hasta la muerte, de Cristo, fue enormemente fecundo, como la muerte del grano de trigo en tierra.

¿Es así de firme nuestra fidelidad?

Si nos espejamos en ese Cristo Jesús a quien vamos a seguir muy de cerca estos días próximos, no nos extrañará que también nuestro camino incluya a veces momentos de dolor y de miedo.

No sé si nos toca alguna vez elevar súplicas con gritos y con lágrimas a Dios, para que nos ayude en nuestros momentos de crisis. Lo que sí es seguro de que tenemos experiencia de que ser buenos cristianos, y seguir las huellas de Cristo con el estilo de vida que nos enseñó, no es nada fácil.

A todos nos apetece más la salud, el triunfo, el éxito y los honores que la renuncia o el sacrificio o el fracaso. Cristo nos ha enseñado que el mundo se salva no con alardes de poder, sino por medio de la cruz, que en este mundo nuestro no tiene ciertamente de buena prensa ni popularidad. A pesar del aviso de Jesús, “el que se ama a sí mismo, se pierde”, ¿a quién le viene espontáneo amar a los demás y perdonar setenta veces siete y poner la otra mejilla?

Puede sucedernos también a nosotros que tenemos el deseo de “ver a Jesús”, como aquellos paganos que, por medio de Felipe, rogaban: “quisiéramos ver a Jesús”. Tal vez les movía el deseo de conocer al Jesús de los milagros y de las palabras consoladoras y las manos que bendicen y curan. Y se encontraron con que Jesús, al saber de su petición, se define a sí mismo como el grano de trigo que cae en tierra y muere, para poder dar fruto. Nos gustaría también a nosotros “ver” a ese Jesús que guía, que consuela, que bendice. Pero, además de eso, nos encontramos con el Jesús que nos dice que “el que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor”. O, como dijo en otra ocasión, “quien quiera seguirme, tome su cruz cada día y sígame”.

El mundo de hoy nos ofrece otros caminos, que son más apetecibles, pero que no conducen a la salvación. Nuestra vocación cristiana nos ofrece muchos momentos de lucha contra el mal, el mal dentro de nosotros y el mal del mundo.

Una Alianza grabada en el corazón y coherente con la vida

La nueva Alianza que anunciaba el profeta, la que ha realizado de una vez por todas Cristo Jesús, es también para nosotros una Alianza interior, profunda, basada más en las actitudes y opciones íntimas que en las prácticas exteriores y los ritos, que tienen valor si responden a la actitud interior. También para los cristianos debería cumplirse el anuncio de Jeremías: “meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones”.

La Alianza anterior fracasó: “ellos, aunque yo era su Señor, quebrantaron mi alianza”. A lo mejor no fallaron en la ofrenda de sacrificios y holocaustos y oraciones. Pero sí en su estilo de vida: prefirieron la moral más fácil de los dioses paganos vecinos, mucho más permisiva que la exigente normativa de la Alianza del Sinaí. Pero Dios no cejó en su plan de salvación, y por medio del profeta anunció una Alianza mejor, a la que invitaba a ser fieles, la que iba a consagrar Jesús, no por medio de sangre de animales, sino con la suya propia.

Esta Nueva Alianza, en la que participamos en cada Eucaristía, nos compromete a un estilo de vida coherente: no vaya a ser que también de nosotros se pueda quejar Dios de que la quebrantamos con nuestras obras. También nosotros podemos caer en la rutina o el formalismo, y por eso se nos recuerda hoy que el evangelio de Jesús debe estar impreso en nuestro corazón y personalizado y seguido con autenticidad.

El mejor fruto de la Pascua es que Dios conceda eso que pedíamos en el salmo: “Oh Dios, crea en mí un corazón nuevo”.

En cada Eucaristía, cuando celebramos el memorial de la muerte salvadora de Cristo, participamos de la fuerza salvadora de la Nueva Alianza que él selló entre Dios y la humanidad en su cruz: “esta es la Sangre de la Alianza nueva y eterna, derramada por vosotros y por todos”.

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

— I —

Comienza la Semana Santa con gloria y dolor

Damos inicio hoy a la “Semana Santa” o “Semana Grande”, que es mitad Cuaresma (hasta la Eucaristía del Jueves) y mitad Triduo Pascual (desde esa Eucaristía hasta la Vigilia Pascual y luego todo el domingo).

La empezamos con este domingo que, como su nombre compuesto refleja, tiene dos dimensiones muy distintas: las alabanzas que la multitud dedicó a Jesús en su entrada a Jerusalén, con palmas y “hosannas”, y luego la Eucaristía, más adusta, con las tres lecturas apuntando al drama de la cruz, sobre todo el evangelio de la Pasión.

Por eso, la Eucaristía de este domingo tiene dos elementos característicos: la entrada procesional y el evangelio de la Pasión. A veces, resulta difícil conjugar estas dos actitudes, sobre todo en comunidades en que abundan los niños, que tienen en esta fiesta un protagonismo evidente, como el que tuvieron en Jerusalén. Pero es una sucesión de aspectos que está bien pensada: la entrada de Jesús en la ciudad santa fue acompañada por un inesperado entusiasmo por parte de la gente sencilla, pero él iniciaba esta última semana de su vida dispuesto a cumplir su misión con la muerte en la cruz.

Todavía estamos en Cuaresma, y hoy escuchamos lecturas muy profundas que retratan el camino de Jesús hacia su Pascua, con el poema de Isaías y sobre todo con la pasión según Marcos. Ya desde la oración colecta de la

Misa, nada más terminar la procesión, el discurso es diferente: “tú quisiste que nuestro Salvador se anonadase, muriendo en la cruz, para que todos nosotros sigamos su ejemplo”.

(Antes de la procesión) Marcos 11, 1-10. Bendito el que viene en nombre del Señor

La lectura evangélica antes de la procesión nos cuenta lo que sucedió aquel día, cuando, sabiendo que había llegado su hora, Jesús decide ir a Jerusalén. Montado en un borrico, entra en la ciudad acompañado de las aclamaciones de los discípulos: “hosanna (¡viva!), bendito el que viene en nombre del Señor”. No sería seguramente un gran acontecimiento, sino más bien una manifestación (menos mal que entonces no había el prurito de contar el número de presentes) popular y espontánea de admiración al que consideraban como el Profeta enviado de Dios. Tampoco la cabalgadura en que entra es demasiado gloriosa.

Esta procesión en honor a Cristo el domingo de Ramos tuvo su origen en Jerusalén, ya en el siglo IV, y luego se difundió a toda la Iglesia. Las comunidades que pueden hacerlo organizan hoy una procesión partiendo de un lugar diferente, mientras van dedicando cantos de alabanza a Cristo. Lo principal no son los ramos benditos, sino que la comunidad “acompaña a Cristo aclamándole con cantos”, agitando, eso sí, esos ramos que han sido “bendecidos” porque se les da un significado simbólico de fe.

Isaías 50, 4-7. No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado

En el repaso celebrativo de los momentos importantes de la historia de la salvación, llegamos al tercer “cántico del Siervo del Señor”, de Isaías. Un poema que nosotros vemos cumplido en Jesús de Nazaret. El cuarto, el más impresionante, lo proclamamos el Viernes Santo.

Hoy se afirma de este Siervo que tiene “una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento”. Pero también se dice que antes, “cada mañana, me espabila el oído para que escuche como los iniciados”.

Escucha para luego poder comunicar las palabras de Dios. El Siervo es, además, consciente de que su misión va a ir acompañada de oposición: “ofrecí la espalda a los que me golpeaban”; siempre, eso sí, con la ayuda de Dios: “mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido”.

A esta lectura, que ya preludia la Pasión, le hace eco uno de los *salmos* más impresionantes: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado”, el salmo que los evangelistas ponen en labios de Jesús en la cruz. En verdad, la pasión de Jesús está narrada después como siguiendo la pauta de los versículos de este salmo: “se burlan de mí... acudió al Señor, que lo libre... me taladran las manos y los pies... echan a suertes mi túnica”. Incluida también la confianza en Dios: “tú, Señor, no te quedes lejos, ven a ayudarme”.

Filipenses 2, 6-11. *Se rebajó: por eso Dios lo levantó sobre todo*

En su carta a los cristianos de Filipos, Pablo incluye un himno cristológico que seguramente ya se cantaba en las primeras comunidades. Un himno que habla del proceso “pascual”, su “paso” o “tránsito”. Desde su condición divina se rebaja a la humana y a la humillación de la muerte, el anonadamiento total (movimiento descendente). Desde ahí la fuerza de Dios lo eleva como Señor de toda la creación (movimiento ascendente).

Es un resumen teológico de la Pascua de Cristo. No es de extrañar que en la celebración de las Vísperas de cada sábado recitemos este himno, que resume el misterio pascual de Cristo con su muerte (viernes), su estancia en la sepultura (sábado) y la resurrección en la madrugada del domingo.

Marcos 14,1 – 15,47. *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*

El relato de la Pasión tiene en Marcos un particular relieve. Se ha dicho de este evangelio que todo él es “un relato de la Pasión precedido de una larga introducción”.

La pasión empieza en Marcos con la escena de Betania, en que una buena mujer unge a Jesús, que la tiene que defender de los que protestan por lo que consideran un gasto inútil. Sigue con la Última Cena, con la institución de la Eucaristía pero también con el anuncio de la traición de Judas. La angustiada

oración de Getsemaní va seguida por el bochornoso abandono de todos los discípulos y la negación de Pedro. El proceso religioso (ante el Sanedrín) y el civil (ante Pilato) llevan a Jesús al camino de la cruz (el verdadero “via-crucis”) y a la dramática muerte, en medio de dos malhechores.

También en este relato de la Pasión sigue Marcos fiel a su estilo sobrio y ceñido. Junto al sufrimiento físico de los azotes y la crucifixión, se destaca el dolor moral: el abandono de los suyos, la traición de Judas, la negación de Pedro, las burlas de los espectadores (“ha salvado a otros y no se puede salvar a sí mismo”) y, finalmente, su dramático grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

El impresionante relato es conveniente leerlo por entero, y con los mejores recursos de una buena lectura y comunicación: es lo que más bien puede hacer a la comunidad cristiana, año tras año, poniéndonos ante la gran lección de generosidad que Cristo nos dio al entregarse como reconciliación entre Dios y la humanidad. Aunque la Pasión del Señor la escuchemos cada año –y por duplicado, porque también se proclama el Viernes– nunca deja de impresionarnos.

– II –

Pascua es muerte y vida

La procesión de hoy no es sólo la entrada a la Eucaristía: es la entrada a toda la Semana Santa. Cada Misa la iniciamos con un “introito”, pero el de hoy es especial, recordando la entrada de Jesús cuando llegó a Jerusalén para su semana decisiva. Sus discípulos seguramente pensarían que este era el momento elegido para proclamar rey a su Maestro. Pero Jesús sabe que, aunque parece entrar como Señor y Rey, en realidad, antes tiene que sufrir como el Siervo, y que en vez de un trono le espera la cruz.

Las dos dimensiones son importantes para hoy y van íntimamente unidas. Tal vez algunos de los que hoy vienen a “bendecir ramos”, no acudan después a las celebraciones del Triduo Pascual. Por eso es bueno que se unan en la

celebración de hoy el recuerdo de la muerte, con la lectura de la pasión, y también el adelanto de la resurrección, que aparece en varios textos, y se escenifica de alguna manera en la procesión.

La Pascua son las dos cosas: cruz y vida. El prefacio de hoy dice, por una parte, que “Cristo, siendo inocente, se entregó a la muerte por los pecadores, y aceptó la injusticia de ser contado entre los criminales”, pero a la vez da gracias a Dios porque “de esta forma, al morir, destruyó nuestra culpa y, al resucitar, fuimos justificados”. En la oración pedimos a Dios “que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio y que un día participemos en su resurrección gloriosa”.

Nosotros también nos unimos a las aclamaciones de la gente de Jerusalén, expresándole a Jesús, al comienzo de su Semana Grande, nuestra admiración y gratitud, dispuestos a acompañarle en su camino de cruz a la alegría de la Pascua.

“Por eso Dios lo levantó sobre todo”

Jesús camina decidido a su Pascua, a la Pascua completa, que es muerte y resurrección, y nos da una gran lección desde la cruz.

Para Isaías, la misión del Siervo es “decir una palabra de aliento a los abatidos”, pero él mismo tiene que asumir el dolor y el castigo de la humanidad: “ofrecí la espalda a los que me golpeaban”. Aspecto que ha subrayado fuertemente el salmo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. El poema del Siervo no sólo se puede considerar figura de la muerte de Cristo, sino también de su glorificación: “mi Señor me ayudaba... sé que no quedaré avergonzado”.

Lo mismo sucede con Pablo, que describe el “viaje pascual” de Cristo Jesús: “se despojó... se rebajó... muerte de cruz... Dios lo levantó sobre todo”. Muerte y resurrección. Al contrario que Adán y Eva, que querían “ser como dioses”, Jesús se rebaja, se despoja de su rango, hasta la muerte.

El relato de la pasión nos ha presentado la seriedad del camino de Jesús, por solidaridad con los hombres, hasta la muerte en cruz. Pero no va a ser esa la última palabra: en la Vigilia Pascual escucharemos el evangelio más

importante del año, el de la resurrección, que será la respuesta de Dios a la entrega de Jesús.

Para Marcos, el centro de todo el relato es la persona de Cristo, Hijo de Dios, que se entrega voluntariamente para la salvación del mundo. Si su evangelio empezaba definiéndose como “evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (1,1), concluye prácticamente con la admirable confesión del centurión romano al pie de la cruz: “verdaderamente era Hijo de Dios”.

De momento, color rojo: rojo de sangre, rojo de cruz, rojo de fiestas de mártires, rojo de Viernes Santo. Para desembocar pronto en el blanco de la Pascua.

¡Desde el “hosanna” de hoy hasta el “crucificalo” del Viernes y el “aleluya” de la noche pascual!

Cruz y gloria también en nuestra vida

La impresionante lectura de la Pasión nos afecta a todos y se refleja también en nuestra vida, a lo largo del año.

Nuestro seguimiento de Cristo comporta, a veces, cargar como él con la cruz. Seguramente no será tan dramático nuestro camino como el suyo: abandonado de todos, incluso con silencio o ausencia aparente de Dios, azotado cruelmente, escarnecido, clavado en la cruz, ejecutado injustamente. Pero sí tendremos días en que se acumulan los motivos de dolor y desánimo.

Por eso también nosotros necesitamos reafirmar hoy de alguna manera, con la procesión de ramos, la confianza en el triunfo de Cristo y nuestro. Estamos destinados, no a la cruz, sino a la vida. No al sufrimiento, sino a la alegría. No todo el año será Semana Santa. O si lo es, también irá acompañada de Pascua. Las celebraciones de esta Semana, sobre todo las del Triduo Pascual, son como el faro que da sentido a todo el año.

En la monición que el sacerdote dice, según el Misal, antes de la procesión, se expresa bien el sentido de este domingo: “recordando con fe y devoción la entrada triunfal de Jesucristo en la ciudad santa, le acompañemos con nuestros cantos, para que, participando ahora de su cruz, merezcamos un día tener parte en su resurrección y en su vida.

El texto de Pablo a los de Filipos es breve. Si leemos el versículo inmediatamente anterior a este pasaje, vemos la intención con la que Pablo incluye este himno de la comunidad en su carta: “tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, siendo de condición divina...”. Se trata de que cada uno de nosotros haga suya la actitud de Jesús. La Pascua de Cristo –su paso por la muerte a la vida– es también la Pascua de la Iglesia, y de la Humanidad, y de cada uno de nosotros.

TRIDUO PASCUAL

De un modo más extenso he presentado la historia, teología, espiritualidad y pastoral de estos días en:

J. Aldazábal, *El Triduo Pascual* (=Biblioteca Litúrgica 8) CPL, Barcelona 1998, 188 págs.

Además pueden ser útiles:

*Varios, *La celebración de la Semana Santa* (= Dossier CPL 61) CPL, 1999, 3ª ed., 154 págs.

*J. Castellano, *El Año Litúrgico* (=Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 1996, 2ª ed., pp. 153-208.

* J. Lligadas, *Semana Santa, el camino* (=Emaús 24) CPL, Barcelona 1998, 2ª edic., 74 págs.

* J. Lligadas, *Semana Santa, siglos de esperanza* (=Emaús 49) CPL, Barcelona 2002, 76 págs.

* J. M. Ramos, *Así viví el Viernes Santo* (=Emaús 44) CPL, Barcelona 2001, 68 págs.

* J. A. Goñi, *Celebrar el Triduo Pascual* (= Emaús 60) CPL, Barcelona 2004, 90 págs.

El “hoy” de la Pascua

La Pascua anual se empezó a celebrar muy pronto en la historia de la comunidad cristiana, no sólo con la Vigilia del sábado al domingo, sino con el Viernes y el Sábado unidos como un único día con el domingo: el que san Agustín llama “sacratísimo Triduo del Cristo crucificado, sepultado y resucitado”. Además, el Viernes y el Sábado se vivían con un ayuno bastante riguroso.

Siglos más tarde, al adelantarse la Vigilia a la mañana del Sábado Santo, se empezó a hablar del “Triduo Santo”, que entonces abarcó el Jueves, Viernes y Sábado, quedando fuera precisamente el Domingo. Hasta que Pío XII, en la reforma que promovió entre el 1951 y el 1955, restituyó la Vigilia a la noche del sábado al domingo, y el “Triduo Pascual” volvió a ser el punto culminante de todo el Año Cristiano, abarcando de nuevo el Viernes, el Sábado y el Domingo, con la Eucaristía vespertina del Jueves como introducción.

Estos días no celebramos unos “aniversarios”, sino el “hoy” del misterio pascual de Cristo. No sólo la Eucaristía que él nos dejó como testamento, sino también su muerte y resurrección se hacen de alguna manera actuales, presentes, para que participemos de su fuerza salvadora.

Los judíos, en la celebración anual de su Pascua, se consideran, no sucesores, sino contemporáneos de sus antepasados y alaban a Dios por “lo que hizo conmigo Yahvé cuando salí de Egipto”. No sólo recuerdan que sus padres fueron liberados de Egipto y pasaron el Mar Rojo, sino que ellos mismos, los actuales creyentes, se consideran protagonistas de ese mismo acontecimiento salvador y renuevan la Alianza con Dios.

Nosotros, con mayor razón: porque Cristo no sólo vivió la Pascua, sino que él mismo *es* la Pascua, siempre presente a su comunidad. El Jueves Santo, en las variantes del Canon romano, el sacerdote dice: “esta ofrenda que te presentamos en el día mismo en que nuestro Señor...”, “el cual, hoy, la víspera de padecer por nuestra salvación...”. La oración sobre las ofrendas, al pedir a Dios que nos ayude a “participar dignamente de estos misterios”, pone como motivación que “cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención”.

En el prefacio de la Vigilia Pascual se habla de “esta noche en que Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado”: la Eucaristía de esa noche es la Eucaristía de todo el Triduo y la actualización de todo el misterio pascual, muerte y resurrección. La oración del día de Pascua dice: “en este día has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo”.

Es el “hoy” que resuena continuamente, como también sucedía en la Navidad. La celebración litúrgica es la actualización del misterio salvador: no sólo porque la comunidad lo celebra, sino porque el mismo Cristo Jesús, ahora Resucitado, que contiene en sí mismo, vivos, los misterios salvadores de la Encarnación y la Redención, nos los hace presentes y nos los comunica.

TRIDUO PASCUAL

Jueves Santo

- Ex 12, 1-8.11-14 Prescripciones sobre la cena pascual
 1Co 11, 23-26 Cada vez que coméis y bebéis,
 proclamáis la muerte del Señor
 Jn 13, 1-15 Los amó hasta el extremo

Viernes Santo

- Is 52,13 – 53,12 Él fue traspasado por nuestras rebeliones
 Hb 4, 14-16; 5, 7-9 Aprendió a obedecer y se ha convertido para todos
 los que le obedecen en autor de salvación
 Jn 18,1 – 19,42 Pasión de N. S. Jesucristo según san Juan

Vigilia Pascual

- Gn 1,1 – 2,2 Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno
 Gn 22, 1-18 El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe
 Ex 14,15 – 15,1 Los israelitas entraron en medio del mar a pie enjuto
 Is 54, 5-14 Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor
 Is 55,1-11 Venid a mí y viviréis; sellaré con vosotros
 alianza perpetua
 Ba 3,9-15.32 – 4,4 Camina a la claridad del resplandor del Señor
 Ez 36, 16-28 Derramaré sobre vosotros un agua pura
 y os daré un corazón nuevo
 Rm 6, 3-11 Cristo, una vez resucitado de entre los muertos,
 ya no muere más
 Mc 16, 1-7 Jesús el Nazareno, el crucificado, ha resucitado

JUEVES SANTO: MISA VESPERTINA

—I—

La Eucaristía del Jueves: inicio del Triduo Pascual

Con la Misa vespertina de hoy damos por concluida la Cuaresma e iniciamos el Triduo Pascual, que abarcará los tres días siguientes: Viernes, Sábado y Domingo.

Tradicionalmente en la mañana de este Jueves, en vísperas ya de Pascua, se celebraba la Misa de reconciliación de los que durante la Cuaresma habían hecho el camino de los “penitentes”. También la Misa Crismal, en la que se bendicen o consagran los óleos y el crisma que se utilizan, a partir de la nueva Pascua, en cuatro de los sacramentos: Bautismo, Confirmación, Unción de enfermos y Orden. Ambas celebraciones, la penitencial y la crismal, se suelen celebrar ahora uno de los días anteriores, siempre en la cercanía inminente de la Pascua.

Aunque la celebración principal de estos días, y por tanto de todo el año, es la Eucaristía de la Vigilia Pascual, la de hoy es también entrañable para el pueblo cristiano: recuerda la institución de la Eucaristía, el mandamiento del amor fraterno –con el gesto simbólico del lavatorio de los pies– y la institución del ministerio sacerdotal. La celebramos, hoy con especial significado, bajo las dos especies: Pan y Vino, que nos recuerdan que estamos participando del Cuerpo entregado y de la Sangre derramada de Cristo, que ahora vive como el Señor Resucitado.

En esta Eucaristía hay otra particularidad: consagramos más cantidad de pan, para poder comulgar mañana, Viernes, día en que no celebraremos la Eucaristía, pero sí podremos comulgar. Esto hace que la “reserva” eucarística en el sagrario sea hoy particularmente significativa y se haya convertido con los siglos en un acto de fe y de amor por parte de la comunidad, que dedica unas horas a la adoración agradecida al Señor Jesús por su gesto de entrega continuada en la Eucaristía.

Éxodo 12, 1-8. 11-14. *Prescripciones sobre la cena pascual*

El texto del libro del Éxodo describe cómo celebraban y siguen celebrando los judíos su cena pascual, empezando por aquella noche decisiva de su historia, cuando Moisés, con la ayuda de Dios, los sacó de Egipto y se inició el éxodo de su liberación. Esta cena histórica está descrita con los ritos que luego se harían usuales, en tiempos más pacíficos: la reunión familiar, el sacrificio del cordero y el pan ácimo, que es un pan sin acabar de fermentar, símbolo de un pan de mayor tristeza, pan fabricado precipitadamente.

Esta celebración es cada año para los judíos un memorial en honor del Señor, en recuerdo y actualización del amor de Dios que salva a su pueblo. Es también la que celebró Jesús con los suyos antes de dar a sus gestos y palabras un sentido nuevo: el memorial de su Pascua.

“Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles”, dice el *salmo* de hoy. Pero su amor y su poder logran lo que parecía imposible: liberar al pueblo de la esclavitud. La copa de la salvación, que para el salmista era acción de gracias “por todo el bien que me ha hecho”, es para nosotros la seguridad de que “el cáliz de la bendición es la comunión con la Sangre de Cristo”.

1 Corintios 11, 23-26. *Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor*

Nosotros ahora celebramos ya la Pascua cristiana, la que Cristo nos dejó en testamento antes de iniciar su Pasión: la Eucaristía.

En la ciudad griega de Corinto se ve que dejaban mucho que desear las

reuniones eucarísticas. Pablo les acusa duramente: “os resulta imposible comer la Cena del Señor”, eso que celebráis no es la Eucaristía que Cristo pensó. El pecado de los corintios era la falta de fraternidad. En la cena previa a la celebración, no esperaban a que llegaran los pobres y no les hacían partícipes de lo que sobraba a los ricos: “despreciáis a la comunidad y avergonzáis a los pobres”.

Lo que leemos hoy es el razonamiento que él emplea para desautorizar tales celebraciones. Lo que pensó Cristo con la Eucaristía es precisamente lo contrario: él ofreció a todos su Cuerpo y su Sangre y les encargó que hicieran el memorial de esa entrega. Lo que hacen en Corinto no parece memorial, sino anti-memorial.

Esta situación de la comunidad de Corinto le da pie a Pablo para describir por primera vez el relato de la última cena de Jesús, la institución de la Eucaristía, que todavía no han tenido ocasión de narrar los evangelistas.

Juan 13, 1-15. *Los amó hasta el extremo*

Cuando Juan inicia el relato de la Última Cena, no nos cuenta la institución de la Eucaristía, como hacen los demás evangelistas. Dice que Jesús, “sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre” –o sea, de su éxodo personal–, para manifestar a todos su amor “hasta el extremo”, antes de su Pasión, realizó el gesto simbólico del lavatorio de los pies: “se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe, echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos”.

Pedro, incapaz de comprender cómo el jefe y maestro del grupo pueda humillarse de esa manera, se niega a que le lave los pies, hasta que Jesús le “amenaza” con lo que Pedro no podía de ningún modo admitir: “si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo”.

El final de la escena es el “mandato” de que le imiten también ellos en su vida: “pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”.

– II –

Inauguramos el Triduo Pascual

Cristo inició su “Triduo Pascual” con la Cena. Nosotros, también. Él, cuando iba a su Pasión, quiso anticipar sacramentalmente, con los signos del pan y del vino, su entrega en la cruz. También ahora su Iglesia, en miles y miles de comunidades en todo el mundo, celebra en esta Eucaristía el prólogo de la Pascua. En ese Pan partido y en ese Vino compartido quiso Cristo que participáramos cada vez de su propia persona y de su Pascua.

Esta celebración no tendríamos que considerarla “autónoma” (algo así como “el día de la caridad fraterna”, o “de la Eucaristía”, o “del sacerdocio”). Vemos todos esos aspectos en relación íntima con la muerte y resurrección de Cristo: la Eucaristía la instituyó “la noche en que fue entregado”. Esta Eucaristía es la inauguración del Triduo Pascual. En una de las oraciones del Jueves en la liturgia hispánica se dice: “venimos, Señor, con la asamblea de todo el pueblo, para dar solemne inicio a la celebración de la Pascua”.

Desde hace siglos, el canto de entrada de hoy no apunta, como uno pudiera pensar, ni a la Eucaristía ni a la caridad fraterna, sino a la muerte y resurrección de Cristo: “nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; en él está nuestra salvación, vida y resurrección”. Como decimos en la oración del día, “celebramos aquella memorable cena en que tu Hijo, antes de entregarse a la muerte...”, y la Eucaristía la vemos como la celebración de la Alianza que Jesús selló en la cruz: “el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la Alianza eterna”.

La variante del Canon romano para este día también relaciona nuestra celebración con la cruz del Viernes: “el cual, hoy, la víspera de padecer por nuestra salvación y la de todos los hombres, tomó pan...”. También el gesto simbólico del lavatorio de los pies, que realizamos hoy después del evangelio y de la homilía, apunta claramente a la muerte del Siervo, que se entregó por todos en la cruz.

La Eucaristía es siempre, también el Jueves Santo, memorial y actualización de la muerte salvadora de Cristo: “el cual, al instituir el sacrificio de la eterna alianza, se ofreció a sí mismo como víctima de salvación (en la cruz) y nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya (en la Eucaristía). Su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica” (prefacio I de la Eucaristía).

En la oración sobre las ofrendas resumimos la teología de la celebración eucarística: “cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención”.

Pascua para Israel, para Cristo...

Para Israel la Pascua fue una experiencia única, que recuerdan siempre con fe y gratitud: fue Yahvé quien “pasó” por las casas de Egipto, y luego también el pueblo “pasó” a través del Mar Rojo y del desierto hasta la tierra prometida y la libertad. De ese “paso = pascua”, acontecimiento histórico irreplicable, celebran anualmente, en la cena pascual, un memorial lleno de alegría. La primera lectura de hoy nos introduce en esa perspectiva.

Esa Pascua primera se cumplió plenamente en el “paso” de Cristo a través de la muerte a la vida: “antes de la fiesta de Pascua (la fiesta judía que celebró con los suyos, sea en el mismo día que los demás o en otro anterior), sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre...”.

... y para nosotros

Es también nuestra Pascua. De la Pascua de Cristo se nos hizo partícipes ya el día de nuestro Bautismo: “¿o es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos con él sepultados por el Bautismo en su muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm 6,3-4).

Pero además nos encargó que celebráramos, hasta su vuelta, un memorial de su Pascua en forma de comida, participando de su Cuerpo entregado y de su Sangre ofrecida por la humanidad. La Eucaristía no la podemos entender ni celebrar bien sino desde la perspectiva de la entrega pascual de Cristo en la cruz. Es lo que nos recuerda hoy san Pablo al relatarnos la última cena: “haced esto en memoria mía”.

La última frase del apóstol define bien lo que es la Eucaristía en ese “tiempo intermedio” entre la Pascua primera de Jesús, hace dos mil años, y la última, al final de los tiempos: “cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que venga”. La Eucaristía es un “hoy” siempre en dinámica tensión entre el “ayer” de la muerte pascual de Cristo y el “mañana” de su vuelta gloriosa.

Es admirable, y nunca acabaremos de alegrarnos y de agradecer suficientemente, el que Cristo instituyera un sacramento en el que podemos participar de su Cuerpo y de su Sangre.

Los varios prefacios de la Eucaristía describen la finalidad de este sacramento, como alimento para nuestro camino: “en la última cena con los apóstoles, para perpetuar su pasión salvadora, se entregó a sí mismo como Cordero inmaculado y Eucaristía perfecta... con este sacramento alimentas y santificas a tus fieles” (prefacio II), “su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica” (prefacio I). Con ello Cristo nos quiere dar fuerza para que recorramos el camino de esta vida y lleguemos con él a la Pascua eterna: “nos reunimos en torno a la mesa de este sacramento admirable, para que la abundancia de tu gracia nos lleve a poseer la vida celestial” (prefacio II); “has querido que tu Hijo nos precediera en el camino del retorno a ti... y en la Eucaristía él se hace comida y bebida espiritual, para alimentarnos en nuestro viaje hacia la Pascua eterna” (prefacio III).

Será bueno, en la jornada de hoy, releer la encíclica que Juan Pablo II firmó el Jueves Santo del año 2003 sobre la Eucaristía: “La Iglesia vive de la Eucaristía”, en la que, entre otras cosas, nos invita a no perder nuestra capacidad de admiración y asombro, ante lo que significa que Jesús haya pensado dejarnos este sacramento como factor de unidad con él y como alimento para nuestro camino.

El mandato del amor fraterno

Pero hoy no podemos olvidar otra entrañable lección que nos dio Jesús, en el momento en que se disponía a iniciar su Pasión. Además de dejarnos la “herencia” de la Eucaristía, nos dejó también en testamento una lección de caridad servicial y de amor fraterno, sobre todo para los que ejercen alguna clase de autoridad.

El lavatorio de los pies tiene una clara relación con la muerte del Siervo, que se entrega totalmente por los demás. En la Cena se despoja del manto y lava los pies a sus discípulos. En la cruz se despoja incluso de su vida, para dar vida a todos. Tanto en la cruz como en la Eucaristía, destaca su lección de amor fraterno universal. Lo que en la cruz sucedió dramáticamente, en la Eucaristía se celebra y participa cada vez de un modo sacramental: “mi Cuerpo por vosotros”.

Es un gesto simbólico que de forma plástica expresa la lección que nos quiere dejar como testamento. Tanto el relato que los evangelistas hacen de las palabras y gestos de Jesús con el pan y el vino (los sinópticos) como el del lavatorio de los pies (Juan) terminan con la misma recomendación: “haced esto como memorial mío... os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.

Celebrar la Pascua del Señor debe tener un reflejo en nuestra existencia. Y el aspecto que más debería notarse en nuestra “vida pascual” es el de la caridad fraterna, servicial, si hace falta con sacrificio, como en su caso.

La caridad no es algo añadido a la Eucaristía (o a la Pascua): es algo integrante de ella. Pablo reprende a los corintios que pretendan celebrar la Eucaristía sin fraternidad. Este sacramento no debe hacernos crecer sólo en nuestra unión con Cristo, sino también en fraternidad. Por eso preparamos cada vez la comunión con Cristo con la petición del Padrenuestro “perdónanos como nosotros perdonamos”, con el abrazo de paz, y con el gesto simbólico del Pan partido y compartido, lo mismo que el del cáliz que también compartimos.

¿Somos, queremos ser, discípulos de Jesús en esto? Él nos ha indicado el camino: *haced lo que yo he hecho, celebrad la Eucaristía en mi memoria, recibid mi Cuerpo y mi Sangre como alimento, y lavaos los pies los unos*

a los otros, amándoos como yo os he amado. Pedro no entendió –o no le interesaba entender– el gesto de Cristo: el que ejerce la autoridad, ¿debe humillarse de este modo?

Esto nos compromete a todos, en la vida eclesial y en la familiar, a una actitud de servicialidad y entrega. Si celebramos bien la Eucaristía y crecemos en el amor fraterno y en nuestros esfuerzos por la justicia social, entonces sí que se podrá decir que hemos aprendido la lección de Cristo y estamos celebrando bien la Pascua.

VIERNES SANTO: CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN

– I –

La centralidad de la cruz

Hoy entramos de lleno en el Triduo Pascual, ya inaugurado a modo de prólogo con la Eucaristía vespertina de ayer. Lo hacemos dirigiendo nuestra mirada hacia la cruz de Cristo.

El Viernes y el Sábado no tienen Eucaristía: se celebran, junto con el Domingo, como un único día, y la Eucaristía central de los tres días es la de la Vigilia, en la que afirmaremos que “Cristo Nuestra Pascua, ha sido inmolado” (prefacio). O sea, aquella noche no celebramos sólo la resurrección de Jesús, sino también su inmolación en la cruz, como un acontecimiento único en dos etapas.

El Viernes, y también a ser posible el Sábado, se vive austeramente, con el ayuno llamado “pascual”, que no tiene color penitencial, sino de inicio de la Pascua.

El esquema de la celebración de hoy, que es una liturgia de la Palabra seguida de la adoración de la cruz y de la comunión, es muy sencillo y de un contenido impresionante:

– después de una entrada austera, sin canto, y con una postración contemplativa,

– pasamos a escuchar las lecturas bíblicas, sobre todo la Pasión, que en este día es cada año la de san Juan,

– la Palabra termina, después de la homilía, con la Oración Universal, hoy con más solemnidad, pidiendo a Dios, precisamente el día de la muerte de nuestro Sacerdote e Intercesor, que su salvación alcance a toda la humanidad;

– a continuación realizamos un gesto simbólico muy expresivo: después de mostrar solemnemente la cruz de Cristo, la adoramos con la genuflexión y el beso, que significan nuestra gratitud y admiración;

– y, aunque hoy no haya Eucaristía, desde 1955 sí podemos participar en la comunión del Cuerpo de Cristo que se consagró expresamente para hoy en la Eucaristía del Jueves. En los primeros siglos nadie comulgaba en este Viernes, ya que no se celebra la Eucaristía; el ayuno de este día era también ayuno de Eucaristía; luego, durante siglos, comulgó sólo el sacerdote; fue Pío XII, quien en su reforma de la Semana Santa, introdujo la posibilidad de que la comunidad participara hoy del Cuerpo de Cristo.

Como dice J. Castellano en su presentación de este día, las etapas de esta celebración son la Pasión proclamada (en las lecturas), la Pasión invocada (en la oración universal), la Pasión venerada (en el gesto de la adoración de todos) y la Pasión comunicada (en la comunión eucarística).

Todo el día de hoy (y el de mañana) preside los lugares de culto la cruz del Salvador, centro de la atención de los fieles, como en la tarde-noche de ayer Jueves lo fue la Eucaristía.

Isaías 52,13 – 53,12. *Él fue traspasado por nuestras rebeliones*

Las lecturas apuntan claramente a la muerte salvadora de Cristo. Empezando por el cuarto cántico del Siervo (el domingo de Ramos leímos el 3º, y entre semana también los otros dos), el poema que directamente canta la actitud de entrega del Siervo hasta la muerte.

La descripción del Siervo que carga con los males de la humanidad es en verdad dramática: “despreciado y desestimado... él soportó nuestros sufrimientos... leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones”.

El *salmo* que acompaña a esta lectura parece como un eco del cántico de Isaías, expresando el dolor del justo —“soy la burla de mis enemigos”— y, a la vez, su confianza: “pero yo confío en ti, Señor, haz brillar tu rostro sobre tu siervo”. Repetimos como antifona las palabras que los evangelistas ponen en labios de Cristo en la cruz: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9. *Aprendió a obedecer y se ha convertido en autor de salvación eterna*

El autor de la carta a los Hebreos anima a sus lectores a la perseverancia en su seguimiento de Cristo. Para ello les propone el ejemplo de Jesús en su hora más crítica, la Pasión, en la que realiza la misión anunciada del Siervo.

El argumento que aduce es que “no tenemos un Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas”, porque las ha experimentado él mismo en su propia carne. Describe la crisis de Jesús ante su muerte con palabras más expresivas todavía que las de los evangelistas (que hablaban de tristeza, miedo, pavor y tedio), cuando dice que “a gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte” y, “a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer”. También dice que fue escuchado en su petición: no porque se le libró de la muerte antes, sino después de experimentarla.

Juan 18,1 – 19,42. *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*

El Viernes Santo leemos cada año la Pasión según Juan, mientras que el domingo de Ramos se van alternando los otros tres evangelistas. De nuevo, hoy, una lectura pausada, expresiva, de la Pasión es el momento culminante de la celebración de la Palabra. La comunidad cristiana queda siempre impresionada por este relato del camino de Cristo a la cruz.

La escena queda interrumpida en el punto más bajo del camino pascual de Cristo: la crucifixión, la muerte y la sepultura. El relato se completará en la noche de Pascua con la resurrección.

—II—

La gran lección de la cruz

Juan termina su relato con las palabras del profeta Zacarías: “mirarán al que traspasaron”. Nosotros miramos hoy impresionados a ese Cristo clavado en la cruz, el mismo a quien Pilato presentó al pueblo diciendo: “ahí tenéis al hombre” (“ecce homo”). Ahí está: perseguido como un criminal, calumniado, torturado física y moralmente, en medio de dos malhechores, ante las burlas de los circunstantes. Las lecturas nos ayudan a entender la profundidad de este acontecimiento.

Hoy dedicamos particular atención a la muerte de Cristo, el primer acto del “tránsito” o del “paso” pascual. La celebración la hacemos con vestiduras rojas, el color de la sangre, por la muerte del primer Mártir, Cristo Jesús. No estamos de luto, sino que, en una celebración sobria e intensa, contemplamos con fe y admiración la entrega generosa de Cristo en solidaridad con el género humano.

Las lecturas nos presentan la teología del dolor de Cristo, como el Siervo que ha cargado sobre sus hombros el mal de toda la humanidad, como el que, enviado por Dios para salvarnos, aunque con gritos y lágrimas deseara ser librado de la muerte, obedeció hasta el final, experimentando en sí mismo todo el dolor que puede sufrir una persona. Dios nos salva asumiendo él con su propio dolor el desfase que se da entre su plan salvador y nuestra debilidad. Es el pensamiento que desarrolló con densidad teológica Juan Pablo II en su carta apostólica “*Salvifici doloris*” (“el sentido cristiano del dolor”) de 1984.

También el dolor de la humanidad

Los textos de hoy apuntan también al dolor de toda la humanidad. En la cruz de Cristo se puede decir que están representados todos los que han sufrido antes y después de él: los que son tratados injustamente, los enfermos y desvalidos, los que no han tenido suerte en la vida, los que sufren

los horrores de la guerra, del hambre o de la soledad, los crucificados de mil maneras. También en nuestro caso el dolor, como en el de Cristo, puede tener valor salvífico, aunque no acabemos de entender todo el sentido del plan salvador de Dios.

Dios no está ajeno a nuestra historia. No es un Dios impasible. Por medio de su Hijo ha querido experimentar lo que es sufrir, llorar y morir. Nos ha salvado desde dentro. Cristo no sólo ha sufrido por nosotros, sino con nosotros y como nosotros. No nos ha salvado desde la altura, sino que ha asumido nuestro dolor. Es un ejemplo, como quiere el autor de la carta a los Hebreos, para todos los que se sienten cansados en su camino de fe y tentados de dimitir: el ejemplo palpitante de este Cristo que camina hacia la cruz y que es “capaz de compadecerse de nuestras debilidades, porque ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado”.

El salmo de hoy, al final, nos invitaba a todos los que experimentamos alguna vez el dolor y el desánimo: “sed fuertes y valientes de corazón, los que esperaréis en el Señor”. Con el ejemplo de la pasión y muerte de Cristo, tenemos más motivos todavía para aceptar en nuestras vidas el misterio del dolor y del mal.

El Catecismo del 1992 lo expresa bien: “Jesús, aun siendo Hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia. ¡Con cuánta más razón la deberemos experimentar nosotros, criaturas y pecadores, que hemos llegado a ser hijos de adopción en él! Pedimos a nuestro Padre que una nuestra voluntad a la de su Hijo para cumplir su voluntad, su designio de salvación para la vida del mundo. Nosotros somos radicalmente impotentes para ello, pero unidos a Jesús y con el poder de su Espíritu Santo, podemos poner en sus manos nuestra voluntad y decidir escoger lo que su Hijo siempre ha escogido: hacer lo que agrada al Padre” (CCE 2825).

Pero con la esperanza de la vida

Pero hoy no celebramos sólo la cruz. Celebramos la totalidad del misterio pascual. El Viernes es ya “Pascua”: la Pascua del Crucificado. Aunque pongamos énfasis en la primera etapa del único movimiento pascual, la muerte, los textos de hoy nos invitan ya a mirar hacia delante, hacia la resurrección.

Ese Cristo muerto en la cruz resucitará por el poder de Dios, y el destino de gloria que le espera a él es también el que nos espera a nosotros.

Las oraciones de hoy hablan también de la resurrección. Pedimos a Dios su protección, ya que “Jesucristo tu Hijo, a favor nuestro instituyó por medio de su sangre el misterio pascual” (oración inicial). En la poscomunión afirmamos: “nos has renovado con la gloriosa muerte y resurrección de Jesucristo”. En la oración sobre el pueblo, se dice que esta comunidad “ha celebrado la muerte de tu Hijo con la esperanza de su santa resurrección”. Es lo correspondiente a lo que diremos en el prefacio de la Noche Pascual: “en esta noche en que Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado”. Aquella noche no celebramos sólo la resurrección, sino también la inmolación de Cristo, el misterio pascual entero.

También las lecturas dejan abierta la puerta de la esperanza. La de Isaías asegura que este Siervo que “tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores... que justifica a muchos cargando con los crímenes de ellos”, luego “verá su descendencia y prolongará sus años”.

También para la carta a los Hebreos, después del momento crítico de Jesús en su dolor, que terminó en la obediencia y en la entrega de la cruz, cambia el panorama: “y llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que obedecen en autor de salvación eterna”.

La muerte de Jesús se celebra con seriedad, pero con aire de victoria. Durante el gesto de la adoración de la cruz, se cantan antifonas como esta: “tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo”, o cantos como “Victoria, tú reinarás”. Uno de los himnos clásicos del Viernes Santo es el “Vexilla Regis prodeunt”, “los estandartes del Rey avanzan”. Según el Misal Romano, en su tercera edición de 2002, también se puede cantar, durante esta adoración, el *Stabat Mater dolorosa*, porque la Madre es la mejor maestra en nuestra sintonía con el dolor de Cristo Jesús.

Lo que celebramos hoy da sentido también a nuestros momentos de dolor y fracaso. No se nos ha asegurado que los que creemos en Jesús nos veremos libres de dificultades, o de la enfermedad y la soledad y el fracaso y la muerte. Pero sí se nos ofrece luz y fuerza para que nuestra vivencia de todos

esos momentos sea en sintonía con Cristo. Aunque no entendamos del todo el misterio del mal o de la muerte, no es en vano, sino que tiene una fuerza salvadora y pascual, hacia la nueva vida que Dios nos prepara.

Ese Cristo clavado en la cruz, que dedica palabras de perdón a sus vecinos condenados con él y ofrece su vida al Padre, es nuestro modelo más vivo y convincente. Cuando hoy besamos la cruz, en signo de adoración a Cristo, le pedimos también que nos enseñe a llevar la nuestra, nuestra pequeña o gran cruz, con la misma entereza con que él la cargó sobre sus hombros.

DOMINGO DE PASCUA: LA VIGILIA PASCUAL

– I –

La celebración principal del año cristiano

Después de un día transcurrido en la oración y el silencio, el Sábado, en torno al sepulcro del Señor, la comunidad se reúne esta noche para la celebración principal de todo el año. Cambiamos de horario normal de las misas adelantadas al sábado: iniciamos la Vigilia después de caída la noche, para velar con el Señor y celebrar con él su paso de la muerte y del sepulcro a la vida nueva. Una serie de símbolos subrayan las características especiales de esta celebración: la hora, el Cirio y los cirios, la iluminación progresiva de la iglesia, la celebración o el recuerdo del Bautismo, la Eucaristía celebrada con más solemnidad y expresividad...

Toda la Cuaresma, con su itinerario de conversión, nos ha preparado para esta Vigilia. El proceso catecumenal de la iniciación cristiana tiene su culminación en los sacramentos de esta noche, sobre todo el Bautismo y la Eucaristía. A su vez, esta Vigilia es el punto de partida para la Cincuentena Pascual, siete semanas de fiesta que desembocarán en la solemnidad conclusiva, Pentecostés.

Los judíos tienen toda la razón en alegrarse en la celebración de su Pascua, como memorial de su liberación de Egipto. Nosotros, además, tenemos otro motivo fundamental: la resurrección de Cristo y el envío de su Espíritu.

El *esquema de la celebración de esta Vigilia* tiene una hermosa coherencia interior, dinámica, progresiva, con varios momentos de énfasis que conducen “in crescendo” hasta la Eucaristía final:

- ante todo, desde fuera de la iglesia, en torno al fuego nuevo, iniciamos una procesión siguiendo al Cirio Pascual, símbolo de Cristo Luz del mundo; le acompañamos con cirios encendidos en las manos y escuchamos el pregón inicial de la fiesta pascual; es el rito de entrada, hoy más solemne, lo que podríamos llamar *fiesta de la luz* o el “lucernario”;
- la proclamación de la Palabra tiene hoy más lecturas, sobre todo del AT, que nos van conduciendo desde la creación cósmica hasta la nueva creación o resurrección de Jesús; aquí se cumple lo que Jesús dijo a los de Emaús: “todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí, tenía que cumplirse”; es la *fiesta de la Palabra*;
- la parte sacramental de esta noche es más rica: ante todo celebramos el Bautismo (eventualmente con Confirmación), junto con la renovación de las promesas bautismales por parte de los ya bautizados; es la *fiesta del agua*;
- y entonces pasamos a la Eucaristía, la principal de todo el año, en la que participamos del Cuerpo y de la Sangre del Resucitado; es la *fiesta del Pan y del Vino*;
- también es especial en esta noche la conclusión de la Eucaristía, con los “aleluyas” de la despedida, el saludo cantado a la Virgen y la prolongación, si parece bien, con un pequeño *ágape* de los participantes;
- antes de la Vigilia, con la concentración de los fieles en torno al fuego, debería “funcionar” ya la *fiesta de la comunidad*; y al terminar, con el *ágape* y la dispersión, debería comenzar la *fiesta de la vida pascual*, a la que nos envía esta celebración.

Génesis 1,1 – 2,2. *Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno*

Empezamos la escucha de la Palabra con el relato de la creación del mundo y del género humano según el primer libro de la Biblia, el Génesis. Con un lenguaje poético y popular, que se puede compaginar bien con cualquiera

de las teorías más avanzadas de la evolución y del origen del cosmos, el Génesis, que tiene una finalidad religiosa y no científica, nos dice que todo es obra de la sabiduría y del amor de Dios. “Y vio que era bueno”, es la frase que se repite cada “día”, excepto cuando crea al hombre y la mujer, en que dice: “vio que era muy bueno”.

En esta noche nos disponemos a celebrar el “nacimiento” a la vida resucitada del segundo Adán, Cristo, el primogénito de la nueva creación. La fuerza creadora de Dios se manifiesta poderosamente en la resurrección de Cristo, y su Espíritu, que aleteaba sobre las aguas primordiales, llenándolas de vida, es quien hace renacer a Jesús de su sepulcro y a los cristianos de las aguas del Bautismo. Todo es nuevo en la Pascua. Todo es génesis. Cristo es el nuevo Adán.

El *salmo 103* nos ayuda a expresar nuestra admiración por la obra creadora de Dios: “Bendice, alma mía, al Señor. Dios mío, ¡qué grande eres! ¡Cuántas son tus obras, y todas las hiciste con sabiduría”. Nos sale espontáneo pedir a Dios: “envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”, para que vayan naciendo “los cielos nuevos y la tierra nueva”.

La *oración* que sigue conecta esa primera creación con la segunda: “que tus redimidos comprendan cómo la creación del mundo no fue obra de mayor grandeza que el sacrificio pascual de Cristo” o, como dice la otra oración alternativa: “con acción maravillosa creaste al hombre y con mayor maravilla lo redimiste”.

Génesis 22,1-18. *El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe*

El sacrificio de Isaac es figura de la pasión de Cristo. Abrahán, nuestro padre en la fe, puesto a prueba, dio un magnífico ejemplo de fidelidad y de confianza en los planes de Dios. Finalmente pudo evitar el sacrificio del hijo, pero en el NT, Dios sí entregó hasta las últimas consecuencias a su Hijo en solidaridad con la salvación del mundo. Como dice el *Exsultet* de esta noche, “para rescatar al esclavo, entregó al Hijo”.

El *salmo 15* se aplica fácilmente a Cristo en su sepultura y en su resurrección, dando a su sacrificio un tono de esperanza confiada: “mi carne descansa

serena, porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción”. Todos necesitamos repetir a Dios nuestra oración de súplica: “protégeme, Dios mío, que me refugio en ti”.

La *oración* con que el sacerdote concluye esta 2ª lectura pide que los cristianos sepamos imitar la disponibilidad de Abrahán: que nos conceda responder a la llamada de Dios, o sea, a nuestra vocación de cristianos en medio del mundo, dando testimonio como el que dio Abrahán.

Éxodo 14, 15 – 15,1. *Los israelitas en medio del mar a pie enjuto*

La salida de Egipto y el paso del Mar Rojo, camino de la libertad, es el acontecimiento fundamental en la historia del pueblo israelita y el mejor símbolo para todos los procesos de liberación de un pueblo.

En el libro del Éxodo esta liberación está contada con un tono épico, popular, con las aguas formando un muro a derecha e izquierda. De las dos versiones que escuchamos, seguramente la 1ª es más verosímil: un viento cálido que en algunas horas seca el cauce del mar, de modo que se puede pasar sin demasiadas dificultades, circunstancia que los israelitas saben aprovechar.

En el pregón pascual de esta noche se cantan las tres perspectivas de este pasaje: a) la de los judíos: “esta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas y les hiciste pasar a pie el Mar Rojo”; b) la de Cristo: “esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo”; c) la nuestra: “esta es la noche en la que los que confiesan su fe en Cristo son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, son restituidos a la gracia y agregados a los santos”.

El *salmo* es esta vez un pasaje del mismo libro del Éxodo: “cantaré al Señor, sublime es su victoria”. Nosotros pensamos en la liberación de Israel y también en la de Cristo, y deseamos que pueda ser también nuestra propia liberación, más profunda en esta Pascua que en las anteriores: “mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación”.

La 1ª *oración* compara la liberación “de un solo pueblo de la persecución del Faraón” con la que sucede ahora: “hoy aseguras la salvación de todas las naciones haciéndolas renacer por las aguas del Bautismo”. La segunda se fija

más en el simbolismo del paso por las aguas: “el Mar Rojo fue imagen de la fuente bautismal”. Hacemos bien en pedir a Dios “que todos se regeneren por la participación de tu Espíritu”.

Isaías 54,5-14. *Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor*

Terminadas las tres lecturas “históricas”, empiezan las proféticas. El primer pasaje de Isaías nos habla de la fidelidad con que Dios nos quiere. A pesar del pecado humano, continúa firme el amor de Dios, con símbolos muy expresivos: la mujer abandonada es acogida por Dios –“con misericordia eterna te quiero”–, la ciudad en ruinas es reedificada y los oprimidos encuentran alguien que defiende su causa.

El *salmo 29* nos hace repetir que Dios es misericordioso y salvador: “te ensalzaré, Señor, porque me has librado... sacaste mi vida del abismo... cambiaste mi luto en danzas”.

La *oración* nos vuelve a asegurar que Dios es “fiel a su palabra” y está dispuesto a “aumentar con su adopción los hijos de la promesa”, para que “la Iglesia vea en qué medida se ha cumplido ya cuanto los patriarcas creyeron y esperaron”.

Isaías 55,1-11. *Venid a mí y viviréis; sellaré con vosotros alianza perpetua*

El segundo pasaje de Isaías nos hace ver cómo Dios nos promete una Alianza renovada, que nos llevará a la vida. El profeta se sirve de la metáfora del agua que sacia la sed nunca satisfecha de la humanidad. La Pascua de Cristo es el cumplimiento de todas las promesas, y en el Bautismo somos hechos por primera vez partícipes de la Alianza que Dios nos ofrece. Hoy renovamos esa Alianza, y además participamos de ella en la Eucaristía comulgando con el mismo Cristo Jesús.

El *salmo*, que aquí es un cántico del mismo Isaías, nos centra en Dios, nuestro salvador, también con la imagen del agua viva: “sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación”. Con las palabras del profeta, también nosotros bendecimos a Dios por todo lo que ha hecho por nuestra salvación.

En la *oración* pedimos a Dios que cumpla hoy plenamente “los misterios que había anunciado por la voz de los profetas” y que nos haga “progresar en la virtud” con la ayuda de su gracia.

Baruc 3, 9-15.32- 4,4. *Camina a la claridad del resplandor del Señor*

El profeta Baruc nos invita a caminar a la luz de Dios, porque esa es la sabiduría verdadera. El que abandona ese camino no encuentra paz, sino fracaso: “vuélvete... camina a la claridad de su resplandor”. Nosotros, que escuchamos al Maestro auténtico enviado por Dios, su Palabra viviente, Cristo Jesús, tenemos la suerte de conocer mejor los caminos de esa sabiduría.

Con más razón que el mismo salmista podemos decir con *el salmo 18*: “la ley del Señor es perfecta... alegra el corazón... y da luz a los ojos”. Y podemos ir repitiendo las palabras que dijo Pedro a Jesús: “Señor, tú tienes palabras de vida eterna”.

La *oración* se acuerda de los que en esta noche reciben el Bautismo, y de todos nosotros, que ya estamos bautizados, y pide a Dios que a los que va agregando a la Iglesia como nuevos hijos, nos defienda con su constante protección a lo largo de la vida.

Ezequiel 36, 16-28. *Derramaré sobre vosotros un agua pura y os daré un corazón nuevo*

La última lectura del AT es del profeta Ezequiel, testigo, en el siglo VI antes de Cristo, del destierro del pueblo a Babilonia. De parte de Dios él anuncia el perdón a su pueblo, y le promete un agua pura y un corazón nuevo, una nueva creación y un nuevo espíritu. A pesar de los fallos del pueblo de entonces, y los nuestros ahora, Dios tiene planes de vida, perdón y restauración: “vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”.

El *salmo 41* se alegra ya con la vuelta del destierro, “hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza”, “al Dios de mi alegría”. Nos hace repetir, como haciendo eco al tema del agua pura: “como busca la cierva corrientes de agua...”. O bien, si se prefiere, con el salmo 50, “Oh Dios, crea en mí un corazón puro”, que también hace eco a la página de Ezequiel.

La *oración*, que puede considerarse la mejor de toda la noche, pide que hoy se cumplan para nosotros todas estas promesas: “lleva a término la obra de la salvación humana: que todo el mundo experimente y vea cómo lo abatido se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de Cristo, de quien todo procede”.

Romanos 6, 3-11. *Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más*

Pasamos a las lecturas del NT, después del canto festivo del Gloria. En verdad, como dice la oración después del Gloria, Dios “ilumina esta noche santa con la gloria de la resurrección del Señor”, que ahora vamos a escuchar proclamada solemnemente.

De la carta a los Romanos leemos hoy el pasaje en que Pablo compara la *experiencia del bautizo en agua con la Pascua del Señor*: incorporados a la muerte, sepultados con él, resucitados con él “para que andemos en una vida nueva... ¡si hemos muerto con Cristo, también viviremos con él!”.

Marcos 16, 1-7. *Jesús el Nazareno, el crucificado, ha resucitado*

Después del *aleluya*, solemnemente entonado hoy después del largo ayuno de la Cuaresma, y prolongado por algunos versículos del salmo pascual 117 –“dad gracias al Señor porque es bueno... la diestra del Señor es poderosa... no he de morir, viviré... la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”–, se nos proclama el evangelio más importante de todo el año: la resurrección del Señor de entre los muertos.

Después de escuchar dos veces la Pasión, el domingo de Ramos y el Viernes Santo, se completa ahora el segundo acto de la Pascua con esta Buena Noticia de la resurrección. Marcos subraya que sucedió “el primer día de la semana”. Empieza no sólo una nueva semana, sino una nueva época: desde ahora ese “primer día de la semana” va a ser “el día del Señor”, el “domingo”, que va a dar ritmo al tiempo de todas las generaciones.

A las mujeres que van con aromas al sepulcro, el misterioso ángel del Señor les dice: “no os asustéis: ¿buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No

está aquí: ha resucitado”. Y les da el encargo de anunciarlo a Pedro y a los demás discípulos.

– II –

No está aquí: ha resucitado

En un mundo lleno de noticias preocupantes, que nos inclinan al desánimo; en medio de una sociedad indiferente, que estos días piensa tal vez más en las vacaciones que en la Pascua del Señor, nosotros nos reunimos y escuchamos la Buena Noticia de la resurrección de Cristo Jesús.

Las mujeres fueron a buscarle al sepulcro, entre los muertos. Pero el Espíritu de Dios lo había sacado de ahí definitivamente. Ahora, dos mil años después, sigue vivo y presente, aunque no lo veamos, dando ánimos a su comunidad. Tal vez nosotros también necesitemos oír la palabra del ángel: “no os asustéis... no está aquí: ha resucitado”.

Este es el acontecimiento que da sentido a nuestra fe. Si somos cristianos es por eso, porque Jesús no se quedó en el sepulcro, sino que la fuerza de Dios lo hizo pasar a su nueva existencia, en la que está para siempre, y desde la que se nos hace presente continuamente, sobre todo en la Eucaristía. Es la noticia –un “credo” abreviado y rotundo– que los apóstoles transmitieron a los dos discípulos que volvían de Emaús: “era verdad, ¡ha resucitado el Señor!”.

Vale la pena que nos dejemos conquistar por la alegría de esta noche y que entremos en el acontecimiento de la Pascua también nosotros, junto con Jesús. Ese “sepulcro vacío” es un símbolo elocuente de la victoria de Cristo sobre la muerte. Nosotros no seguimos a un muerto, por importante que hubiera sido en vida. Seguimos a uno que está vivo. El aviso del ángel es una consigna para todas las generaciones cristianas: “ha resucitado... y va por delante de vosotros...”.

Para una ambientación de estos días sería bueno leer lo que dice el Catecismo sobre la resurrección de Cristo: CCE 639-647.

La Palabra de Dios nos señala el camino de la vida nueva

Las diversas lecturas de hoy nos ayudan a orientarnos en la línea que Dios quiere, apuntando a la nueva vida del Resucitado y a nuestro Bautismo:

- la admiración agradecida por la creación cósmica y de la familia humana por parte de Dios, obra de su sabiduría, de su poder y de su amor, que ahora nos concede conocer y seguir al nuevo Adán, Cristo Jesús, cabeza de la nueva humanidad;
- la fidelidad de un hombre creyente como Abrahán, que tendríamos que copiar nosotros incluso cuando nos parece que Dios nos pone a prueba y se nos acumulan las dificultades y los contratiempos;
- el deseo de que también para nosotros suceda el “paso del Mar Rojo” y la liberación, porque nuestra vida es un continuo éxodo, y con la ayuda de Dios, podemos ir renovando siempre más nuestra libertad interior, venciendo a todos los “faraones” que se nos puedan cruzar en nuestro camino de seguimiento de Cristo, pasando en esta noche pascual y bautismal de la esfera del pecado a la de la gracia;
- la voz de los profetas, en sus cuatro lecturas –“os reuniré, os daré un corazón nuevo, os purificaré, seréis mi pueblo, os amaré con misericordia eterna”–, nos anima a confiar en la misericordia y el amor de Dios, que nos es siempre fiel a pesar de nuestros fallos; que nos ofrece su Alianza, renovada ahora en Cristo Jesús; que nos lleva a corrientes de agua fresca para que saciemos nuestra sed de felicidad; que nos hace conocer la verdadera sabiduría, la que proviene de su Palabra; y que nos promete un corazón nuevo y un espíritu nuevo;
- Pablo nos invita a refrescar la gracia que Dios nos hizo el día de nuestro Bautismo, haciéndonos sus hijos; esta noche renovamos nuestras promesas bautismales, con la renuncia al mal y la profesión de fe en Dios;
- pero, sobre todo, lo que más nos interpela es el evangelio de la resurrección de Cristo; si somos cristianos es porque Cristo ha resucitado y ha inaugurado un nuevo orden de cosas y nos anima continuamente con su gracia a seguir su camino. No seguimos a un libro, o a una doctrina, sino a una Persona Viviente, Jesús, Cabeza de la nueva humanidad, resucitado por la fuerza del Espíritu.

El paso a los sacramentos y a la vida pascual

La alegría y la esperanza de esta noche deben recordarnos también el sentido que tienen los sacramentos pascuales.

El Bautismo es nuestra Pascua personal inicial: el sacramento que nos introduce, por el baño en agua y la acción del Espíritu, en el misterio de ese Cristo que atraviesa la muerte y pasa a la vida. Por eso renovamos esta noche las promesas bautismales y pedimos a Dios que nos renueve la gracia que nos concedió el día de nuestro Bautismo: “aviva en nosotros el espíritu filial” (oración colecta antes de la lectura de Romanos).

Pero también tiene particular sentido esta noche la Eucaristía, participada preferentemente bajo las dos especies de Pan y Vino, el don de sí mismo que nos hace el Señor Viviente para que tengamos fuerza en nuestro camino.

A la vez, esta noche pascual nos introduce en siete semanas de fiesta, la cincuentena, hasta el día de Pentecostés, y así nos estimula a una vida nueva, *una vida pascual, una vida conforme al Señor Resucitado.*

En la Pascua de este año se tiene que notar que algo ha cambiado, que hay en nosotros más energía, alegría, libertad interior, esperanza, dinamismo, entrega solidaria por los demás. Los dos discípulos de Emaús, que lo veían todo negro y estaban desencantados (“nosotros esperábamos...”) empezaron a cambiar de visión después de haber acogido al caminante amigo en su casa (la caridad nos predispone a la fe), y luego supieron reconocerle en la Fracción del Pan, en la Palabra (¿no ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?) y en la comunidad a la que volvieron.

Toda la celebración ha podido ser contemplativa, admirando y alabando los planes de Dios, pero debe conducirnos a traducir en las obras lo que nos ha dicho la Palabra de Dios y la celebración de la Nueva Vida del Resucitado.

CINCUENTENA PASCUAL

Como introducción espiritual y pastoral al Tiempo de Pascua, cf.

J. Aldazábal, *Enséñame tus caminos. 3. El tiempo pascual día tras día* (=Dossiers CPL 68) CPL, Barcelona 2001, 4ª edición. En las págs. 7-18 hay una presentación de la Cincuentena, a partir de las lecturas bíblicas y de los prefacios.

Además, pueden ser útiles:

* *La Cincuentena Pascual* (=Dossiers CPL 4) CPL, Barcelona 1997, 6ª edición, 96 págs.

* *Pascua/Pentecostés* (=Dossiers CPL 52) CPL, Barcelona 1995, 2ª edición, 108 págs.

* *Tiempo Pascual. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 100) Barcelona 2004, 124 págs (con disquete).

* J. Bellavista, P. Jounel, *La fiesta de Pascua y el tiempo pascual* (=Cuadernos Phase 87) CPL, Barcelona 1998, 60 págs.

* A. Iniesta, *Luz de Cristo, la Pascua* (=Emaús 10) CPL, Barcelona 1994, 76 págs.

El Dossier 68 ofrece comentarios a las lecturas feriales de este tiempo. En el presente se comentan las de los ocho domingos de la Cincuentena.

Las fiestas de Santos que tienen lecturas propias y que puedan celebrarse en el tiempo de Pascua (Marcos, Isidoro, Felipe y Santiago, Matías, la Visitación) están comentadas en el Dossier CPL 80, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, 2ª edición 1999.

La Cincuentena Pascual: siete semanas de fiesta

El Tiempo Pascual comprende cincuenta días (en griego, “pentecostes”) celebrados como uno solo: “Los cincuenta días que median entre el domingo de Resurrección hasta el domingo de Pentecostés se han de celebrar con alegría y júbilo, como si se tratara de un solo y único día festivo, como un gran domingo” (*Normas Universales sobre el Calendario*, de 1969, n. 22).

En la reforma posconciliar se recuperó la unidad interna de esta “cincuentena”, suprimiendo, por ejemplo, la octava que seguía a Pentecostés. La fiesta de la Ascensión se celebra dentro de este tiempo, entre nosotros no a los cuarenta días de la Pascua, sino en el domingo séptimo, y el Cirio pascual sigue encendido también después de la Ascensión, hasta la tarde del domingo de Pentecostés.

Unas lecturas que ayudan a entrar en el Misterio Pascual

En Pascua no leemos el AT, que es promesa y figura, y en este tiempo estamos celebrando la plenitud de Cristo y de su Espíritu.

Como *1ª lectura*, leemos todos los años los Hechos de los Apóstoles, cada ciclo dominical con una selección diferente, completada con la más abundante selección de los días feriales.

No es extraño que una antiquísima tradición, tanto de la Iglesia oriental como de la occidental, haya reservado la lectura de los Hechos para el Tiempo Pascual. En este libro vemos a la comunidad como fruto de la Pascua del Señor y guiada por su Espíritu, una comunidad que nos da testimonio de su crecimiento y maduración en medio de un mundo nada propicio.

En este ciclo B las lecturas nos presentan a la comunidad cristiana de Jerusalén unida y solidaria, y sobre todo, el valiente testimonio de Pedro ante el pueblo, ante las autoridades y en casa del pagano Cornelio. Pedro predica siempre lo mismo: que Dios ha resucitado a Jesús, que él es el único que puede salvar y que nosotros somos sus testigos. Pero también

aparece como protagonista el Espíritu Santo, sobre todo en las fiestas de la Ascensión y Pentecostés.

La *segunda lectura*, este año, se toma normalmente de la primera Carta de Juan, una de las llamadas “epístolas católicas”, porque no está dirigida a una comunidad concreta, sino a todas.

Es un escrito teológico y espiritual de fines del siglo primero, que denuncia las corrientes gnósticas que no han sabido ver en toda su profundidad el misterio de Jesús. Hay falsos doctores que se creen sabios, pero no han captado la seriedad del amor de Dios encarnado en Jesús, ni sus consecuencias para nosotros: la comunión de vida con Dios y el amor a los hermanos.

Esta carta la leemos, en una lectura prácticamente continuada, en las ferias del tiempo de Navidad y Epifanía. Además, en el Oficio de Lecturas, en las semanas VI y VII del tiempo de Pascua. Es un libro, por tanto, que une la Navidad y la Pascua, el inicio y la culminación del único misterio de Cristo Jesús.

Los *evangelios* de estos domingos pascuales no van a ser tanto de Marcos, el evangelista del año, sino de Juan y de Lucas. Con una excepción: el día de la Ascensión, en que sí leemos a Marcos, y del día mismo de Pascua, en que también es conveniente repetir el evangelio de Marcos en que anuncia la resurrección y que leemos en la Vigilia Pascual.

Los tres primeros domingos escuchamos las apariciones del Resucitado. El cuarto, el evangelio del Buen Pastor. El quinto y sexto, palabras de Cristo en su cena de despedida, en la que da a sus apóstoles consignas sobre la vida futura de la Iglesia. Y los dos últimos domingos, los pasajes correspondientes de la Ascensión y de Pentecostés.

CINCUENTENA PASCUAL

Domingo de Pascua

Hch 10, 34a.37-43 Hemos comido y bebido con él
después de su resurrección
Col 3, 1-4 Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo
(o bien) 1Co 5,6b-8 Quitad la levadura vieja para ser masa nueva
Jn 20, 1-9 Él había de resucitar de entre los muertos
(o el de la noche) Mc 16, 1-7. Jesús el Nazareno, el crucificado, ha resucitado
(o, por la tarde) Lc 24, 13-35. Quédate con nosotros, Señor, porque atardece

Domingo 2 de Pascua

Hch 4, 32-35 Todos pensaban y sentían lo mismo
1Jn 5, 1-6 Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo
Jn 20, 19-31 A los ocho días, se les apareció Jesús

Domingo 3 de Pascua

Hch 3,13-15.17-19 Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó
de entre los muertos
1Jn 2, 1-5 Él es la víctima de propiciación por nuestros pecados
y por los de todo el mundo
Lc 24, 35-48 Así estaba escrito: el Mesías padecerá y resucitará
al tercer día de entre los muertos

Domingo 4 de Pascua

Hch 4, 8-12 Ningún otro puede salvar
1Jn 3, 1-2 Veremos a Dios tal cual es
Jn 10, 11-18 El buen pastor da la vida por sus ovejas

Domingo 5 de Pascua

Hch 9, 26-31 Les contó cómo había visto al Señor en el camino
1Jn 3, 18-24 Este es su mandamiento: que creamos y que amemos
Jn 15, 1-8 El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante

Domingo 6 de Pascua

Hch 10, 25-26.34-35.44-48 El don del Espíritu Santo se derramó también
sobre los gentiles
1Jn 4, 7-10 Dios es amor
Jn 15, 9-17 Nadie tiene amor más grande que el que da la vida
por sus amigos

La Ascensión del Señor

Hch 1, 1-11 Lo vieron levantarse
Ef 1, 17-23 Lo sentó a su derecha en el cielo
(o bien) Ef 4, 1-13 A la medida de Cristo en su plenitud
Mc 16, 15-20 Subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios

Pentecostés

Hch 2, 1-11 Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar
1Co 12, 3b-7.12-13 Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu
para formar un solo cuerpo
(o bien) Ga 5, 16-25 El fruto del Espíritu
Jn 20, 19-23 Como el Padre me ha enviado, así también os envío
yo. Recibid el Espíritu Santo.
(o bien) Jn 15, 26-27; 16, 12-15 El Espíritu de la verdad os guiará
hasta la verdad plena

DOMINGO DE PASCUA

– I –

Ocho días vividos como uno solo

Hoy es el “tercer día” del Triduo Pascual y a la vez el primero de la Cincuentena. Hoy es el domingo más importante del año, del que reciben sentido todos los demás.

Para bastantes fieles este es el día en que comienzan a celebrar la Buena Noticia de la Resurrección del Señor, porque no han acudido a la Vigilia Pascual. Vale la pena que la celebración de hoy sea particularmente festiva y expresiva. El Cirio Pascual, encendido por primera vez la noche anterior, va a acompañarnos a lo largo de siete semanas, y todos tendrían que captar su sencillo y simpático mensaje de alegría.

La “octava” de Pascua, los ocho días que abarcan el domingo 1 y 2 y los días intermedios, los vive la comunidad cristiana como un solo día. En el prefacio de estos días se dirá cada vez “en este día en que Cristo, nuestra Pascua...”. Todos los días recibiremos la bendición solemne al final de la celebración, como si cada uno fuera una “solemnidad”. Esta semana no admite ninguna otra celebración de Santos. Si coincide alguna muy importante, se recuperará en la semana siguiente.

Hechos 10,34a.37-43. Hemos comido y bebido con él después de su resurrección

El libro de los Hechos de los Apóstoles es una óptima lectura para el tiempo pascual. Aquellos primeros cristianos fueron la “comunidad de Jesús Resucitado”, nacida de la Pascua. El Señor seguía actuando en ella, invisiblemente por medio de su Espíritu, y visiblemente por medio de sus ministros.

No les faltaron dificultades, persecuciones y martirio. Pero en verdad, primero los apóstoles y luego otros discípulos, como los diáconos Esteban y Felipe, o Pablo y Bernabé, dieron un valiente testimonio de Cristo Jesús y fueron edificando comunidades llenas de fe y alegría. Haremos bien en mirarnos al espejo de este libro y estimularnos a seguir su ejemplo de firmeza en la fe y de maduración.

El primer pasaje que leemos es el testimonio de Pedro, en casa del pagano Cornelio, sobre la resurrección de Cristo. Lucas da mucha importancia a este episodio de la conversión de Cornelio: le dedica dos capítulos enteros, el 10 para narrar cómo sucedió, y el 11 para explicar cómo Pedro dio cuenta a la comunidad de Jerusalén de lo acontecido. Es un hecho fundamental para motivar la apertura del cristianismo a los paganos.

El testimonio principal de Pedro, que repite en todas sus “catequesis” o discursos, delante del pueblo o de las autoridades, y aquí en casa de unos paganos, es: “lo mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó al tercer día”, y “los que creen en él, reciben el perdón de los pecados”.

El *salmo* no podía ser otro que el 117, el más “pascual” del Salterio: “este es el día en que actuó el Señor... la diestra del Señor es poderosa... no he de morir, viviré... la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”. De las actuaciones poderosas de Dios en la historia de la salvación, para nosotros la principal es esta de la resurrección de Jesús. Podemos repetir con convicción: “sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Colosenses 3, 1-4. *Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo*

El pasaje de Pablo en su carta a los cristianos de Colosas es el más apropiado para este domingo. Es breve pero denso y estimulante: “ya que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allá arriba”.

Celebrar la Pascua del Señor es asumir coherentemente lo que representa de novedad de vida: “aspirad a los bienes de arriba”, porque caminamos hacia la misma meta que Cristo: “entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria”.

(o bien) **1 Corintios 5, 6b-8.** *Quitad la levadura vieja para ser masa nueva*

También se puede elegir como 2ª lectura este otro pasaje de Pablo a los cristianos de Corinto, que hace referencia a Cristo como “nuestra pascua”. La levadura del pan la compara aquí Pablo con la malicia y la corrupción, y quiere que las comunidades cristianas estén libres de esa mala levadura y ser un pan “ázimo”.

Ya que “Cristo, nuestra Pascua (nuestra víctima pascual) ha sido inmolado”, tenemos que evitar toda maldad y “celebrar la Pascua con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad”.

Después de la 2ª lectura, como anticipo del evangelio, esta semana cantamos la *secuencia*, que en latín tiene el nombre de “Victimae paschali laudes”, “a la víctima pascual alabanzas...”, probablemente del siglo XI. Es un simpático poema, que además de esa alabanza a Cristo, “dialoga” poéticamente con María Magdalena sobre su encuentro con el Resucitado.

Juan 20, 1-9. *Él había de resucitar de entre los muertos*

Hoy tenemos tres evangelios a elegir: a) el de Jn 20, con la visita de María Magdalena y luego de Pedro y Juan al sepulcro vacío; b) el que ya hemos leído la noche pasada, de Marcos, con el anuncio de la resurrección (sobre

todo si la mayoría de los que participan en esta Misa no han acudido a la Vigilia); y c) si la celebración es por la tarde, el evangelio de Lucas 24, con la escena de Emaús.

Si optamos por el evangelio de Juan, nos encontramos con la experiencia de María Magdalena, testigo del sepulcro vacío, que corrió a anunciarlo a los apóstoles, convirtiéndose así en “apóstol de los apóstoles”, la primera evangelizadora de la Buena Noticia de la Pascua. También Pedro y Juan ven el sepulcro vacío. Ninguno de ellos se acaba de creer que Jesús haya resucitado: “no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos”.

Marcos 16, 1-7. *Jesús el Nazareno, el crucificado, ha resucitado*

Si elegimos repetir el evangelio de Marcos, ya proclamado anoche, cf. la reflexión que hacíamos en la Vigilia.

Lucas 24, 13-35. *Quédate con nosotros, porque atardece*

En las misas vespertinas se puede leer el evangelio de Lucas con la escena de los discípulos de Emaús, muy propia para este día y hora.

Es expresivo el relato “catequético” que hace Lucas, en el último capítulo de su evangelio, del viaje “de ida y vuelta” de aquellos dos discípulos que van a Emaús y luego vuelven a Jerusalén. El viaje de ida es triste, marcado por la desilusión (“nosotros esperábamos...”) y no reconocen al caminante que se les junta. El viaje de vuelta es lo contrario: corren presurosos, llenos de alegría, los ojos abiertos ahora, impacientes por anunciar su experiencia a la comunidad.

En medio ha sucedido algo decisivo: el Señor Jesús les sale al encuentro, dialoga con ellos, les explica las Escrituras y finalmente le reconocen en “la fracción del pan”, aunque luego recuerdan que ya “ardía su corazón cuando les explicaba las Escrituras”.

– II –

“Este es el día en que actuó el Señor”. ¡Aleluya!

Naturalmente, el mensaje de este día de Pascua es la resurrección de Cristo: la noticia mejor de todo el año para los cristianos. La que cambió la vida de los primeros discípulos. La que proclamó con valentía Pedro, en su catequesis en casa de Cornelio: que a ese Jesús, el Ungido por el Espíritu, “a quien mataron colgándolo de un madero, Dios lo resucitó al tercer día y lo nombró Juez de vivos y muertos”. Contagiándonos de su entusiasmo cantamos en el salmo nuestra alegría: “este es el día en que actuó el Señor”.

Vale la pena que resuene, también en las misas de este domingo, el anuncio gozoso del ángel a las mujeres (según el evangelio de la noche): “¡No está aquí: ha resucitado!”. Es bueno detenemos en esta convicción –“Cristo es el que vive”–, porque nos hace falta para seguir con más ánimos nuestro camino cristiano. Lo mismo que, si leemos el evangelio de Emaús, la tarde del domingo, nos tenemos que dejar convencer también nosotros y llegar a “reconocer” al Resucitado en su Palabra, en su Eucaristía, en su comunidad y luego dar testimonio de esa experiencia en nuestra vida.

No puede ocultar su alegría la oración colecta: “en este día has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo, vencedor de la muerte”, y pide que esta Pascua histórica que estamos celebrando nos oriente hacia la eterna: “que renovados por el Espíritu, vivamos en la esperanza de nuestra resurrección futura”. La alegría de la Pascua es evidente también en la oración sobre las ofrendas: “rebosantes de gozo pascual, celebramos estos sacramentos”.

El prefacio describe lapidaria y magistralmente el contenido de la fiesta de hoy: “Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado: muriendo, destruyó nuestra muerte, resucitando, restauró la vida”. ¿Se puede expresar en menos palabras el misterio de la redención que Cristo ha obrado en su Pascua? Parece un “parte de guerra”, el telegrama de una victoria anunciada a la comunidad.

Dios ha dicho “sí” a su Hijo. El grano de trigo, sepultado en la tierra, ha muerto, pero ha renacido y dará fruto abundante. Es también la fiesta de nuestra liberación y nuestra resurrección. Podemos manifestar con aleluyas solemnes y flores nuestra alegría de cristianos seguidores del Resucitado. Haciendo caso del salmo de hoy, que nos invita a que este día, “en que actuó el Señor”, también “sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Carácter bautismal de la Pascua

Pascua es la fiesta bautismal, porque en el Bautismo es cuando por primera vez nos sumergimos en la muerte y resurrección, en la nueva vida del Señor. Pablo, con una comparación “botánica” muy expresiva, dijo que, por el Bautismo, hemos sido “injertados” (“complantati sumus”) en la nueva vida de Cristo. En la Vigilia de anoche se han celebrado probablemente, si no se han dejado para este domingo, algunos bautizos, después de la preparación de la Cuaresma.

Este día, y toda la Cincuentena, tiene carácter bautismal. En la oración sobre las ofrendas hablamos de “estos sacramentos en los que tan maravillosamente ha renacido y se alimenta tu Iglesia”, o sea, los sacramentos de la iniciación cristiana. La oración poscomunió insiste: “tu Iglesia, renovada por los sacramentos pascuales”.

Por eso es lógico que, al comienzo de la Eucaristía de los ocho domingos del Tiempo Pascual, realicemos el gesto simbólico de la aspersion bautismal. En vez del acto penitencial y del “Señor ten piedad”, nos dejamos “mojar” en recuerdo del sacramento por el que fuimos “sumergidos” por primera vez en Cristo muerto y resucitado.

Por la tarde, como les ha parecido a bastantes comunidades, se puede recuperar la antigua costumbre de las “visperas bautismales”, yendo en procesión, durante el *Magnificat*, a la fuente bautismal y santiguándose todos con su agua bendita.

Los apóstoles, testigos

Leyendo, desde hoy, el libro de los Hechos de los Apóstoles durante el Tiempo Pascual, se nos propone el ejemplo de aquella comunidad que dio testimonio de su fe en Cristo Jesús y se dejó guiar por su Espíritu en su expansión al mundo conocido.

Las primeras “evangelizadoras” fueron las mujeres. En el evangelio de la noche, son las mujeres que acudieron al sepulcro las que oyeron de labios del ángel la noticia: “no está aquí, ha resucitado”. En el evangelio de Juan es Magdalena la que va al sepulcro, lo ve vacío y corre a anunciarlo a los apóstoles.

Para los discípulos de Emaús fue aquel “viajero peregrino”, Cristo mismo, a quien de momento no supieron reconocer, quien les explicó las Escrituras y les aseguró la verdad de su resurrección. Luego serán los apóstoles, los ministros de la comunidad, los anunciadores oficiales de la Pascua. Pedro, en casa de Cornelio, es consciente de este encargo: “nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado, a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de la resurrección”. E insiste: “nosotros somos testigos... nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos”. En verdad los apóstoles dieron con valentía este testimonio.

El libro de los Hechos nos recuerda que la historia continúa. Se puede decir que no tiene último capítulo: nosotros mismos, a inicios del siglo XXI, seguimos escribiendo estos “hechos”. En el rito copto, que celebran sobre todo los cristianos de Egipto, cuando se proclama este libro en Misa, el lector dice al final, a modo de aclamación: “Y la Palabra de Dios sigue creciendo, en esta Iglesia y en todas las Iglesias”.

Ahora somos nosotros los que nos comprometemos a anunciar a Cristo a este mundo, a nuestra familia, a la sociedad. Los cristianos no sólo debemos ser buenas personas, sino además “testigos”, con nuestra palabra y nuestra conducta, de que Cristo ha resucitado y es el Salvador. Eso en casa de Cornelio, un pagano, o en medio de una sociedad también paganizada, en nuestra familia, en el mundo de educación, en el cuidado de los ancianos y enfermos, en la actividad profesional, en los medios de comunicación.

Vida pascual

Pascua es algo más que una fiesta o un “tiempo litúrgico”. Pascua es un estilo de vida, una mentalidad que mueve nuestras palabras y nuestras obras. La Pascua de Cristo debe contagiarnos y convertirse en Pascua nuestra, de modo que imitemos su vida nueva.

Es lo que le preocupa a Pablo. En su carta a los Colosenses les invita a que, ya que en el orden del ser –ontológicamente–, han recibido la vida de Cristo en el Bautismo, ahora se trata de que en la práctica vivan pascualmente. Para Pablo eso significa vivir como resucitados, “buscar los bienes de allá arriba”, “aspirar a los bienes de arriba, no a los de la tierra”. Si celebramos bien la Pascua, también nosotros debemos morir a lo viejo y resucitar a lo nuevo, morir al pecado y vivir con Cristo la novedad de su vida. Al final resucitaremos corporalmente, pero ya ahora vivimos como resucitados, alimentados con la Eucaristía, que nos hace participar de la vida ya definitiva del Señor.

Vivimos en este mundo, y es serio nuestro compromiso con la tarea que aquí tenemos encomendada, pero los cristianos “buscamos los bienes de allá arriba”, porque estamos en camino y somos ciudadanos de otro mundo, el mundo en el que ya ha entrado Cristo Resucitado.

(También en la otra carta alternativa, a los Corintios, Pablo nos invita a que eliminemos de nuestra comunidad toda levadura vieja, toda malicia y corrupción, y vivamos una vida nueva, en la sinceridad y la verdad).

Una instrucción que se publicó en 1964, *Inter Oecumenici*, para la recta aplicación de la reforma litúrgica, daba una feliz definición de lo que es una liturgia bien celebrada, sobre todo de la liturgia pascual: “ut *Mysterium Paschale* viviendo exprimaturs”, que el misterio pascual lo expresemos con nuestra vida, con nuestra alegría, nuestra entrega por los demás, nuestra energía para el bien, nuestra valentía en la lucha contra el mal y contra toda injusticia, nuestra esperanza y novedad de vida.

DOMINGO 2 DE PASCUA

– I –

Concluye la octava de Pascua

Dentro de la Cincuentena Pascual, tiene personalidad propia esta primera semana que hoy acaba, la “octava de Pascua”, que se celebra como un único día. Hoy, en el prefacio, todavía decimos: “en este día en que Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado”.

La tercera edición oficial del Misal Romano (año 2002) le da a este domingo el nombre de “Domingo II de Pascua o de la divina misericordia”. Lo cual no significa ninguna fiesta nueva, ni ningún cambio en los textos del domingo. Es antigua tradición en diversas liturgias (como en la hispánica) distinguir los domingos con un título que alude a sus contenidos: “el domingo de Lázaro”, o “de la samaritana”, o “del Buen Pastor”. A este mismo domingo otros le llaman “domingo de Tomás”. Desde muy antiguo, se le ha llamado también “dominica in albis”, porque en Roma, durante toda esta octava, los neófitos conservaban el vestido blanco que habían recibido en el Bautismo de la Noche pascual, y el domingo de la octava se despojaban de él: por eso se llamaba a este domingo “in albis”, o sea, “in albis deponendis”, “el domingo en que se despojan ya de los vestidos blancos”. Por influencia de una santa polaca, Faustina Kowalska, se ha generalizado en Polonia, y después en otras partes, esta “devoción a la divina misericordia”. Pero el decreto con que se estableció el nuevo nombre de este domingo, el año 2000, indica claramente que seguimos celebrando la Pascua del Señor,

precisamente en su día octavo, y que no cambian los textos bíblicos ni las oraciones de este domingo.

Hoy es un buen día para dirigir la atención de la comunidad hacia la realidad del domingo, como día en el que de modo privilegiado “se aparece” el Señor a los suyos: el “primer día” de la semana, y luego “a los ocho días”, o sea, de nuevo el primer día, pero de la semana siguiente.

Hechos 4, 32-35. *Todos pensaban y sentían lo mismo*

La página que leemos hoy es el llamado segundo “sumario” que incluye Lucas en su relato: una visión global de la vida de aquella primera comunidad. Una visión un tanto idealizada, pero que expresa la que tendría que ser identidad característica de una comunidad cristiana, transformada por la experiencia de la resurrección del Señor y la infusión de su Espíritu.

A la vez que daban testimonio valiente de Cristo Jesús, vivían con un estilo fraterno de unidad: “todos pensaban y sentían lo mismo”, y esa solidaridad afectiva se traducían en hechos: “lo poseían todo en común... vendían sus posesiones y ponían el precio a disposición de la comunidad” y “nadie pasaba necesidad”.

El *salmo responsorial*, más que comentar la lectura 1ª, sintoniza con la Pascua que estamos celebrando: “hay cantos de victoria en las tiendas de los justos”, y nos invita a alabar a Dios: “dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”. En ningún tiempo como en este tenemos motivos para expresar esta alegría, porque sigue siendo “el día en que actuó el Señor y tiene que ser nuestra alegría y nuestro gozo”.

1 Juan 5, 1-6. *Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo*

No empezamos a leer la carta de Juan en orden, sino con un pasaje de su último capítulo.

El autor trata sus varios temas preferidos en una sucesión dinámica y cíclica: creer en Jesús, nacer de Dios, amar, cumplir los mandamientos, vencer al mundo...

Al final aparece el binomio “agua y sangre”, acompañado del Espíritu, que es quien da testimonio de la verdad.

Juan 20, 19-31. *A los ocho días, se les apareció Jesús*

Por una venerable tradición, se lee cada año en este domingo el evangelio en el que Juan nos cuenta las dos apariciones del Resucitado a los apóstoles: el “primer día de la semana”, en ausencia de Tomás, y “a los ocho días”, ahora con la presencia del incrédulo, que tiene la ocasión de expresar su fe con una confesión muy afortunada: “Señor mío y Dios mío”.

Las dos veces el saludo de Jesús es un saludo de paz que les llena de alegría: “¡shalom!”. Pero el encuentro es también de misión, “así también os envió yo”, y de donación del Espíritu, “recibid el Espíritu Santo”. Para Juan la infusión del Espíritu sucede en el día mismo de Pascua, y no a los cincuenta días, como en el relato de Lucas.

La donación del Espíritu y la misión tienen un contenido muy importante: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados” (este es el motivo por el que desde la Iglesia de Polonia se ha pedido que este domingo se llame también “de la misericordia divina”).

– II –

Se llenaron de alegría al ver al Señor

La noticia pascual por excelencia –que Cristo vive y nos está presente–, sigue resonando hoy con fuerza para todas las comunidades cristianas del mundo. El Resucitado es el mismo que el Crucificado, y por eso enseña las llagas de sus manos y de su costado. Pero también el Crucificado es ahora el Resucitado, que vive para siempre.

La aparición de Jesús a los suyos el primer día, y luego el día octavo, les llena con razón de alegría. Esa misma resurrección y presencia es la razón

de ser de la confianza que rezuma la carta de Juan: “¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”.

Continúa además, al final de esta octava, el carácter bautismal de nuestra comunidad, porque es todavía muy reciente la experiencia de los bautizos y tal vez de las Confirmaciones. La oración colecta, aludiendo a los sacramentos de iniciación, que son también los sacramentos más pascuales, pide la gracia de que “comprendamos mejor que el Bautismo nos ha purificado, que el Espíritu nos ha hecho renacer y que la sangre nos ha redimido”. En la oración sobre las ofrendas también afirmamos sentirnos “renovados por la fe y el Bautismo”, camino de la eterna bienaventuranza.

Una comunidad “pascual”: ¿cuadro utópico?

En el libro de los Hechos de los Apóstoles podemos espejarnos en verdad las comunidades cristianas de todos los tiempos.

Es una comunidad *de creyentes*. El primer fruto de la Pascua de Cristo y de la bajada de su Espíritu en Pentecostés es una comunidad transformada por el gran acontecimiento: “¡hemos visto al Señor!”. Son el grupo de los que creen. Como dice Juan en su carta, “el que cree ha nacido de Dios”, y además “el que ha nacido de Dios, vence al mundo”.

Es una comunidad *sacramental*. Los que creen y reciben el Bautismo, agregándose a la comunidad, además de celebrar la Eucaristía, son depositarios de otro signo sacramental, el de la Reconciliación: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedarán perdonados”.

Es una comunidad *misionera* que crece. “Yo os envío”, dice Jesús a sus apóstoles, y el libro de los Hechos nos va describiendo con qué valentía daban testimonio de Jesús, el efecto que su estilo de vida iba produciendo en su entorno y cómo muchos se les iban agregando. No es una comunidad cerrada, sino abierta y misionera, que, a pesar de las persecuciones, “da testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor”.

Es una comunidad *experta en dolor*. Ahora ya está formada por personas que “no han visto a Jesús”, que tienen, por tanto, mérito en su fe, y que por

eso a veces tienen la tentación de la duda. Una comunidad que ya desde el primer siglo es perseguida por un mundo hostil o indiferente. El libro de los Hechos nos contará muchos de estos momentos difíciles, que van superando apoyados en la fe y la esperanza en Cristo Jesús.

La carta de Juan, además, nos presenta a una comunidad *de renacidos y vencedores*: esta es la energía y la vitalidad que la Pascua del Señor comunica a los suyos: “el que cree ha nacido de Dios, y el que ha nacido de Dios, vence al mundo”. No se trata de triunfalismos, pero sí de un estilo más positivo, dinámico, de los que no sólo creen en la resurrección de Cristo, sino que se dejan contagiar vitalmente de sus valores, desterrando todo lo “antipascual” que pueda tentarnos: la tristeza, la pereza, el pesimismo, el egoísmo, el conformismo...

Es un buen espejo para que nos examinemos nosotros hoy: nuestras comunidades cristianas, parroquiales o religiosas, ¿tienen estas cualidades que admiramos en la primera? Puede parecernos un poco utópico el cuadro “pascual” que nos presenta Lucas (seguramente está idealizado: basta seguir leyendo en los capítulos siguientes). Pero es el programa de vida nueva al que Dios nos invita al unísono al Resucitado y dejarnos guiar por su Espíritu. Es un reto para toda comunidad cristiana de hoy: ¿en qué se va a notar que los cristianos celebramos la Pascua?

Una comunidad fraterna y solidaria que nos interpela

El aspecto que la página que leemos hoy en los Hechos resalta más es que esta comunidad de Jerusalén es una comunidad *fraterna y solidaria*. “Lo tenían todo en común y nadie llamaba suyo propio a nada de lo que tenía”.

Los creyentes no comparten sólo su fe, sino también se muestran solidarios: “vendían sus posesiones y ponían el dinero a disposición de los apóstoles, y luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno”. Es una comunidad fraterna, unida hacia dentro. Con el resultado de que “ninguno pasaba necesidad”.

También en este aspecto puede haber idealizado algo Lucas la situación de aquellos primeros cristianos, que, como nosotros, también eran personas

débiles, aunque estuvieran movidos por una convicción y un fervor típicos de los comienzos de un movimiento. Más adelante leemos, por una parte, un ejemplo edificante: el de Bernabé, que vende sus campos y pone su precio a disposición de la comunidad (Hch 4, 36s). Pero, por otra, tenemos el caso de Ananías y Safira (Hch 5, 1ss), que intentan engañar a la comunidad respecto a sus bienes. No debió durar mucho este “comunismo cristiano de bienes”, porque vemos cómo Pablo en sus cartas promueve en otras comunidades más ricas una campaña de solidaridad a favor de los de Jerusalén.

Pero la afirmación de Lucas responde ciertamente a una realidad de unión fraterna en buena parte conseguida en aquella primera comunidad, y que es lo que tal vez más impactó más y atrajo a los que veían de ese estilo de vida.

Este pasaje nos interpela seriamente a nosotros. ¿Somos solidarios? ¿Somos capaces de cumplir el consejo de Jesús a aquel joven: “vende lo que tienes y dalo a los pobres”? ¿estamos dispuestos en la práctica a hacer partícipes a otros de nuestros bienes? ¿nuestra solidaridad es de palabra, o toca también al bolsillo? ¿hablamos de “globalización” creyendo lo que decimos?

Eso se puede cumplir (o dejar de cumplir) en el nivel internacional, en que somos conscientes de la escandalosa y creciente diferencia entre países ricos y pobres, y también en el más doméstico: porque también en nuestra sociedad, y hasta en la propia familia, hay personas necesitadas de nuestra ayuda. A eso nos mueve no sólo la estricta justicia social, sino más todavía la caridad cristiana. Como dice Juan en su carta, “el que no ama a su hermano, a quien ve, es incapaz de amar a Dios, a quien no ve” (1Jn 1,20).

¿Se podría decir de nosotros, no sólo por nuestra fe teórica, sino también por nuestra caridad y solidaridad fraterna, que “Dios los miraba a todos con mucho agrado”, como Lucas afirma de los cristianos de Jerusalén?

Los domingos se nos “aparece” el Señor

Otra dimensión importante de la comunidad cristiana, ya desde el principio, es la de comunidad *eucarística*, que se reúne cada domingo para celebrar el memorial de la Pascua que Jesús les ha dejado en testamento. Para los cristianos, cada domingo es la Pascua semanal.

Hoy parece como si el evangelio nos quisiera transmitir una “catequesis del domingo cristiano”. La primera de las apariciones que nos cuenta Juan sucede “el día primero de la semana”, y la segunda “a los ocho días”, o sea, de nuevo el primer día: pero de la semana siguiente, lo cual apunta a nuestra marcha constante, semana tras semana, hacia la plenitud de los tiempos.

Uno podría preguntarse si en los días intermedios no tuvieron aquellos discípulos la convicción de la presencia del Resucitado. Jesús se había despedido diciendo: “estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Pero aquí Juan parece como si quisiera convencernos de que es en este día del domingo cuando de un modo privilegiado experimentamos la gracia de la presencia del Señor.

La reunión dominical es un momento muy significativo en que nos reunimos en torno a Cristo (“donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo”), escuchamos su Palabra y participamos en el memorial de su sacrificio pascual, comulgando con su Cuerpo y Sangre.

Vale también hoy lo que ha sido lema y consigna desde el principio de la Iglesia: la “comunidad del Señor” se reúne en “el día del Señor” para celebrar la “cena del Señor”.

Ser fieles a esta convocatoria eucarística del domingo es como una garantía de que los cristianos seguiremos creciendo en la unión con Cristo, en la pertenencia a su comunidad y en la vida de fe. La Eucaristía dominical es como una inyección de esperanza y el motor para vivir “endomingados” toda la semana.

Crear en tiempo de dudas

El que Tomás tuviera dudas puede resultar estimulante para nosotros: “si no meto la mano en su costado, no lo creo”. No creyó a lo que le decían sus hermanos de comunidad. A todos nos viene la tentación de pedir a Dios pruebas de su cercanía, como un “seguro de felicidad” o poco menos. Quisiéramos tal vez “ver el rostro de Dios” (como en el AT había sido el deseo de Moisés y de Elías), o recibir signos de que nuestro camino es el

bueno. Algunos, incluso, tienen un excesivo afán de milagros y apariciones en los que basar su fe. Queremos “ver” para poder “creer”. Mientras que Jesús llama bienaventurados a los que creen sin haber visto.

Todos podemos tener dudas y momentos de crisis en la fe: o porque Dios parece haber entrado en eclipse, o porque se nos han acumulado las desgracias que nos hacen dudar del amor de Dios, o porque las tentaciones nos han llevado por caminos no rectos o porque nos hemos ido enfriando en nuestro fervor inicial.

No es que sea buena la duda en sí. Sobre todo si es sistemática, puede resultar casi patológica e impedirnos seguir el camino con ilusión. Pero la duda tiene también aspectos positivos. Dudar puede significar que no ponemos nuestra confianza en cosas superficiales, que somos peregrinos siempre en búsqueda. Dudar puede significar que nuestra fe no se basa sólo en que nuestra familia nos la ha transmitido, sino que, además de ser don de Dios, es también conquista nuestra, que pide nuestro “sí” personal, en medio de la ventolera de ideas que hay a nuestro alrededor, que puede hacer tambalear nuestras seguridades en un momento determinado.

Podemos aprender de la duda de Tomás a despojarnos de falsos apoyos, a estar un poco menos seguros de nosotros mismos y aceptar la purificación que suponen los momentos de inseguridad, sabiendo creer en el testimonio de la comunidad que, desde hace dos mil años, nos anuncia de palabra y de obra la presencia del Resucitado, aunque no le veamos.

Nosotros pertenecemos a esas generaciones que tienen más mérito que la primera al creer en Cristo, porque no hemos oído ni visto ni tocado personalmente y, sin embargo, creemos en él. Se nos aplica lo que Jesús dijo al incrédulo Tomás: “porque me has visto, Tomás, has creído: dichosos los que crean sin haber visto”.

Tanto en los momentos en que en nuestra vida brilla el sol como cuando hay nubarrones que nos hacen tener miedo o dudas, debemos imitar a Tomás en la segunda de sus actitudes, en su fe, que nos haga decir también a nosotros: “Señor mío y Dios mío” y nos haga vivir de acuerdo con esa fe.

Ojalá a los que no “vemos” personalmente a Jesús nos resulte fácil

“descubrirle” presente por el testimonio de su comunidad. Si la comunidad eclesial, si cada familia cristiana, fueran como la que dibuja Lucas –unida, alegre, abierta, solidaria, rica en fe y esperanza– no necesitaríamos milagros ni apariciones para creer en Jesús. Su “aparición” serían las personas que dicen creer en él y, en efecto, imitan su estilo de vida y crean a su alrededor un espacio de esperanza. No hace falta que la Iglesia sea perfecta, sino que en medio de sus debilidades o dificultades, dé un testimonio creíble de esa buena noticia que es la presencia viva del Señor.

DOMINGO 3 DE PASCUA

– I –

Ha resucitado el Señor

La resurrección de Jesús sigue siendo la Buena Noticia por excelencia. Es la que anuncia Pedro en su discurso ante el pueblo (“matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos”) y el centro de la “catequesis” que el mismo Jesús hace a los apóstoles sobre el misterio de su entrega pascual (“así estaba escrito: el Mesías padecerá y resucitará al tercer día”).

Continúa la Pascua. Sigue el Cirio encendido y las flores y los cantos y los aleluyas. El pueblo cristiano se siente “renovado y rejuvenecido en el espíritu”, con la “alegría de haber recobrado la adopción filial” (oración colecta), “renovado con estos sacramentos de vida eterna” (poscomunión), “exultante de gozo porque en la resurrección de tu Hijo nos diste motivo para tanta alegría” (oración sobre las ofrendas).

Hechos 3, 13-15. 17-19. *Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos*

Hoy leemos parte del importante discurso misionero del apóstol Pedro, uno de los cinco suyos que ofrece el libro de los Hechos: esta vez ante el pueblo, maravillado por la curación del paralítico.

Con valentía y claridad acusa Pedro a la multitud de que han rechazado a Jesús, cuando Pilato había decidido soltarlo, o sea, han rechazado “al Santo, al Justo”, mientras que han pedido el indulto de un asesino: “matasteis al autor de la vida”. Pero en seguida llega al que es siempre el meollo de sus discursos: “pero Dios lo resucitó de entre los muertos”. También añade una convicción repetida: “y nosotros somos testigos”.

Pedro disculpa al pueblo, y también a las autoridades responsables: “sé que lo hicisteis por ignorancia”. El pasaje termina con la invitación a que se arrepientan y se conviertan a Jesús.

El *salmo* pide humildemente a Dios que haga “brillar sobre nosotros la luz de su rostro”. Porque “¿quién nos hará ver la dicha si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?”. Sólo en Dios podemos encontrar la paz: “tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo”.

1 Juan 2, 1-5. *Él es víctima de propiciación por nuestros pecados y también por los del mundo entero*

Este año leemos como segunda lectura, casi todos los domingos de Pascua, la primera carta de Juan, que leemos más completa en las ferias del tiempo de Navidad.

Un primer aspecto del pasaje de hoy es la invitación a no pecar y, a la vez, a seguir teniendo confianza a pesar del pecado, porque tenemos a Jesús como “víctima de propiciación” y abogado que nos defiende ante el Padre.

Pero hay otra preocupación en toda la carta, como ya comentábamos en la introducción a la Cincuentena Pascual. Los gnósticos, a fines del siglo I, propalaban la doctrina que basta el “conocimiento intelectual” (la “gnosis” griega) para salvarse. Juan les recuerda que hacen falta además las obras, que sólo “conoce” quien “guarda los mandamientos”, o sea, quien “guarda la palabra” de Cristo: “en esto sabemos que lo conocemos, en que guardamos sus mandamientos... Quien dice: yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso”.

Lucas 24, 35-48. *Así estaba escrito: el Mesías padecerá y resucitará de entre los muertos al tercer día*

Inmediatamente después de la escena de los discípulos de Emaús, que leíamos el domingo pasado, escuchamos hoy la primera aparición del Resucitado al grupo de sus discípulos.

La reacción de estos es de susto, de miedo, de incredulidad: creían ver un fantasma. Jesús les asegura que no es un fantasma y les muestra sus manos y sus pies con las llagas de la pasión todavía visibles: “soy yo en persona... un fantasma no tiene carne y huesos como veis que yo tengo”. Para más demostración, pide algo de comer, y le ofrecen un trozo de pez asado, que come delante de ellos.

Jesús les hace a continuación una catequesis, como la que había hecho a los dos discípulos en el camino de Emaús. Les abre el entendimiento para comprender las Escrituras: lo que habían anunciado de él Moisés y los profetas y los salmos se estaba cumpliendo en plenitud.

— II —

Sigue la alegría de la Pascua

Los textos de hoy siguen, naturalmente, con el tono de entusiasmo y alegría que inauguramos hace apenas dos semanas, por la gran noticia de la resurrección del Señor.

En la oración colecta pedimos a Dios “que la alegría de haber recobrado la adopción filial afiance su esperanza de resucitar gloriosamente”. La oración sobre las ofrendas habla de la “Iglesia exultante de gozo” y pide: “pues en la resurrección de tu Hijo nos diste motivo para tanta alegría, concédenos participar de este gozo eterno”. La poscomunión enlaza las dos perspectivas: “ya que has querido renovar a tu pueblo con estos sacramentos de vida eterna, concédele también la resurrección gloriosa”.

En el amor que nos ha mostrado Dios y en la entrega que Cristo Jesús ha hecho de sí mismo por nosotros está la motivación más profunda de nuestra alegría. Un creyente puede decir con el salmo: “en paz me acuesto y en seguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo”.

A los discípulos se les cambió la duda y el miedo en una inmensa alegría, aunque no acababan de creer que fuera verdad la presencia del Resucitado.

¿Y nosotros? Todavía nos quedan cinco semanas de Pascua. ¿Estamos progresando en esta actitud de alegría interior, de paz, de confianza? ¿nos creemos de veras la Buena Noticia de la vida de Jesús y su presencia entre nosotros? ¿se puede decir que los demás nos ven con otra cara, más pascual, con una nueva visión de los acontecimientos y las personas?

Se cumplen las promesas del Antiguo Testamento

Como Pedro habla a judíos, puede argumentar a partir de los textos que ellos conocían: les hace ver la “continuidad” y el “cumplimiento” de los anuncios del AT en Jesús de Nazaret: “el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús”. Lo mismo hace Jesús en las palabras con que explica el sentido de la historia a los apóstoles: “todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse”. En concreto, lo que les costaba más de comprender era lo de que: “estaba escrito que el Mesías padecerá y resucitará al tercer día”.

Ahí fue donde por primera vez debió entender Pedro la idea del mesianismo que tenía Jesús, tan distinta de la que él había imaginado. El que más instintivamente había reaccionado al oír hablar de la muerte de Jesús, es el que ahora, en su discurso al pueblo, afirma con rotundidad: “Dios cumplió lo que había dicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer”.

Todo el AT se cumple en Jesús. También los salmos, que rezamos “desde Cristo” para captar todo su sentido. O porque los dirigimos a él (el día de la Ascensión, “pueblos todos batid palmas... Dios asciende entre aclamaciones”), o porque los ponemos en sus labios (en el momento de su muerte: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”).

Como dice la introducción al Leccionario, en el AT y en el NT “la Iglesia anuncia el único e idéntico misterio de Cristo”, porque “en el Antiguo Testamento está latente (“latet”) el Nuevo, y en el Nuevo se hace patente (“patet”) el Antiguo” (OLM 5).

Ojalá también a nosotros el Señor nos abra el entendimiento para comprender las Escrituras. En cada Eucaristía, en su primera parte, escuchamos con fe y atención las lecturas bíblicas, tanto del AT (aunque no en este tiempo de Pascua) como del NT y del evangelio. En nuestra generación, sobre todo después del Vaticano II, la comunidad cristiana ha tomado mucho más en serio esta proclamación y escucha de la Escritura.

La Pascua pide novedad de vida

La vida nueva que Cristo nos quiere comunicar significa, en la práctica, que los cristianos debemos evitar el pecado. En su carta, Juan dice cuál es el objetivo de su escrito: “os escribo esto para que no pequéis”. Porque aunque sea verdad que los bautizados en Cristo Jesús “han nacido de Dios”, también lo es que siguen siendo débiles y vulnerables.

Pascua no es sólo el canto de aleluyas. Exige un estilo de vida libre del pecado. Las lecturas de hoy nos invitan a la conversión. Pedro termina su discurso al pueblo: “por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados”. Juan, en su carta, urge a que no pequemos, aunque tengamos “una víctima de propiciación por nuestros pecados”. El mismo Jesús, al presentar a sus discípulos el cumplimiento del AT en su muerte y resurrección, añade que “en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos”.

La celebración de la Pascua, para los cristianos, es vivir en la luz, en el amor, en la verdad.

Los que se saben perdonados, perdonan más fácilmente

Junto al pecado y la conversión, está también la gran noticia del perdón. Jesús anuncia a la vez “la conversión y el perdón de los pecados”. Y Juan nos dice que ni siquiera el pecado que pueda existir en nuestra vida nos

tiene que privar de la confianza que debemos tener en Dios, porque “si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre, a Jesucristo, el Justo”.

Cuando Jesús, en la escena de su aparición, pide algo para comer, se puede interpretar su gesto como prueba de que “no es un fantasma”, sino una persona de carne y hueso. Pero también tiene otro sentido, como lo tiene el que en la escena del lago les haya preparado un “desayuno pascual” con aquel pescado asado: quien “come con otros”, está mostrando su buena disposición para con ellos. En este caso, su actitud de perdón por haberle abandonado todos en el momento de su pasión.

Es interesante constatar que sea precisamente Pedro, el que tenía sobre su conciencia un grave acto de cobardía al negar a Jesús, quien ofrece a sus oyentes judíos esta salida airosa, disculpándoles de su pecado: “sé que lo hicisteis por ignorancia”. Él, a quien Jesús perdonó después de la resurrección, haciéndole fácil su rehabilitación ante los demás, es quien está mejor dispuesto a ofrecer el perdón a los demás, distinguiendo el pecado, que condena, y al pecador, a quien disculpa e invita a la conversión. Quien se sabe perdonado, perdona más fácilmente.

¿Por qué os alarmáis?

Como los discípulos que escapaban a Emaús se sentían tristes y desilusionados, y como el grupo de los apóstoles, reclusos por miedo a los judíos, estaban llenos de dudas y de alarma, también nosotros, en algunos momentos de nuestra vida, podemos experimentar esas mismas dudas y falta de entusiasmo.

Por tanto, podemos merecer la queja de Jesús: “¿por qué os alarmáis? ¿por qué surgen dudas en vuestro interior?”. En vez de sentir la alegría de la Pascua, ¿creemos ver fantasmas y nos dejamos asaltar por la duda y la desilusión?

Es verdad que nosotros no pretendemos ver en persona Jesús, y que coma con nosotros, pero tenemos fe en su presencia real, aunque invisible. No estamos celebrando sólo que hace dos mil años resucitó y que el sepulcro

estaba vacío. Sino que sigue vivo, y que “está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo”, aunque no le veamos. En la Eucaristía también a nosotros se nos “aparece” como Palabra viviente y como Pan de vida. También a nosotros nos dice “soy yo en persona”.

Por difíciles que sean estos tiempos, y por fuertes que se nos presenten los interrogantes y los motivos de duda, en esta Pascua tendríamos que dejarnos contagiar de la vida del Resucitado e imitar el ejemplo de aquella primera comunidad, que tampoco vivió unos tiempos precisamente fáciles.

Vosotros sois testigos de esto

La experiencia del encuentro con el Resucitado –sobre todo en la Eucaristía– debe cambiar algo en nuestras vidas, como lo hizo con los dos de Emaús o con los demás apóstoles y discípulos. Nos debe enviar claramente a una “misión”, a dar testimonio de nuestra fe en la vida.

Pedro nos da un admirable ejemplo de coherencia y valentía. Hacía pocos días había negado que conociera a Jesús y, en el momento de la cruz, había huido como casi todos los demás, acobardados. Pero ahora han tenido la experiencia de la Pascua, se han visto inundados por la fuerza del Espíritu el día de Pentecostés, están llenos de ánimo y se atreven a decir ante todo el pueblo: “vosotros lo matasteis, pero Dios lo resucitó... y nosotros somos testigos”, haciendo así eco a las palabras de Jesús en su primera aparición: “vosotros sois testigos de esto”.

Ahora también hacen falta cristianos y comunidades así. La Buena Noticia no la hemos escuchado nosotros por boca de ángeles, sino por el testimonio de la Iglesia. Nadie nace cristiano: continuamente está en marcha la dinámica de la “nueva evangelización”, por parte de la comunidad eclesial, en particular por las familias y las escuelas cristianas.

Son testigos creíbles de Cristo los cristianos que se aman y promueven la paz y la justicia, que se esfuerzan por ayudar a todos, en actitud de servicialidad, en medio de un mundo egoísta. Ya nos dijo él: “en esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros”.

Por grandes que sean las dificultades y por hostil o indiferente que nos

parezca el ambiente social, si estamos llenos de la Pascua del Señor, convencidos de la fe en él y movidos por su Espíritu, se nos notará en las palabras y en los hechos, cuál es nuestra motivación. Nos mantendremos firmes en nuestra fe, independientes de las modas o de las corrientes ideológicas o de los intereses humanos o de nuestras cobardías y miedos.

Al empezar la tercera semana de Pascua, ¿se nota algún cambio en nuestra vida? ¿estamos todavía en el “viaje de ida” de los de Emaús, o ya en el de vuelta? ¿todavía en el susto y la tristeza de los apóstoles encerrados, o ya en la luz y la alegría? ¿en la cobardía o en la valentía del testimonio? ¿qué consecuencias tiene en nuestra vida la Eucaristía que celebramos, en la que Cristo se nos hace presente en la comunidad reunida, en la que nos “abre el entendimiento” para que entendamos las Escrituras, y en la que se nos da él mismo como alimento espiritual para el camino?

DOMINGO 4 DE PASCUA

— I —

El domingo del Buen Pastor

De las varias imágenes que en el NT intentan describir quién es Jesús (el Cordero, el Señor, el Rey, la Piedra angular, el Hijo del Hombre, la Luz, el Siervo, la Verdad, la Vida), en este domingo IV de Pascua, cada año, se nos presenta Jesús como el Buen Pastor, siguiendo el capítulo 10 del evangelio de Juan.

De este capítulo cada año se lee un pasaje distinto. Este año, ciclo B, escuchamos los versículos centrales, en los que Cristo se nos define como el Pastor auténtico que conoce a sus ovejas y da su vida por ellas.

Hechos 4, 8-12. *Ningún otro puede salvar*

Si el domingo pasado leíamos el discurso de Pedro a la muchedumbre asombrada por la curación milagrosa del parálítico, hoy leemos el que dirigió a las autoridades, que le pedían cuentas de por qué se atrevía a hablar así de una persona de la que estaba prohibido hablar, Jesús de Nazaret. Es el tercero de los discursos de Pedro que nos ofrece el libro de los Hechos.

El mensaje central de Pedro —el “kerigma” o pregón evangelizador— es siempre el mismo, la persona de Cristo, su muerte y resurrección: “Jesús de

Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos”. Esta vez, citando el salmo 117, identifica a Jesús con “la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”.

Por eso el *salmo* no puede ser otro que este salmo: “la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”. Es el salmo “pascual” por excelencia, que nos habla del “día en que actuó el Señor”, “es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente”, “dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”.

1 Juan 3, 1-2. *Veremos a Dios tal cual es*

En la carta de Juan leemos hoy un breve pasaje lleno de mensajes realmente pascuales y optimistas. Sobre todo el anuncio de que somos hijos: “qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios: ¡pues lo somos!”.

Esta filiación es obra del amor que Dios nos tiene. Pero todavía “no se ha manifestado lo que seremos”. En el futuro, en la otra vida, “seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es”. Difícilmente se puede concentrar mejor que con esta sencilla frase toda la doctrina escatológica cristiana: “lo veremos tal cual es”.

Juan 10, 11-18. *El buen pastor da la vida por sus ovejas*

Jesús se nos presenta como “el buen Pastor” y nos describe las cualidades de un buen pastor, que se cumplen plenamente en él mismo.

Ante todo, “el buen pastor da la vida por las ovejas”, en contraposición a un pastor “asalariado”, que busca sobre todo su propia seguridad y bien. Y lo hace voluntariamente: “yo la entrego libremente, nadie me la quita”.

Además, Jesús, como buen pastor, puede decir: “conozco a mis ovejas, y las mías me conocen”. Finalmente, afirma: “tengo otras ovejas que no son de este redil: también a esas las tengo que traer... y habrá un solo rebaño y un solo Pastor”.

– II –

Cristo, piedra angular y Salvador

El protagonista de hoy, como no podía ser de otra manera en Pascua, es Cristo Jesús, a quien las lecturas proclaman como la piedra angular, como el Salvador y como el Buen Pastor.

En la catequesis –mejor, en la predicación “kerigmática”, evangelizadora– de Pedro, esta vez ante el Sanedrín y las autoridades de Israel, define a Jesús como “la piedra angular” de un edificio, tomando pie del salmo 117.

Es expresiva la imagen: unos arquitectos rechazan una piedra porque no les sirve para el edificio que quieren levantar, y resulta que para Dios esa es la piedra principal, la angular, la que da consistencia y corona todo el edificio.

Pedro, con gran valentía –acaba de ser detenido por haber anunciado a Jesús ante la gente–, echa en cara a las autoridades que, después haberle esperado durante siglos, no han sabido reconocer al Mesías enviado por Dios y lo han rechazado.

Todavía amplía más la presentación de Jesús, llamándole Salvador de la humanidad: “ningún otro puede salvar; bajo el cielo, no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos”.

Nosotros, los cristianos, sí hemos reconocido a Jesús como nuestro Salvador y como la piedra angular sobre la que está edificada la Iglesia. Por eso nos alegramos y celebramos la Pascua cada año, y el domingo, cada semana.

¡Somos hijos!

Una de las convicciones que más nos pueden animar en nuestro camino es la afirmación, gozosa y atrevida que hace Juan en su carta: “mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios: ¡pues lo somos!”.

El amor de Dios nos envuelve. Su Hijo se ha hecho Hermano nuestro, y por tanto nosotros somos hijos en el Hijo. Esa es la razón de nuestra dignidad: por débiles y pobres que seamos según las medidas de este mundo, por poca salud que tengamos, sin grandes éxitos en la vida, somos hijos y Dios nos conoce y nos ama, incluso a pesar de nuestros pecados. Esto no es una metáfora para consolarnos. Es una realidad que puede hacer que nos apreciemos más a nosotros mismos, de modo que nunca perdamos la confianza ni caigamos en el desánimo. ¿En verdad nos sentimos hijos, oramos como hijos, actuamos como hijos? ¿qué prevalece en nuestra espiritualidad, el miedo, el interés o el amor? ¿nos dejamos inspirar por ese Espíritu de Dios que desde dentro nos hace decir: Abbá, Padre?

Además, como sigue diciendo Juan, “aún no se ha manifestado lo que seremos”: todavía nos espera la plenitud de nuestra identidad cristiana. Cuando se nos manifieste Cristo, “seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es”.

Esa es también la razón de nuestro amor a los demás. Todos son hijos en la familia de Dios y, por tanto, hermanos nuestros y merecen nuestro respeto y amor.

Cristo, el Buen Pastor

Puede ser que no nos resulte muy familiar ahora, a los que vivimos en ciudades, la imagen de un pastor guiando un rebaño de ovejas. Pero también los “urbanos” podemos entender fácilmente, sin necesidad de que veamos con frecuencia rebaños que cruzan nuestras calles o autopistas, lo que supone esta comparación de los que tienen cierta autoridad con ese simpático oficio de pastor, que supone ser guía y defensa de las ovejas. Sobre todo, podemos captar por qué la imagen del pastor, y en concreto del buen pastor, se aplica a Jesús.

Otros textos del día también inciden en el mismo tema de Cristo como el buen Pastor. La oración colecta pide que “el débil rebaño de tu Hijo tenga parte en la admirable victoria de su Pastor”; la antifona del aleluya anticipa ya el contenido del evangelio: “yo soy el Buen Pastor, conozco a mis ovejas y las mías me conocen”; la antifona de la comunión afirma que “ha

resucitado el Buen Pastor que dio la vida por sus ovejas y se dignó morir por su grey”; la poscomunión llama Pastor a Dios Padre: “Pastor bueno... haz que el rebaño adquirido por la sangre de tu Hijo pueda gozar...”.

Puede ser también que no nos guste el símil del pastor y las ovejas, sobre todo si nos fijamos en lo del “rebaño” y que todas las ovejas “le siguen”. Parecería como si se favoreciese una visión paternalista y gregaria de la comunidad eclesial. Ciertamente, no es la intención de Cristo ese tono peyorativo del “rebaño” y del seguimiento, porque describe al pastor con rasgos claramente personalistas y de respeto a la libertad de cada uno.

Lecciones para los “pastores” de hoy

Cristo puede describir las cualidades que debe tener un buen pastor porque antes las cumple él mismo, en su modo de actuar.

Este cuadro sirve como de espejo para todos los que de alguna manera son “pastores” en la comunidad como colaboradores de Cristo. Ante todo los ministros ordenados, desde el Papa hasta los obispos, presbíteros y diáconos, pero también los padres, los educadores, los catequistas, los que llamamos “agentes pastorales” de una comunidad. Todos participan en un grado u otro de la misión pastoral de Jesús.

A todos ellos, así como también a los que tienen alguna autoridad social o política, les va bien recordar las cualidades que Jesús describe en el buen pastor.

a) Un buen pastor, no sólo guía a sus ovejas a buenos pastos y las defiende de los peligros, sino que está dispuesto a sacrificarse y, si hace falta, a dar su vida por ellas; no como los mercenarios, a los que en realidad no les importa el bien de las ovejas, sino el suyo propio y, ante la cercanía del peligro, huyen.

¡Cuántos “buenos pastores”, a lo largo de la historia de la Iglesia, han dado su vida por el bien de su comunidad!: mártires, misioneros, ministros que han pagado con su vida el testimonio que han dado de la verdad y de la justicia. No se han buscado a sí mismos, ni se han aprovechado de su ministerio para medrar ellos, sino que han buscado el bien de sus ovejas y

entienden la autoridad como servicio y entrega, sobre todo a favor de los más pobres, los enfermos, los ancianos, los que no han tenido suerte en su vida.

“Como pastor de esta comunidad –decía Mons. Óscar A. Romero, cuya muerte recordamos todos–, estoy obligado a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas de muerte, desde ahora ofrezco a Dios mi sangre por la redención y por la resurrección de El Salvador”.

b) Un buen pastor conoce a sus ovejas, y ellas le conocen. ¿No es esta una invitación a que los que de alguna manera son “pastores” conozcan a cada persona y la respeten con sus características, su temperamento y su formación? ¿se puede decir que conocemos a cada persona por su nombre, en su contexto y sus circunstancias, y no consideramos que todas son iguales y las tratamos “gregariamente”?

Un buen pastor, o un buen gobernante o padre o educador, no es un frío funcionario administrativo, sino que toma en serio a cada persona, dedica tiempo a escucharla, porque se interesa por ella.

Cuando Pedro o Pablo hablaban a judíos, partían de lo que estos conocían y apreciaban. Si eran paganos, como los que encontraba Pablo con frecuencia, se apoyaba en los valores que estos apreciaban. Los apóstoles, buenos pastores, conocían y respetaban el contexto y cultural de las personas.

En la Iglesia de hoy también se está dando renovada importancia a la “inculturación”, o sea, al respeto a la cultura de cada pueblo, tanto en el anuncio de la fe como en su celebración. Lo mismo debería darse en el trato con cada persona, que tiene una situación de fe diferente: los novios que vienen a pedir la boda o las familias que piden el Bautismo o la primera comunión para sus hijos. Debemos esforzarnos por conocer a cada uno y acompañarle en su camino de fe.

c) Un buen pastor se siente “misionero” también para los más alejados y busca la unidad de todos: como Jesús, que muestra su deseo de que todos escuchen su voz y se forme “un solo rebaño bajo un solo pastor”.

Esto lo podemos aplicar no sólo en la esfera de las relaciones entre confesiones cristianas –el ecumenismo– sino también en un nivel más doméstico e interno, porque toda comunidad cristiana necesita un clima de fraternidad y unidad, para que sea posible la vida de fe de sus miembros y también para que sea eficaz su tarea misionera hacia fuera. Un buen pastor se interesa también por “las otras ovejas”, no sólo por el grupo de “adictos”. Se siente misionero y abierto también para con los más alejados.

El Buen Pastor nos habla y nos alimenta en la Eucaristía

La Eucaristía es tal vez el momento privilegiado en que nosotros, seguidores de Jesús, a) “escuchamos su voz”, haciendo caso de lo que nos dice, b) nos alimentamos con el Cuerpo y Sangre de Cristo, en los que él, como auténtico Buen Pastor, “nos da la vida eterna”, y c) pedimos, como fruto de este sacramento, que el Espíritu nos vaya edificando en la unidad a todos los que creemos en Cristo y le recibimos en la comunión.

En la oración sobre las ofrendas de hoy expresamos una vez más una “definición” de lo que sucede cada vez que celebramos la Eucaristía, como memorial de la muerte salvadora de Cristo: “que la actualización repetida de nuestra redención sea para nosotros fuente de gozo incesante”.

Pero también luego, fuera de la celebración, a lo largo del día y de la semana, debemos seguir siendo discípulos de Cristo que escuchan su voz y le siguen en su estilo de vida. En el “domingo del Buen Pastor”, haremos bien en examinarnos si nosotros somos “buenas ovejas”, buenos seguidores de Cristo Jesús, con una relación vital y personal con él, no sólo “creyendo en él”, sino imitándole.

DOMINGO 5 DE PASCUA

– I –

La Pascua sigue creciendo

Los domingos 5º y 6º de Pascua (y, allí donde la Ascensión no se celebra en domingo, también el 7º), escuchamos en el evangelio, distribuidas en los tres ciclos, palabras de Jesús en su Cena de despedida, con las que da a sus discípulos consignas para cuando él falte.

Hoy escuchamos su afirmación: “yo soy la verdadera vid y vosotros los sarmientos”. En la lectura de los Hechos de los Apóstoles, aparece un personaje que será protagonista en toda la segunda parte de este libro: Pablo, que, después de su conversión, se presenta a la comunidad en Jerusalén.

Han transcurrido ya cuatro semanas de Pascua y hoy inauguramos la quinta. Las lecturas bíblicas nos van ayudando a entrar cada vez con mayor fuerza en la vida nueva del Resucitado y las consecuencias que tiene para la comunidad cristiana. No debemos cansarnos de celebrar nuestra fiesta principal, que dura siete semanas: nuestra fe cristiana es fundamentalmente alegría y visión optimista.

Ya en dirección a Pentecostés, a muchos les ayudará también el recuerdo de la Virgen María, en el mes de mayo. Ella es el mejor modelo que tenemos para sumarnos a la Pascua de Jesús, ella, que la vivió muy de cerca y se dejó llenar otra vez por el Espíritu, junto con la comunidad.

Hechos 9, 26-31. *Les contó cómo había visto al Señor en el camino*

La presencia de Saulo o Pablo en Jerusalén es recibida con una lógica desconfianza. Pero hay una persona, Bernabé, que sabe descubrir la acción del Espíritu y que le hace de “padrino”, presentándolo a la comunidad.

Entonces la comunidad escucha cómo Pablo cuenta su gran experiencia de Damasco y le admite en su seno. Más tarde, ante las amenazas de los judíos de lengua griega, le defiende y le facilita su marcha hacia Tarso.

El *salmo*, de carácter claramente “misionero”, está escogido como para hacer eco a este episodio, de anuncio por parte de Pablo y de acogida de la acogida: “contarán su justicia al pueblo que ha de nacer... el Señor es mi alabanza en la gran asamblea... hasta los confines del orbe”.

1 Juan 3, 18-24. *Este es su mandamiento: que creamos y que amemos*

Para Juan, en su carta, el amor verdadero no se demuestra “con palabras y de boca”, sino “con obras”: “quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él”.

¿Cuáles son esos mandamientos que hay que guardar?: “que creamos en su Hijo Jesucristo y que nos amemos unos a otros”.

Juan 15, 1-8. *El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante*

Además de las expresivas metáforas de la puerta, del pastor o del pan, Jesús se compara a sí mismo con la vid, y a sus discípulos con los sarmientos: “yo soy la verdadera vid y vosotros, los sarmientos”.

Jesús, en su conversación de la Última Cena, compara a sus discípulos con los sarmientos: el sarmiento que no permanece unido a la cepa se seca y no da fruto. Mientras que si se mantiene unido, sí puede dar fruto abundante.

– II –

Cristo, la vid a la que debemos unirnos

Cristo Resucitado sigue siendo el centro de nuestra fiesta, hoy con el sencillez pero profundo símil de la “vid verdadera”, a la que hay que estar unido para poder participar de su vida. Es una comparación que expresa muy bien la importancia de Cristo Jesús para nosotros.

Aunque no vivamos en el campo y no hayamos visto muchos viñedos de cerca, todos podemos comprender lo que quiere decir Jesús cuando afirma que “el sarmiento no puede dar fruto por sí si no permanece en la vid: así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”. Ya en el AT se empleaba esta metáfora para designar al pueblo de Israel y los disgustos que dio a Dios por su esterilidad. Es famoso el poema de Isaías 5: “mi amigo tenía una viña...”. Ahora se aplica a Jesús y sus discípulos.

Si en domingos pasados se nos invitaba a considerarnos “hijos” y “ovejas del redil de Cristo”, esta vez la comparación es más profunda: somos “sarmientos” unidos a la cepa principal que es Cristo, de la cual recibimos vida. En este pasaje aparece siete veces un verbo que gusta mucho a Juan: “permanecer”, el mismo que empleaba en el capítulo 6 referido a la Eucaristía. También aparece siete veces la expresión “en mí”, “en la vid”. Si queremos tener vida y dar fruto tenemos que “permanecer en él”. Nos lo dice claramente: “sin mí no podéis hacer nada”. Estar unidos a Cristo como los sarmientos a la vid supone también ese aspecto que recuerda Jesús: “mi Padre, al sarmiento que da fruto lo poda, para que dé más fruto”.

El Catecismo de la Iglesia Católica, citando este mismo pasaje de Juan, nos dice en qué o en quién consiste esa vida que Cristo, la verdadera vid, comunica a los suyos: “el Espíritu Santo es como la savia de la vid del Padre que da su fruto en los sarmientos” (CCE 1108).

A veces nos quejamos del poco “éxito” pastoral que tienen nuestros esfuerzos. Tal vez se debe a que no cuidamos suficientemente nuestra

unión “vertical” con Cristo Jesús y con su Espíritu. ¿Cómo no vamos a debilitarnos y convertirnos en viña estéril si descuidamos esta unión?

Cuándo es verdadero el amor

¿En qué se tiene que notar que estamos verdaderamente unidos a Jesús? Si el domingo pasado leíamos la hermosa página de Juan en que nos aseguraba nuestro carácter de hijos en la familia de Dios, hoy quiere asegurarse de que eso no se quede en poesía y en palabras.

El amor verdadero no se demuestra “de palabra y de boca”, sino “de verdad y con obras”. Es fácil “decir” que somos hijos y que creemos en Cristo Jesús y permanecemos unidos a Dios. Pero no basta con “decir”: “quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él”. Es sincera nuestra fe cuando “guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada”.

¿Cuáles son esos mandamientos? Para Juan, son dos: “que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros”. La fe y el amor. Las dos cosas. La recta doctrina y la práctica del amor fraterno. Lo que se puede llamar la “ortodoxia” y la “ortopraxis”.

Para Juan van unidas las dos. Si no amamos de verdad y de obra al hermano, es vana nuestra fe. Si decimos que amamos, pero la motivación es sólo humana y no se basa en la fe en Cristo Jesús, ese amor será poco consistente. Quien cree en Jesús y ama al hermano, ese sí que “permanece en Dios y Dios en él”.

Una comunidad que sabe acoger

Cuando Pablo llegó a Jerusalén, después de su conversión, y “trataba de juntarse con los discípulos”, era explicable que aquella comunidad le mirara de entrada con recelo.

Menos mal que hubo una persona que supo descubrir en él los valores que harían de él un gran apóstol: fue Bernabé quien le hizo de padrino, “se lo presentó a los apóstoles” y le facilitó la acogida. Como también después

iría a buscarle a Tarso, donde se refugió Pablo al verse amenazado, y lo incorporó a la comunidad de Antioquía y emprendió con él los primeros viajes apostólicos, y le acompañó también en el testimonio tan universalista que dieron en el “concilio de Jerusalén”. A Bernabé se debe, por tanto, la recuperación de Pablo para la Iglesia, lo que supuso un cambio importante en su historia inicial.

Los discípulos de Jerusalén, convencidos por Bernabé, cambiaron su actitud y escucharon con interés lo que Pablo tenía que contar de su conversión de Damasco, y vieron en seguida la valentía con que empezó a anunciar a Jesús en la misma Jerusalén.

Por una parte, Pablo fue a la comunidad madre, para confrontar su carisma con los apóstoles, porque no quería ser un francotirador o un apóstol que actúa “por libre”. Nos dio así un hermoso ejemplo de sentido comunitario. También nosotros, no sólo hemos de tener un sentido de unión con Cristo, sino a la vez un sentido de comunión eclesial, sin abandonar la comunidad, como hicieron, por ejemplo, los dos discípulos de Emaús, que, en un momento de desconcierto, abandonaron a los otros discípulos y se fueron a su pueblo de Emaús. No vale decir que estamos unidos a Cristo y a la vez no querer estar unidos a su comunidad. Como no pueden estar los sarmientos unidos a la vid principal sin sentirse unidos los unos con los otros en una misma planta.

Por otra parte, la comunidad también debe saber acoger a cada persona con su carácter, su formación y su mentalidad. Una comunidad cristiana no es un grupo cerrado ni uniforme: es plural y acogedora, con una actitud abierta para con los laicos y las mujeres y los jóvenes, que pueden aportar ideas “nuevas” y diferentes de las que tienen los ya más establecidos.

Ojalá haya también entre nosotros muchas personas como Bernabé que saben descubrir valores más o menos ocultos en una persona o en un movimiento nuevo, y tender puentes, sin dejarse guiar sólo por la fama que uno pueda tener, sino dando un voto de confianza a todos.

Entonces, con este testimonio de comunidad abierta y comprensiva, es más fácil que se pueda decir de la nuestra lo que Lucas dice de la de Jerusalén: “la Iglesia se iba construyendo y progresaba en la fidelidad al Señor, y se multiplicaba, animada por el Espíritu Santo”.

La Eucaristía que celebramos los cristianos, es, ante todo, el sacramento que nos une más íntimamente a Cristo Resucitado. Juan, en el “discurso del Pan de vida” que pone en labios de Jesús en el capítulo 6, emplea los mismos verbos que en el 15 utiliza con la metáfora de la vid y los sarmientos. Es en este sacramento donde vamos creciendo en la unidad misteriosa con él: “el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Lo mismo que yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí”.

Esta unión de cada uno de nosotros con el mismo Cristo es la que nos hará también a nosotros amar a los demás y tener para con ellos los mismos sentimientos de acogida y tolerancia que tuvo Jesús con nosotros y la comunidad de Jerusalén con Pablo.

DOMINGO 6 DE PASCUA

– I –

El mensaje central: el amor

Después de cinco semanas de Pascua, y cuando quedan dos para Pentecostés, parece como si la oración de este domingo quisiera asegurarse de que no decaiga el tono y el ritmo de la fiesta, porque pide a Dios que nos conceda “continuar celebrando con fervor estos días de alegría en honor de Cristo resucitado”. Siete semanas son un período que se puede hacer largo para una fiesta. Pero es tan importante la Pascua, el corazón de todo el año, que vale la pena que la vivamos en plenitud.

Hoy aparece en las tres lecturas un mensaje insistente: el amor. El amor que nos tiene Dios. El amor que nos ha manifestado Cristo Jesús. El amor que hemos de tenernos los unos con los otros. Y además, un amor universal, sin fronteras.

También el recuerdo de la Virgen María, tan extendido durante el mes de mayo, puede ayudarnos a dar nuevo aliento a la Pascua y a nuestra espera del Espíritu. Ella, al igual que es nuestra mejor Maestra para celebrar y vivir el Adviento y la Navidad, lo es también para la Cuaresma, la Pasión, la Pascua y Pentecostés.

Como quiera que entre nosotros el domingo VII de Pascua, el próximo, se ha convertido en fiesta de la Ascensión, en lugar del jueves anterior, como se hacía antes, los textos del domingo VII se podrían adelantar a este

domingo VI. Pero creemos que es mejor leer los que tocan a este mismo domingo VI, que son los que comentamos aquí.

Hechos 10, 25-26. 34-35. 44-48. *El don del Espíritu Santo se derramó también sobre los gentiles*

Esta vez el testimonio que Pedro da de Jesús sucede en casa de un pagano, del centurión Cornelio, lo cual tiene un sentido importante para la comunidad primitiva. Es un relato que ocupa los capítulos 10 y 11 de los hechos. Aquí leemos un resumen.

La “tesis” que formula Pedro es la universalidad de la salvación: “Dios no hace distinciones: acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea”. Inmediatamente sucede la bajada del Espíritu sobre aquella casa, con síntomas parecidos a los del día de Pentecostés, lo cual sorprende en gran manera a los acompañantes de Pedro: “se sorprendieron de que el don del Espíritu Santo se derramara también sobre los gentiles”. Pedro, entonces, bautiza a toda la familia de Cornelio.

A una lectura así es lógico que le haga eco un *salmo* misionero: “el Señor revela a las naciones su salvación”, “los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera”.

1 Juan 4, 7-10. *Dios es amor*

La palabra “amor” o sus derivados aparece nada menos que nueve veces en este pasaje de Juan.

La afirmación central es “Dios es amor”. Ese amor nos los ha mostrado enviándonos a su Hijo único, y tiene esta consecuencia: “amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios”. Además, Juan nos recuerda que todo es iniciativa de Dios y que ese amor suyo es gratuito: no es que “nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y nos envió a su Hijo”.

Juan 15, 9-17. *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*

El pasaje de hoy, también de la Última Cena, es continuación del del domingo pasado, donde nos hablaba de Cristo como la vid y de nosotros como los sarmientos.

El tema de hoy vuelve a ser el del amor. Si en la carta que hemos leído aparecía nueve veces la palabra “amor”, en el pasaje evangélico vuelve a aparecer otras nueve veces. Además, tres veces el concepto de “amigos”.

En la entrañable conversación de despedida, Jesús les dice a los suyos que como el Padre le ama a él, y él al Padre, y como él les ha amado hasta llamarles amigos y dar la vida por ellos, el mandamiento que les deja como testamento es este: “que os améis unos a otros”.

– II –

La “lógica” del verdadero amor cristiano

La Pascua la celebramos bien si se nota que vamos entrando en el estilo de actuación de Cristo, el Resucitado. La Pascua tiene que notarse en nuestra conducta. En la oración de hoy le pedimos a Dios que “los misterios que estamos recordando transformen nuestra vida y se manifiesten en nuestras obras”. En la poscomunión, de nuevo, pedimos que, ya que “en la resurrección de Jesucristo nos ha hecho renacer a la vida eterna”, Dios nos ayude a que se note en nuestra vida que estamos llenos de esa Pascua: “haz que los sacramentos pascuales den en nosotros fruto abundante y que el sacramento de salvación que acabamos de recibir fortalezca nuestras vidas”.

Sobre todo, según las lecturas de hoy, se tiene que notar que en nuestra vida hay más amor. La palabra “amor” está muy gastada. Es fácil “hablar” del amor, pero se tiene que demostrar en las obras. Tendríamos que evitar ese peligro, y aprovechar las razones que las lecturas de hoy nos dan para el amor de los cristianos.

Es interesante seguir la “lógica” del amor tal como nos lo presenta Jesús (y la carta de Juan).

a) Ante todo, el amor cristiano tiene su origen en Dios. Más aún, Juan se atreve a hacer de Dios una “definición” valiente y concisa: “Dios es amor”. La iniciativa la tiene él y su amor es totalmente gratuito. Él nos ha amado antes: no es que “nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó”. Es bueno que se nos recuerde que nuestro amor no nace de nuestro buen corazón, sino que es como una chispa del amor que nos comunica Dios: “el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios”.

Este amor se dirige en primer lugar a su Hijo: Dios ha amado a su Hijo y el Hijo ama a su Padre: “como el Padre me ha amado...”, “yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor”. Luego a nosotros: “Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de él”, “nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados”.

b) El Hijo, Cristo Jesús, nos ha amado a nosotros con el mismo amor con que a él le ama el Padre: “como el Padre me ha amado, así os he amado yo”; “ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos”. También de este amor que nos tiene Cristo Jesús se afirma que es gratuito, anterior al que nosotros le podamos tener: “no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido”. Más aún, Cristo nos ha amado del modo más verdadero y convincente, entregándose por nosotros: “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”.

c) ¿Cuál es la consecuencia de este amor que nos viene de Dios Padre y de Cristo? Uno esperaría que la “lógica” de esta argumentación de Jesús concluyera diciendo que también nosotros debemos corresponderles con nuestro amor. En efecto, también esa es una consecuencia: “permaneced en mi amor; si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor”. Pero la conclusión que más se subraya, tanto en la carta como en el evangelio, es que nos tenemos que amar unos a otros: “amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios”, “este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado”, “esto os mando: que os améis unos a otros”.

Un buen “examen” de hasta qué punto estamos asimilando la Pascua del Señor es medir con sinceridad si va creciendo en nosotros el amor

al prójimo. La motivación más profunda de ese amor no es nuestro buen corazón, sino la fe: el que se siente amado por Dios y por Cristo, está más dispuesto a amar a los demás, que también son hijos, como nosotros, en la familia de Dios.

No valen las solas palabras. El “examen final”, según el final del evangelio de Mateo, es el que nos hará el Juez, preguntándonos si hemos dado de comer, si hemos vestido al desnudo, si hemos visitado al enfermo... Lo ha dicho Juan en su carta: “quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”. ¿Amamos de veras? ¿somos capaces de entregarnos por los demás? ¿o termina nuestro amor apenas decrece el interés o empieza el sacrificio?

¿Es universal nuestro corazón?

Este amor que nos enseñan las lecturas de hoy debe ser, además, universal.

A Pedro le costó, en vida de Jesús, entender el verdadero sentido del mesianismo que este predicaba. Luego, en los primeros años de la comunidad, le costó también –a él y a los demás discípulos– madurar en su concepto de universalidad. ¿Tenían que admitir en la fe también a los paganos, o era sólo para los descendientes de Abrahán?

La lección que les dio el Espíritu Santo en casa del pagano Cornelio fue elocuente. Ante todo, no les estaba permitido a los judíos entrar en casa de un pagano, y no era tan sencillo de aceptar que se concediera el Bautismo a una familia pagana. Pero el Espíritu cortó radicalmente toda duda. Pedro supo captar el mensaje y obedeció el cambio de dirección a que era invitada la comunidad. A nosotros nos puede parecer que no era un problema importante, pero para ellos sí lo era. Se vio todavía en el llamado “Concilio de Jerusalén”, en que Pedro volvió a recordar el episodio de Cornelio, y en el que también escucharon el testimonio misionero de Pablo y Bernabé, y por fin triunfó la tesis universalista: que también los paganos son herederos de la promesa y pueden abrazar la fe en Cristo Jesús sin pasar por la ley de Moisés.

La tentación del “ghetto” o de un grupo cerrado, “nacionalista” en algún sentido, sigue amenazando a la comunidad cristiana y a cada uno de

nosotros. Puede basarse en la raza de las personas, o manifestarse en la relación entre clérigos y laicos, o entre hombres y mujeres, o entre mayores y jóvenes. Lo cual se está poniendo más de actualidad ahora, en que se da más mezcla de razas y de culturas religiosas también entre nosotros.

Por eso es interesante que hagamos un “chequeo” de nuestra actitud: ¿es universal nuestro corazón? ¿creemos de veras lo que hemos dicho en el salmo: “el Señor revela a las naciones su salvación”, “aclama al Señor, tierra entera”? ¿admitimos que otros también tienen su parte de verdad y pueden haber “recibido el Espíritu Santo igual que nosotros”?

Tenemos mil ocasiones de mostrar que hemos entendido –o que no– esta “tesis” de Pedro, tanto en nuestras relaciones con otros pueblos y razas, como con otras personas cercanas a nosotros, de carácter y formación y convicciones distintas: en la familia, en la comunidad religiosa, en el ambiente parroquial...

La Eucaristía, retrato de una comunidad pascual

Como siempre, es en nuestra Eucaristía donde se cumplen y se alimentan de un modo privilegiado las dimensiones de una comunidad pascual.

Si Cristo nos ha amado dándose por nosotros, en la Eucaristía tenemos el memorial y actualización de su entrega de la cruz. Si hoy nos dice en el evangelio “permaneced en mi amor”, como él “permanece en el amor del Padre” –como el domingo pasado nos decía que los sarmientos deben permanecer unidos a la vid–, eso mismo lo había prometido él antes, hablando de la Eucaristía: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56).

También en el sentido del amor “horizontal”, los unos con los otros, encuentra en la Eucaristía su expresión y su alimento, cuando antes de acudir a comulgar con Cristo se nos invita a darnos la paz los unos a los otros.

Celebrando bien la Eucaristía, como miembros activos de la comunidad eclesial, y movidos por el Espíritu de Jesús, es como mejor seguiremos madurando en la vida pascual de Cristo, para dar luego a nuestra sociedad un ejemplo creíble de alegría, de amor universal y de esperanza.

DOMINGO 7 DE PASCUA: LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

– I –

La Ascensión, complemento y desarrollo de la Pascua

No en otras regiones de la Iglesia, pero sí entre nosotros, la Conferencia de los Obispos ha decidido que la solemnidad de la Ascensión se celebre en el domingo séptimo de Pascua, y no, como hasta hace poco, en el jueves anterior. Ambas opciones son buenas. No era lo principal el respetar la cronología exacta que parece presentar Lucas (cuarenta días después de la resurrección) para celebrar este misterio de la Ascensión, que forma una unidad con el de la resurrección del Señor. También tiene muy buen sentido que lo celebremos este domingo dentro de la Pascua, y precisamente el anterior al envío del Espíritu.

La Ascensión es como el desarrollo del acontecimiento de la Pascua, su plenitud, que todavía “madurará” más con el envío del Espíritu. Pascua, Ascensión y Pentecostés no son unos hechos aislados, sucesivos, que conmemoramos con la oportuna fiesta anual. Son un único y dinámico movimiento de salvación que ha sucedido en Cristo, nuestra Cabeza, y que se nos va comunicando en la celebración pascual de cada año. Se pueden leer con provecho los números que el Catecismo dedica a la Ascensión del Señor: CCE 659-667.

Hechos 1, 1-11. *Lo vieron levantarse*

Hoy escuchamos dos veces el relato de la Ascensión. Primero, en boca de Lucas, que lo cuenta al inicio del libro de los Hechos. Y en el evangelio de Marcos, que es el evangelista de este ciclo B, en su último capítulo, con las consignas de despedida de Jesús. Podríamos decir que la Ascensión es “punto de llegada” de la misión de Jesús (el evangelio) y “punto de partida” de la misión de la Iglesia (el libro de los Hechos).

En los Hechos dice Lucas que Jesús estuvo cuarenta días hablando con sus discípulos del Reino de Dios y prometiéndoles su Espíritu. Entonces “le vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista”. Unos ángeles les aseguraron que el mismo Señor volvería al final de los tiempos.

El *salmo 46* no puede ser más adecuado para hoy. Invita a los pueblos a batir palmas porque “Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas”. El salmista lo decía de Yahvé, con ocasión de alguna victoria. Nosotros lo cantamos confesando nuestra fe en la victoria de Cristo Jesús.

Efesios 1, 17-23. *Lo sentó a su derecha en el cielo*

Pablo, en su carta a la comunidad de Éfeso (actual Turquía), les desea que sepan comprender en profundidad el misterio de Cristo y la “extraordinaria grandeza del poder” que desplegó Dios en su Hijo, “resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo”. Cristo es ahora Cabeza y plenitud de la Iglesia y del cosmos entero.

El pasaje está ciertamente bien elegido para la solemnidad que celebramos: es el himno cristológico, el cántico de alabanza a Dios con el que da comienzo la carta de Pablo a los Efesios.

(o bien) Efesios 4, 1-13. *A la medida de Cristo en su plenitud*

En este ciclo B se puede elegir este otro pasaje de Efesios, como segunda lectura. Pablo nos presenta un programa denso de vida cristiana: una conducta amable con todos, manteniendo la unidad porque uno solo es nuestro Padre, uno solo nuestro Señor y uno solo el Espíritu para todos. Y

dentro de la comunidad hay diversidad de ministerios “para la edificación del cuerpo de Cristo”. Hasta que lleguemos “al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud”.

Si se ha elegido este pasaje es porque basa esos dones diferentes que Cristo ha dado a su comunidad en que antes él subió a los cielos: “subió a lo alto llevando cautivos y dio dones a los hombres” (por tanto, no habría que elegir la versión breve de esta lectura, que suprime precisamente esa alusión a la Ascensión).

Marcos 16, 15-20. *Subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios*

Al final de su evangelio, Marcos nos cuenta el último encuentro del Resucitado con sus discípulos, en el que les encomienda su mandato misionero: “id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación”. De un modo muy escueto –como es el estilo de Marcos– describe la Ascensión: “el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios”.

– II –

El triunfo de Jesús

La comunidad cristiana se alegra con el triunfo de su Señor y Cabeza. Jesús es glorificado. Ha cumplido su misión y ahora ha alcanzado la plenitud, también en cuanto Hombre, junto al Padre. El Catecismo describe así el misterio: la Ascensión significa que Jesús “participa en su humanidad en el poder y la autoridad del mismo Dios” (CCE 668) y que se ha convertido en Señor del cosmos, de la historia y de la Iglesia.

“Subir”, o la “Ascensión”, supone una concepción no histórico-geográfica de la localización del cielo con respecto a la tierra, sino un símbolo de la glorificación plena del Señor Resucitado. También lo decimos en el Credo:

“subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios”. Celebramos el triunfo de Cristo Jesús, a la derecha del Padre –el que está a la derecha del que preside es el que ocupa después de él el puesto de honor–, constituido Juez, Señor y Mediador universal.

Ahora podemos entender mejor, desde la Pascua cumplida, el misterio de Jesús. Podemos admirar, como quiere Pablo, “la fuerza poderosa que ha desplegado el Padre resucitando a Jesús” y constituyéndolo superior a todo. Podemos hacer nuestras las expresiones de entusiasmo del prefacio, en el que damos gracias a Dios “porque Jesús el Señor, el rey de la gloria, vencedor del pecado y de la muerte, ha ascendido hoy ante el asombro de los ángeles a lo más alto del cielo, como mediador entre Dios y los hombres, como juez de vivos y muertos”.

Nunca abarcaremos del todo la profundidad del misterio de Cristo. Pero tenemos en esta Pascua, ahora completada por la Ascensión, y el domingo que viene por la venida del Espíritu, motivos abundantes de alegría y fiesta, y también para dar sentido y motivación a nuestra vida de seguimiento de ese Cristo Jesús que ha triunfado y que nos comunicará a su debido tiempo su mismo destino a nosotros: “ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino” (prefacio I).

Comienza la misión de la Iglesia

El triunfo de Jesús es a la vez el inicio de la misión por parte de su comunidad a través de los siglos. La comunidad no se queda “mirando al cielo”, sino que baja a la ciudad, por encargo de los ángeles. Quedarse mirando al cielo es más cómodo. Como lo era para Pedro y sus compañeros levantar tres tiendas y quedarse en la luz del monte Tabor. Pero la tarea está en “el valle”, en la vida de cada día.

La Ascensión es para Jesús el punto de llegada triunfal. Para su comunidad, el punto de partida, el comienzo de su camino misionero desde Galilea y Jerusalén hasta los confines del mundo. Como Jesús fue el auténtico testigo de Dios en su vida terrena, ahora lo debe ser su comunidad, hasta el final de los siglos.

Esta misión parece un paralelo de la que recibió Abrahán, partiendo de su ciudad a un destino para él entonces desconocido. La promesa que al patriarca se le hizo, de que todas las naciones serían bendecidas en él, sólo se ve que se cumpla ahora, con la comunidad del Resucitado enviada a todo el mundo: “id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación”. En efecto, los discípulos “se fueron a pregonar el Evangelio por todas partes”.

El encargo no es nada fácil, como se sigue demostrando en la historia pasada y en la presente. Los cristianos somos testigos de Cristo en el mundo y se nos encomienda la tarea de a) la evangelización, predicando la Buena Noticia, convenciendo a las personas de cada generación de que se agreguen al grupo de seguidores de Jesús, b) la celebración de los sacramentos, comenzando por el Bautismo, y c) la construcción de un mundo mejor, enseñando a los demás, sobre todo con nuestro propio ejemplo, a guardar el estilo de vida que nos enseñó Jesús.

En rigor, el libro de los Hechos no tiene último capítulo: lo tendrá al final de los tiempos, cuando concluya la misión de la comunidad del Señor.

Con una doble presencia y garantía

Eso sí, hay una doble garantía para que una comunidad débil como la nuestra pueda realizar esa misión.

Ante todo, la presencia y la ayuda del mismo Señor Resucitado, que “cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban”, cumpliendo la promesa que les había hecho de que estaría con ellos “todos los días hasta el fin del mundo” (antífona de comunión, tomada del evangelio de Mateo), porque, como dice el prefacio I de la Ascensión, “no se ha ido para desentenderse de este mundo”.

La Ascensión no es anuncio de una “ausencia”, sino de una “presencia misteriosa e invisible”, más real incluso que la física o geográfica que tenía Jesús antes de su Pascua. Estará presente a su comunidad todos los días, hasta el fin del mundo. Si el evangelio daba comienzo con el anuncio del “Dios-con-nosotros”, el Emmanuel y Mesías, ahora termina con el “yo-estoy-con-vosotros” del Resucitado, que se extiende “todos los días, hasta el fin del mundo”.

Además, hay otro protagonista, también invisible, que acompaña esta tarea de la Iglesia: el Espíritu, a quien Jesús ha prometido enviar a su comunidad.

Las últimas palabras, según el libro de los Hechos, antes de ser elevado al cielo, fueron: “cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo”. Un prefacio de la Ascensión afirma que Jesús “ahora intercede por nosotros, como mediador que asegura la perenne efusión del Espíritu” (prefacio III).

Con alegría y esperanza

Lo importante es que cada uno de nosotros, miembros de la comunidad de Jesús y del Espíritu, realicemos esa misión, en medio de circunstancias favorables o desfavorables, en el ambiente familiar y en el profesional, con alegría y esperanza.

Con alegría, “porque la ascensión de Jesucristo es ya nuestra victoria” (oración), y porque el misterio del Cristo Resucitado ha dignificado nuestra naturaleza humana, dándole sus mejores valores: “fue elevado al cielo para hacernos compartir su divinidad” (prefacio II), y en Cristo “nuestra naturaleza humana ha sido tan extraordinariamente enaltecida que participa de tu misma gloria” (poscomunión). El triunfo de Jesús es nuestro mejor motivo de alegría.

Con esperanza, porque la fiesta de la Ascensión nos invita también a mirar hacia delante “y donde nos ha precedido él, que es nuestra Cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo” (oración). No nos ha abandonado, “sino que ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino” (prefacio). En la oración sobre las ofrendas pedimos a Dios “que la participación en este misterio eleve nuestro espíritu a los bienes del cielo”. Pablo quiere, en su carta, que los cristianos de Éfeso, junto al misterio de Cristo, entiendan también “cuál es la esperanza a la que os llama”.

Hoy es la fiesta de la esperanza. Es verdad que el compromiso de ser testigos de Cristo en el mundo es exigente y muchas veces comporta dificultades. Es más cómodo seguir las propuestas de este mundo. Pero debe prevalecer la fidelidad a Cristo y, si surgen dificultades, la esperanza. Todos estamos incluidos en el triunfo de Cristo, aunque todavía nos queda camino por recorrer. La Virgen Madre sí, ya terminó su camino, y es la “asunta”, incorporada al triunfo de su Hijo. También en esto es ella la “primera cristiana”.

Pablo quiere que comprendamos “cuál es la esperanza a la que nos llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos”.

En un mundo en que no abunda la esperanza, se nos pide que seamos personas ilusionadas. En medio de un mundo egoísta, que mostremos un amor desinteresado. En un mundo centrado en lo inmediato y lo material, que seamos testigos de los valores que no acaban. Esto lo debemos realizar, no sólo los sacerdotes, los religiosos y los misioneros, sino todos: los padres para con los hijos y los hijos para con los padres, los mayores y los jóvenes, los políticos y escritores cristianos, los maestros y los educadores.

En medio, la Eucaristía

Esta comunidad que camina en tensión escatológica, entre la Ascensión y la vuelta definitiva de Jesús, concentra su vivencia de fe en la Eucaristía: “cada vez que coméis... proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva” (1Co 11,26). En cada Eucaristía recordamos la Pascua primera de Cristo, la que sucedió en Jerusalén hace dos mil años; anticipamos ya la Pascua final, definitiva, al final de la historia; y, mientras tanto, nos alimentamos con su Cuerpo y Sangre, que es el memorial y la presencialización de las dos Pascuas, la pasada y la futura.

En la Eucaristía es donde más concretamente “experimentamos”, desde la fe, la presencia viva del Resucitado: en la comunidad, en el presidente que es su imagen personal, en la proclamación de la Palabra, y sobre todo en la mesa eucarística, en la que participamos del Cuerpo y Sangre de ese Cristo que ha vencido a la muerte y nos comunica cada vez su vida de Resucitado como garantía y prenda de nuestra futura resurrección y vida plena. “El

que come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá vida eterna: yo le resucitaré el último día”.

Con la consecuencia de que también fuera de la celebración, en la vida de cada día, sabremos descubrir la presencia del Señor, por ejemplo en la persona del prójimo, sobre todo de los que sufren o tienen hambre o están enfermos, para que podamos oír la alentadora palabra final del Juez: “a mí me lo hicisteis”.

El “podéis ir en paz” conclusivo de cada celebración es el envío a la vida, “para que cada uno regrese a sus honestos quehaceres alabando y bendiciendo a Dios” (IGMR 90).

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

– I –

A los cincuenta días, el Espíritu

“Pentecostés”, en griego, significa “día quincuagésimo”. El 50 es un número que ya los judíos tenían asimilado desde hace siglos como símbolo de plenitud: una semana de semanas, siete por siete más uno. Es cuando celebran, después de la Pascua-Éxodo, la fiesta de la recolección agrícola y la Alianza que sellaron con Yahvé en el monte Sinaí, guiados por Moisés, a los cincuenta días de su salida de Egipto.

Los cristianos celebramos hoy, siete semanas después de la Pascua de Resurrección de Jesús, su donación del Espíritu a la comunidad apostólica. No como fiesta independiente, sino como culminación de la Pascua: la “Pascua granada”, que completa la “Pascua florida”.

Esta fiesta tiene textos propios para la Eucaristía que se celebra la tarde anterior. Eucaristía vespertina que se puede también prolongar a modo de Vigilia, similar a la de la Noche Pascual, con la comunidad reunida en oración como lo estuvo la primera con la Virgen y los Apóstoles. Además, esta fiesta posee también una hermosa Secuencia, “Veni, Sancte Spiritus”, atribuida al arzobispo inglés Langton en el siglo XIII.

Si uno quiere meditar sobre el misterio de Pentecostés, puede leer los números que el Catecismo dedica al artículo del Credo “Creo en el Espíritu Santo”: CCE 687-747.

Una Vigilia rica en textos bíblicos

Las lecturas bíblicas de la Vigilia nos presentan una visión muy rica de la misión del Espíritu.

La primera se puede elegir de entre las cuatro del AT que ofrece el Leccionario, que preparan, a veces por contraste, lo que nos van a decir las lecturas del NT y el evangelio:

– Gn 11, 1-9 nos cuenta lo que sucedió en Babel, con la dispersión de las lenguas: mientras que el Espíritu, en Pentecostés, a partir de las muchas lenguas, obra la unidad;

– Ex 19, 3-8a.16-20b: Dios se manifiesta a Moisés en el monte, en medio de truenos, sonido de trompetas y fuego: lenguaje que Lucas emplea en parte para describir la irrupción del Espíritu en la primera comunidad;

– Ez 37, 1-4: la visión de Ezequiel sobre los huesos secos que reciben el Espíritu de Dios y reviven: al Espíritu le llamamos en el Credo “Señor y dador de vida”;

– Jl 3, 1-6: Joel anuncia que el Espíritu será derramado y profetizarán mayores y jóvenes: esta es la explicación que da Pedro, en la mañana de Pentecostés, ante la evidencia de los carismas del Espíritu.

El *salmo* nos hace repetir la antifona: “Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”.

Ya en las lecturas del NT de esta misa vespertina, Pablo (Rm 8, 22-27) habla de “los dolores de parto” de la humanidad y el papel del Espíritu, quien intercede por nosotros con gemidos inefables. En el evangelio (Jn 7, 37-39) Jesús promete a los suyos que les enviará su Espíritu con la expresiva comparación de los “torrentes de agua viva” que brotarán dentro del creyente.

Es interesante la perspectiva de esta misa vigiliar. Pero nosotros aquí nos vamos a limitar a la reflexión y comentario de la misa del día.

Misa del día

Hechos 2, 1-11. *Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar*

La página de hoy es continuación de la que leíamos el domingo pasado, en la fiesta de la Ascensión, y nos narra el gran acontecimiento que supuso para la primera comunidad la venida del Espíritu.

El episodio de Pentecostés lo describe Lucas con el lenguaje de la teofanía del Sinaí: estando todos reunidos, bajó sobre ellos el Espíritu, con viento recio y ruido y lenguas de fuego. Aquí se confirmó y manifestó la nueva y definitiva Alianza que Jesús había sellado con su Sangre en la cruz.

El primer efecto del don del Espíritu es que empezaron a hablar en lenguas y cada uno de los oyentes, que en aquellos días eran muy numerosos en Jerusalén, y de pueblos distintos, les oía hablar en su propia lengua.

El *salmo* es de alabanza y entusiasmo: “bendice, alma mía, al Señor... Dios mío, qué grande eres... gloria a Dios para siempre”. Como antifona se nos hace repetir una frase con clara visión del NT: “envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”. Este es el mismo salmo que cantamos en la Vigilia Pascual después de la lectura de la creación en el Génesis: el Espíritu, que ya aleteaba sobre las aguas primordiales, “renueva ahora la faz de la tierra” con la Pascua de Cristo.

1 Corintios 12, 3b-7.12-13. *Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo*

La segunda lectura de hoy es de la 1ª carta a los Corintios, en el capítulo en que describe los dones y carismas tan variados que hay en una comunidad griega como la de Corinto, famosa por su sabiduría y riqueza creativa. Pablo atribuye todos estos dones al único Espíritu, que es quien tiene que mantener unida a la comunidad.

El razonamiento es sencillo: todos formamos un solo cuerpo en Cristo, hemos sido bautizados en el mismo Espíritu y, por tanto, la diversidad de dones no tiene que romper la unidad, sino edificar la única comunidad.

(o bien) **Gálatas 5, 16-25.** *El fruto del Espíritu*

Para este ciclo B está prevista también esta otra lectura como segunda. Pablo les describe a los cristianos de Galacia, actual Turquía, cuáles son las obras que demuestran que seguimos al Espíritu Santo en nuestra vida.

Lo hace con su clásico binomio “carne y Espíritu”. Las obras de los que siguen la “carne”, o sea, los criterios humanos de este mundo, las enumera con gran detalle, y termina diciendo “que los que así obran no heredarán el reino de Dios”.

Totalmente antagónicas son las obras de los que actúan según el “Espíritu”, o sea, según los criterios de Dios. Los que creemos en Cristo Jesús y vivimos por su Espíritu, hemos de vivir conforme a ese Espíritu

Juan 20, 19-23. *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.*

Antes del evangelio recitamos o cantamos la *Secuencia* de este día, “Veni, Sancte Spiritus”, una antigua composición poética que es una hermosa oración dirigida al Espíritu Santo: “ven, Espíritu divino... don en tus dones espléndido... dulce huésped del alma... riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo... danos tu gozo eterno”.

El evangelio más adecuado para hoy es ciertamente el de la aparición de Jesús a sus discípulos la tarde del primer “domingo” cristiano, el mismo día de su resurrección. Para Juan, la donación del Espíritu no parece haber tenido lugar a los cincuenta días de la resurrección del Señor, sino el mismo día de la Pascua, poniendo de relieve, por tanto, la unidad de todo el misterio: la glorificación del Señor y el envío de su Espíritu.

Después del saludo, “paz a vosotros”, que llena de alegría al grupo de discípulos, Jesús les envía como él había sido enviado por el Padre y, para que puedan cumplir esta misión, les da su mejor ayuda, exhalando sobre ellos su Espíritu, como hizo Dios al crear al primer hombre en el Génesis, diciendo: “recibid el Espíritu Santo”. En concreto, esta misión va a ser ante todo la reconciliación: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados”.

– II –

El don pascual del Resucitado: su Espíritu

El centro de nuestra celebración es el acontecimiento de Pentecostés. La primera comunidad recibe de su Señor, como se lo había prometido, el mejor Don, su Espíritu Santo, plenitud y complemento de la Pascua. Jesús sopló sobre sus discípulos, diciendo: “recibid el Espíritu Santo”.

El mismo que resucitó a Jesús es el que ahora despierta y llena de vida a la comunidad y la hace capaz de una insospechada valentía para la misión que tiene encomendada. El libro de los Hechos nos cuenta el cambio radical que se dio en la primera comunidad cuando bajó sobre ella el Espíritu. De una comunidad muda la convirtió en evangelizadora. De una comunidad cobarde, en valiente. De una comunidad cerrada, a una comunidad con las ventanas abiertas. El Espíritu actúa así, llena por dentro y lanza hacia fuera: “se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar”.

Es entusiasta el lenguaje del prefacio de hoy agradeciendo a Dios Padre esta donación de su Espíritu: a) El Espíritu es la plenitud de la Pascua: “para llevar a plenitud el misterio pascual, enviaste hoy el Espíritu Santo sobre los que habías adoptado como hijos tuyos por su participación en Cristo”. b) El Espíritu anima y da vida a la comunidad: “Aquel mismo Espíritu que, desde el comienzo, fue el alma de la Iglesia naciente”, o como dice la oración colecta: “por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia extendida por todas las naciones”. c) También es quien realiza, con una proyección misionera y universal, el proyecto de salvación: “el Espíritu que infundió el conocimiento de Dios a todos los pueblos, que congregó en la confesión de una misma fe a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas”.

Nuestra generación ha tenido la suerte de “redescubrir” al Espíritu y su actuación. Se ha notado, sobre todo, a partir del Catecismo de 1992, en el que él aparece como protagonista de toda la vida de la Iglesia, y en particular de su celebración sacramental.

El Espíritu sigue actuando hoy

En la oración colecta le pedimos a Dios: “no dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica”.

En efecto, lo que ha hecho el Espíritu en la historia (“in illo tempore”) lo sigue haciendo hoy (“hodie”) en el mundo, en la Iglesia y en cada uno de nosotros:

– él sigue siendo el alma de la Iglesia, llenándola de sus dones y carismas, más todavía que en la comunidad de Corinto: el Concilio, el Jubileo y tantos otros acontecimientos eclesiales, universales o diocesanos, son en verdad señales de la activa presencia del Espíritu en su comunidad;

– es él quien suscita y hace florecer tantas comunidades cristianas llenas de fuerza, y anima en ellas movimientos muy vivos;

– el Espíritu de la verdad sigue influyendo para que se renueve en profundidad la teología, la comprensión del misterio de Cristo;

– él sigue guiando a la Iglesia a revitalizar la celebración litúrgica, la oración personal y un conocimiento más espiritual y profundo de la Palabra de Dios; porque como dice Pablo, “nadie puede decir Jesús es Señor si no es bajo la acción del Espíritu”;

– él, el Espíritu del amor, suscita y sostiene tantos ejemplos de amor, entrega y compromiso de los cristianos en el mundo, a veces hasta el martirio, en defensa de la justicia o de la vida o de la verdad;

– él, que en Pentecostés unió a los que “hablaban en lenguas diferentes”, es el que promueve también hoy iniciativas de unidad ecuménica, en línea con la diversidad de dones y ministerios de que habla la carta a los Corintios.

También hoy, a principios del siglo XXI, tenemos motivos claros para renovar nuestra profesión de fe: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida”. Le seguimos necesitando.

Dejarnos transformar por el Espíritu del Resucitado

Debemos alegrarnos de este Don de Dios, plenitud de la Pascua. En nuestra oración, solemos pedir a Dios paz, justicia, salud, libertad, perdón de nuestras faltas, buenas cosechas, éxito en nuestras empresas. Y Dios nos da... su Espíritu, que es lo mejor, el que nos regala la verdadera paz y libertad y éxito.

Pero, a la vez, nos tenemos que dejar transformar por él y vivir según él. Le hemos pedido a Dios en el salmo responsorial que envíe su Espíritu y repueble la faz de la tierra. Pentecostés es una gracia renovada, cada año, por la que Dios quiere seguir transformando. El Espíritu es viento y aire, a veces suave como una brisa, y otras, impetuoso y purificador. El Espíritu es fuego, y el fuego calienta, ilumina y transforma en fuego todo lo que toca.

(si se opta por la segunda lectura alternativa de Gálatas) ¿En qué se tiene que notar esta transformación que el Espíritu quiere obrar en nosotros? Basta leer despacio la lista de obras “según la carne” y “según el Espíritu” para sentirnos concretamente interpelados.

La comunidad es enviada por el Resucitado a una misión: para que sea luz y levadura, y anuncie la Buena Noticia. A la vez le da la fuerza del Espíritu para que pueda cumplir esa misión. Aquel puñado de primeros discípulos –el día de Pentecostés eran ciento veinte– no parecían precisamente los más indicados para revolucionar el mundo. Pero lo consiguieron.

El mismo Espíritu que actuó en el seno de María de Nazaret y la hizo madre del Hijo de Dios, el mismo Espíritu que actuó en el sepulcro de Jesús y lo resucitó a una nueva existencia, el mismo Espíritu que bajó sobre la comunidad el día de Pentecostés y la llenó de vida, es el que ahora quiere actuar en nosotros y nos quiere transformar.

Sería bueno que leyéramos despacio, por nuestra cuenta, la secuencia de hoy, en la que pedimos al Espíritu que nos llene de su gracia, que encienda en nosotros el fuego del amor, que envíe sobre nosotros su luz, que riegue nuestras sequías...

Una comunidad orgánicamente unida y que habla lenguas

(sobre todo si se hace la primera de las dos lecturas de Pablo) Siguiendo la línea de pensamiento de Pablo, tendríamos que aprender y dejarnos transformar por el Espíritu para llegar a ser una comunidad unida, dentro de la pluralidad de sus ministerios, carismas y movimientos. Todos los dones que puede haber en la Iglesia en general, y en cada comunidad en particular, son dones del Espíritu, y son “para el bien común”. Esta unidad, dentro de la diversidad, se debe a que “todos hemos bebido del mismo Espíritu”.

Ya sería un buen fruto de las siete semanas de Pascua si de ellas saliéramos con la convicción de que todos somos hijos en la familia de Dios, y que nos sintiéramos más dispuestos a colaborar en la tarea eclesial común, con un espíritu más universal y acogedor, superando la diferencia de edad o de cultura, de situación social o eclesial. A Pablo le gustaba comparar una comunidad con el cuerpo humano, en el que los diversos miembros cumplen una misión diferente, pero para bien de todo el organismo.

Si en Babel, en la historia del AT, sucedió la gran confusión por la diversidad de lenguas, Pentecostés se nos presenta en el NT como el anti-Babel, porque los apóstoles hablan en lenguas, y los oyentes les entienden cada uno en su propia lengua. Así experimentan que la salvación de Jesús es universal, para todas las razas y naciones.

En Pentecostés debemos dejarnos llenar del Espíritu, de su novedad, de su creatividad, de su fuego, de su aire renovador, de sus ideas nuevas, de sus ventanas abiertas. Sin quedarnos anquilosados, instalados en costumbres viejas, encerrados en unos esquemas predeterminados. El Espíritu es siempre sorprendente. No hay ordenador que lo pueda contener.

Una Eucaristía siempre “pentecostal”

El Espíritu es quien actúa cada vez en los Sacramentos, como ha hecho ver de modo más claro el Catecismo de la Iglesia Católica (cf. CCE 1091ss). En las lecturas de hoy se le nombra explícitamente en relación

con el Bautismo (carta a los Corintios) y a la Penitencia (evangelio: “recibid al Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados”).

En la Eucaristía invocamos su venida dos veces: sobre los dones del pan y del vino, para que él los transforme en el Cuerpo y Sangre del Resucitado; y luego sobre la comunidad que va a participar de estos dones, para que también ella quede transformada en el Cuerpo único y sin división de Cristo Jesús. Esta segunda invocación es claramente “pentecostal”: lo que sucedió a aquella primera comunidad cuando bajó sobre ella la fuerza del Espíritu es lo que tendría que suceder a las nuestras cuando participan de la Eucaristía.

En la Eucaristía pedimos, como fruto específico de la comunión, que el Espíritu haga de nosotros “un solo cuerpo y un solo espíritu”, sin divisiones. El primer día de Pentecostés dice Lucas que “todos quedaron llenos de Espíritu y empezaron a hablar”. Nosotros, ciertamente, no debemos “apagar el Espíritu”, sino dejarnos llenar de vida por él.

EL TIEMPO ORDINARIO

Para una introducción sobre lo que significa el Tiempo Ordinario, cf.

J. Aldazábal, *Enséñame tus caminos. 4. Semanas 1-9* (=Dossiers CPL 72) 3ª edic., Barcelona 2002, págs. 7-10.

Además pueden ser útiles:

C. Urtasun, *Las oraciones del Misal. Escuela de espiritualidad de la Iglesia* (=Biblioteca Litúrgica 5) CPL, Barcelona 1995, 780 págs.

J. D. Gaitán, *La celebración del tiempo ordinario* (=Biblioteca Litúrgica 2) CPL, Barcelona 1994, 102 págs.; en págs. 41-52 comenta el leccionario dominical.

La mayor parte del año

Los domingos del Tiempo Ordinario, que son la mayoría del año (33 o 34 semanas), se celebran en una primera serie antes de la Cuaresma y, en otra más larga, después del Tiempo Pascual. La primera serie la celebramos entre la Navidad y la Cuaresma, en un número variable de domingos, que depende de si la Pascua coincide en los primeros o en los últimos días del margen astronómico que tiene (desde el 22 de marzo hasta el 25 de abril).

De estos domingos del Tiempo Ordinario, algunos han sido “ocupados” por fiestas del Señor, como el Bautismo del Señor, la Trinidad, el Corpus, o el último, el que hace número 34, que es siempre la solemnidad de Cristo Rey del Universo.

Para las celebraciones que ocurren en el Tiempo Ordinario y que, o por ser “fiestas” del Señor o “solemnidades”, sustituyen a la celebración de un

domingo (Presentación del Señor, Juan Bautista, Pedro y Pablo, Santiago, Transfiguración del Señor, Exaltación de la santa Cruz, Fieles Difuntos, Dedicación de san Juan de Letrán), cf. J. Aldazábal, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias* (=Dossiers CPL 80) 3ª edic. 2005, 184 págs.

Aquí, después de toda la serie de domingos, ofrecemos el comentario de las cuatro solemnidades que no están en el Dossier CPL 80 recién citado: la Trinidad, el Corpus, la Asunción y Todos los Santos.

El Leccionario dominical del Tiempo Ordinario

Las lecturas bíblicas de estos domingos del Tiempo Ordinario nos presentan, cada año según el propio evangelista, lo que llamamos la “vida pública” de Jesús. Su infancia la escuchamos en el Adviento y la Navidad. Su pasión, muerte y resurrección, en el tiempo de Cuaresma y Pascua.

Los *evangelios* son una lectura semi-continua, este año de Marcos, a partir del domingo 3º, porque el 1º es la fiesta del Bautismo de Jesús y en el domingo 2º todavía se escucha un pasaje de Juan, como eco a la manifestación navideña.

Tienen siempre relación con estos evangelios las lecturas del *Antiguo Testamento*, que están siempre en función del pasaje evangélico y nos preparan a comprender su mensaje. Así se pone de manifiesto que el AT ya contiene y anuncia lo que en Cristo Jesús es la plenitud de la revelación. No hacemos, pues, una lectura continua de los varios libros del AT, como sucede en el Leccionario ferial, sino una lectura “temática”, en correspondencia con el evangelio del día. Los “títulos” de ambas lecturas ponen de manifiesto la relación que guardan entre ellas.

Las *segundas lecturas* van por su cuenta, con una lectura semi-continua de algunos libros del NT, sobre todo las cartas de Pablo. Como la primera carta a los Corintios es muy larga, se ha repartido entre los tres ciclos. Lo mismo sucede con la carta a los Hebreos, que se lee a medias entre el ciclo B y el C.

Este año, en el ciclo B, leemos de una manera cuasi-continua la 1ª a los Corintios (cinco domingos), la 2ª a los Corintios (ocho domingos), Efesios (siete domingos), Santiago (cinco domingos) y Hebreos (siete domingos).

DOMINGOS DEL TIEMPO ORDINARIO: CICLO B

Domingo 2

1S 3, 3b-10.19 Habla, Señor, que tu siervo te escucha
1Co 6, 13c-15a. 17-20 Vuestros cuerpos son miembros de Cristo
Jn 1, 35-42 Vieron dónde vivía y se quedaron con él

Domingo 3

Jon 3, 1-5.10 Los ninivitas se convirtieron de su mala vida
1Co 7, 29-31 La representación de este mundo se termina
Mc 1, 14-20 Convertíos y creed en el Evangelio

Domingo 4

Dt 18, 15-20 Suscitaré un profeta y pondré mis palabras en su boca
1Co 7, 32-35 La soltera se preocupa de los asuntos del Señor,
consagrándose a ellos
Mc 1, 21-28 Enseñaba con autoridad

Domingo 5

Jb 7, 1-4.6-7 Mis días se consumen sin esperanza
1Co 9, 16-19.22-23 ¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!
Mc 1, 29-39 Curó a muchos enfermos de diversos males

Domingo 6

Lv 13, 1-2.44-46 El leproso tendrá su morada fuera del campamento
1Co 10, 31 – 11,1 Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo
Mc 1, 40-45 La lepra se le quitó y quedó limpio

Domingo 7

Is 43, 18-19.21-22.24b-25 Por mi cuenta borraré tus crímenes

2Co 1, 18-22 Jesús no fue primero “sí” y luego “no”:
en él todo se ha convertido en un “sí”

Mc 2, 1-12 El Hijo del hombre tiene potestad en la tierra
para perdonar pecados

Domingo 8

Os 2, 16b.17b.21-22 Me casaré contigo en matrimonio perpetuo

2Co 3, 1b-6 Sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio

Mc 2, 18-22 El novio está con ellos

Domingo 9

Dt 5, 12-15 Recuerda que fuiste esclavo en Egipto

2Co 4, 6-11 La vida de Jesús se manifiesta en nuestro cuerpo

Mc 2, 23 – 3,6 El Hijo del hombre es señor también del sábado

Domingo 10

Gn 3, 9-15 Establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer

2Co 4, 13 – 5,1 Creemos y por eso hablamos

Mc 3, 20-35 Satanás está perdido

Domingo 11

Ez 17, 22-24 Ensalzo los árboles humildes

2Co 5, 6-10 En destierro o en patria, nos esforzamos en agradar al Señor

Mc 4, 26-34 Era la semilla más pequeña, pero se hace más alta
que las demás hortalizas

Domingo 12

Jb 38, 1.8-11 Aquí se romperá la arrogancia de tus olas

2Co 5, 14-17 Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado

Mc 4, 35-40 ¿Quién es este? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!

Domingo 13

Sb 1, 13-15; 2, 23-24 La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo

2Co 8, 7.9.13-15 Vuestra abundancia remedia la falta que tienen
los hermanos pobres

Mc 5, 21-43 Contigo hablo, niña, levántate

Domingo 14

Ez 2, 2-5

Son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta
en medio de ellos

2Co 12, 7b-10

Presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí
la fuerza de Cristo

Mc 6, 1-6

No desprecian a un profeta más que en su tierra

Domingo 15

Am 7, 12-15

Ve y profetiza a mi pueblo

Ef 1, 3-14

Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo

Mc 6, 7-13

Los fue enviando

Domingo 16

Jr 23, 1-6

Reuniré el resto de mis ovejas y les pondré pastores

Ef 2, 13-18

Él es nuestra paz, él ha hecho de los dos pueblos
una sola cosa

Mc 6, 30-34

Andaban como ovejas sin pastor

Domingo 17

2R 4, 42-44

Comerán y sobrá

Ef 4, 1-6

Un solo cuerpo, un Señor, una fe, un bautismo

Jn 6, 1-15

Repartió a los que estaban sentados todo lo que quisieron

Domingo 18

Ex 16, 2-4.12-15

Yo haré llover pan del cielo

Ef 4, 17.20-24

Vestíos de la nueva condición humana,
creada a imagen de Dios

Jn 6, 24-35

El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí
no pasará sed

Domingo 19

1R 19, 4-8

Con la fuerza de aquel alimento, caminé
hasta el monte de Dios

Ef 4, 30 – 5,2

Vivid en el amor como Cristo

Jn 6, 41-51

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo

Domingo 20

Pr 9, 1-6 Comed de mi pan y bebed el vino que he mezclado
 Ef 5, 15-20 Daos cuenta de lo que el Señor quiere
 Jn 6, 51-58 Mi carne es verdadera comida, y mi sangre
 es verdadera bebida

Domingo 21

Jos 24, 1-2a.15-17.18b Nosotros serviremos al Señor: ¡es nuestro Dios!
 Ef 5, 21-32 Es este un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia
 Jn 6, 60-69 ¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna

Domingo 22

Dt 4, 1-2.6-8 No añadáis nada a lo que os mando, así cumpliréis
 los preceptos del Señor
 St 1, 17-18.21b-22.27 Llevad a la práctica la palabra
 Mc 7, 1-8.14-15.21-23 Dejáis a un lado el mandamiento de Dios
 para aferraros a la tradición de los hombres

Domingo 23

Is 35, 4-7a Los oídos del sordo se abrirán, la lengua del mudo cantará
 St 2, 1-5 ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres
 para hacerlos herederos del reino?
 Mc 7, 31-37 Hace oír a los sordos y hablar a los mudos

Domingo 24

Is 50, 5-9a Ofrecí la espalda a los que me apaleaban
 St 2, 14-18 La fe, si no tiene obras, está muerta
 Mc 8, 27-35 Tú eres el Mesías... El Hijo del hombre
 tiene que padecer mucho

Domingo 25

Sb 2, 12.17-20 Lo condenaremos a muerte ignominiosa
 St 3, 16 – 4, 3 Los que procuran la paz están sembrando la paz
 y su fruto es la justicia
 Mc 9, 30-37 El Hijo del hombre va a ser entregado. Quien quiera ser
 el primero, que sea el servidor de todos

Domingo 26

Nm 11, 25-29 ¿Estás celoso de mí? ¡Ojalá todo el pueblo fuera profeta!
 St 5, 1-6 Vuestra riqueza está corrompida
 Mc 9, 38-43.45.47-48 El que no está contra nosotros está a favor nuestro.
 Si tu mano te hace caer, córtatela

Domingo 27

Gn 2, 18-24 Y serán los dos una sola carne
 Hb 2, 9-11 El santificador y los santificados proceden todos del mismo
 Mc 10, 2-16 Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre

Domingo 28

Sb 7, 7-11 En comparación de la sabiduría, tuve en nada la riqueza
 Hb 4, 12-13 La palabra de Dios juzga los deseos e intenciones del corazón
 Mc 10, 17-30 Vende lo que tienes y sígueme

Domingo 29

Is 53, 10-11 Cuando entregue su vida como expiación,
 verá su descendencia, prolongará sus años
 Hb 4, 14-16 Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia
 Mc 10, 35-45 El Hijo del hombre ha venido para dar su vida
 en rescate por todos

Domingo 30

Jr 31, 7-9 Guiaré entre consuelos a los ciegos y cojos
 Hb 5, 1-6 Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec
 Mc 10, 46-52 Maestro, haz que pueda ver

Domingo 31

Dt 6, 2-6 Escucha, Israel: amarás al Señor con todo el corazón
 Hb 7, 23-28 Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio
 que no pasa
 Mc 12, 28b-34 No estás lejos del reino de Dios

Domingo 32

1R 17, 10-16 La viuda hizo un panecillo y lo llevó a Elías
 Hb 9, 24-28 Cristo se ha ofrecido una sola vez
 para quitar los pecados de todos
 Mc 12, 38-44 Esa pobre viuda ha echado más que nadie

Domingo 33

- Dn 12, 1-3 Por aquel tiempo se salvará tu pueblo
 Hb 10, 11-14.18 Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre
 a los que van siendo consagrados
 Mc 13, 24-32 Reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos

Domingo 34: Jesucristo, Rey del Universo

- Dn 7, 13-14 Su dominio es eterno y no pasa
 Ap 1, 5-8 El príncipe de los reyes de la tierra nos ha convertido
 en un reino y hecho sacerdotes de Dios
 Jn 18, 33b-37 Tú lo dices: soy rey

Santísima Trinidad

- Dt 4, 32-34.39-40 El Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo,
 y aquí abajo en la tierra; no hay otro
 Rm 8, 14-17 Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos,
 que nos hace gritar: “¡Abba!”, Padre
 Mt 28, 16-20 Bautizados en el nombre del Padre y del Hijo
 y del Espíritu Santo

Cuerpo y Sangre de Cristo

- Ex 24, 3-8 Esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros
 Hb 9, 11-15 La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia
 Mc 14, 12-16.22-26 Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre

Asunción de Nuestra Señora (15 agosto)

- Ap 11, 19a; 12,1. 3-6a.10ab Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal
 1Co 15, 20-27a Primero Cristo, como primicia; después todos los que
 son de Cristo
 Lc 1, 39-56 El Poderoso ha hecho obras grandes por mí;
 enaltece a los humildes

Festividad de Todos los Santos (1 de noviembre)

- Ap 7, 2-4.9-14 Apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que
 nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua
 1Jn 3, 1-3 Veremos a Dios tal cual es
 Mt 5, 1-12a Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa
 será grande en el cielo

DOMINGO 2 DEL TIEMPO ORDINARIO

- I -

Un domingo de transición

Acabamos de salir de las fiestas navideñas y entramos en el Tiempo Ordinario, la vida “normal” también en el ámbito cristiano. En la oración colecta pedimos a Dios: “haz que los días de nuestra vida se fundamenten en tu paz”. Estamos en la primera fase del Tiempo Ordinario, hasta la Cuaresma.

El que sería el domingo primero coincide siempre con la solemnidad del Bautismo del Señor. Por eso entramos en la serie de los domingos con el segundo, mientras que los días feriales anteriores sí son de la semana primera del Tiempo Ordinario.

Hoy todavía no iniciamos la lectura de Marcos. Cada año en este segundo domingo escuchamos el evangelio de Juan en unas páginas que vienen a ser como una prolongación de las “manifestaciones” del tiempo de Navidad y Epifanía. Este año oímos el testimonio que Juan el Bautista da de Jesús ante sus discípulos y la vocación de los dos primeros apóstoles.

1 Samuel 3, 3b-10.19. Habla, Señor, que tu siervo te escucha

Como siempre (en los domingos del Tiempo Ordinario) la lectura del AT prepara la escucha del evangelio: esta vez con el tema de la vocación.

Es deliciosa la escena del joven Samuel que oye y no reconoce de momento la voz de Dios que le habla. A Samuel le habían dedicado sus padres, Ana y Elcaná, al servicio del Templo, agradecidos a Dios por haberles concedido este hijo por el que tanto habían suspirado.

El sacerdote Elí, encargado del Templo, orienta a Samuel y le dice cómo tiene que responder a la llamada de Dios. Este niño será a partir de ahora un joven vocacionado que crece en el Templo de Silo hasta llegar a ser un hombre de Dios muy respetado y un profeta importante en la historia de Israel. Será él quien consagre a los dos primeros reyes del pueblo, Saúl y David.

El *salmo* refleja la disposición que ha de tener uno que es llamado por Dios: “aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. Es la frase que la carta a los Hebreos pone en labios de Jesús en el momento de su encarnación como hombre: “no pides sacrificios... pero me has dado un cuerpo... aquí estoy para hacer tu voluntad”. El salmista sigue diciendo: “he proclamado tu salvación ante la gran asamblea”. Que es lo que hizo Samuel como profeta de su pueblo y lo que hizo, sobre todo, Jesús, el Profeta por excelencia.

1 Corintios 6, 13c-15a.17-20. *Vuestros cuerpos son miembros de Cristo*

A partir de hoy, y durante cinco domingos, escuchamos una selección de la primera carta de Pablo a los cristianos de Corinto.

El pasaje que leemos hoy nos ofrece el pensamiento de Pablo sobre el cuerpo humano. Ante la tentación del libertinaje sexual que pueden tener los cristianos de Corinto, ciudad de muy mala fama en ese aspecto, Pablo les da los motivos teológicos de la dignidad del cuerpo humano: el cuerpo está destinado a la resurrección, con el cuerpo hemos de glorificar a Dios, nuestros cuerpos son miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo.

Juan 1, 35-42. *Vieron dónde vivía y se quedaron con él*

Juan, el Precursor, da testimonio de Jesús: “este es el Cordero de Dios”, título que luego, en el libro del Apocalipsis, será el nombre que se aplica a Jesús nada menos que 19 veces. Otras veces Juan presenta a Jesús como el Mesías, el que ha de venir.

A consecuencia de este testimonio, dos de sus discípulos, Andrés y otro, siguen a Jesús y se quedan con él. Aquí aparecen algunos de los verbos que luego se repetirán en el evangelio de Juan: “venir, ver, permanecer”.

Andrés comunica a su hermano Simón que han reconocido al Mesías y provoca así el primer encuentro de Jesús con Simón, a quien se le dice que su nombre será “Cefas”, “Piedra, Pedro”.

-II-

Dios sigue llamando

Dios sigue llamando. A unos, a la vida consagrada o al ministerio ordenado dentro de la comunidad. A otros, a la tarea misionera. A otros, a la vida matrimonial. A todos, a una vida cristiana coherente. En las lecturas de hoy, se centra esta vocación sobre todo en las dos primeras: la vida de consagrados y ministros en la comunidad.

El joven Samuel es llamado a un servicio profético en unos tiempos difíciles del pueblo de Israel. En un versículo anterior al pasaje que hoy leemos, se dice que “en aquel tiempo era rara la palabra del Señor” (1S 3,1). Son tiempos nada gloriosos. Ni el sacerdote Elí ni sus hijos dan precisamente buen ejemplo de fidelidad al Señor. Con todo, Dios sigue llamando y hace oír su voz.

En el caso de los dos primeros apóstoles (Andrés y Simón Pedro) es Jesús quien sale a su encuentro y les dirige su palabra. Más tarde les dirá que quiere hacer de ellos “pescadores de hombres”.

Dios sigue llamando, también en nuestros tiempos, que podrían parecer estériles en vocaciones. A veces, lo hace de noche, como a Samuel. Otras, “a las cuatro de la tarde”, como a los dos discípulos. A veces, a jovencitos, como Samuel. Otras, a hombres ya maduros, como Andrés y Simón.

A veces la persona llamada responde con buena disposición. Es significativo que sea un joven el que en el AT nos dé ejemplo de una respuesta

generosa: “habla, Señor, que tu siervo te escucha”. Otros jóvenes también reaccionarán con igual prontitud en el NT: María de Nazaret –“hágase en mí según tu palabra”– y Saulo – “¿qué tengo que hacer, Señor?”–. Como ahora tantos jóvenes, tal vez menos numerosos que en otros tiempos, pero con igual mérito y decisión.

Otras veces el llamado se resiste porque ve difícil la misión que se le encomienda, como Moisés –“no sé hablar”– y Jeremías –“soy un niño”–. El caso más evidente en el evangelio es el de aquel joven que quería salvarse, pero no se atrevió a seguir el consejo que le daba Jesús “si quería ser perfecto”.

A veces es Dios mismo, o Jesús, quien “busca” y llama, como en el caso de los pescadores o del que estaba sentado a la mesa de los impuestos. Otras, es una persona la que “busca”, como los dos discípulos del evangelio de hoy, que siguen a Jesús, y este les pregunta: “¿qué buscáis?”. Porque en este misterio que es la vocación, también cuenta la disposición favorable de una persona, que “busca” el sentido de la vida. A veces es la mirada de Jesús la que interpela decisivamente, como en el caso de Pedro.

No siempre es muy clara la voz de Dios que llama a uno a la vida religiosa o al ministerio ordenado. Samuel no la reconoció sino a la tercera, y ayudado por otro. En medio de tantas “voces” que una persona oye en este mundo (el éxito económico o profesional, el señuelo de las sectas, la espiritualidad de las religiones orientales, los efectos a corto plazo de las drogas...), ¿cómo reconocer la voz de Dios?

Ayudar a los otros a encontrar su vocación

En el proceso vocacional que vemos en las lecturas de hoy llama la atención que Dios se sirve de otras personas que ayudan a los destinatarios de su llamamiento.

Elí tendría otros defectos, pero en esta ocasión supo orientar rectamente a Samuel a reconocer la voz de Dios. A Pedro le llegó la noticia de Jesús por medio de su hermano, que aseguraba que habían “encontrado al Mesías”.

El que ayuda a otros ha de sentirse “intermediario” de la vocación, no destinatario. Elí no pide al joven Samuel que le escuche a él, sino a Dios.

El Bautista no se considera el término del seguimiento, sino que orienta hacia Jesús. Andrés no pide la fe de su hermano para sí, sino para Jesús. Un intermediario debe saber “retirarse” oportunamente, para que las personas encuentren su vocación donde verdaderamente está.

También ahora, Dios es el que llama, pero para ello no se sirve normalmente de milagros o de voces de ángeles, sino de la ayuda de otras personas que orientan en la vocación. Puede ser la familia misma, unos amigos, unos maestros y educadores, un sacerdote, que dicen una palabra justa. Otras veces es algún acontecimiento eclesial el que influye. O sea, es la comunidad eclesial la que debe saber dar testimonio y orientar a los jóvenes hacia una vocación concreta.

Y no tanto con palabras, sino con el testimonio de la propia vida. Es algo parecido a lo que sucedió a los dos primeros apóstoles: preguntaron “Rabbí, ¿dónde vives?”. No se trataba tanto, en este momento, de doctrinas o catequesis, sino de un testimonio vivencial. En efecto, Jesús les contesta: “venid y lo veréis”. Es cuestión de “venir” y de “ver”. El resultado fue que “se quedaron él”. También la comunidad cristiana de hoy –unos sacerdotes, unos religiosos, una familia cristiana– convence más por su estilo de vida que por sus palabras. Un joven no pregunta tanto ¿qué creéis?, sino ¿cómo vivís?, ¿qué hacéis?, ¿cómo rezáis?...

Aunque los tiempos sean difíciles, no tenemos que perder la esperanza. Dios sigue llamando, también cuando la sociedad se ha enfriado en su fe.

La dignidad del cuerpo

La ciudad de Corinto, en Grecia, era muy cosmopolita, mezcla de razas y religiones, lugar de intenso tráfico comercial. Sobre todo, proverbialmente conocida por su desenfreno sexual, incluso en el culto a los dioses.

Era, por tanto, lógico que los pocos cristianos que formaban la comunidad, tuvieran que luchar contra sus antiguas costumbres y con la permanente tentación, no sólo de la idolatría, que aparece en otros capítulos de esta misma carta, sino también del permisivismo moral. Pablo les dedica una catequesis “teológica” que motiva la dignidad del cuerpo.

a) Nuestro cuerpo, visto por Pablo desde la perspectiva pascual, resucitará al final a una vida nueva: “Dios, con su poder, resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros”. Es muy expresivo que en los funerales el sacerdote rodee al cadáver del cristiano de unos signos de respeto: la aspersión del agua bautismal y la incensación. Es un cuerpo destinado a la resurrección.

b) Nuestro cuerpo tiene también una profunda relación con Cristo Jesús, ya desde nuestro Bautismo: “vuestrs cuerpos son miembros de Cristo”, “el que se une al Señor es un espíritu con él”. Para Pablo, no somos en el fondo “dueños” de nuestra corporeidad, por esta nuestra pertenencia a Cristo: “no os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros”.

c) Además, para Pablo, el cuerpo del cristiano tiene relación con el Espíritu Santo: “¿o es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? Él habita en vosotros”. Sería como un sacrilegio el tratar indebidamente nuestro cuerpo.

d) Finalmente, para completar la visión “trinitaria”, Pablo afirma también nuestra relación con Dios Padre: “el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor, para el cuerpo”. Y concluye: “por tanto, glorificad a Dios con vuestro cuerpo”. El cuerpo tiene un destino que sobrepasa nuestra propia esfera, porque nos lo ha dado Dios y está destinado también para el uso que Dios ha querido –que es importante y muy digno, incluida la sexualidad– y finalmente, también destinado a la resurrección a la vida eterna.

Todos estos motivos no quitan nada de importancia al cuerpo humano, que es nuestro medio de expresión y comunicación, importante también para nuestra realización sexual. Nosotros no “tenemos” un cuerpo, sino que “somos” cuerpo, a la vez que también somos “espíritu”. Nuestro cuerpo tiene una gran dignidad “humana”. Tratarlo mal –lo que Pablo llama “fornicación”– es un pecado contra nosotros mismos, contra nuestra propia dignidad.

La lección que nos da Pablo tiene una gran actualidad en nuestro tiempo. Lo cual no quiere decir que sea una lección popular. La castidad y el control del propio cuerpo no gozan precisamente de buena prensa en gran parte de nuestra sociedad. El modo de razonar –“el cuerpo es mío... yo soy dueño

de mi cuerpo... yo soy el juez de lo que puedo hacer con él, con tal que no haga daño a otros” – no es nuevo, sino que ya hace dos mil años funcionaba y Pablo lo denuncia al hablar a los corintios. Un cristiano no razona igual que uno que no lo es, y es bueno que Pablo nos haya dado las motivaciones que hemos de tener en cuenta respecto a la dignidad de nuestro cuerpo (y del ajeno).

Escuchamos la Palabra

Cuando celebramos la Eucaristía tenemos la ocasión para imitar, ante todo, la actitud del joven Samuel: “habla, Señor, que tu siervo te escucha”. Luego ese joven será profeta y hablará a su pueblo en nombre de Dios, pero antes ha aprendido a “escuchar”. El Maestro y Profeta que Dios nos ha enviado, Cristo Jesús, nos irá enseñando sus caminos a lo largo de todo el año. Una primera actitud de sus seguidores es la de “escucharle”, en la primera parte de la Misa, con atención y docilidad.

También en la Eucaristía llamamos varias veces a Jesús con el nombre que le dio el Bautista: “el Cordero de Dios”. Por ejemplo, cuando el sacerdote nos invita a acercarnos a comulgar: “este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Hoy es un día como para “descongelar” esta expresión y dirigir con fe nuestra mirada a Jesús como nuestro Maestro y nuestro Redentor.

DOMINGO 3 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Empieza Marcos

Hoy comenzamos a leer el evangelio de Marcos, que nos acompañará los domingos de todo el año, excepto unos pocos en que intercalaremos el capítulo 6 de Juan. Véase lo que decíamos en la introducción a este libro sobre “Marcos, evangelista del año”.

Al mismo tiempo, seguiremos durante unos domingos la lectura de la primera carta a los Corintios, que ya iniciamos el domingo pasado, con temas que se ve que eran candentes para aquella comunidad griega, y también para nosotros, aunque algunos sean difíciles.

Las primeras lecturas dominicales, tomadas del AT, son seleccionadas, como decíamos en la introducción, en función del evangelio del día, para preparar su comprensión y acercarnos a los diversos temas con el relieve que les da verlos a la vez en el AT y en el evangelio.

Jonás 3, 1-5.10. *Los ninivitas se convirtieron de su mala vida*

El pasaje es un resumen de lo positivo del libro de Jonás. En realidad, Jonás no fue un buen profeta. Se resistió en un primer intento a aceptar la misión que Dios le encomendaba. Quiso huir a Tarsis (la actual España), pero su nave sufrió un naufragio, con el famoso episodio de la ballena o el cachalote que lo retuvo en su vientre.

Cuando por fin obedeció a la llamada de Dios y fue a Nínive, proclamando que dentro de cuarenta días la ciudad iba a ser destruida, sucedió lo increíble: se convirtieron todos y Dios les perdonó. Tampoco leemos lo que sigue en el libro: el enfado pueril del profeta, por esa facilidad de Dios en perdonar.

El libro no se puede decir que sea histórico. Los biblistas lo consideran como una “parábola historizada”, con la intención de subrayar que Dios llama a la salvación a todos los pueblos, y que los paganos a veces responden mejor que los miembros del pueblo elegido, los judíos. No hace falta, por tanto, detenerse en los detalles concretos, por ejemplo en la descripción de la ciudad de Nínive.

El *salmo*, además de pedir humildemente a Dios “Señor, enséñame tus caminos”, subraya sobre todo su bondad misericordiosa, tal como se demostró en Nínive: “recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas”.

1 Corintios 7, 29-31. *La representación de este mundo se termina*

En el breve pasaje de hoy, Pablo parece relativizar y quitar importancia a aspectos que tendemos a considerar como absolutos. El motivo es que para él, “el momento es apremiante”, porque los primeros cristianos consideraban inminente la vuelta gloriosa de Cristo.

Por eso invita a tratar todo “como si no”, expresión que repite cinco veces, referida a la vida matrimonial, a las alegrías y penas, a las compras y negocios de la vida. Repite la motivación: “la representación de este mundo se termina”.

Marcos 1, 14-20. *Convertíos y creed en el Evangelio*

Empezamos a leer a Marcos en el v. 14 del primer capítulo. Los vv. 1-13 los leemos en el tiempo de Navidad, porque hablan del Precursor, Juan el Bautista, y del Bautismo de Jesús y su retiro al desierto durante cuarenta días.

Hoy empieza la misión mesiánica de Jesús en Galilea. Sólo en el capítulo 10 narrará su marcha hacia Jerusalén. Al final, el Resucitado convocará a los suyos de nuevo en Galilea.

Según Marcos, las primeras palabras de Jesús fueron: “se ha cumplido el tiempo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el evangelio”. Ya en el primer versículo llamaba a su escrito “evangelio de Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios”.

También escuchamos, con el lenguaje escueto y expresivo de Marcos, la llamada vocacional de los cuatro primeros apóstoles, dos parejas de hermanos, que responden inmediatamente a la voz de Jesús.

-II-

Llamados a colaborar

Desde el primer momento de su ministerio mesiánico, Jesús se quiso rodear de personas que colaboraran con él en la difusión del Reino de Dios, ese nuevo orden de cosas que él venía a establecer.

Ya en el AT, Dios se servía de los profetas para anunciar sus palabras de advertencia o de esperanza. El caso de Jonás no fue muy ejemplar en cuanto a la actitud del profeta, pero sí en cuanto que Dios manifestó por medio de él su proyecto de salvación y su disponibilidad al perdón.

Fue mucho más ejemplar la respuesta de las dos parejas de hermanos a los que llama Jesús: “inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron”, “dejaron a su padre Zebedeo en la barca y se marcharon con él”. Seguramente ellos ya conocían antes a Jesús, y Jesús a ellos (el domingo pasado leíamos el primer encuentro de Jesús con Andrés y Pedro). Pero ahora la llamada es definitiva, y la respuesta, también. Son sencillos trabajadores, pescadores del lago de Tiberíades. Jesús no llama a sacerdotes del Templo ni a rabinos doctores de la ley.

Les dice que les hará “pescadores de hombres”, lo cual ciertamente no tiene el sentido un tanto peyorativo de “pescar” a otros, o de medio engañarlos para sumarlos al número de seguidores. Sino que fueran colaboradores en la misión, para que anuncien e inviten a unirse a Cristo y a su género de vida.

Le siguieron. No se trata sólo de acudir a una escuela y aprender la doctrina de un maestro, sino de seguir su camino, su proyecto vital. Los cuatro habían encontrado a una persona a la que intuyeron que valía la pena seguir.

También ahora sigue llamando Dios al ministerio eclesial o a la vocación religiosa y misionera. Sigue queriendo que hombres y mujeres, llenos de la Buena Noticia, se conviertan en pregoneros de la misma. Por cierto, también ahora a veces por “parejas de hermanos”, o de grupos de amigos que se animan unos a otros en la opción misionera y testimonial.

¿Respondemos también nosotros con la misma radicalidad que los cuatro primeros apóstoles? ¿qué hemos “dejado” nosotros para seguir a Cristo en la vocación que cada uno haya sentido: la sacerdotal, la religiosa, o sencillamente, la vocación de unos padres o de unos educadores cristianos que ayudan a los demás a entrar en el Reino? ¿qué “redes” abandonamos para seguir el camino del testimonio cristiano?

En el mundo de hoy, más que nunca, hacen falta hombres y mujeres que, cada uno desde su carisma, “ayuden a Cristo Jesús”, sean sus testigos y portavoces, contribuyan a que su Reino se difunda, empezando por la propia familia.

Sin perder la esperanza

Nunca ha sido fácil ni un camino de rosas ser profeta de Dios en medio del mundo. Los del AT lo experimentaron ya, y los cristianos de la primera generación también.

Pero eso no tendría que hacer perder la ilusión y la esperanza a nadie. Nadie tendría que “dimitir” de la tarea que Dios le ha encomendado, aunque parezca que, al menos a corto plazo, no se ven los frutos.

Jonás no tenía esperanza que esa ciudad pagana de Nínive se convirtiera. Pero se convirtió: lo que él creía imposible, sucedió. Nosotros podemos desesperar de que los jóvenes de hoy puedan cambiar, o de que esta sociedad tan distraída y alejada de los valores cristianos pueda escuchar la voz de Dios.

Pero si Dios quiere salvar y perdona con facilidad, ¿quiénes somos noso-

tros para juzgar a nadie y para negar nuestro perdón? Lo que nos toca a nosotros es sembrar, anunciar, dar testimonio con nuestra palabra y con nuestra vida. Muchos de los que nos parecen irrecuperables puede ser que hagan caso a Dios. ¿Por qué no darles un voto de confianza? Así lo hizo Jesús con sus apóstoles, por lentos que fueran en su comprensión. Así lo hizo Pablo con los paganos de Atenas o de Corinto o de Éfeso, y muchos se convirtieron a la fe.

Una sana relativización

Los de Corinto se ve que le hicieron varias consultas a Pablo, y este se las va contestando en su carta. Si el domingo pasado oíamos su “catequesis” sobre los valores del cuerpo, hoy les invita a una sana relativización de las cosas. Es verdad que tal vez en aquel momento era fuerte la conciencia de que se acercaba el fin: “el momento es apremiante”, “la representación de este mundo (tal como lo vemos ahora) se termina”. Ahora no tenemos esa preocupación, pero la lección sigue en pie y es siempre actual.

Pablo utiliza el “como si no” varias veces, y lo aplica a la vida matrimonial y a otras realidades de la vida humana. Relativizar las cosas no significa despreciarlas: por ejemplo el mismo Pablo habla de la gran dignidad que tiene el matrimonio cristiano, que es un “sacramento” o signo del amor y de la unión entre Cristo y la Iglesia (cf. Ef 5, 32).

“Relativizar” significa dar a cada cosa la importancia que tiene. No considerar como absolutos los valores que no lo son, ni como últimos a los que sólo son penúltimos. Es lo que nos dijo Jesús hablando del dinero y de los bienes materiales, que son necesarios para la vida, pero él nos avisó de que “no podéis servir a Dios y al dinero”. Relativizar es lo que hacen, por ejemplo, los que abrazan la vida consagrada, con los votos de pobreza, castidad y obediencia. No desprecian, pero sí dan un valor relativo a la posesión de bienes, a la vida matrimonial y a la libertad personal. Y lo hacen para trabajar y dar más testimonio del Reino.

Todos tenemos la tendencia a absolutizar las cosas de nuestro pequeño mundo y creer definitivo lo que sólo es provisional. Pablo nos invita a no apegarnos a nada. Sí, tomamos en serio nuestra vida y asumimos el compromiso que

supone en sus diversos aspectos. Pero ponemos la mirada en los bienes verdaderamente importantes, no vaya a ser que nos entretengamos sólo en los que no lo son tanto.

“Convertíos y creed”

Las primeras palabras de Jesús cuando comienza su misión, se refieren, según Marcos, al Reino de Dios, a la conversión y la fe: “está cerca el reino de Dios, convertíos y creed en el Evangelio”.

El nombre griego de la “conversión” es “metánoia”, que significa exactamente cambio de mentalidad. Es algo profundo, que cambia la dirección de una vida. Como cambió la de los cuatro discípulos que escucharon la voz del Maestro: abandonaron las redes y le siguieron.

Aunque Jonás no lo esperaba, se convirtieron los habitantes de la ciudad pagana de Nínive: y lo hicieron con prontitud, desde el rey hasta los últimos habitantes (hasta el ganado, dice el libro), se vistieron de saco e hicieron ayuno, expresando así “su conversión de la mala vida”. Jesús echará varias veces en cara a sus contemporáneos su falta de fe, mientras ha habido muchos extranjeros que sí han dado ejemplo de conversión: como en el caso del leproso extranjero que volvió para dar gracias, o el del samaritano (extranjero) que cuidó del malherido, o el del centurión romano, cuya fe alabó públicamente.

La conversión supone también “creer en el evangelio”. Y el evangelio, como dice Marcos ya desde el comienzo de su libro, es Cristo mismo. Como también es él quien personifica el Reino: ya está aquí, ha llegado ya. El miércoles de ceniza, al realizar el gesto simbólico de la imposición de la ceniza, oímos esta doble invitación de boca del sacerdote: “recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás”, “convertíos y creed al Evangelio”.

DOMINGO 4 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Jesús empieza su misión de Profeta

Todavía es reciente nuestra celebración de la Navidad. Aquel a quien contemplábamos como Niño se nos aparece ahora como el Mesías, el Maestro, el Profeta que habla de parte de Dios a la humanidad.

En la escena tan significativa de su Bautismo en el Jordán ya escuchábamos su proclamación, a modo de investidura, de esta misión mesiánica. Ahora, siguiendo el evangelio de Marcos, iremos viendo cómo la desarrolla.

Hoy—y los dos domingos siguientes—Marcos nos ofrece, a modo de programa, cómo era una “jornada” en la vida de Jesús, empezando por su intervención en la sinagoga y su primer milagro liberando de su mal a un poseso.

A lo largo del año tenemos un Profeta a quien escuchar y a quien seguir.

Deuteronomio 18, 15-20. *Suscitaré un profeta y pondré mis palabras en su boca*

Este libro es el último de los cinco que componen el Pentateuco. En concreto leemos hoy, de la despedida de Moisés antes de que el pueblo entrara en la tierra prometida, el anuncio que les hace de un profeta que Dios piensa suscitar en el futuro.

Ese profeta será según Dios: “pondré mis palabras en su boca”. No como los

falsos profetas, que también existirán, pero que Moisés, de parte de Dios, desautoriza radicalmente: “el profeta que tenga la arrogancia de decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado, morirá”.

El *salmo* se hace eco de la voz divina que los profetas harán oír al pueblo, y no como tantas veces había pasado —y seguiría pasando— que el pueblo se hacía el sordo a estas voces proféticas: “ojalá escuchéis hoy su voz... no endurezcáis el corazón, como cuando vuestros padres me pusieron a prueba”.

1 Corintios 7, 32-35. *La soltera se preocupa de los asuntos del Señor, consagrándose a ellos*

Del capítulo 7 de esta carta de Pablo no leemos estos domingos más que pequeños pasajes que seguramente responden a consultas que le habían hecho. Esta vez la pregunta versa sobre el matrimonio: ¿es mejor el celibato o el matrimonio?

El argumento que aporta aquí Pablo para mostrar los bienes del celibato es que el soltero, y la soltera, pueden dedicarse mejor a “los asuntos del Señor”, asuntos que no especifica, pero que habría que interpretar a partir de su situación personal: Pablo es célibe y entregado totalmente a la evangelización. Para él esto es “una cosa noble” y le permite “el trato con el Señor sin preocupaciones”.

Marcos 1, 21-28. *Enseñaba con autoridad*

Hoy escuchamos la primera actuación de Jesús en público. Con los discípulos a los que acaba de llamar, va a Cafarnaún, que va a ser una ciudad importante en su vida, casi como su punto de referencia.

Su enseñanza en la sinagoga —es sábado—, provoca la admiración de todos, porque enseña “con autoridad”. Luego libera a un hombre que estaba poseído por un “espíritu inmundo”, lo cual también hace que todos queden “estupefactos” ante la fuerza milagrosa de este hombre. No es extraño que “su fama se extendiera en seguida por todas partes”.

Son las primeras páginas del evangelio, llenas de éxitos y de admiración. Luego vendrán otras más conflictivas.

-II-

El Profeta verdadero

El Reino de Dios que anunciaba Jesús (lo leíamos el domingo pasado) ya ha llegado: es él mismo, y se manifiesta, ante todo, por la Palabra que proclama al pueblo de parte de Dios.

Si Moisés prometió para el futuro un profeta que predicaría en nombre de Dios, ahora podemos decir que ya ha llegado. En la sinagoga de Cafarnaún, aunque no sabemos qué pasaje bíblico le tocó comentar, todos quedan admirados de lo que dice. A partir de ahora, a lo largo del evangelio, aparecerá como “el Profeta” que esperaban.

Lo que más les extraña es que “enseña con autoridad”, no como los otros maestros y escribas. Habla con convicción y con libertad respecto a las escuelas rabínicas del tiempo. Además, su palabra va acompañada de obras prodigiosas.

Jesús cumple a la perfección lo que anunciaba Dios del futuro profeta: “pondré mis palabras en su boca y les dirá lo que yo le mande”. ¡Cuántas veces dijo Jesús, sobre todo según el evangelio de Juan, que lo que enseñaba era lo que había oído al Padre! Él es la Palabra viviente que Dios dirige a la humanidad.

En nuestra Eucaristía debemos prestar atención a la Palabra de este Profeta, que es la que nos va iluminando el camino: “ojalá escuchéis hoy su voz”.

Además, como cristianos del pueblo de Dios, que participamos de la misión profética de Cristo, sobre todo si somos ministros o agentes de pastoral de la comunidad, que recibimos un particular encargo de ser testigos y portavoces de Dios, debemos transmitir a los otros la voz de Dios. Pero antes el verdadero profeta debe escuchar humildemente a Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Dios. Si Jesús hablaba “con autoridad” es porque hablaba desde Dios, con el que se mantenía en perfecta sintonía.

Tal vez si nuestra predicación, o nuestra catequesis, no tiene “autoridad”, es porque los oyentes intuyen que lo nuestro es más bien “palabrería”, o que hablamos como meros repetidores de una lección que hemos aprendido y que nuestras palabras no van acompañadas de obras, de una vida consecuente.

No vaya a ser que merezcamos la acusación de “falsos profetas”, que tienen “la arrogancia de decir en nombre de Dios lo que él no les ha mandado”, o “hablan en nombre de dioses extranjeros”. En la confusión de ideologías que actualmente invade el mundo, es fácil caer en la tentación de presentar como palabra definitiva la que no lo es, y hablar movidos, no por el Espíritu con mayúscula, sino por otros espíritus, con minúscula, más cercanos a nuestro interés o a la moda o a la doctrina que más halague los oídos de la gente.

En lucha contra el mal

El Reino de Dios que viene a anunciar e instaurar Jesús no es sólo Palabra, sino también una fuerza poderosa que lucha contra el mal y lo vence. Es significativo que el primer milagro que narra Marcos es precisamente la liberación de un poseso: la victoria contra las fuerzas del mal.

Es verdad que a veces en la Biblia se nota la tendencia a interpretar todo mal como consecuencia del pecado o de la influencia del maligno, o sea, del demonio. Pero el evangelio distingue a veces muy bien lo que es enfermedad y lo que es posesión diabólica, como en el diálogo que se establece en el pasaje de hoy entre “el espíritu” que atormentaba a aquel pobre hombre y Jesús, “el Santo de Dios”. Jesús trata de distinta manera a un “enfermo” que a un “poseso”.

Pero sea cual sea ese “espíritu” del mal, el evangelio nos asegura que Jesús viene como “el más fuerte” y se dispone a vencer a estas fuerzas del mal. Lo hace, no siguiendo las fórmulas y conjuros de los exorcistas de la época, sino con una orden tajante: “cállate y sal de él”, también esto “con autoridad”.

Todos deberíamos ser de algún modo “exorcistas”, o sea, liberadores. Porque sigue existiendo el mal, llámese como se llame: siguen esas fuerzas que actúan en el interior de cada persona y le llevan a hacer lo que no tendría que hacer. No se nos pide que hagamos milagros, pero sí que luchemos contra el mal en nosotros mismos y que contribuyamos también a que otros se liberen de toda “posesión” que les pueda esclavizar.

Con nuestra palabra oportuna y sobre todo con nuestra actitud de cercanía ¿liberamos a alguien de sus males? ¿comunicamos esperanza al que acude a nosotros? ¿le ayudamos a vencer los demonios del pesimismo, o de los

criterios mundanos, o de los hábitos más o menos arraigados? ¿le ayudamos a ser más libre interiormente?

Podemos pedir, con sinceridad, cada vez que rezamos el Padrenuestro, para nosotros y para todo el mundo, lo que nos enseñó Jesús: “líbranos del mal”, que se puede traducir también “líbranos del maligno”.

Razón de ser del celibato

En el dilema entre matrimonio y celibato, escuchamos hoy los razonamientos de Pablo, que ciertamente no debemos considerar como un tratado completo sobre el sentido del matrimonio cristiano. En varios pasajes de sus cartas completa esta visión con otros aspectos.

Pablo no esconde su preferencia por el celibato, que personalmente ha adoptado para su vida y su ministerio, a diferencia, por ejemplo, de Pedro, que sí tenía mujer. Pero se entiende que alaba el celibato cuando es por vocación, no cuando es por comodidad o por desprecio del matrimonio.

El celibato él lo considera como una opción, y no como un mandato. En la Biblia se valora mucho el matrimonio y la fecundidad de los esposos, ya desde el inicio del Génesis: “creced y multiplicaos”. Pablo no expresa aquí desprecio por el estado matrimonial: él mismo expone la gran dignidad del matrimonio en Ef 5, donde considera la unión del hombre y la mujer como signo y sacramento del amor de Cristo a su Iglesia.

El argumento que emplea aquí a favor del celibato vocacional es que es “celibato por el Señor”, o sea, para dedicarse “a los asuntos del Señor”, como ha hecho él para dedicarse a su ministerio evangelizador. Visto así, el celibato no es negación, ni vacío, sino plenitud y entrega más plena a una causa que se ha considerado superior. No es desprecio ni huída de las responsabilidades de la paternidad, sino carisma, don y vocación positiva.

Lo que sí dirá en varios pasajes de sus cartas es que cada uno debe ser fiel a su opción vocacional y, sea cual sea esta, trabajar por el Reino. El soltero y el casado y el viudo pueden cumplir dignamente en la comunidad eclesial una misión muy positiva a favor de la propagación del Reino. Aunque él haya preferido para sí mismo el celibato como el estado que le ha procurado libertad para su entrega más total a la evangelización.

DOMINGO 5 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

El Tiempo Ordinario

El Tiempo Ordinario tiene sus ventajas. No celebra un acontecimiento particular de la vida de Cristo, sino su misterio en su globalidad, y nos ayuda a vivir con serenidad nuestra vida cotidiana, la no festiva.

Unas veces somos convocados porque es Navidad o la fiesta de la Asunción. Otras, sencillamente, porque es domingo. Somos conscientes de que el Resucitado está con nosotros “todos los días, hasta el fin del mundo”, porque se reúne la comunidad del Señor, porque escuchamos con atención su Palabra, porque somos invitados a participar de su Mesa eucarística.

En estas Eucaristías, a lo largo del año, encontramos la mejor “formación permanente” y volvemos una y otra vez a la escuela del Maestro, donde se nos van transmitiendo lecciones siempre actuales para nuestra vida de cada día.

Job 7, 1-4.6-7. *Mis días se consumen sin esperanza*

El libro de Job es un libro sapiencial del siglo V antes de Cristo, que plantea un interrogante de los más antiguos y actuales: por qué existe el mal en el mundo.

Este problema lo vive Job en su propia carne. En la página que leemos hoy hace una descripción patética de la vida: “mis días se consumen sin esperanza”, “mi vida es un soplo”, “mis ojos no verán más la dicha”. Él no ve ninguna salida ni ningún sentido a la vida. La compara al jornalero que espera en vano el salario, o al esclavo que suspira por el alivio de una sombra, y habla de noches de fatiga e insomnio, de meses baldíos. ¿Vale la pena vivir así?

Esta lectura adelanta lo que describirá el evangelio: gente que acude a Jesús, aquejada de diversos males.

El *salmo* parece fijarse en esta situación desesperada de la humanidad e intenta responder desde la fe: “alabad al Señor, que sana los corazones destrozados”, “el Señor sostiene a los humildes”, “el Señor reconstruye Jerusalén”.

1 Corintios 9, 16-19.22-23. *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*

En el pasaje de hoy no se trata, como en los domingos anteriores, de responder a consultas de los corintios. Pablo habla de sí mismo y de lo orgulloso que está de la misión que ha recibido: evangelizar.

Realmente es admirable cómo este gran apóstol entiende su vocación: “¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!”. No lo hace por capricho o gusto personal, sino porque “me han encargado este oficio”. Lo hace sin esperar ningún beneficio para sí: “¿cuál es la paga? precisamente dar a conocer el Evangelio”, “hago todo esto por el Evangelio”. Ya se siente pagado por el honor de anunciar a todos la Buena Noticia de Jesús. Lo hace “gratis, de balde”. En otros pasajes de esta y de otras cartas recuerda que, como apóstol, tendría derecho a vivir mantenido por la comunidad, pero él prefiere ganarse la vida trabajando con sus propias manos y dedicarse a la evangelización sin exigir ningún salario.

Marcos 1, 29-39. *Curó a muchos enfermos de diversos males*

Sigue Marcos resumiendo lo que sería el programa de una jornada de Jesús en su ministerio de Profeta. Después de la predicación en la sinagoga, que llena de asombro a la gente, se retira a casa de Pedro, donde cura, ante todo,

a la suegra de este, que estaba aquejada de fiebre. Marcos cuenta de un modo breve pero muy vivo la escena: parece apoyarse en un testigo presencial, que no puede ser otro que el mismo Pedro. Además, no debe ser casual que, al decir “la levantó”, emplee Marcos el mismo verbo que para la resurrección, el griego “egeiro”, apuntando así a su victoria contra la muerte.

La gente, enterada de dónde se ha retirado, “al anochecer” (no es superfluo el dato, porque el sábado concluye a la puesta del sol), le traen muchos enfermos y endemoniados para que los cure, y en efecto Jesús “curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó a muchos demonios”.

Por la mañana se retira “al descampado” para orar, y prefiere no volver a Cafarnaún, sino ir a otras aldeas a seguir predicando. Continúan todavía las páginas optimistas: todo son curaciones y alabanzas.

-II-

Corazones destrozados

La descripción que Job hace de la vida humana, realmente sombría, parece exagerada, pero tal vez no lo es. ¡Cuántas personas se encuentran en situaciones parecidas a la de Job!

Muchos han perdido la esperanza, no ven sentido a sus vidas y podrían hablar también de “noches de fatiga” y de insomnio –“me harto de dar vueltas hasta el alba”–, de “meses baldíos” en los que no se ve ningún resultado a sus muchas fatigas. Muchos no encuentran respuesta al por qué de la vida y al “por qué Dios permite el mal” y a tantos otros interrogantes que les vienen a la cabeza.

Es también el caso de muchos de los que rodean a Jesús. Los enfermos y los poseídos de espíritus malignos –sea cual sea su interpretación– están muy presentes desde el principio en el ministerio de Jesús, aquejados de fiebre, o de otras enfermedades peores, o de la esclavitud de fuerzas del mal.

También nosotros, a veces, y muchos a nuestro lado, estamos en situaciones parecidas. Sobre todo, estamos rodeados, si nos queremos enterar, de personas que sufren, que han perdido la ilusión de la vida. Sin caer en pesimismo exagerados, podemos adivinar que algunas de las personas con las que tratamos están pasando noches oscuras en su vida y que estamos de veras en “un valle de lágrimas”, como rezamos en la Salve.

¿Nos damos cuenta de ello, o tal vez no queremos enterarnos?, ¿qué hacemos para ayudar a estas personas?

Saber curar

Como seguidores de Jesús, deberíamos imitar su actuación.

Jesús aparece como la respuesta de Dios a los males de este mundo, al dolor de estos corazones destrozados. Hoy cura a la suegra de Pedro y a otros varios enfermos, y libera de sus espíritus malignos a los posesos. ¡Cuánto tiempo emplea Jesús, a lo largo del evangelio, atendiendo a las personas que buscan, que sufren, que están desesperadas! En verdad aparece como identificado con los que sufren en este mundo, cumpliendo lo que Isaías había anunciado del Siervo: “eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba” (Is 53,4). Ha venido a perdonar y a salvar, pero entiende esta salvación como una liberación integral, que incluye también la curación de tantos males físicos y psíquicos que afectan a las personas. Aparece como Maestro, pero también como Médico. Este binomio –predicar y curar, perdonar y liberar del maligno– lo vemos repetidas veces en el evangelio. Lo que el salmo dice de Yahvé –“él sana los corazones destrozados”– se cumple a la perfección en Jesús.

Nosotros, ¿sabemos curar? ¿sabemos liberar del mal? ¿nos distinguimos por nuestro buen corazón, como el buen samaritano, o pasamos de largo sin ver, o sin querer ver, el sufrimiento de las personas? ¿somos capaces de echar una mano o dirigir una palabra amable al que vemos triste, o marginado, o desconcertado, sea conocido nuestro o totalmente desconocido? Hace dos mil años que la comunidad de Jesús, la Iglesia, dedica sus mejores esfuerzos, no sólo a predicar el evangelio, sino también a cuidar enfermos y aliviar el dolor humano.

Debemos aprender de Cristo. No se nos pide que seamos “exorcistas” o que hagamos milagros. No siempre hacen falta milagros para “curar” los “corazones destrozados”: a veces lo que “cura” y “libera de los malos espíritus” es la cercanía, el interés, el afecto sincero, la ayuda desinteresada, una mano tendida, una cara acogedora, una palabra oportuna. Como decía Pablo, él se hizo “débil con los débiles para ganar a los débiles”: se trata de com-padecer, hacerse solidario de las preocupaciones de otros y de acompañarles en su via-crucis, sea cual sea.

¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!

El que nos da el mejor ejemplo de “evangelizador”, de predicador del amor y la salvación de Dios, es Jesús mismo. Lo primero que le vemos hacer, según el evangelio de Marcos, es predicar. Después de la intensa jornada de Cafarnaún, manifiesta su deseo de ir a otros lugares a repetir su predicación: “vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí: que para eso he venido”. No se queda “instalado” en el éxito que acaba de obtener, sino que se dispone a empezar de nuevo en otros pueblos, predicando y curando a enfermos y posesos. “Para eso he venido”.

También Pablo se entrega totalmente a la misión evangelizadora que se le ha confiado: “me he hecho esclavo de todos, para ganar a los más posibles: me he hecho todo a todos, para ganar a algunos”. No lo hace por su propio gusto, sino porque le han encargado esa misión. Pablo aparece como un auténtico gigante en la evangelización de las primeras comunidades.

Todo ello, “de balde”. Jesús no busca que la gente le aplauda o le “pague” lo que ha hecho. Va a otros pueblos a realizar su misión. Pablo dice que la “paga” que espera por su dedicación es “precisamente dar a conocer el Evangelio, anunciándolo de balde”, sin buscar otros beneficios personales.

Todo cristiano, cada uno en su ambiente y desde su carisma –simple fiel o ministro ordenado o misionero– está llamado, no sólo a salvarse él, sino a anunciar a los demás la Buena Noticia de Jesús. Algunos lo hacen “full time”, con una entrega total, que han aceptado por vocación: es el caso de Pablo, que ve en eso, como leíamos el domingo pasado, la ventaja del celibato por el que ha hecho opción. Otros, desde la posibilidad que les ofrece, por ejemplo, su vida matrimonial o profesional.

¿Somos generosos en nuestro compromiso “evangelizador” con los hijos, con los alumnos, con los feligreses, con las personas sobre las que tenemos influencia? Es verdad que en el mundo de hoy no es muy común eso de “dar gratis”: siempre damos para que nos den, o porque nos han dado. Eso es más bien “comercio”, aunque sea espiritual, y no donación de balde. Pero los cristianos debemos distinguirnos por la generosidad en nuestra entrega.

Se marchó al descampado y se puso a orar

En esta “jornada” programática de la vida de Jesús que Marcos describe en el primer capítulo de su evangelio, no falta el dato de los momentos de oración de Jesús. A veces ora solo, como en esta ocasión: “se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar”. Otras, en compañía de los demás, como en la sinagoga o en el Templo.

Difícilmente imitaremos la intensa actividad evangelizadora de Jesús. Pero él busca también momentos de soledad para orar con su Padre. A algunos les puede parecer que esos momentos se restan a lo que sería más importante: predicar y curar. A Pedro, por ejemplo, le parece urgente que vuelva Jesús a su ministerio: “todo el mundo te busca”. Pero Jesús ha optado expresamente por la soledad para orar y encuentra en su diálogo con el Padre la fuerza para su actividad.

No deberíamos caer en la tentación del excesivo activismo. También nosotros necesitamos, y más que él, de esa raíz en profundidad que es la oración. Jesús nos dio una lección admirable de cómo unir el trabajo con la oración. La introducción al libro de la Liturgia de las Horas le propone como modelo de oración y trabajo: “su actividad diaria estaba tan unida con la oración, que incluso aparece fluyendo de la misma”. Y no se olvida de citar este pasaje de Mc 1,35, que leemos hoy (IGLH 4).

La Eucaristía, por ejemplo, va iluminando nuestra actividad y nos da fuerzas para realizarla desde Dios. Durante el momento de nuestra oración no olvidamos ciertamente a los destinatarios de nuestra misión. Como tampoco después, en medio del trabajo, olvidamos a Dios, que es quien nos envía y en cuyo nombre hablamos y actuamos.

DOMINGO 6 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

La primera lectura prepara el evangelio

Hoy es un día de esos en que la 1ª lectura necesita una monición, porque no se entiende que nos lean una página tan dura de la legislación del AT referente a los leprosos si no se anuncia antes que en el evangelio vamos a ver la diferencia de actuación entre lo que prescribía la ley y lo que hizo Jesús con el pobre leproso que se le acercó.

Esto nos sirve para darnos cuenta de lo que sucede los domingos del Tiempo Ordinario: hay una cierta unidad temática entre la primera lectura y el evangelio. Lo cual nos sirve también para ver qué aspecto del evangelio se ha querido resaltar cada vez.

Levítico 13, 1-2.44-46. *El leproso tendrá su morada fuera del campamento*

El libro del Levítico contiene una serie de prescripciones relativas al culto y a la vida de Israel. Entre ellas, las “reglas de la pureza legal”, que ocupan los capítulos 11-16 y de las que está tomada la página que leemos.

A los leprosos se les consideraba impuros y se les marginaba: debían vivir

fuera del campamento (están todavía en la etapa del desierto) y evitar todo contacto con la comunidad. La segregación se debía a la repugnancia que causaban y al peligro del contagio. Además, la tendencia del tiempo era atribuir la enfermedad a los pecados de la persona.

El *salmo* sigue con esta idea del pecado, que Dios perdona: “tú perdonaste mi culpa y mi pecado”, y agradece la diferencia que hay entre el trato que da la sociedad y lo que podemos esperar de Dios: “tú eres mi refugio, me rodeas de cantos de liberación”.

1 Corintios 10, 31 – 11,1. *Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo*

Es el último pasaje que leemos estos domingos de la primera carta de Pablo a los de Corinto.

Una primera consigna que les da es que todo lo que hagan –comer o beber o cualquier otra cosa–, lo hagan “todo para gloria de Dios”. Y otra, que eviten todo escándalo, o sea, una conducta que pueda ofender y provocar tentación a otros, tanto a los judíos como a los griegos o a los otros miembros de la comunidad.

Pablo se ha esforzado por cumplirlo él mismo, buscando el bien de todos y no el propio. Por eso se atreve a dar la última consigna: “seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo”.

Marcos, 1, 40-45. *La lepra se le quitó y quedó limpio*

El capítulo primero del evangelio de Marcos termina con el milagro de la curación de un leproso.

Es admirable la concisa oración del enfermo: “si quieres, puedes limpiarme”, así como la respuesta de Jesús: “quiero, queda limpio”. Una palabra que es eficaz inmediatamente y que va acompañada además de un gesto: “extendió su mano y le tocó”.

La seria prohibición que le hace Jesús de que no diga a nadie lo sucedido puede parecernos extraña, porque por otra parte le manda que se presente al sacerdote “para que conste”. El famoso “secreto mesiánico”, que se puede

llamar también “secreto de su filiación divina”, lo explica: Jesús no quiere que el pueblo se quede en una reacción superficial, que es lo que pasará si le toman sencillamente como un taumaturgo que hace milagros y no profundizan en el mensaje que les quiere transmitir. Por otra parte, no nos extraña que el leproso curado desobedeciera claramente la orden de Jesús.

–II–

Los leprosos de hoy

En el tiempo bíblico la lepra –parece que llamaban así prácticamente a todas las enfermedades de la piel– era la enfermedad más temida y la que más reacción contraria producía. En verdad causaba desfiguraciones y mutilaciones repulsivas. El libro del Levítico, como hemos visto, por higiene y también porque atribuían este mal a los pecados de la persona, prescribía una marginación realmente dura.

Hoy la lepra está más controlada, aunque todavía existe y en algunas partes en abundancia. Pero tiene como compañía otros males parecidos, como el sida, que invade grandes regiones del mundo.

También podemos pensar en otra serie de “leprosos” en nuestra sociedad. ¿No consideramos a veces “impuros” y catalogamos como indeseables, muchas veces injusta y despiadadamente, a grupos o categorías enteras que no gustan a la sociedad de los “puros” y de los “buenos”? La lista podría ser muy larga: los gitanos, los forasteros de color, los inmigrantes sin papeles, los que han tenido algún desliz y acaban de salir de la cárcel, las madres solteras, los jóvenes drogadictos? ¿Por qué a algunos de ellos les tachamos demasiado fácilmente como posibles delincuentes o malhechores?

Además hay grupos de personas que marginamos nosotros mismos, porque no son agradables de tener cerca o lejos, y de los que tal vez ni nos queremos enterar, aunque los tengamos muy cerca: los enfermos, los ancianos, las víctimas de la guerra o del terrorismo, los que sufren y mueren de hambre,

los discapacitados físicos o los disminuidos psíquicos... El mundo de hoy quiere ver sólo a los sanos, a los guapos, a los campeones: de los que han quedado últimos nadie se acuerda.

¿Cómo es nuestra actitud con ellos?

Hay varias maneras de reaccionar ante esas personas.

A veces las ignoramos sin más. Y queda “tranquila” nuestra conciencia. Otras, les aplicamos con rigor la legislación del Levítico: las marginamos y nos molesta que se acerquen a nosotros. Como aquellos israelitas, nos “defendemos” de ellos, no vaya a ser que nos contagien su mal. No nos damos cuenta que con eso no remediamos nada. Claro que lo contrario –ayudarles a integrarse– es incómodo.

O bien, está la manera de tratar a esas personas que nos ha enseñado Jesús. Realmente, como dice el prefacio de una de las Plegarias para diversas necesidades (la antigua V/c), “él manifestó su amor para con los pobres y los enfermos, para con los pequeños y los pecadores. Él nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento humano”.

Esto se ve muy bien en la escena de hoy. Jesús deja que se le acerque el leproso (cosa que estaba prohibida por la ley) y no sólo le atiende, sino que le toca con su mano y le cura con una palabra que se demuestra eficaz en grado sumo: “quiero, queda limpio”. ¡Cuántas veces le vemos atendiendo a esta clase personas marginadas: la samaritana, que era extranjera; Zaqueo, un recaudador de impuestos de mala fama, a cuya casa acude a comer; o cuando en casa del fariseo deja que una mujer también de mala fama le unja los pies! ¡Cuánto tiempo dedicó Jesús a los enfermos, según el evangelio, entre otros a varios leprosos más!

¿Cómo actuamos nosotros? ¿ayudamos a los que lo necesitan, “sintiendo lástima” como Jesús ante el leproso que se le presenta? ¿discriminamos a las personas que no nos gustan o las que en la sociedad se consideran como menos deseables? ¿qué sentimientos nos inspiran los pobres, los que han llegado en pateras a nuestra patria buscando un modo digno de vivir, los que no han podido adquirir una cultura mínima, los que han tenido fallos y

están siendo señalados con el dedo, con aquellos familiares nuestros que son menos simpáticos? ¿qué excusas esgrimimos para desentendernos de ellos: que son pecadores, que son culpables de lo que les pasa, que no nos toca a nosotros remediar todos los males de este mundo, que ya hay instituciones que se cuidan de ellos, que no sabemos si el dinero que pensábamos dar para las víctimas del Tsunami o de la campaña del 0’7 o del Domund llegará o no a los destinatarios...?

El Catecismo de la Iglesia Católica habla de “Cristo médico” y de la Iglesia que le intenta imitar: “La compasión de Cristo hacia los enfermos y sus numerosas curaciones de dolientes de toda clase son un signo maravilloso de que Dios ha visitado a su pueblo y de que el Reino de Dios está muy cerca. Jesús no tiene solamente poder para curar, sino también de perdonar los pecados: vino a curar al hombre entero, alma y cuerpo. Es el médico que los enfermos necesitan. Su compasión hacia todos los que sufren llega hasta identificarse con ellos: estuve enfermo y me visitasteis. Su amor de predilección para con los enfermos no ha cesado, a lo largo de los siglos, de suscitar la atención muy particular de los cristianos hacia todos los que sufren en su cuerpo y en su alma. Esta atención dio origen a infatigables esfuerzos por aliviar a los que sufren” (CCE 1503).

En efecto, es admirable la historia de la Iglesia en este aspecto. Ninguna otra institución se ha dedicado tanto a cuidar a los enfermos y a los marginados de la sociedad. Aún ahora, son muchos los cristianos ejemplares –misioneros, religiosas, voluntarios, enfermeras generosas, padres y familiares de ancianos o de discapacitados– que atienden con generosidad a esas personas, sobre todo a las incurables y las infecciosas.

¿En qué categorías estamos nosotros? ¿imitamos a Jesús en su actitud para con los enfermos y los marginados?

El punto de referencia, Cristo Jesús

Las cartas de Pablo son un buen “directorio” de actuación de una comunidad cristiana, con sus problemas y con los criterios de solución de estos problemas.

Nos irían bastante mejor las cosas si cumpliéramos lo que nos aconseja: que

todo lo que hagamos, sea “para gloria de Dios”, sin buscarnos a nosotros mismos. También si lográramos evitar lo que pudiera ser de escándalo –“piedra de tropiezo”– para otros. Todos somos débiles, pero si encima el hermano nos da mal ejemplo, nos sentimos todavía más débiles. Al revés, si en nuestra flaqueza tenemos el buen ejemplo del hermano que sigue fiel a su camino, aunque también a él le cueste, nos sentimos estimulados a ser más fieles también nosotros.

El modelo que pone Pablo es Cristo Jesús, a quien él intenta imitar en su actuación. Al decir “seguid mi ejemplo”, no se está poniendo a sí mismo como punto de mira última, sino que añade: “como yo sigo el de Cristo”.

La regla suprema para un cristiano es imitar a Cristo, ir adquiriendo su mentalidad. Si pensamos cada vez: ¿cómo actuaría ahora Jesús? ¿qué diría, qué pensaría, qué haría?, y contestamos sinceramente a esta pregunta, estamos en el mejor camino para que nuestra vida sea en verdad evangélica.

DOMINGO 7 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Cambio de panorama

Hoy empezamos a leer la segunda carta de Pablo a los Corintios, que nos acompañará durante ocho domingos.

Se trata de la comunidad cristiana que Pablo fundó en su estancia en aquella populosa ciudad griega entre los años 50-52. Esta carta se la escribe hacia el 57 y refleja temas muy vivos de aquella comunidad. Se nota también una apología encendida de su propio ministerio de apóstol, ya que algunos lo atacaban porque no era apóstol como los doce. Por tanto, corría peligro de que llegaran a menospreciar el evangelio que les había anunciado.

También en el evangelio hay un cambio de actitud. Los domingos anteriores hemos escuchado el capítulo primero de Marcos, que nos narraba éxitos y alabanzas a Jesús. En el capítulo segundo, que empezamos a leer hoy, siguen los prodigios, pero empiezan ya los signos de oposición. Marcos nos irá contando varias escenas de controversia de Jesús con los fariseos: no tanto porque sucedieran seguidas, sino agrupadas por él con una intención catequética. Esta vez es porque Jesús se atreve a decir que “perdona los pecados” al paralítico a quien cura de su mal.

Isaías 43, 18-19,21-22.24b-25. *Por mi cuenta borraba tus crímenes*

Probablemente es el “segundo Isaías” (los capítulos del 40 al 55) el que escribe la página que leemos hoy.

Es una petición insistente de Dios a su pueblo a que se renueve: “no penséis en lo antiguo”, “mirad que realizo algo nuevo: ya está brotando, ¿no lo notáis?”. Dios tiene planes de salvación: prepara la vuelta del destierro.

Pero el pueblo no responde como debería: “tú no me invocabas y me cansabas con tus culpas”. A pesar de eso, Dios siempre está dispuesto a perdonar: “yo era quien por mi cuenta borraba tus crímenes”.

Lo que no hacía el pueblo sí lo hace el *salmista*, suplicar humildemente a Dios: “sáname, Señor, porque he pecado contra ti”. Está lleno de confianza en que Dios le escuchará: “el Señor lo guarda y lo conserva en vida... me conserva la salud... ¡Bendito el Señor Dios de Israel!”.

2 Corintios 1, 18-22. *Jesús no fue primero “sí” y luego “no”: en él todo se ha convertido en un “sí”*

Algunos de Corinto acusaban a Pablo de que no había cumplido su promesa de ir a verlos. Le tachan de ligero, voluble, de ir cambiando según le conviene su “sí” en un “no”.

No sabemos el motivo por el que no llegó a realizar esa visita que les había prometido. Pero lo que le duele es que, con ocasión de ese episodio sin importancia, se esté desprestigiando su ministerio y su mensaje. Del episodio pasa a la categoría fundamental: la afirmación central es que en Cristo todo es “sí”, en él no hay ningún “no”, “en él todas las promesas han recibido un sí”. En él se encuentran el “sí” de Dios y nuestro “sí” o nuestro “amén”.

Marcos 2, 1-12. *El Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados*

Es simpático y lleno de intención teológica el episodio del parálítico a quien bajan por un boquete y a quien Jesús cura y perdona.

Admiramos, ante todo, la amabilidad y creatividad de aquellos “camilleros” que echan una mano al enfermo y logran llevarlo hasta la presencia de Jesús, que por su parte le da una doble salud, la corporal y la espiritual.

Empieza la reacción hostil de los escribas, porque además de curar, ha pronunciado una palabras que les parecen escandalosas: “¿ha blasfemado! ¿quién puede perdonar pecados, fuera de Dios?”. Jesús les contesta mostrando que si fuera un blasfemo, Dios no le concedería el poder milagroso de curar a un enfermo. Aquí se atribuye por primera vez el título de “Hijo del hombre”, un título mesiánico tomado del profeta Daniel.

También sigue la reacción favorable de muchos otros, que quedan atónitos ante el prodigio: “nunca hemos visto una cosa igual”.

-II-

Dios perdona: ¿y nosotros?

Es muy expresiva la página en que el profeta nos presenta a un Dios que está siempre dispuesto a perdonar el pecado de su pueblo, aunque este no se lo pida: “tú no me invocabas, ni te esforzabas por mí”. Más bien, seguía en su pecado: “me cansabas con tus culpas”. El perdón de Dios es previo, totalmente gratuito: “yo, yo era quien por mi cuenta borraba tus crímenes”.

En el evangelio se ve todavía con mayor relieve cómo el Enviado de Dios, perdona los pecados. Hoy se ve cómo Jesús ya empieza a revelar la hondura de su misión: no sólo viene a curar al leproso o al parálítico, sino también a perdonar el pecado: “tus pecados quedan perdonados”. Ha venido a eso. Dirá que no necesitan del salvador los santos, sino los pecadores. Como no necesitan del médico los sanos, sino los enfermos. Él ha venido a perdonar, no a condenar. Ha venido a salvar al hombre entero, a darle una liberación integral: la del cuerpo y la del alma.

¿Y nosotros? Ante todo, nosotros mismos nos deberíamos acercar con humildad y confianza a Dios y pedirle perdón, porque somos pecadores. A no ser que el mundo nos haya contagiado su falta de conciencia de pecado.

Si somos sinceros, reconoceremos que nuestra actuación está lejos de la santidad y tendremos que suplicar con el salmista: “sáname, Señor, porque he pecado contra ti”.

Deberíamos acoger con más confianza el perdón de Dios. La Iglesia sigue perdonando, sobre todo en el sacramento de la Reconciliación. Pero el sacerdote no perdona por su propio poder –los “escribas” tendrían razón en escandalizarse de nuevo– sino siempre “in persona Christi”, “habitado” por Cristo, que es quien actúa a través de él.

Además deberíamos adoptar una actitud de misericordia para con los demás. ¿Tenemos buen corazón? ¿podemos quedar tan tranquilos al ver a una persona que quiere cambiar de vida y le cuesta? ¿estamos dispuestos, si se da el caso, a perdonar? O sea, ¿somos como Jesús, fáciles en rehabilitar a las personas?

¿O quedamos retratados más bien en la actitud de los escribas, cómodamente sentados y que, sin echar una mano para colaborar, sí son rápidos en criticar a Jesús por lo que hace y dice? Seguro que a ellos les supo mal que trajeran a aquel enfermo y que se abriera aquel boquete y, sobre todo, que Jesús le perdonara –¿en nombre de quién?– los pecados. Ellos eran “los justos” y se mostraban siempre intransigentes con los demás, los “pecadores”.

Hay otro aspecto interesante. El evangelio nos invita a examinarnos, viendo la buena disposición de aquellos cuatro “voluntarios” que llevaron al enfermo ante Jesús: ¿a quién ayudamos en la vida? ¿a quién acercamos para que se encuentre con Jesús y le libere de sus males? ¿o más bien nos desentendemos, con la excusa de que no es nuestro problema, o que es difícil de resolver, o que hay tanta gente que no se puede llegar a todo?

El “sí” de Dios y el nuestro se encuentran en Jesús

Breve pero densa y significativa palabra: el “sí”, que también se puede traducir como “amén”.

Para Pablo es importante la historia del “sí” mutuo entre Dios y la humanidad. La iniciativa la tiene siempre Dios: es el “sí” *descendente*. Dios nos ha enviado a su Hijo como salvador de la humanidad. Jesús es el mejor

“sí” de Dios. El Apocalipsis le da precisamente este nombre: “así habla el Amén”.

Dios nos ha enviado también al Espíritu como vida y fuerza, como “sello y garantía”: Dios “nos ha ungido, nos ha sellado y ha puesto en nuestros corazones, como prenda suya, el Espíritu”.

En verdad Dios nos ha dicho de una vez por todas su “sí”. Lo había afirmado también Isaías. A pesar de que el pueblo no merecía esa misericordia de Dios, que se queja de ellos: “yo, yo era quien por mi cuenta borraba tus crímenes”. El amor de Dios es totalmente antecedente y gratuito.

Pero Pablo nos avisa de que a ese “sí” descendente debe corresponder el nuestro, el *ascendente*: “por él (por Cristo) podemos responder Amén a Dios”. Tanto el “sí” de Dios como el nuestro se encuentran en Cristo Jesús.

No sólo el día de nuestro Bautismo, por boca de nuestros padres y padrinos, sino nosotros mismos, a lo largo de la vida, vamos diciendo “sí” a Dios, del mismo modo que el “sí” del matrimonio o de la profesión religiosa se va concretando a lo largo de los días y los años. Cada año, en la Vigilia Pascual, personalizamos el compromiso del Bautismo con las renunciaciones y la profesión de fe.

Podemos preguntarnos con sinceridad: nuestra vida ¿es un “sí” o prácticamente un “no”? ¿o vamos cambiando según nos conviene? Tal vez se puede decir que nuestro “sí” es un “sí, pero...”. O como el “sí” del joven del evangelio, que prometió ir a trabajar, pero luego no fue.

Ya está brotando, ¿no lo notáis?

Dios, por medio del profeta, invita al pueblo de Israel, y a nosotros, a descubrir que él está realizando algo nuevo: “mirad que realizo algo nuevo: ya está brotando, ¿no lo notáis?”.

En aquel momento se refería a sus planes de vuelta del destierro a la patria. También en nuestro tiempo nos conviene escuchar un mensaje así de esperanza, para que no perdamos la ilusión y no nos dejemos llevar por el pesimismo, a pesar de todos los signos que nos puedan parecer negativos en la sociedad y en la Iglesia de hoy.

También es una invitación a no mirar atrás, sino adelante: “no recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo”. A veces vale la pena tener poca memoria. Si uno recuerda sólo lo malo, arrastra el pesimismo de un día para otro y le parecen irremediables muchos males. Dios mismo nos da ejemplo de “poca memoria”. La página de Isaías termina con estas palabras: “yo no me acordaba de tus pecados”.

No tengamos miedo a “lo nuevo”. No nos “instalemos” en lo ya conocido, en lo que sabemos hacer, ni nos conformemos con lo que ya tenemos. Deberíamos saber olvidar, abrir nueva página en nuestra historia, dar un voto de confianza a la vida, a las personas, a la humanidad, a la Iglesia, y sobre todo a nosotros mismos, y no desistir nunca de que podamos mejorar y alcanzar metas que nos pueden parecer ideales y hasta utópicas.

DOMINGO 8 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Los amigos del Novio y el ayuno

Siguen las controversias de Jesús con sus adversarios. El leccionario dominical se ha saltado la comida en casa de Leví (Mateo), que también provocó la protesta de los escribas y fariseos porque Jesús comía en casa de los considerados “pecadores”, los publicanos, los recaudadores de impuestos.

Hoy la discusión es por el ayuno, lo que le da a Jesús ocasión para identificarse a sí mismo con el Novio, y decir que, por lo tanto, “los amigos del Novio”, sus discípulos, no pueden ayunar.

Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo están impregnados de la gran noticia del amor de Dios, que se compara al Esposo de Israel en el AT, y del amor de Cristo, que se compara con el Novio de la nueva comunidad. Es una comparación muy expresiva y esperanzadora.

Oseas, 2, 16b.17b.21-22. *Me casaré contigo en matrimonio perpetuo*

El profeta Oseas, que vivió en el siglo VIII antes de Cristo en el reino del Norte, en tiempos de una gran crisis política y religiosa, vivió una doble experiencia: por una parte, en la vida personal, tuvo el drama de su mujer, que le era infiel, pero a la que él seguía queriendo e intentaba recuperar, y, por otra, la infidelidad manifiesta del pueblo de Israel hacia Dios, descrita como adulterio.

Oseas compara a Yahvé con el Esposo, que sigue amando a su esposa, Israel, a pesar de todos sus devaneos con otros dioses. Dios quiere que su pueblo vuelva a los tiempos del fervor primitivo, en el desierto, cuando acababa de salir de Egipto: “como en los días de su juventud, como el día en que la saqué de Egipto”. Dios está dispuesto a perdonar: “me casaré contigo en matrimonio perpetuo... me casaré contigo en fidelidad”.

El *salmo* muestra la confianza en un Dios que siempre está dispuesto a perdonar: “él perdona todas tus culpas”, y nos ofrece una magnífica “definición” de Dios que se repite varias veces en los salmos: “él es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia... como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles”.

2 Corintios 3, 1b-6. *Sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio*

Se ve que alguien atacaba la legitimidad del ministerio apostólico de Pablo, el convertido. En el fondo, le atacan porque no quieren aceptar su estilo de explicar el misterio de Cristo y la actitud aperturista que ha tomado para con los que se convierten del paganismo.

Pablo defiende su ministerio, porque quiere defender su mensaje. ¿Cuáles son sus “credenciales”, su “carta de recomendación” que justifica su legitimidad? No presenta ninguna carta escrita en papel, sino una escrita en los corazones, en las personas: “vosotros sois nuestra carta de recomendación”, “sois una carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo”.

En último término, no es mérito suyo, sino que todo es obra de Dios: “no es que por nosotros mismos estemos capacitados para apuntarnos algo, como realización nuestra... nuestra capacidad nos viene de Dios”.

Marcos 2, 18-22. *El novio está con ellos*

A continuación de la comida celebrada en casa de Leví, los adversarios de Jesús le critican porque no hace ayunar a sus discípulos.

La respuesta de Jesús puede parecernos extraña: “¿pueden ayunar los amigos

del novio mientras el novio está con ellos?”. Se compara a sí mismo con el novio: y ya se sabe que en una boda todo es fiesta y no cabe el ayuno. Eso sí, discretamente Jesús apunta a su futura muerte: “cuando se lleven al novio, aquel día sí ayunarán”.

Además, añade la afirmación de la novedad radical que él exige y que no han sabido descubrir sus enemigos: como el paño nuevo no admite remiendos de tela vieja, y como el vino nuevo requiere odres también nuevos, así su venida como enviado de Dios requiere novedad de actitud.

—II—

Cristo, el Novio

Además de Oseas, son varios los profetas, como Isaías y Jeremías, que comparan el amor que Dios tiene a su pueblo al de un esposo.

En la página de hoy se describe cómo Yahvé “corteja” a Israel y la quiere llevar de nuevo a la soledad del desierto, recordando tiempos en que ella sí estaba enamorada de Dios, aunque luego le fuera repetidamente infiel. Pero Dios la sigue queriendo como esposa para siempre.

En el Nuevo Testamento hay varias comparaciones para describir la relación de Cristo con la Iglesia: él es, por ejemplo, la Cabeza, y la Iglesia su Cuerpo. Hoy se compara esta relación con el amor y la unión entre los esposos. Cristo es el Novio, el Esposo. El Apocalipsis, en uno de los momentos culminantes de su dramática descripción de la lucha entre el bien y el mal, canta gozosamente las bodas del Cordero con su Esposa, la Iglesia.

¿Se nota que somos “amigos del Novio”?

Este mensaje de la Palabra de Dios suscita para nosotros unos interrogantes estimulantes.

Ante todo, ¿se nos nota en la cara a los cristianos que somos “amigos del Novio” y que estamos invitados a una boda? ¿entendemos nuestra relación

con Jesús como relación de fiesta y alegría? ¿se nos conoce que estamos envueltos por el amor de Dios que se nos ha manifestado en él? ¿o más bien nuestra fe está movida por el miedo o el mero cumplimiento formalista de una ley? El cristianismo es fiesta y comunión.

Y nosotros, como personas y como comunidad cristiana, ¿somos fieles al amor de Cristo? En un tiempo en que la vida matrimonial aparece particularmente frágil e inestable, ¿también nosotros, en nuestra relación con Cristo, nos permitimos escapadas y devaneos extramatrimoniales que rozan con lo que la Biblia llama “adulterio”?

En todo caso, también va para nosotros la voz emocionada de Dios que nos quiere “reconquistar” y nos invita a volver al fervor primero, al amor original. Nos invita a recomenzar, a mirarle de nuevo con ojos enamorados, abandonando nuestros particulares “baales” o dioses extraños a los que estamos siempre tentados de seguir. También va para nosotros la palabra de ánimo del salmo, que nos habla de un Dios que perdona, que cura, que es compasivo y misericordioso, que siente ternura por sus fieles.

Sentido del ayuno para los cristianos

Si somos “amigos del Novio”, ¿tenemos que ayunar alguna vez?

Los judíos ayunaban dos veces por semana, los lunes y los jueves, dando a esa práctica un tono de espera mesiánica. También el ayuno del Bautista y sus seguidores apuntaba a la preparación de la venida del Mesías.

Ahora que ha llegado ya, Jesús parece decir que no tiene sentido dar tanta importancia al ayuno, si se entiende como signo de que todavía no ha venido. Él es el Novio, y por tanto los discípulos están de fiesta: mientras él esté con ellos, no ayunan. Ya ayunarán cuando les sea arrebatado.

Estas palabras, que parecen desautorización del ayuno, no lo son en realidad. Ya dijo él: “no he venido a abolir la ley, sino a llevarla a su cumplimiento”. Aquí a Jesús le interesa subrayar que han llegado ya los tiempos mesiánicos, el cambio que supone su venida, y la alegría y la fiesta que todos deberían sentir. Si la comunidad cristiana continuó ayunando después de Cristo, no fue porque siguieran esperando al Mesías, sino por otras razones.

El ayuno puede tener diversos sentidos. Muchos ayunan por obligación, porque no tienen nada para comer. Más de la mitad de la humanidad está en esta situación. Otros ayunan porque el médico les ha recomendado hacerlo, para perder peso. Otros, porque se lo exige su puesta en forma para el deporte. Otros, porque con su “huelga de hambre” quieren llamar la atención sobre alguna reivindicación que quieren ver satisfecha. También tiene una motivación significativa el “ayuno voluntario” que realizamos un día al año, para estimular nuestra solidaridad con los más pobres.

Aquí hablamos del ayuno por motivos religiosos. Como el que practican los judíos sobre todo en la fiesta de la Expiación, y otras grandes religiones por diversos motivos.

La comunidad cristiana continuó ayunando después de la Pascua del Señor. Lo hacía el viernes, como recuerdo de la muerte de Cristo, y los miércoles, seguramente porque en la noche del martes al miércoles es cuando parece que fue detenido Jesús y empezó su pasión. No lo hacían, por tanto, porque siguieran esperando al Mesías, sino en relación a su pasión y muerte. Es el ayuno que practicamos en Cuaresma y, sobre todo, el Viernes y Sábado Santos, como preparación inmediata a la Pascua.

Además, nos viene muy bien ayunar a los que vivimos en países más ricos. Significa saber renunciar a algo, sobre todo si luego damos el producto del ahorro a los más necesitados. Ayunar es saber controlar nuestras apetencias y defendernos con libertad interior de las continuas invitaciones del mundo al consumo de bienes que no suelen ser precisamente necesarios. Por ascética. Por penitencia. Por terapia purificadora. También porque estamos en el tiempo en que la Iglesia “no ve a su Esposo”, en la espera de su manifestación final.

Ahora bien, el ayuno no es un “absoluto” en nuestra fe. Lo primero es la fiesta, la alegría, la gracia y la comunión. Lo prioritario es la Pascua, aunque también tengan sentido el miércoles de ceniza y el Viernes Santo. El ayuno no debe disminuir el tono festivo, de celebración nupcial de los cristianos con Cristo, el Novio.

Vino nuevo en odres nuevos

Otra llamada importante del evangelio de hoy es a la novedad que debería suponer en nuestra vida la venida de Jesús.

Ya en el AT se anunciaban tiempos nuevos: Jeremías hablaba de la “nueva Alianza” que Dios iba a sellar con su pueblo. Ezequiel anunciaba que Dios iba a concedernos un nuevo corazón y un nuevo espíritu. Isaías prometía unos cielos nuevos y una tierra nueva.

Y llegó Jesús, el Enviado de Dios, la novedad radical. El que iba a sellar entre Dios y la humanidad una Alianza Nueva. Es a lo que apunta lo de la ausencia de ayuno, y sobre todo la comparación del paño nuevo, que no admite remiendos viejos, y el vino nuevo, que exige unos odres adecuados.

La novedad se llama Cristo: su mentalidad, su estilo de vida. Los contemporáneos de Jesús no es que no entendieran, sino que no querían entender que la llegada del Mesías suponía un cambio: que no admitía seguir con la mentalidad antigua, con unos pequeños remiendos. O querer conservar el vino nuevo que era Cristo –el vino nuevo al final, como en las bodas de Caná– en odres viejos, o sea, con la misma mentalidad que tenían antes. El programa que ofrecía Cristo no era compatible con el viejo judaísmo, o con la idea que Pedro y los demás discípulos tenían del mesianismo más o menos social y político.

Puede no gustarnos tampoco a nosotros esta llamada a la novedad. Lo nuevo resulta incómodo. No queremos muchos cambios cuando nos hemos instalado en un modo de pensar y de hacer. Además, este cambio que nos exige Jesús a sus seguidores –la Palabra de Dios que vamos escuchando en cada Eucaristía no nos “deja en paz”– se refiere no a pequeños detalles, sino a nuestra mentalidad, a nuestros métodos, a nuestro estilo de vida, a nuestro modo de juzgar los acontecimientos y las personas. Como discípulos de Cristo, hemos de aceptar que tenemos que ver las cosas y actuar de diferente manera que los no cristianos.

Las credenciales de un apóstol

Pablo no se defiende a sí mismo, sino su ministerio, porque si se desautoriza este, queda desautorizado su mensaje, el evangelio que él predica, que a algunos –los llamados “judaizantes”, apegados todavía a los “odres viejos” de la ley mosaica como obligatoria para todos– parece no gustarles.

La relación entre la comunidad y sus ministros es delicada. El ministro es mediador del evangelio, preside su oración y guía pastoralmente la vida de la comunidad. Si la comunidad, por una razón u otra, no acepta su persona, es difícil que acepte su ministerio.

Por eso Pablo habla de “carta de recomendación” o de “credenciales” que él puede aportar para justificar su identidad de apóstol, aunque no perteneciera al colegio inicial de los doce y fuera un “convertido”. Para él es la misma comunidad su mejor recomendación.

Mirando a nuestras comunidades –la parroquial, la religiosa, la diocesana–, ¿se podría decir que somos la “carta de recomendación” de la Iglesia? ¿que el que ve nuestro modo de vida se da cuenta en seguida de que actuamos conforme a Cristo? ¿somos en verdad una “carta de Cristo” escrita para que la lea este mundo? ¿una carta escrita, no sobre piedra, como la de Moisés, o en papel y con tinta, sino en las personas mismas, en nuestro estilo de vida? ¿somos en verdad una comunidad misionera y evangelizadora?

Cuando celebramos la Eucaristía, somos invitados siempre a la “novedad” de que nos habla el evangelio, porque participamos de ese cáliz que es la “Sangre de la Nueva Alianza”.

Además somos invitados también a participar de la “boda del Cordero”. A eso se refiere la invitación que nos hace el sacerdote para que nos acerquemos a comulgar: “dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero”, como podría haber sido la traducción del latín: “*beati qui ad cenam Agni vocati sunt*”.

porque tenían hambre. Pero además Jesús afirma que “el sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado” y, cosa que les debió saber aún peor: “el Hijo del hombre es señor también del sábado”.

Para acabar de provocarlos, Jesús cura a uno que tenía un brazo paralítico, y lo hace en la sinagoga y en sábado. La reacción de los fariseos, esta vez aliados con los herodianos, es la decisión de acabar con Jesús.

–II–

No es el hombre para el sábado

La ley del sábado era –y sigue siendo– muy importante para los judíos. Su violación la consideraban como una auténtica apostasía y suponía a veces la pena de muerte. Para algunos maestros espirituales judíos, no es que ellos hayan conservado el cumplimiento del sábado, sino que ha sido la observancia del sábado la que les ha conservado a ellos en su identidad creyente, en medio de una sociedad muchas veces hostil y tentadora.

El sentido de guardar el sábado es orientar la vida a Dios. Los dos motivos –que Dios descansó el día séptimo (“sábado, sabbath” significa “descanso”), y que liberó a su pueblo del trabajo esclavizante de Egipto– suelen ser los que invoca la Biblia para justificar la importancia de este descanso del sábado. Este día es un recordatorio semanal de la actuación del Dios Creador y Liberador, y un reconocimiento de que Dios es el Señor del tiempo y de la historia. Es un día, por tanto, para honrar a Dios.

Jesús no desautoriza esta ley. Él mismo aparece repetidamente cumpliéndola. Pero sí la matiza. Ante todo, no la presenta como “absoluta”. Pone el ejemplo de una ley del AT que parecía sagrada –no se refería al sábado, sino a otra norma del culto: la reserva de unos panes para el uso de los sacerdotes– y razona que esa ley puede ceder ante otro valor mayor: la supervivencia de David y los suyos.

Jesús defiende la ley del sábado de las interpretaciones claramente exageradas que hacían de ella las escuelas rabínicas de su época. Por ejemplo,

¿cómo pueden adoptar una postura tan crítica porque los discípulos cojan unas espigas del campo? ¿o porque él en sábado extienda su mano hacia el enfermo y lo cure con una palabra? Los rabinos habían complicado lo que de por sí era sencillo y razonable, y la lista que habían compuesto de “ocupaciones prohibidas en sábado” era larguísima.

La frase de que “el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado” es de sentido común: la ley no quiere esclavizar al hombre, sino ayudarlo. La ley está para beneficio del hombre, para guiarle hacia su bien. Aunque lo que debió indignar más a sus adversarios es lo que afirmó Jesús a continuación: “el Hijo del hombre es señor también del sábado”. Esto sí que era “predicar con autoridad”, que es lo que había maravillado a la gente desde el principio.

Los fariseos, muy cumplidores de la ley ellos, eran capaces de quedarse mano sobre mano, sin atender al enfermo, apoyados en la ley del descanso sabático. No nos extraña la “mirada de ira” que Jesús les dirigió cuando se quedaron callados ante su pregunta de si podía curar a ese enfermo o no. Lo de “mirada de ira” a veces intentamos maquillar diciendo que debía ser “de santa ira”. Pero Marcos no pone lo de “santa”. Era, sencillamente, que Jesús quedó indignado al ver que daban prioridad a una ley interpretada a su modo antes que practicar la caridad con el necesitado.

También nosotros, la Iglesia de Jesús, deberíamos examinarnos de si a veces hemos interpretado la ley, esta vez la cristiana, de una manera exagerada, anteponiéndola a otros valores superiores. La ley es buena, ayuda a nuestra debilidad y en el fondo busca nuestro bien. Pero no es necesariamente absoluta. Una cosa es obedecer la ley de Dios y otra, el legalismo, la casuística caprichosa que pasa por encima del sentido común y del bien de la persona.

Hay veces en que la “letra” parece que ha matado al “espíritu”, también en nuestro mundo cristiano. Baste recordar la interpretación que se había llegado a hacer de la ley del ayuno eucarístico, a partir de medianoche. Daba la impresión que cumplir esa ley –incluida la prohibición de tomar ni siquiera agua– era más importante que el mismo don de poder comulgar con Cristo. O la casuística que se había creado en torno a la ley del descanso dominical, con el cómputo de qué obras eran “serviles” y cuáles no, y cuántas horas se podían dedicar a ellas.

Tendríamos que recordar lo que se decía antes: “sacramenta propter homines”. Los sacramentos están para los hombres, y no los hombres para los sacramentos. Las cosas no son importantes porque están mandadas, sino que están mandadas porque son importantes.

Los valores del domingo cristiano

La primera comunidad cristiana, aun respetando el sábado como una institución sagrada, adoptó el domingo –“el primer día después del sábado”– como su día de fiesta y de culto.

El domingo, primer día de la semana, es el día del comienzo de la creación. Es también el primer día de la vida nueva de Cristo Resucitado, y el primer día de la Iglesia, llena del Espíritu el día de Pentecostés, que también fue el primer día de la semana. Es, por tanto –y son aspectos teológicos que subrayaba muy bien Juan Pablo II en su carta apostólica *Dies Domini* de 1998– el día de Dios Padre, de Cristo Jesús y del Espíritu. No es de extrañar que fuera el día elegido por los cristianos para su fiesta, para su reunión y para la celebración de la Eucaristía.

El domingo tiene unos *valores humanos* muy a tener en cuenta. Es el día de la alegría, el día de fiesta. Por ejemplo, con el “descanso dominical”. El descanso del domingo ha sido una conquista social que se ha ido consolidando a partir del siglo XIX. Por desgracia, muchas personas tienen que “descansar”, el domingo y los otros días, porque no han conseguido trabajo, o al menos no un trabajo estable y digno. Para los cristianos que sí tienen la suerte de haberlo encontrado, este descanso se considera como una “liberación del trabajo”, en el sentido de que una persona no debe ser esclava de la máquina, o de la cadena de producción, sino que debe saber cultivar también otros valores, como la paz interior, la cultura, la vida de familia, el deporte, el arte, el goce de la naturaleza, etc., que le ayudan a realizarse en toda su dignidad humana.

La nueva formulación de los deberes de un cristiano en domingo, del Código de Derecho del año 1983, es bastante diferente de la anterior: “El domingo los fieles tienen obligación de participar en la Misa y se abstendrán además de aquellos trabajos y actividades que impidan a) dar culto a Dios, b) gozar

de la alegría propia del día del Señor c) o disfrutar del debido descanso de la mente y del cuerpo” (c. 1247). Lo del “debido descanso de la mente” en latín suena como “debitam mentis ac corporis relaxationem”. O sea, el Código “manda” vivir en alegría toda la jornada del domingo, y también se preocupa de la salud mental y corporal de los cristianos. Es el “día del Señor”, pero también es el “día del hombre”.

Naturalmente, también son importantes, y prioritarios, los *valores cristianos*. Acabamos de leer que lo primero que recuerda el Código es la participación en la Eucaristía comunitaria. Porque es el momento más expresivo de nuestra identidad cristiana, como seguidores de Jesús y miembros de su comunidad. Pero además el domingo es un día para honrar a Dios de otras maneras: con la oración, con la Liturgia de las Horas también comunitaria, con la caridad hacia las personas más necesitadas: por ejemplo la visita a los ancianos o enfermos. Es el “día del hombre”, pero es también el “día del Señor”. Es el día en que una persona se puede encontrar más serenamente consigo misma, con su familia, con la comunidad y con Dios.

Llevamos en el cuerpo la muerte y la vida de Jesús

Pablo, reflexionando sobre su propio ministerio apostólico, reconoce quién le da fuerza para resistir a tantas contradicciones: “una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros”.

Además dirige su pensamiento, como siempre, hacia su punto de referencia preferido: Cristo Jesús. Nos da a nosotros también un hermoso ejemplo de cómo interpretar nuestra vida, en la que seguramente habrá, aunque no tantos como en la suya, momentos de dificultad. Tal vez no podamos afirmar de nosotros con tanta verdad como en su caso que “nos aprietan pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; nos derriban, pero no nos rematan...”.

Lo que sí podremos concluir, como él, es que tanto los momentos de luz como los de sombra, tanto los fáciles como los difíciles, reflejan y actualizan la gran experiencia de Cristo Jesús, que pasó a su nueva existencia a través de la muerte. Podemos decir como Pablo que “llevamos en el cuerpo (en nuestra persona, en nuestra existencia) la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”.

También nosotros nos unimos a la muerte de Jesús, para salvación de la humanidad, con nuestro sufrimiento y nuestro esfuerzo, y experimentamos en nuestra propia historia la vida de Cristo. Ser seguidores de Cristo no es sólo creer en él –que es Dios y hombre verdadero, por ejemplo– sino seguir sus pasos. Ya nos dijo él que el que le quiera seguir debe tomar su cruz cada día y seguirle. Así contribuimos también a la salvación de la humanidad.

DOMINGO 10 DEL TIEMPO ORDINARIO

–I–

Un evangelio que interpela

A medida que vamos entrando más en las páginas del evangelio de Marcos notamos la creciente oposición de los fariseos y escribas contra Jesús.

Cuando Marcos escribió su evangelio, ya se había producido la ruptura entre la comunidad cristiana y la sinagoga. Su intención no era sólo narrar cosas, sino interpelar a la generación de cristianos a la que dedicaba su escrito, para que se sintieran estimulados a imitar a Cristo en su actuación y aprender también de la manera de obrar de los primeros discípulos.

Por eso los que seguimos leyendo sus páginas no nos extrañamos de que haya dificultades y turbulencias en nuestra vida, como las tuvo el mismo Jesús.

Lo mismo nos sucede con los escritos de Pablo, por ejemplo la segunda carta a los Corintios que estamos leyendo estos domingos. Es el retrato de los valores y dificultades de una comunidad de hace dos mil años, pero los consejos de Pablo nos sirven también a nosotros con sorprendente actualidad.

Génesis 3, 9-15. *Establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer*

El Génesis tiene un estilo propio de contarnos, en clave religiosa y no científica, el origen del mundo y de la humanidad, y también –como vemos hoy– de la existencia del mal y del pecado.

La escena de hoy –que también leemos en la fiesta de la Inmaculada– está descrita con gran viveza. Cada uno echa la culpa al otro, y el pasaje se detiene en la culpa de la serpiente, a la que se la “castiga” –siempre el mal se considera consecuencia del pecado– a “arrastrarse sobre el vientre y comer polvo”.

Pero lo principal que se nos dice es que Dios anuncia “enemistades entre la descendencia de la mujer y la de la serpiente”, lenguaje misterioso que nosotros ahora interpretamos como cumplido plenamente en Cristo Jesús.

El *salmo* –el famoso “de profundis”– subraya sobre todo la confianza del pecador en el perdón de Dios: “desde lo hondo a ti grito, Señor... si llevas cuenta de los delitos... pero de ti procede el perdón... del Señor viene la misericordia y la redención copiosa”.

2 Corintios 4, 13 – 5, 1. Creemos y por eso hablamos

Pablo sigue reflexionando sobre su ministerio en medio de la comunidad, que muchas veces se encuentra con tribulaciones y dificultades.

Estas dificultades tendrán una cosecha fecunda cuando Dios quiera: “una tribulación pasajera y liviana produce un inmenso e incalculable tesoro de gloria”. Pero está también la fragilidad humana y la amenaza continuada de la muerte. También para esto tiene respuesta: “si se destruye este nuestro tabernáculo terreno, tenemos un sólido edificio construido por Dios”, “lo que se ve es transitorio, lo que no se ve es eterno”. Sobre todo para los que creemos en la resurrección de Cristo: “quien resucitó al Señor Jesús también con Jesús nos resucitará a nosotros”.

Pablo nos da una consigna breve y densa, que resume su vida: “creí, por eso hablé”.

Marcos 3, 20-35. Satanás está perdido

La página de Marcos que leemos hoy abarca varios episodios y temas, más o menos relacionados entre sí.

Ante todo, los familiares de Jesús –en hebreo, el término “hermanos” puede

significar también primos, tíos y demás familiares– quieren hacerse cargo de él, porque piensan que exagera en la entrega a su misión, hasta el punto de no tener ni tiempo para comer. Este episodio referente a la familia de Jesús es Marcos el único que lo narra.

Pero es más fuerte la oposición de los fariseos, que afirman que Jesús está como endemoniado y que actúa en virtud de un pacto con el jefe de los demonios. Jesús, que no suele entrar en discusión con sus enemigos, esta vez lo hace, y le cuesta bien poco dejar en evidencia la falta de lógica de lo que le achacan: Satanás no puede luchar contra Satanás.

La última escena tiene también como protagonistas a los familiares de Jesús –esta vez se dice que estaba también su madre–, pero ahora en un contexto diferente. No vienen a llevárselo porque estén preocupados por él, sino que quieren verle, y dan ocasión a Jesús para afirmar quiénes forman su verdadera familia: los que cumplen la voluntad de Dios.



Reacciones ante Jesús

El joven profeta Jesús no lo tuvo fácil. Las gentes le aplaudían, pero a veces era por interés, porque curaba enfermos y multiplicaba panes. Los apóstoles le siguieron, pero no le entendían en profundidad. Los enemigos le acechaban continuamente y le interpretaban todo mal.

Hoy vemos que tampoco sus familiares –primos, allegados, paisanos– le entienden: “decían que no estaba en sus cabales” (o que había perdido la cabeza), porque su dedicación al ministerio era tal que “no le dejaban ni comer”. Además, les debieron asustar las afirmaciones tan sorprendentes que hacía, perdonando pecados y relativizando instituciones tan sagradas como el sábado, así como también el ver cómo crecía el grupo de seguidores que se formaba a su alrededor. Podían pensar también en el honor de la familia, que quedaría perjudicado si la misión de Jesús quedaba en descrédito.

A Jesús le dolería ciertamente esta cerrazón de sus paisanos y familiares.

Que sus familiares no creían en él lo dice también el evangelista Juan: “ni siquiera sus hermanos creían en él” (Jn 7,5). Entre estos familiares críticos, no podemos ni pensar que pudiera estar también su madre, María, la que, según Lucas, “guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” y a la que ya desde el principio pudo alabar su prima Isabel: “dichosa tú, porque has creído”.

Peor era la actitud de los fariseos, que incluso se atrevieron a atribuir sus milagros a su confabulación con los mismos demonios. ¿Cómo puede uno ser “endemoniado” y “exorcista” a la vez? ¿cómo puede Jesús liberar de la posesión demoníaca precisamente en nombre del jefe de los demonios? Llama la atención en el evangelio la poca consistencia que suelen tener los argumentos con los que critican los enemigos a Jesús.

También en el mundo de hoy podemos observar toda una gama de reacciones ante Cristo. Desde el entusiasmo superficial hasta la oposición radical y displicente, también a veces con argumentos que no tienen ninguna verosimilitud histórica, pero que pueden tener una cierta apariencia científica y engañar a muchos, sobre todo si tienen un carácter morboso.

Pero más que las opiniones de los demás, nos interesa preguntarnos cuál es nuestra postura personal ante él. Marcos escribe para unos lectores de la generación siguiente, y parece interpelarnos a todos: “y vosotros, ¿qué postura adoptáis ante este Jesús?”. Ciertamente no somos de los que niegan a Jesús o le tildan de fanático o de aliado del demonio. Al contrario, no sólo creemos en él, sino que le seguimos y vamos celebrando sus sacramentos y meditando su Palabra. Pero también podemos preguntarnos con sinceridad: ¿le seguimos de verdad, o sólo decimos que le seguimos, porque llevamos su nombre y estamos bautizados en él? ¿tenemos tal vez miedo de comprometernos plenamente en su seguimiento? Seguir a Jesús es aceptar lo que él dice: no sólo lo que va de acuerdo con nuestros gustos, sino también lo que va contra las apetencias de este mundo.

Existe el pecado y el mal

Desde la primera página de la historia aparece el mal y el pecado. En la Biblia se interpreta el mal, no como consecuencia de la voluntad de Dios—“vio Dios

lo que había creado y era muy bueno”—, sino del desorden que el pecado ha introducido en el plan de Dios. El pecado ha producido la desarmonía que experimentamos en muchas direcciones: aquí, el que la serpiente tenga que arrastrarse por tierra; pero en la misma escena se habla también de que la mujer tenga que dar a luz con dolor y que el hombre tenga que ganarse el pan con sudor. Más tarde se interpretará también en la misma dirección la catástrofe del diluvio.

Los conflictos siguen ahora. No hay armonía ni cósmica ni humana, ni paz interior en cada uno, ni justicia, ni verdad. Sigue el desfase, y en un grado escandaloso, que no nos puede dejar tranquilos.

Y sucede lo mismo que en aquella primera escena: cada uno echa la culpa a otro. Adán parece echarle la culpa al mismo Dios: “la mujer que me diste como compañera...”. Tendemos a echar la culpa de nuestra conducta a otros: al ambiente, a las instituciones, al mundo de hoy, a los medios de comunicación, al influjo de la mayoría social... Nos cuesta entonar el “mea culpa”.

Puede que también hoy siga existiendo ese pecado especial que aparece en el evangelio de hoy: el “pecado contra el Espíritu Santo”, que, según Jesús no tiene perdón. No se trata de un pecado más grave que otros. La “blasfemia contra el Espíritu” es la actitud de los que prefieren la oscuridad a la luz, de los que cierran voluntariamente los ojos ante la luz evidente. Ellos mismos rechazan la posibilidad de todo perdón.

Es bueno reconocer el mal que hay, tanto en la historia de la sociedad y de la Iglesia como en la particular de cada uno de nosotros. Y avergonzarnos, como Adán, si tenemos conciencia de que a veces somos débiles y caemos en pecado. Eso nos hace relativizar nuestro orgullo humano.

Todo ello con confianza. En el Génesis leemos las palabras de esperanza que pronuncia Dios. Dios no cierra nunca del todo las puertas al futuro. Nosotros sabemos que la victoria de Cristo sobre el mal ya ha sucedido en la Pascua y que nosotros estamos llamados a participar en ella. Por eso decimos con el salmo: “mi alma espera en el Señor... él redimirá a Israel de todos sus delitos”.

¿Luchamos contra el mal?

Ante este mal que existe, en nosotros y en la sociedad, ¿adoptamos una actitud clara de lucha, como la de Jesús?

Jesús vino a vencer al mal y al pecado, a quitar el pecado del mundo. La parábola con que él contesta a sus enemigos habla de un “fuerte” contra el que no se puede luchar a no ser que uno sea “más fuerte”. En todo el contexto se ve que el “más fuerte” es Jesús mismo, que perdona pecados y que libera a los posesos de la fuerza demoníaca que les esclaviza.

No podemos contentarnos ahora con una postura de pasividad, de indiferencia, de fatalismo perezoso, o de apatía cobarde. Sabemos que la victoria final es segura, por obra del Resucitado, el vencedor del maligno, el que el libro del Génesis anunciaba que lograría herir en la cabeza a “la serpiente”. Pero también experimentamos que en nuestra vida sigue la lucha. La guerra ya está ganada, pero todavía hay batallas que librar.

A los seguidores de Jesús se nos invita a una actitud de lucha, para que el mal (el maligno) no triunfe en este mundo ni en nosotros mismos. Esta lucha supone muchas veces ir contra corriente, sin dejarnos arrastrar por las estadísticas o la moda mayoritaria. En la Vigilia Pascual se nos pregunta oficialmente, cada año, si renunciamos al pecado y al mal, o sea, si renunciamos al demonio y sus tentaciones, y contestamos con convicción: “sí, renuncio”. Ser bautizados no es sólo haber inscrito nuestro nombre en el registro eclesial. Es estar comprometidos en una lucha continua contra el mal en nuestras vidas.

Esta batalla, aunque a veces la perdamos, porque somos débiles, la tenemos que llevar a cabo con confianza y esperanza, porque estamos del lado del Más Fuerte, el que venció las tentaciones del desierto, el que liberó a tantos poseídos por el mal, el que entregó su vida para salvar del pecado y del mal a la humanidad.

El sentido cristiano de la vida y de la muerte

Pablo sigue reflexionando, a partir de su propia experiencia, sobre lo que es la vida de un apóstol y también de una comunidad cristiana.

En la vida de un cristiano, sea ministro o simple fiel, hay momentos de dificultad que a veces le hacen desanimarse. Ante estas dificultades, de las que Pablo tiene amplia experiencia, para él hay una respuesta: los esfuerzos que se hagan para superarlas tienen sentido, “todo es para vuestro bien”, y cuantos más “reciban la gracia, mayor será el agradecimiento, para gloria de Dios”. Vale la pena sufrir un poco porque ese sufrimiento puede ser fecundo en verdad: “una tribulación pasajera y liviana produce un inmenso e incalculable tesoro de gloria”.

Pero hay otro “enemigo” que también amenaza al ministerio de Pablo y la fidelidad de los cristianos: su caducidad y el pensamiento de la muerte. También ante la muerte tiene Pablo claves sólidas. A pesar de nuestra fragilidad, vale la pena seguir trabajando. Ante todo, porque en nuestra vida y en nuestra muerte nos unimos al destino de Cristo: “sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también con Jesús nos resucitará”. Además, “aunque nuestro hombre exterior se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva día a día”, y la perspectiva siempre es la vida eterna: “lo que se ve es transitorio, lo que no se ve es eterno”. La perspectiva desde la que Pablo ve el final de la vida es válida para todos: “si se destruye este nuestro tabernáculo terreno, tenemos un sólido edificio construido por Dios...”.

Nosotros somos la familia de Jesús

La respuesta de Jesús a la “petición de audiencia” por parte de su madre y familiares puede parecernos un poco dura. Suponemos que en efecto les recibió. Pero Jesús quiere dejar claro que no es la cercanía de la sangre la que decide el auténtico parentesco con él. Como no es lo principal ser descendientes de Abrahán según la carne, sino imitadores de su fe, para pertenecer en verdad al pueblo elegido de Dios.

La nueva comunidad que se está formando en torno a él no va a tener como valores determinantes ni los lazos de la sangre ni los de la raza. Paseando la mirada por el grupo de sus discípulos dijo: “el que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre”.

Lo cual no va ciertamente en descrédito de su madre. Si de alguien se puede decir que “ha cumplido la voluntad de Dios”, es de ella, la que respondió

al mensajero de Dios: “hágase en mí según tu Palabra”. Ella es la mujer creyente, la totalmente abierta y disponible ante Dios. Incluso antes que su maternidad física, tuvo María de Nazaret ese otro parentesco que aquí anuncia Jesús, el de la fe.

Los que seguimos a Jesús y somos sus discípulos, pertenecemos a su familia, hemos entrado en la comunidad nueva del Reino. Esto nos hace decir con confianza la oración que él nos enseñó: “Padre nuestro”. María es para nosotros una buena maestra, porque fue la mejor discípula en la escuela de Jesús y nos señala el camino de la vida cristiana: escuchar la Palabra, meditarla en el corazón y llevarla a la práctica en la vida.

La Eucaristía la empezamos normalmente con un “acto penitencial”, un acto de humildad en el que reconocemos nuestra debilidad y pedimos la clemencia de Dios. En las lecturas, la Palabra de Dios nos ayuda a discernir dónde está el camino del bien y dónde el del mal. En el Padrenuestro le pedimos siempre: “líbranos del mal (o del maligno)”. Cuando nos invitan a comulgar, nos dicen que con quien vamos a entrar en comunión es “el que quita el pecado del mundo”. Vamos por buen camino para ser dignos miembros de la familia de Jesús.

DOMINGO 11 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Todo se lo exponía con parábolas

Aunque el evangelista Marcos es más propenso a narrar los hechos de la vida de Cristo que sus discursos, también tiene algunos capítulos en que nos ofrece la enseñanza de Jesús: por ejemplo todo el capítulo 4º, en que condensa unas parábolas.

Estas parábolas presentan una pedagogía admirable para que la gente entienda lo que es el Reino de Dios: “el Reino de Dios se parece a...”. .

En este capítulo, Marcos narra la parábola del sembrador y, más brevemente, la de la lámpara y la de la medida. Y termina diciendo: “con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender”.

Son comparaciones tomadas de la vida del campo o de la sociedad de su tiempo. Ciertamente no nos cuesta mucho a nosotros aplicarlas a nuestra vida cristiana de ahora.

Ezequiel 17, 22-24. *Ensalzo los árboles humildes*

Ezequiel es un profeta que compartió con el pueblo el destierro de Babilonia, en el siglo VI antes de Cristo. Comunica al pueblo cuáles son los planes salvadores de Dios, para animarles en su fidelidad y en su esperanza de la vuelta a la patria.

Con una comparación que ha sido escogida para preparar la que luego ofrecerá Jesús, el profeta asegura que Dios puede sacar, de una rama o un esqueje de un cedro bien frondoso, otro árbol igualmente noble y bello, en el que vendrán a anidar los pájaros: del “resto” de Israel, ahora en el destierro, reconstruirá el pueblo elegido, “y sabrán que yo soy el Señor, que humilla los árboles altos y ensalza los árboles humildes... y hace florecer los árboles secos”.

Al salmista le gusta también la comparación y dice que “el justo crecerá como una palmera, se alzarán como un cedro del Líbano”. No sólo dará gusto verlo cuando es joven y fuerte, sino que “en la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso”.

2 Corintios 5, 6-10. *En destierro o en patria, nos esforzamos en agradar al Señor*

Sigue Pablo con los mismos pensamientos que leíamos el domingo pasado, sobre la vida de una comunidad cristiana y, en concreto, sobre el ministerio de un apóstol dentro de esa comunidad.

En esa historia personal y comunitaria hay momentos malos en que nos sentimos “como desterrados lejos del Señor”. Pero “guiados por la fe”, seguimos confiados, y aunque “caminamos sin verlo”, lo hacemos sin perder los ánimos.

Queremos dar de nosotros mismos lo más que podamos: “en destierro o en patria, nos esforzamos en agradarle”. Con la mirada puesta en el último momento de nuestra vida, cuando comparezcamos ante ese Cristo Jesús que será también nuestro Juez, tenemos confianza, los que hemos creído en él, que recibiremos premio o castigo según lo que hayamos hecho durante nuestra vida.

Marcos 4, 26-34. *Era la semilla más pequeña, pero se hace más alta que las demás hortalizas*

De las cinco comparaciones o parábolas que Marcos reúne en este capítulo, leemos hoy sólo dos: la de la semilla que crece por sí sola y la de la semilla de mostaza, que es pequeña, pero se convierte en un arbusto considerable.

En la primera –que, por cierto, es Marcos el único evangelista que nos la presenta–, lo que hace el agricultor es sembrar esa semilla, pero luego ella crece sola, por la fuerza intrínseca que Dios les ha dado tanto a la semilla como a la tierra en la que germinará: esa semilla “germina y va creciendo sin que él sepa cómo, hasta convertirse en una espiga que da grano”.

En la segunda compara la pequeñez del grano de mostaza, que se ve que era proverbial entre los judíos, con el final del proceso de su crecimiento, un arbusto de tres o cuatro metros, en el que pueden venir a anidar los pájaros.

**La semilla crece por sí sola**

Jesús subraya la fuerza intrínseca que tiene la semilla, porque se la da Dios, así como la fecundidad que tiene la tierra para que esa semilla realice bien su proceso de germinación y crecimiento. Subraya el protagonismo, no del agricultor, sino de la semilla y, en el fondo, de Dios.

Eso pasa en el campo, pero también en nuestra tarea eclesial. Cuando en la actividad humana hay una fuerza interior, como el amor, o la ilusión, o el interés, la eficacia de nuestro trabajo crece notablemente. Pero cuando esa fuerza interior es el amor que Dios nos tiene, o su Espíritu, o la gracia de Cristo Resucitado, entonces el Reino germina y crece poderosamente.

La parábola nos ayuda a entender cómo conduce Dios nuestra historia. Si olvidamos su protagonismo y la fuerza intrínseca que tienen su palabra, sus sacramentos y su gracia, nos pueden pasar dos cosas: si nos va todo bien, pensamos que es mérito nuestro, y si mal, nos hundimos.

Por una parte, no tendríamos que enorgullecernos nunca, como si el mundo

se salvara por nuestras técnicas y esfuerzos. Es bueno recordar lo que dijo Pablo: “yo planté, Apolo regó, pero era Dios quien hacía crecer” (1Co 3,6). La semilla no germina porque lo digan los sabios botánicos, ni la primavera espera a que los calendarios señalen su inicio. Así, la fuerza de la Palabra de Dios viene del mismo Dios, no de nuestra pedagogía, aunque esta tenga que cuidarse. El verdadero agricultor es Dios. Eso nos hace ser humildes, aunque sigamos trabajando con generosidad.

Por otra parte, tampoco tendríamos que desanimarnos cuando no conseguimos a corto plazo los efectos que deseábamos. Tampoco al mismo Jesús le respondía la gente, ni siquiera sus apóstoles, con toda la claridad que él hubiera deseado. Tampoco Pablo y los demás misioneros de las primeras generaciones tuvieron muchos éxitos.

El protagonismo lo tiene Dios. Por malas que nos parezca la situación de la Iglesia o de la sociedad o de una comunidad concreta, la semilla se abrirá paso y producirá su fruto, aunque no sepamos ni cuándo ni cómo. La semilla tiene su ritmo. Hay que tener paciencia, como la tiene el labrador. Nosotros lo que tenemos que hacer es colaborar con nuestro esfuerzo, pero el Reino crece desde dentro, por la energía del Espíritu de Dios. “Sin mí no podéis hacer nada”, nos dijo Jesús. Nuestro trabajo debe existir, pero no es lo principal.

El que anima un grupo de fe o dirige unos Ejercicios o predica cada domingo a la comunidad, no ha de pretender que se vean inmediatamente los frutos. Lo que sí ha de hacer es no estorbar al Espíritu de Dios, porque es él quien hará fructificar todos esos esfuerzos.

Los árboles humildes se pueden hacer grandes

Hay una evidente desproporción entre la ramita de la que habla el profeta Ezequiel y el “cedro noble” en que se convierte, y entre el grano de mostaza del que habla Jesús y el arbusto capaz de admitir nidos de pájaros.

A Dios parece gustarle esta desproporción. A veces, como dice Ezequiel, “humilla los árboles altos y ensalza los humildes, seca los árboles lozanos y hace florecer los secos”. A lo largo de la historia, Dios parece elegir a las personas que humanamente serían las menos indicadas para conseguir una meta, que, sin embargo, con la ayuda de Dios, consiguen. El árbol frondoso

que parecía el antiguo Israel se secó, y Dios tuvo que empezar de nuevo con un rebrote del mismo.

Un grupo de humildes pescadores que siguen a un profeta joven, insignificante según las claves de este mundo, pero animado por el Espíritu de Dios, y en una provincia como la de Israel, perdida en medio del imperio romano, llenarán el mundo con la Buena Noticia de Jesús. El crecimiento y maduración de la comunidad eclesial durante dos mil años es obra de Dios, no mérito de sus virtudes o técnicas.

Esto nos llena a la vez de confianza y de humildad. El Vaticano II quiso que quedara bien clara esta lección de humildad: la Iglesia no debe apoyarse en su poder o en su sabiduría. Además de evangelizadora y maestra, debe saber escuchar y dialogar y aprender los valores que también fuera de ella ha sembrado Dios.

El que ahora sean más de mil cien millones los católicos, y muchos más todavía si contamos los creyentes de otras confesiones que también creen en Cristo, no nos lleva al triunfalismo, sino a la confianza y al estímulo para seguir haciendo crecer ese árbol, que según los planes de Dios debe albergar los nidos de todos los pájaros que quieran.

El Reino ya está en marcha, ya está “sucedendo”. Es Dios quien lo hace germinar y madurar. Eso sí, con nuestro esfuerzo de sembradores y misioneros. No lograremos entender por qué a veces es fecundo nuestro apostolado y otras, no. Los métodos de Dios no caben en nuestros ordenadores.

Sin perder nunca el ánimo

Cuando Marcos escribió su evangelio, probablemente era consciente de que algunos cristianos estaban desanimados, ante los fracasos que cosechaban en diversas ciudades, o por las persecuciones que sufrían, que a veces terminaban en el martirio. Por eso reproduce estas parábolas para animarles en su empeño evangelizador y misionero, subrayando que en el fondo es obra de Dios. Son parábolas que también a nosotros, en el siglo XXI, nos pueden dar ánimos.

En tiempos de Ezequiel parecía totalmente oscuro el horizonte y los judíos desterrados no veían futuro. Pero el profeta les dice de parte de Dios que sí hay futuro y que de una rama pequeña puede rebrotar un árbol tan hermoso como el anterior. ¿Quiénes somos nosotros para desconfiar del futuro, si depende más de Dios que de nosotros?

Nuestra vida, como la de Pablo, se apoya en la fe que tenemos en Cristo y en la esperanza que él nos infunde. Como él, deberíamos trabajar sin desanimarnos nunca, aunque a veces “caminamos sin verlo, guiados por la fe”. No vemos al Señor, ni cosechamos frutos, pero sabemos que nuestra tarea es sembrar, evangelizar, aunque nos parezca que el mundo está distraído y no quiere recibir esa semilla. Pablo también sintió tentaciones de abandonarlo todo: aparece a veces cansado, ante el fracaso de sus trabajos. Pero triunfó siempre su obediencia a la misión encomendada y siguió sembrando en los ambientes más hostiles, convencido de que incluso las mismas tribulaciones y fracasos serían fecundos para bien de todos: “en destierro o en patria, nos esforzamos en agradecerle”.

No tenemos que perder los ánimos. La semilla a veces tarda en germinar: tiene su ritmo, y Dios le ha dado fuerza interior, que la hará brotar a su tiempo. No tienen que perder la esperanza unos padres que intentan inculcar en sus hijos los valores humanos y cristianos que ellos aprecian. Ni los maestros cristianos en su labor educativa. Ni los misioneros en su difícil campo. Ni los pastores de una parroquia en su multiforme trabajo de siembra.

La Palabra de Dios tiene siempre eficacia, de una manera u otra. Nos pasará lo que al agricultor: que la semilla “va creciendo sin que él sepa cómo”. ¿Fueron conscientes Pedro y Pablo y los demás apóstoles de los frutos que iba a producir, a largo plazo, su testimonio en el mundo, hasta transformarlo en gran medida?

Ahora bien, confiar en Dios no significa no trabajar. El campesino ya sabe que, aunque la semilla tiene fuerza interior y la tierra es capaz de transmitirle su humedad y su vida, el proceso necesita también su intervención: además de elegir bien la semilla y sembrarla, tiene que cuidarla, regarla, limpiarla de malas hierbas. Pero tiene que agradecer sobre todo a Dios que ha pensado en esta admirable dinámica de la semilla que se convertirá en espiga.

DOMINGO 12 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Después de las parábolas, los milagros

Si el domingo pasado leíamos algunas de las parábolas de Jesús que incluye Marcos en su evangelio, hoy empezamos con algunos de sus milagros. Hay cuatro seguidos en Marcos: la tempestad calmada, el endemoniado de Gerasa (que no leeremos), la curación de la mujer con flujo de sangre y la resurrección de la hija de Jairo.

Después de la doctrina vienen las obras de Jesús, sobre todo las obras milagrosas. Así, con palabras y obras va revelando que el Reino de Dios, la fuerza salvadora de Dios, ya está presente y que está actuando en este mundo. Lo demuestra un Cristo Jesús que domina las fuerzas cósmicas, que cura las enfermedades, que libera de la posesión diabólica y que incluso resucita a los muertos.

Job 38, 1.8-11. Aquí se romperá la arrogancia

El de Job es un libro sapiencial del siglo V antes de Cristo. Job, ayudado —o marcado— por sus contertulios, se queja ante Dios por el problema del mal que existe en el mundo y que a él le ha afectado en su propia carne.

Después de un largo silencio, Dios contesta finalmente a Job. Hoy leemos un breve pasaje de esta respuesta: ¿cómo se atreve a quejarse Job a un

Dios que es todopoderoso? ¿tendrá Job tal vez la respuesta, por ejemplo, al interrogante de cómo se formó el mar? De una manera llena de poesía, Dios describe este aspecto de su obra creadora: “¿quién cerró el mar con una puerta? ¿quién le puso las nubes como mantillas y las nieblas por pañales?, ¿quién es capaz de romper la arrogancia de las olas contra las rocas?”.

La página de Job nos prepara para escuchar el pasaje del evangelio en que Jesús calma la tempestad y las olas encrespadas.

El salmo sigue también con el tema del mar, siempre objeto de admiración: “contemplaron las obras de Dios, sus maravillas en el océano”, pero también amenazador por el viento y las olas. Prevalece la confianza en el poder y la bondad de Dios: “apaciguó la tormenta en suave brisa y enmudecieron las olas del mar”, “dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia”.

2 Corintios 5, 14-17. *Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado*

Pablo reflexiona sobre el cambio que para él ha supuesto la fe en Cristo, y el que debería representar para todos los cristianos.

Si antes juzgaba a Cristo “según la carne”, o sea, con ojos meramente humanos, “ahora, ya no”. La muerte y resurrección de Cristo es algo que tiene consecuencias, para que todos vivan “no para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos”.

Para Pablo la fe en Cristo nos lleva a una novedad radical: “el que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado”.

Marcos 4, 35-40. *¿Quién es este?*

¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!

El primero de los milagros que nos narra Marcos es el de la tempestad calmada.

El relato es breve pero muy vivo: las olas encrespadas por el viento contrario –cosa que en el lago de Tiberíades suele suceder con frecuencia

e inesperadamente–, el susto pintado en el rostro de los apóstoles, Jesús dormido tranquilamente en popa, recostado en un almohadón, la queja de los discípulos que parecen increparle el que duerma y se despreocupe de su suerte, el mandato lacónico de Jesús a la tempestad (una especie de exorcismo cósmico), la calma repentina, pero también –y es lo que a Marcos le interesa más, para que saquen las consecuencias sus lectores– la queja, esta vez de Jesús hacia sus apóstoles: ¿por qué tenéis miedo? ¿por qué tenéis tan poca fe?

Nada extraño que los apóstoles queden aún más asustados ante esta demostración de poder de Jesús, incluso sobre las fuerzas cósmicas: “¿quién es este? Hasta el viento y las aguas le obedecen”.

–II–

Tempestades y miedos

El mar ha sido siempre, en particular en el mundo bíblico, una fuerza natural digna de admiración, pero también llena de amenazas, sinónimo de peligro y del lugar donde habita el maligno. Eso no sólo para las embarcaciones que navegan por él –como aquellos discípulos que eran pescadores experimentados, pero aquel día temieron lo peor– como para los habitantes de sus cercanías: que se lo pregunten a las víctimas del último “tsunami” o maremoto de Asia.

Una tempestad es también un buen símbolo de las crisis humanas, personales y sociales. Todos experimentamos alguna vez en nuestra vida borrascas pequeñas o no tan pequeñas, y nos sentimos zarandeados y mareados por la fuerza de las olas. Tanto en la vida personal como en la social y en la eclesial, a veces nos toca remar contra corrientes y vientos contrarios, y da la impresión de que la barca –por ejemplo la barca de la Iglesia, que navega por el mar de este mundo y no precisamente en un crucero de placer– se va a hundir.

Nuestro corazón está a veces agitado y nos entra el miedo y el cansancio, o nos asaltan dudas y mareos. Puede haber en nuestra vida turbulencias

ideológicas e interrogantes muy serios sobre la existencia del mal en el mundo, o sobre la Iglesia misma, o la actualidad de su doctrina moral, o el mal ejemplo de algunos de sus pastores o la escasez de vocaciones. Otras veces nos zarandean dudas incluso de fe y crisis personales de fidelidad.

Hombres de poca fe

A los cristianos no se nos ha prometido una travesía pacífica del mar de esta vida, aunque llevemos a Cristo en la barca. Nuestra historia es a veces una historia de tempestades. Cuando Marcos escribe su evangelio, la comunidad cristiana sabe ya mucho de persecuciones y de dificultades.

Además, muchas veces parece que Dios calla y se muestra indiferente a nuestros males y Cristo está pacíficamente dormido mientras los demás luchan por su vida. Seguro que alguna vez también a nosotros nos ha venido espontánea una oración de protesta, quejándonos de esta aparente lejanía de Dios y con deseos de gritarle como Job a Yahvé, o como los apóstoles a Jesús: ¿por qué duermes? ¿no te importa que nos hundamos? Haríamos nuestras con gusto las preguntas que los salmistas se atreven a dirigir a Dios: “Señor, no te quedes callado, despiértate, levántate y defiéndeme”, “despierta ya, ¿por qué duermes, Señor? ¿por qué ocultas tu rostro?”, “¿hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?”...

Tal vez merecemos también nosotros, en estas circunstancias, un reproche del Dios todopoderoso y misericordioso, al que se nos ocurre pedir cuentas de por qué permite el mal, o de Cristo, que nos tiene que echar en cara nuestra poca fe, aun después de haber presenciado que domina no sólo las enfermedades y la muerte, sino también las fuerzas de la naturaleza: ¿por qué sois tan cobardes? ¿por qué tenéis tan poca fe?

Nos hace falta más fe, una fe que nos ayude a remar contra viento y marea. El Dios que es creador omnipotente es a la vez Padre. El que creó el mar es a la vez el Dios salvador y cercano. ¿Cómo podemos pensar que no busca nuestro bien? Ese Jesús que está en nuestra barca, aunque le veamos dormido, ¿cómo podemos sospechar que no le importa nuestro destino, o que permanece indiferente ante la posibilidad de que cada uno de nosotros se hunda o no? También la muerte injusta de Jesús en la cruz podía suscitar

interrogantes dramáticos, pero Dios sacó bien de esa muerte para toda la humanidad.

Lo que pasa es que Dios a veces parece callar o dormir. En vez de responder racionalmente a nuestras preguntas, nos plantea él a nosotros otras, como Yahvé a Job, y como Cristo a sus apóstoles. Puede ser que a él no le preocupen tanto los interrogantes que nos acucian a nosotros, sino otros que nosotros no nos planteamos y según él son más importantes. ¿No será que a Dios le preocupa más la calma chicha de nuestra embarcación que las turbulencias de su travesía? ¿nuestra pereza que nuestros miedos? ¿nuestro conformismo y autosatisfacción que nuestras dudas?

Nos quedaremos tal vez sin saber la respuesta racional de nuestros interrogantes, pero los tenemos que vivir con confianza en el Dios que salva, y que sabrá cómo conseguir en todo nuestro bien. Dios nos está presente y no duerme, aunque lo parezca.

Haremos bien en rezar, con la oración que en la misa sigue al Padrenuestro: “líbranos de todo mal... protegidos de toda perturbación”...

Cristo, razón de ser y novedad radical

La presencia de Cristo en nuestra barca la podemos ver desde otro punto de vista, tal como la ve Pablo en su carta.

Es admirable la figura de Pablo: ¿de dónde saca tanta fuerza y tantos ánimos para realizar su ministerio con esa energía y esa perseverancia, en medio de tantas dificultades? La respuesta aparece clara en sus escritos: la respuesta es Cristo Jesús. La fe que él ha puesto en el Resucitado explica toda su vida: “nos apremia el amor de Cristo”. Y llegará a decir: “yo vivo, pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20).

Ese Cristo que ha muerto por todos y que ha resucitado es quien motiva la vida de un cristiano: “Cristo murió por todos”. También a cada uno de nosotros “nos apremia el amor de Cristo”. O como decía san Benito en su Regla, “nada se anteponga al amor de Cristo”. Lo que dice Pablo –que tenemos que vivir para Cristo–, lo repetimos en la Plegaria Eucarística IV

del Misal, que toma la cita de este pasaje: “para que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para él que por nosotros murió y resucitó”.

Además, para Pablo el acontecimiento Cristo debe suponer para nosotros un cambio radical. Cristo es la novedad total: “el que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado”. Así como la resurrección de Cristo transformó la vida de los primeros discípulos, debe transformar también la nuestra.

Las preguntas son obligatorias. Ante todo, ¿de veras Cristo Jesús es el centro de nuestra vida, y la razón de ser de nuestra fe y de nuestro modo de actuar? ¿es él el motor de nuestra existencia? Después de comulgar con Cristo, en la Eucaristía, ¿se nos nota que le hemos recibido? ¿nos dejamos “apremiar” por su amor a lo largo de la jornada o de la semana?

Segunda pregunta: ¿de veras estamos dispuestos a aceptar su novedad, o nos sigue gustando lo viejo, lo conocido, lo habitual? Cristo rompió moldes de mentalidad y de estilo de vida. El Concilio Vaticano ha impulsado a la Iglesia entera a abrir nuevas fronteras, sacudiendo un posible inmovilismo. Lo nuevo siempre resulta incómodo. En la escena evangélica de hoy los apóstoles se ponen en marcha al oír la palabra de Jesús: “vamos a la otra orilla”. Si se hubieran quedado en la que estaban, no hubieran pasado lo que pasaron. La presencia de Cristo compensó ese peligro. No tendríamos que merecer su reproche: ¡hombres de poca fe!

DOMINGO 13 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

La fuerza salvadora de Dios está actuando

Siguen los milagros con los que Jesús revela progresivamente su condición divina. Si antes era la tempestad del lago la que calmaba, hoy aparece como señor de la enfermedad y de la muerte.

El Reino de Dios está ya presente y va actuando en nuestro mundo. El proyecto de Dios es proyecto de vida, no de enfermedad ni de muerte. Eso se ve en el poder liberador que muestra Jesús, su Hijo. Si en domingos anteriores aparecía como “el más fuerte” que lucha contra las fuerzas del mal, y como dominador de las fuerzas de la naturaleza, hoy quiere comunicarnos, también a los cristianos del siglo XXI, su poder liberador sobre la enfermedad y la muerte.

Sabiduría 1, 13-15; 2, 23-24. *La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo*

El libro de la Sabiduría, que es un canto a la sabiduría verdadera según la mentalidad de Dios, nos ofrece hoy una página sobre la razón de ser de la muerte, uno de los interrogantes —junto con la existencia del mal en el mundo— que siempre ha preocupado a la humanidad. El tema ha sido escogido hoy como primera lectura, para preparar el gran milagro de Jesús que resucita a la hija de Jairo.

Para el autor, que refleja la tesis del libro del Génesis, “Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser”. Cuando Dios vio lo que había hecho, “vio que todo era muy bueno”. Pero luego “la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo” y ahí se trastornó toda la armonía proyectada por Dios:

El salmista expresa su confianza en esa voluntad salvadora de Dios, a pesar de la muerte: “sacaste mi vida del abismo... cambiaste mi luto en danzas”. Por eso alaba a Dios: “te ensalzaré, Señor, porque me has librado”.

2 Corintios 8, 7.9.13-15. *Vuestra abundancia remedia la falta que tienen los hermanos pobres*

Pablo promueve entre las comunidades más pudientes, como la de Corinto, en Grecia, una colecta solidaria para ayudar a la de Jerusalén, que pasaba apuros.

Los argumentos que aduce él para invitarles a su aportación son varios: a) ya que los corintios “sobresalen en todo, sobre todo en palabra y conocimiento” (son de Grecia, emporio de la filosofía y de la ciencia), b) y asimismo sobresalen “por el cariño que le tienen a él”, a Pablo, c) ahora deberían distinguirse también por su generosidad; d) además, Cristo Jesús nos dio ejemplo de esta entrega por los demás, haciéndose pobre para ayudarnos a todos.

Marcos 5, 21-43. *Contigo hablo, niña, levántate*

Marcos nos narra dos milagros de Jesús, intercalados el uno en el otro, y los dos realizados a beneficio de dos mujeres.

El jefe de la sinagoga, Jairo, le pide humildemente que cure a su hija (se ve que el amor de padre superaba a la decisión que habían tomado los judíos de eliminar a Jesús). Cuando va camino de la casa de Jairo, se le acerca una mujer que sufre hemorragias incurables, y queda curada “inmediatamente” con sólo tocarle el borde de su vestido. Jesús le alaba la fe que ha mostrado.

Al llegar a casa de Jairo –mientras tanto la niña ha muerto– realiza el milagro aun más portentoso de resucitarla con una palabra llena de autoridad: “Talitha qumi” (en el arameo, la lengua materna de Jesús, “contigo hablo, niña, levántate”). Son testigos del hecho los tres apóstoles más cercanos a él, que estarán también luego presentes en el monte Tabor y en Getsemaní. Marcos añade una observación muy realista: “y les dijo que dieran de comer a la niña”.

Aparece de nuevo el “secreto mesiánico”: “les insistió en que nadie se enterase”, porque veía que todavía no estaba madura la multitud para pasar del mero milagro a la comprensión del misterio divino de Jesús.

-II-

Sigue emanando fuerza de él

Es interesante el diálogo que se establece tras la curación de la buena mujer que se le acerca y le toca el manto: ¿quién me ha tocado? La respuesta de uno de los discípulos es de sentido común: todos le están empujando. Marcos añade una afirmación significativa: Jesús “había notado que había salido fuerza de él”.

Esta fuerza salvífica sigue emanando de Cristo Jesús, ahora el Señor Resucitado. Lo hace sobre todo a través de la Iglesia, de su Palabra, de sus Sacramentos. El Catecismo de la Iglesia Católica, inspirándose en esta escena, presenta los sacramentos “como fuerzas que brotan del Cuerpo de Cristo siempre vivo y vivificante”. El Bautismo o la Reconciliación o la Unción de enfermos son fuerzas que emanan para nosotros, hoy y aquí, del Señor Resucitado, que está presente en ellos a través del ministerio de la Iglesia. Son también acciones del Espíritu Santo que actúa en su Cuerpo que es la Iglesia, y por tanto “las obras maestras de Dios en la nueva y eterna Alianza” (CCE 1116). Buena definición de los sacramentos, por encima de una perspectiva meramente rubrical o jurídica.

Tu fe te ha curado

Todo dependerá de si tenemos fe. La acción curativa de Cristo está siempre en acto. Pero no actúa mágica o automáticamente.

En el caso de Jairo, existe esa fe: le pide la curación de su hija postrándose humildemente ante Jesús, convencido de que puede curarla. Tal vez no tiene la misma seguridad cuando se entera que su hija ha muerto. Pero Jesús le ayuda: “no temas, basta que tengas fe”.

La mujer enferma ni se atreve a dirigirle la palabra: tal vez porque su enfermedad la hacía legalmente “impura” y no podía entrar en contacto con la gente. Por eso, al ser descubierta, cuenta lo que ha hecho con humildad y miedo. También a ella Jesús le dice: “hija, tu fe te ha curado, vete en paz y con salud”.

Cuando Marcos escribe su evangelio, es su intención que sus lectores crezcan en la fe en Cristo y se acerquen a él con la confianza de que tiene la fuerza de curar y resucitar.

Deberíamos tener más fe en esa fuerza salvadora de Jesús, también en relación con esas dos realidades que tanto nos preocupan, la enfermedad y la muerte. Sobre el gran interrogante de la muerte, no tenemos los cristianos una “solución” al enigma, pero sí tenemos luz para afrontarla con sentido y confianza: “el que cree en mí, aunque muera, vivirá”.

Cristo nos quiere seguir curando a nosotros, que llegamos no sólo a tocar el borde su manto, sino que nos alimentamos de su misma Persona en la comunión. Deberíamos tomar como dichas a nosotros las palabras de Jesús: “a ti te lo digo, levántate”. Seguro que tenemos de qué levantarnos: de la pereza, del pecado, del desánimo... Debemos creer en Jesús, no sólo cuando todavía hay esperanza, sino también cuando ya todo parece irremediable, creyendo “contra toda esperanza”.

Además, la actuación de Jesús nos da una buena clave para nuestra pastoral sacramental. Es una actitud de “buenos pastores”, llena de amable acogida y pedagogía evangelizadora, ayudando a todos a encontrarse desde la fe con la salvación de Dios, estén o no al principio bien dispuestos.

Tanto los ministros ordenados como los fieles que atienden a los que vienen a pedir los sacramentos para sí mismos (unos novios que preparan su boda) o para sus hijos o allegados (el bautismo, la primera comunión, las exequias cristianas), deberíamos respetar el grado de fe, o de no fe, de esas personas. Y conducir las, como hacía Jesús, a una fe más profunda.

Jairo tenía fe hasta cierto punto (cuando se trataba de curar a una enferma, pero no para resucitar a una difunta), y Jesús le ayudó a profundizar en esa fe. A la buena mujer también le ayuda a comprender que no la ha curado el haber tocado su manto, sino la fe. Hay que saber descubrir y reavivar el rescoldo de fe que puede haber en algunos novios o en algunas familias que vienen a pedir los sacramentos de la Iglesia. Eso es lo típico de un buen pastor que imita a Jesús: aceptar la situación en que se encuentran las personas y acompañarles hacia delante.

Dios quiere la vida, no la muerte

Las dos escenas del evangelio de hoy son muy expresivas del poder salvador de Jesús sobre la enfermedad y la muerte, dos realidades muy presentes en nuestra historia y que nos preocupan notablemente.

La enfermedad es la experiencia de nuestros límites, y muchas veces, además del dolor, nos hace experimentar la soledad, la impotencia, el tener que depender de los demás, perder, junto con la salud física, también las fuerzas espirituales y la ilusión.

Pero sobre todo nos preocupa el enigma de la muerte, ante el que caben reacciones de desesperación o fatalismo, de rebelión o de aceptación progresiva. Ante el gran interrogante de todos los tiempos, ¿por qué la muerte?, las lecturas de hoy no nos proporcionan la “solución”, por mucha fe que tengamos en Cristo Jesús, pero sí nos iluminan para que sepamos aceptarla desde la fe en Dios.

El libro de la Sabiduría nos contesta, con la perspectiva del libro del Génesis, afirmando que Dios no ha querido la muerte, sino la vida. No dijo “hágase la enfermedad” o “hágase la muerte”, sino “hágase la vida”. Dios es el Dios de la vida. Según su plan, el destino del hombre es vivir

para siempre: “lo hizo a imagen de su propio ser”, que es toda vida y vida eterna. Ahora bien, el autor de este libro, fiel a la mentalidad de los israelitas, atribuye la existencia de la muerte al pecado, que trastornó los planes de Dios e introdujo el mal en el mundo. Más aún, lo atribuye al Maligno: “la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo”, y será muerte definitiva para “los de su partido”.

Pero es el evangelio el que nos da la perspectiva más esperanzadora. Cristo ha venido a dar vida: “para que tengan vida, y la tengan en abundancia”. Muestra su poder sobre la enfermedad humana, curando a la mujer, y su poder sobre la muerte resucitando a la hija de Jairo. Desde la perspectiva de Cristo, la muerte no es definitiva: “la niña está dormida”. Es una muerte transitoria. En el plan de Dios la muerte no es la última palabra, sino el paso a la existencia definitiva. Él mismo, Jesús, resucitará del sepulcro a una nueva vida.

El Cristo que curó a la mujer con sólo su contacto, el Cristo que tendió la mano a la niña y la devolvió a la vida, es el mismo Cristo que en su Pascua triunfó de la muerte, experimentándola en su propia carne. Es el mismo que ahora sigue, desde su existencia gloriosa, estando a nuestro lado para que tanto en los momentos de debilidad y dolor como en el trance de la muerte sepamos dar a ambas experiencias un sentido pascual, incorporándonos a él en su dolor y en su destino de victoria y vida.

También la Iglesia debe ser “dadora de vida” y transmisora de esperanza, cuidando a los enfermos, como ha hecho a lo largo de dos mil años, poniendo remedio a la incultura y defendiendo la vida contra todos los posibles ataques del hambre, de las guerras, de las escandalosas injusticias de este mundo, del terrorismo, así como de las perspectivas radicales del aborto o de la eutanasia o de la pena de muerte.

Comunicación de bienes

La colecta que organiza Pablo, entre las comunidades más pudientes, es un buen ejemplo de solidaridad también para nuestro tiempo.

Se ve que la comunidad de Jerusalén pasaba momentos de penuria y escasez. No duró mucho, pues, aquella situación de “comunismo cristiano”

que describe Lucas en el libro de los Hechos, en que ninguno pasaba necesidad porque todos ponían en común lo suyo.

No se trata, según Pablo, de que ahora se invierta la situación y yo tenga que ser pobre. Se trata más bien de igualar, de nivelar, de modo que no haya diferencias tan notables entre una comunidad y otra.

Esto puede aplicarse tanto a una solidaridad intraeclesial, entre comunidades cristianas –por ejemplo con una caja de compensación o de solidaridad entre diócesis o entre parroquias o con los misioneros– sino también en el terreno social y mundial, ayudando a los países pobres, en que millones de personas mueren de hambre cada año.

No podemos contentarnos con rezar en la Oración Universal por la paz y la justicia del mundo, sino que nuestra solidaridad se tiene que traducir en una ayuda más concreta, también económica. No podemos quedar tranquilos ante el escándalo de la desigualdad entre países ricos y pobres, entre comunidades que abundan y comunidades que pasan necesidad.

La motivación que aduce Pablo sigue siendo válida para nosotros. Cristo fue generoso con todos: no podemos nosotros no serlo unos con otros. Además, hoy nos toca ayudar desde nuestros medios a otros, y mañana tal vez serán ellos los que nos ayudarán a nosotros: hoy por mí y mañana por ti.

Es más cómodo encerrarnos en nuestro mundo, aducir que también a nosotros nos cuesta sobrevivir, o que no sabemos si la ayuda que damos llegará o no a destino, o que son los países más ricos los que tienen que poner remedio condonando deudas y cambiando políticas. Pero hay muchos niveles en que también cada comunidad cristiana, e incluso cada cristiano, puede ejercitar en su ambiente esta solidaridad, como Cristo, que no dio limosna, sino que se dio a sí mismo totalmente.

DOMINGO 14 DEL TIEMPO ORDINARIO



Tiempos de incredulidad

Con el evangelio de hoy termina lo que podemos llamar una etapa de la predicación de Jesús, o de la presentación que Marcos va haciendo de Jesús y su obra, junto con las reacciones que provoca.

Y termina con un panorama de fracaso: la incredulidad precisamente de los más cercanos. El mismo Jesús se extraña de la poca fe de sus paisanos. Es un retrato muy humano, nada mitificado: no “puede” hacer milagros, que serían inútiles, porque ve que no tienen fe.

Las tres lecturas de hoy nos presentan el panorama de la incredulidad, también la de Ezequiel y la de Pablo (aunque por lo general la segunda lectura no tiene coincidencia de mensajes con las otras). Es un aspecto muy actual para los cristianos que vivimos y queremos anunciar el evangelio en el mundo de hoy.

Ezequiel 2, 2-5. *Son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos*

Ezequiel fue un profeta que compartió con sus contemporáneos el destierro de Babilonia, en el siglo VI antes de Cristo.

El pasaje que leemos hoy es desolador: Dios mismo le manda que hable al pueblo, pero a la vez le avisa que no le escucharán, porque es “un pueblo rebelde” y son “testarudos y obstinados”. A pesar de eso, tiene que hablar como profeta, aunque no le hagan caso, y así “sabrán que hubo un profeta en medio de ellos”.

El salmista se pone de la parte del profeta al que no le hacen caso, pero no pierde la esperanza, y pide a Dios que le ayude en esos momentos tan críticos: “misericordia, Señor, misericordia, que estamos saciados de desprecios... nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia”. Es hermosa la comparación de los siervos que están atentos a los deseos de su amo: “los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores... así están nuestros ojos en el Señor, esperando su misericordia”.

2 Corintios 12, 7b-10. *Presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo*

El último pasaje que en el leccionario dominical leemos de la segunda carta a los Corintios también es una página patética.

Pablo confiesa las “debilidades” que experimenta en su vida: insultos, privaciones, persecuciones, dificultades de todo tipo. Es misteriosa la alusión a “una espina que le han metido en la carne” y al “ángel de Satanás que me apalea” (¿alguna enfermedad corporal? ¿dificultades de tipo espiritual?). A pesar de todo, no pierde la confianza. Eso le hace humilde: “para que no tenga soberbia”, y lo único que puede aportar de propio son precisamente sus debilidades. Pero cuenta con la ayuda de Dios: “te basta mi gracia”, “residirá en mí la fuerza de Cristo”. Entonces experimenta que “cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

Marcos 6, 1-6. *No desprecian a un profeta más que en su tierra*

Después de resucitar a la hija de Jairo, en Cafarnaún, Jesús va a su pueblo, Nazaret. Allí se encuentra con una acogida fría. Predica en la sinagoga, pero lo único que consigue es que sus paisanos se pregunten de dónde le vienen esa sabiduría y esos milagros que dicen que hace.

Ellos le conocen sencillamente como “el carpintero” y “el hijo de María”, y conocen también a sus “hermanos” (que ya sabemos que en las lenguas semitas puede significar también primos y demás parientes). Por eso “les resultaba escandaloso”.

Jesús se extraña de la falta de fe de sus paisanos y “no pudo hacer allí ningún milagro”. No porque los milagros o las curaciones dependan de reacciones psicológicas, sino porque Jesús quería que sus milagros no quedaran sólo en la mera admiración, sino que condujeran a la fe en él.

Y se marchó a otros pueblos, a seguir predicando.

-II-

“...y los suyos no le recibieron”

Se cumple lo que dice Juan en el prólogo de su evangelio: “vino a su casa y los suyos no le recibieron”.

Lo experimentó el profeta Ezequiel, que estaba compartiendo con sus paisanos la desgracia del destierro, pero no le escucharon lo que les decía de parte de Dios.

Lo experimentó Pablo, que, además de muchos éxitos pastorales, tuvo también momentos de fracaso en que tenía la tentación de abandonar su misión apostólica, porque sólo encontraba dificultades y persecuciones.

Lo experimentó, sobre todo, Jesús, que había sido aplaudido en otros pueblos y se había alegrado de la fe de Jairo y de la buena mujer que se curó de su hemorragia, pero cuando llegó a Nazaret se encontró con la incredulidad. Según Lucas (Lc 4) no sólo le hicieron el vacío, sino que, después de una admiración inicial, provocó la ira de sus paisanos y estuvo a punto de ser despeñado por un barranco.

Las preguntas que suscitó su predicación en los nazaretanos estaban bien formuladas: ¿quién es este? ¿de dónde le viene la sabiduría y el poder

milagroso que muestra? La extrañeza de sus paisanos puede considerarse lógica: ¿cómo puede venir de Dios un carpintero de nuestro pueblo, al que hemos visto crecer desde niño? Pero no supieron pasar de esas preguntas a la conclusión que hubiera sido más lógica: Dios debe estar de su parte, porque si no, no podría hacer lo que hace. Se quedaron bloqueados en la pregunta. “Desconfiaban de él”. Tal vez también porque sintieron celos de que en otros pueblos, como en Cafarnaún, hacía milagros y en el suyo, no. Lo que hacía “les escandalizó” y no creyeron en él. Entre otras cosas, porque venía como un Mesías demasiado sencillo –un obrero humilde, sin cultura, a quien conocen desde niño– y no como un liberador enérgico y poderoso como esperaban.

La conclusión de Jesús es bastante amarga: “no desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa”. A Jesús debió dolerle esta falta de fe. El anciano Simeón ya había predicho que aquel niño iba a ser piedra de escándalo y señal de contradicción.

La increencia ha existido siempre, y también en nuestro tiempo. La fe es muchas veces incómoda y exigente. Cuando no interesa el mensaje –y el de los profetas, y sobre todo el de Cristo, es siempre incómodo– se desacredita (o se persigue y elimina) al mensajero. Lo que predicaba Jesús no coincidía con las convicciones de sus contemporáneos. Más bien sacudía los cimientos de todo su sistema religioso. No sólo de los escribas y fariseos, sino también, según parece, de sus paisanos. Un profeta siempre resulta molesto. Si le aceptan, tienen que aceptar lo que predica.

Lo mismo pasa ahora. Lo que predicán el Papa o los Obispos o en general los cristianos, siguiendo el evangelio, puede no coincidir con lo que gusta a la mayoría, y sobre todo a los dirigentes de la sociedad, que fácilmente encontrarán excusas para rechazarlo. Es más cómodo refugiarse en el agnosticismo, o en la indiferencia, o en lo que se puede llamar “prescindencia”.

Encontrarnos en un ambiente de increencia nos puede saber mal, pero no debería extrañarnos, y mucho menos desanimarnos.

Peor sería que nosotros mismos, “los de su casa”, los que nos llamamos cristianos practicantes y escuchamos su Palabra y celebramos su Eucaristía,

fuéramos flojos en nuestra fe, y por la excesiva familiaridad o la rutina no tuviéramos todo el aprecio y el amor que Cristo se merece. No sólo “el mundo”, sino nosotros mismos podemos mostrarnos poco inclinados a hacer mucho caso de los “profetas” que Dios sigue enviando. Esta voz profética nos la hace oír Dios, a veces, por medio de personas importantes o de acontecimientos eclesiales solemnes. Pero otras veces lo hace desde la sencillez de la vida diaria y a través de personas nada importantes, que nos dan ejemplo de fidelidad y de verdadera sabiduría: puede ser Teresa de Calcuta o la familia de al lado, que tal vez nos está dando un testimonio clarísimo, si queremos verlo, de vida según el evangelio de Jesús. Y continuamos tranquilamente nuestro camino, apoyados en mil excusas con las que pretendemos dejar en paz nuestra conciencia.

A pesar de la incredulidad, seguir predicando

Pero, volviendo a la incredulidad de nuestro ambiente, no debe conducir a un profeta a la cobardía o a la dimisión. No debe dejar de hablar y dar testimonio.

Ezequiel dice que en los momentos más críticos, “el Espíritu entró en mí, me puso en pie” y le mandó que siguiera hablando, “te hagan caso o no te hagan caso”. La responsabilidad será de ellos, y así “sabrán que hubo un profeta en medio de ellos”.

Tampoco logrará nadie que Pablo calle, por muchas veces que le detengan y le metan en la cárcel y le azoten y le amenacen.

Jesús tampoco se desanima ante el fracaso: siguió “recorriendo los pueblos de alrededor enseñando”. El rechazo de Nazaret puede considerarse como símbolo del rechazo de todo Israel: pero él no cede en su misión y predicará hasta el final, aunque su palabra valiente le conduzca a la cruz.

También a los ministros, misioneros, catequistas y padres cristianos de hoy se les podría decir lo que a Ezequiel: sigue hablando, aunque no te hagan caso. Al menos que hayan oído la voz de Dios. Si no te hacen caso, será responsabilidad de ellos. Debemos cuidar y acrecentar nuestra propia fe, y a la vez no cejar en nuestro empeño de ayudar a los demás también a crecer en la suya, sin esperar necesariamente frutos a corto plazo.

Débiles, pero fuertes

En nuestra vida cristiana, sobre todo si tenemos un ministerio evangelizador que cumplir, somos frágiles y podemos pasar momentos de desánimo y de fracaso, como el que anuncia el mismo Dios al profeta Ezequiel.

Pablo no era tampoco un superhombre, ni un héroe. Si de algo se gloriaba, es de su debilidad. Tuvo éxitos pastorales y momentos muy consoladores en su vida, incluso con visiones extraordinarias, que él no se atribuía a sí mismo, sino a la gracia y la ayuda de Dios. Pero hoy le hemos oído enumerar sus “debilidades”, que a veces le venían de fuera (insultos, persecuciones o el emisario del demonio que le apalea) y otras desde dentro (privaciones, o esa “espinas en la carne” de que habla).

El mismo Jesús, rodeado, a veces, del fervor agradecido del pueblo, otras experimenta lo que es la incredulidad: “se extrañó de su falta de fe”. En sus últimas horas llenó su vida un gusto amargo de fracaso, y su alma supo de la tristeza y del miedo ante la muerte.

También nosotros somos débiles. No tenemos mucho de que gloriarnos. Tal vez, como Pablo, ya hemos “pedido tres veces al Señor vernos libres de esas dificultades”. Es bueno que hagamos nuestra la advertencia de Dios a Pablo: “te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad”. Tal vez nuestra debilidad es la mejor disposición de humildad para que sea eficaz nuestro esfuerzo misionero. Nos daremos cuenta que no somos nosotros el centro de la historia ni los que salvamos el mundo, sino sólo mediadores de la gracia de Dios: “así residirá en mí la fuerza de Cristo”, y que “cuando soy débil, entonces soy fuerte”. Esta visión humilde nos ayudará a relativizar las dificultades que encontramos por el camino y saber sacar provecho de ellas. Seguro que además nos hará más comprensivos con los demás, cuando los veamos con debilidades o fallos.

Tal vez no llegaremos al grado de asimilación que Pablo tenía de estos momentos de debilidad, en su imitación de Cristo: “vivo contento en medio de mis debilidades... sufridas por Cristo”. Pero no tenemos que caer en el pesimismo o el escepticismo. En todo caso, sentir nuestra propia debilidad nos hará orientar más decididamente nuestra vida y nuestro trabajo hacia Dios, que es quien nos da fuerza y quien salva al mundo.

DOMINGO 15 DEL TIEMPO ORDINARIO



Comienzan nuevas etapas

A partir de hoy, y durante siete domingos, seguiremos, como segunda lectura, la carta de Pablo a los Efesios, una entusiasta visión global de la Historia de la Salvación, como una gran bendición de Dios, a la que corresponde que nosotros también le dediquemos nuestra más agradecida bendición.

Éfeso era la capital de la provincia romana de Asia, famosa por su comercio, por sus templos, por su cultura. Pablo evangelizó a los habitantes de esta ciudad en sus viajes segundo y tercero, permaneciendo allí unos dos años. La carta la escribe desde la cárcel de Roma, hacia el año 62: es una de las llamadas “cartas de la cautividad”.

En el evangelio también damos inicio a una nueva etapa en la misión de Jesús. Los domingos 15 y 16 leemos el envío de los doce a predicar y curar por los diversos pueblos y también su vuelta, al parecer con bastante éxito. Hasta ahora Jesús había predicado él solo, aunque con la presencia de los apóstoles. Ahora son ellos los que son enviados a colaborar con él. Como hará luego la Iglesia durante dos mil años.

Amós 7, 12-15. *Ve y profetiza a mi pueblo*

Amós es un profeta que actuó en el siglo VIII antes de Cristo. Era de Técoa, cerca de Belén, y por tanto del reino del Sur (Judea). Dios le envía a hablar en el del Norte (Israel, o sea, Samaria). Su palabra es valiente, denunciando las injusticias sociales de su tiempo, y la falsedad del culto que realizan en el templo nacional de Samaria, Betel (opuesto, por tanto, al Templo de Jerusalén, porque están en período de cisma).

Al sacerdote responsable de ese templo, Amasías, así como al rey de la época, Jeroboam, le resulta incómodo este profeta, y le quiere intimidar para que se marche a su tierra, Judea. Amós, con humildad pero con firmeza, se defiende: no está profetizando por gusto propio, y menos por interés económico, como si fuera un profesional: “no soy profeta... sino pastor y cultivador de higos”; ha sido Dios quien le ha enviado: “me dijo: ve y profetiza a mi pueblo de Israel”.

Es un episodio que nos prepara para escuchar después el envío por parte de Jesús a los doce apóstoles, avisándoles de que en algunos lugares no les recibirán bien.

Lo que aquellos samaritanos quieren oír, sí lo oye el salmista: “voy a escuchar lo que dice el Señor Dios... anuncia la paz a su pueblo”. Y humildemente suplica: “muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación”.

Efesios 1, 3-14. *Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo*

El comienzo de la carta, que es la página que hoy leemos, es un himno entusiasta y una visión cristiana de la historia. Nosotros elevamos nuestra bendición a Dios Padre (bendición “ascendente”) porque él nos ha llenado antes de la suya (bendición “descendente”). Ambas bendiciones tienen como centro a Cristo Jesús, y ambas vienen marcadas “con el Espíritu Santo prometido, el cual es prenda de nuestra herencia”. Por tanto, es una visión trinitaria de la Historia de Salvación.

Pablo enumera estas bendiciones de Dios: “nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos”, “por la sangre de Cristo hemos recibido la redención, el perdón de los pecados”, “el tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia es un derroche para con nosotros”... El plan de Dios es “recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra”.

Marcos 6, 7-13. *Los fue enviando*

Jesús, a pesar del sinsabor que le ha producido la incredulidad que ha encontrado en Nazaret, sigue su misión, ahora con el envío de los doce, cuya colaboración busca. Es una buena lección para la comunidad eclesial que, en los tiempos en que escribe Marcos, ya está predicando por el mundo en nombre de Jesús.

Jesús llama a los doce y les envía “de dos en dos”, como era costumbre entre los judíos. Les da “autoridad sobre los espíritus inmundos” y, en efecto, los apóstoles “salieron a predicar”, y además “echaban muchos demonios” y “ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban”.

Jesús les da consignas sobre el estilo con que deben actuar, sobre todo con una pobreza que con razón se llama “evangélica”: un bastón, unas sandalias y poco más.

-II-

Enviados a predicar

Dios se hace ayudar, se sirve siempre de hombres y mujeres para que colaboren con él para el anuncio de la Buena Noticia de su amor salvador.

Entre otros muchos profetas que Dios envía a su pueblo, recordamos hoy cómo, en un período desastroso como está viviendo Samaria, envía a Amós, un laico, un campesino que tienen buen sentido común y demuestra gran valentía en el cumplimiento de su misión, a pesar de la oposición oficial que encuentra.

Jesús envía en un primer momento a sus doce apóstoles (más tarde enviará a 72 discípulos) para que colaboren con él en los diversos pueblos y aldeas. Los había elegido para eso: para que estuvieran con él y luego les pudiera enviar a misionar. Ha llegado el momento: han convivido con él, le han escuchado, han aprendido de él. Ahora los envía a predicar la salvación que ofrece Dios, a curar enfermos y a sanar a los poseídos por el maligno. Exactamente como estaba haciendo él. También el contenido de esta predicación coincide con las primeras palabras que dijo Jesús, según el evangelio de Marcos, “convertíos”: “salieron a predicar la conversión”.

Los envía de dos en dos, costumbre entre los judíos, y que nos recuerda las ventajas de trabajar en equipo, porque aparte del estímulo mutuo, también asegura una ayuda del hermano, sobre todo en momentos difíciles.

Después de la Pascua, Jesús los enviará ya a una misión definitiva, para que prediquen el evangelio por todo el mundo. Hace dos mil años que su comunidad está obedeciendo este mandato misionero. No sólo el Papa o los Obispos y los otros ministros y misioneros, sino tantos fieles comprometidos están evangelizando y dando testimonio del amor salvador de Dios. Cada uno según la misión que recibe en la comunidad. No todos escriben encíclicas para la Iglesia, ni reciben el encargo de animar una diócesis o una parroquia. Pero sí todos los cristianos somos misioneros y testigos del evangelio en el mundo que nos toca vivir: padres, catequistas, maestros, médicos, personal sanitario, estudiantes, obreros, voluntarios...

Como los doce, que estaban con Jesús y luego dieron testimonio de él, así nosotros, que celebramos con fe la Eucaristía, somos invitados a dar testimonio de él en la vida. Enviados, no autoinvitados. A ser posible en equipo, en comunión con la Iglesia.

Si un lugar no os recibe ni os escucha...

Colaborar con Cristo en el anuncio del plan salvador de Dios no suele ser fácil. Comporta a veces el riesgo del rechazo y hasta de la persecución. La persecución puede ser física, o también moral, desprestigiando al mensajero, porque no se quiere admitir su mensaje.

A Amós lo persiguieron, presentándolo como un “conspirador” que viene del Sur y habla en contra del pueblo del Norte (contra el que hablaba era sobre todo contra las autoridades responsables de tanto desorden, tanto religiosas como civiles) Le intentan intimidar para que se vuelva a su patria y deje en paz a los sacerdotes del Templo de Betel y a las autoridades civiles

Jesús avisó a los suyos que en algunos lugares no les recibirían bien ni les escucharían. A veces la oposición viene de los propios, como a Jesús en Nazaret. Otras, con la excusa de que es un forastero, como a Amós, que no era de aquella tierra. Nunca faltan motivos para librarse de una voz que nos resulta incomoda. Cuando un profeta estorba –que es casi siempre, si es auténtico– se le pretende hacer callar o eliminar. Eso sí, si es un profeta falso, que dice lo que halaga el oído de los poderosos, ese hará carrera.

Cuando escribía Marcos, seguro que la comunidad cristiana ya tenía experiencia de este rechazo en diversas regiones. También a nosotros, en algunos ambientes nos admitirán y en otros, no. Estamos avisados. Pero no seguimos a Cristo porque nos haya prometido éxitos y aplausos fáciles, sino porque estamos convencidos de que también para el mundo de hoy la vida que nos ofrece él es la verdadera salvación y la puerta de la felicidad auténtica. No sólo queremos “salvarnos” nosotros, sino colaborar para que todos acepten el Reino de Dios en sus vidas.

Este rechazo no debería desanimarnos en nuestro testimonio. A Amós no le acobardaron las amenazas de sus oponentes. A Jesús no le hicieron callar los suyos. También a Pedro y a los demás apóstoles les querían hacer callar los jefes de la sinagoga, pero ellos contestaron valientemente que era preciso obedecer a Dios antes que a los hombres. Ahora diríamos que hemos de obedecer a Dios antes que a las corrientes de moda o incluso que a las leyes civiles, cuando vemos que son claramente contrarias a la voluntad de Dios y la dignidad humana.

Lo que nos toca a nosotros es sembrar, anunciar. Tal vez no tendremos éxito a corto plazo, y serán otros los que recogerán. Lo dijo Jesús recordando el refrán de que “uno es el sembrador y otro el segador” (Jn 4, 37) o la convicción de Pablo de que ni él ni Apolo son los protagonistas, sino Dios, que hace crecer la semilla que ellos han sembrado (cf 1Co 3, 6ss).

También es justo pensar que a nosotros mismos nos puede acechar la misma tentación: no hacer caso de las voces proféticas que oímos personalmente, por el testimonio de tantas personas y acontecimientos, si estas voces van contra nuestra comodidad o nuestro gusto. Podemos captar esta tendencia en la sociedad, pero también, si somos sinceros, en nosotros mismos.

Con pobreza evangélica

Un aspecto importante del envío que Jesús hace de los doce es la consigna que les da de un estilo realmente austero y pobre.

Ya Amos se defendió de las insinuaciones de Amasías asegurando que él no pretendía, con su palabra profética, ganarse la vida, sino que era un ministerio que le había encargado Dios y que realizaba sin interés propio.

También a los apóstoles les dice Jesús que actúen desinteresadamente. Tal vez no hay que tomar al pie de la letra la lista de cosas que pueden llevar o no, que, por otra parte, difiere en los diversos evangelistas. Lo de llevar sandalias y bastón, que es equivalente a decir que sólo lo imprescindible, tiene una resonancia muy antigua, porque ya desde el libro del Exodo se les decía a los israelitas que comieran la cena pascual “calzados vuestros pies y el bastón en vuestra mano” (Ex 12,11).

Lo que quiere subrayar Jesús es, sobre todo, el espíritu de pobreza y sencillez que debe caracterizar a sus seguidores, desprendidos de lo superfluo, sin apego a las riquezas, como el mismo, que llegó a decir que no tenía ni donde reclinar la cabeza. La primera de sus bienaventuranzas fue precisamente esta “bienaventurados los pobres”.

También para nosotros vale la invitación a la pobreza evangélica, para que actuemos más ligeros de equipaje, sin gran preocupación por llevar repuestos, no apoyándonos fundamentalmente en los medios humanos –que no habra que descuidar por otra parte– sino en la fe en Dios. Es Dios quien hace crecer, quien da vida a todo lo que hagamos nosotros. Pablo se gloria, no de sus dotes humanas, sino de la fuerza que le da Cristo: en su debilidad está precisamente su fuerza. Los doce tendrán como mejor riqueza, no los medios materiales, sino el poder que Jesús les ha comunicado de vencer.

el mal. Los religiosos hacen “voto de pobreza” precisamente para poder realizar su misión en el mundo con más agilidad y libertad.

Si damos ejemplo de la austeridad y pobreza que quería Jesús, todos podrán ver que no nos dedicamos a acumular “bastones, dinero, sandalias y túnicas” y que no hacemos ostentación de medios espectaculares. Que nos sentimos más peregrinos que instalados, más desinteresados que apegados al poder o al dinero. Que, contando naturalmente con los medios que hacen falta para la evangelización del mundo –la Madre Teresa de Calcuta necesitaba millones para su obra de atención a los pobres, y la comunidad cristiana para mantener sus seminarios, sus iglesias y sus obras misioneras– nos apoyamos sobre todo en la fuerza de Dios, con austeridad, sin buscar seguridades y prestigios humanos. Es el lenguaje que más fácilmente nos entenderá el mundo de hoy: la austeridad y el desinterés a la hora de hacer el bien.

La bendición de Dios y la bendición a Dios

Pablo, iniciando su carta a los Efesios, ve la historia de la salvación en clave de una gran “bendición”, tanto de parte de Dios para con nosotros, como de nosotros para con Dios. Esta bendición, en ambas direcciones, está centrada en Cristo Jesús, y además sellada por el Espíritu Santo, que es la prenda y garantía de nuestra herencia final.

Es impresionante la lista de bendiciones que, según Pablo, nos vienen de Dios Padre, origen y meta de nuestra salvación. Su perspectiva es claramente trinitaria. Todo nos viene de Dios Padre, por medio de su Hijo, y en el Espíritu. Todo vuelve a Dios Padre, de nuevo por medio de Cristo Jesús y en el Espíritu.

Es la perspectiva que emplea el Catecismo de la Iglesia Católica al comienzo de su segunda parte, la que dedica a la celebración del misterio: citando precisamente este comienzo de la carta a los Efesios, dice que todo es una bendición que nos viene de Dios y que dirigimos a Dios (cf. CCE 1077; en los números siguientes, 1078-1083, explica lo que supone esta bendición en ambas direcciones).

Es también lo que decimos en nuestra Eucaristía, sobre todo al final de la Plegaria Eucarística: “Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unida del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria”. _

Es la clave en que tendríamos que vivir nuestra fe cristiana también fuera de la celebración: bendecidos por Dios y bendiciendo a Dios, en clave de alegría y gratitud.

DOMINGO 16 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Quiénes son los buenos pastores

El cuarto domingo de Pascua se nos presentaba Jesús como el Buen Pastor, con mayúsculas. Hoy aparece el mismo tema, pero con minúsculas: quiénes son buenos pastores del pueblo, y quiénes malos.

Aquellas personas que han sido puestas de un modo u otro al cuidado de los demás, social o eclesialmente, deben tener unas cualidades. Si no las cumplen, puede pasar lo que constató Jesús —y antes el profeta Jeremías en su tiempo—, que, por descuidar esas personas su deber, la gente anda desorientada, como ovejas sin pastor. Como muchas veces constatamos en el mundo de hoy, no sólo en tiempos de Jesús.

Jeremías 23, 1-6. *Reuniré el resto de mis ovejas y les pondré pastores*

Yahvé, por medio del profeta, se queja de los malos pastores de Israel. No se preocupan de las ovejas, como debería hacer un buen pastor, sino que las dispersan: “os tomaré cuentas”.

Por su parte, Dios promete que para después del destierro, cuando vuelva su pueblo, él mismo se cuidará de ellos: “yo mismo reuniré el resto de mis ovejas, las volveré a traer a sus dehesas”. Además, se preocupará de que

tengan buenos pastores: “les pondré pastores que las pastoreen, y ninguna se perderá”. En concreto, promete un pastor especial: un “vástago legítimo de David, un rey prudente, que hará justicia y derecho en la tierra”. Su nombre será precisamente este: “el Señor nuestra justicia”.

El salmo no podía ser otro: “el Señor es mi pastor, nada me falta”, con las hermosas perspectivas que ofrece: “me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas... aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo...”.

Efesios 2, 13-18. *Él es nuestra paz,*

él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa

Para Pablo, las consecuencias de la fe en Cristo son la paz, la reconciliación y la unidad de todos los pueblos. Aquí habla de la división que había entre Israel y los pueblos paganos: “él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa, derribando el muro que los separaba”.

Cristo es nuestra paz, el que nos ha reconciliado a todos con Dios. Lo ha hecho “mediante la cruz, dando muerte, en él al odio”. Ahora, ya reconciliados, “unos y otros podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu”.

Marcos 6, 30-34. *Andaban como ovejas sin pastor*

Los doce, que, como leíamos el domingo pasado, habían sido enviados a una misión apostólica, vuelven satisfechos y cuentan a Jesús “todo lo que habían hecho y enseñado”.

Jesús, viendo que están cansados y necesitan un poco de calma para revisar con él su experiencia, porque la multitud les acosa hasta el punto de que “no encontraban tiempo ni para comer”, les propone retirarse “a un sitio tranquilo a descansar un poco”. En efecto, embarcan para pasar al otro lado del lago.

Pero la gente intuye a dónde van y, corriendo por tierra, llegan antes que ellos. Cuando Jesús “vio la multitud, le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor”. Y entonces “se puso a enseñarles con calma”.

-II-

También los pastores necesitan descanso y silencio

Es significativo el detalle humano de Jesús, que ofrece a los doce un descanso, solos con él, para revisar experiencias, a la vuelta de su primera misión apostólica.

Todos necesitamos momentos de reposo. Ante todo para poder confrontar con alguien nuestras experiencias apostólicas, sean éxitos o fracasos. Ojalá tengamos siempre a alguien con quien compartir lo vivido, que sepa escucharnos y con el que podamos revisar y remotivar lo que vamos haciendo.

Todos necesitamos un poco de paz en la vida, momentos de oración, de silencio, de retiro físico y espiritual, con el Maestro. Como cristianos comprometidos, debemos ser activos, generosos, pero no activistas ni víctimas del “estress”, que no es bueno, ni siquiera cuando es espiritual. El ritmo frenético que llevamos en este mundo, también para las cosas del ministerio, no es bueno para nuestra propia salud mental y espiritual.

De los apóstoles se decía que no tenían tiempo ni para comer. De nosotros a lo mejor se podría decir que no tenemos tiempo ni para rezar. Sería muy triste. Es verdad que el “retiro” espiritual que les propuso Cristo no pudo realizarse en aquel momento, porque la gente no se lo permitió. Pero ahí queda su intención. Los “pastores” necesitan alimentar su acción. Él mismo, Jesús, buscaba momentos de soledad para orar con Dios.

No hace falta que todos huyamos al desierto o nos convirtamos en ermitaños. Pero sí que podamos gozar de una suficiente serenidad y de equilibrio mental y psíquico, que nos “defendamos” del excesivo trabajo y encontremos en nuestro horario tiempo para meditar, para leer, para rezar. El tiempo que dedicamos a la oración no es un tiempo que robamos a los destinatarios. Tal vez estemos más unidos a ellos cuando rezamos que cuando estamos en medio de ellos. Además, en la oración nos encontramos con nosotros mismos y con la armonía interior que todos necesitamos.

Eso es lo que pretenden los retiros mensuales, o los Ejercicios anuales, o la Liturgia de las Horas y la meditación diarias. Este saber conjugar, como nos enseñó Cristo, el trabajo y los momentos de oración, es lo que nos llevará al equilibrio que necesitamos como personas y como pastores.

Los malos y los buenos pastores

Leyendo a Jeremías y la queja de Dios contra los dirigentes, que están llevando al pueblo a la ruina, sabemos bien quiénes son los malos pastores: los que no se cuidan de las ovejas, sino que se buscan a sí mismos; los que en vez de unir y guiar, dispersan; los que no las defienden contra los posibles peligros. A veces es la gente la que se queja de los malos pastores. Esta vez es Dios mismo quien se queja de ellos.

Menos mal que Dios nunca dejará a su pueblo sin pastores. Porque en verdad, en tiempos de Jeremías y de Jesús –y ahora– muchas personas están desorientadas, como ovejas sin pastor, y necesitan quien les guíe. Dios, ante todo, promete que él mismo será el Pastor: “yo mismo reuniré el resto de mis ovejas”. Además, “les pondré pastores que las pastoreen, y ninguna se perderá”.

El que es Buen Pastor, con mayúsculas, que cumple esa promesa de Dios, es Cristo Jesús. Nos da un ejemplo muy hermoso en el pasaje de hoy: “vio la multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor”. Sabe conjugar la oración y el retiro con la caridad. Aunque busca momentos de silencio y oración, aquí da preferencia a seguir atendiendo a la gente. Además, lo hace sin reprenderles su “persecución”. No hace ver que le han estropeado su plan ni que tiene prisa: “se puso a enseñarles con calma”.

Un buen pastor –el que tiene una responsabilidad en el ámbito familiar o educativo o eclesial– es el que sabe conducir a buenos “pastos” y “aguas limpias”, el que defiende a las ovejas, el que sabe curarlas, el que se preocupa por ellas, el que les dedica su tiempo y su propia persona, el que tiene buen corazón y siente compasión de los más necesitados, el que no se busca a sí mismo, sino el bien de todos, el que encuentra tiempo para escuchar y cuidar de las personas a él encomendadas y las trata sin prisas, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Eso no va sólo para los pastores de la Iglesia. También para los padres de familia, que deben tener tiempo para dialogar con sus hijos, sobre todo en los momentos más difíciles. Para los educadores, que pueden influir más en los niños y jóvenes con su cercanía que con sus enseñanzas. Para los superiores de una comunidad parroquial o diocesana o religiosa, que deben dedicar sus mejores horas a las personas, y no a las estructuras.

Cristo ha unido a todos los pueblos

Una de las consecuencias que nos ha producido el haber sido salvados por Jesús es, según Pablo, que él ha hecho de todos un solo pueblo.

Hablando de los que provienen del paganismo y los que pertenecían al pueblo israelita, Pablo resalta que ahora todos estamos unidos por el mismo Jesús. Ya no son dos pueblos, sino uno solo. Se ha derribado el muro del odio que los separaba. Él, entregándose en la cruz por todos, ha hecho las paces entre los judíos y los no judíos, “uniéndoles en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, al odio”. La muerte salvadora de Cristo nos ha reconciliado a todos con Dios. Por Jesús “unos y otros podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu”.

Es una llamada siempre actual para nosotros. Debemos ser personas de paz y reconciliación. A nadie le podemos considerar como extraño en esta familia que se llama la Iglesia de Cristo. Por nuestra acogida fraterna, debemos hacer sentir a todos que son hijos de la misma familia.

Ahora no será tal vez la distinción entre paganos y judíos la que nos interpela. Pero hay otras actitudes parecidas: ¿nos creemos superiores a otros? ¿tenemos un corazón capaz de comprender y dialogar con los que piensan distinto, seguramente con la misma buena voluntad que nosotros? ¿practicamos el ecumenismo, no sólo con los cristianos de otras confesiones, sino en nuestra propia familia, en nuestra comunidad religiosa, en las relaciones entre jóvenes y mayores, entre laicos y religiosos? ¿acogemos a los alejados, a los emigrantes, a los turistas, a los forasteros? ¿les facilitamos que se sientan como en su casa? ¡Qué hermosa la consigna de Pablo: “paz a vosotros, los de lejos, paz también a los de cerca”!

Si los malos pastores, en vez de unir, dispersan, como decía Jeremías, los buenos pastores –y responsables en cualquier grado– son los que unen y tienden puentes.

Igual que Cristo hizo caer el muro divisorio entre Israel y el resto de la humanidad; igual que en Berlín cayó felizmente el muro que separaba el Este del Oeste, tal vez tendrán que desaparecer más muros en nuestra vida personal o comunitaria, para que puedan cumplirse estas perspectivas tan optimistas de Pablo y lo que ya el salmo cantaba: “Dios anuncia la paz a su pueblo”.

DOMINGO 17 DEL TIEMPO ORDINARIO



El “paréntesis” de Juan

A partir de hoy, y durante cinco domingos, interrumpimos la lectura del evangelio de Marcos para leer casi íntegro el capítulo 6 de Juan, con la multiplicación de los panes y el discurso-catequesis de Jesús sobre el Pan de la Vida que es él mismo.

Siguiendo a Marcos, después de la escena del domingo pasado, en que Jesús se compadecía de la multitud “porque andaban como ovejas sin pastor”, hubiéramos leído la multiplicación de los panes, una escena que aparece en los evangelios nada menos que seis veces (en Mateo y Marcos, dos veces cada uno). Pero, teniendo en cuenta que el de Marcos es el evangelio más corto, se ha preferido incluir en el Leccionario dominical este mismo episodio según san Juan, que lo narra con más detención y fuerza simbólica. Él es el “teólogo” de la Eucaristía.

Los cinco domingos en que leeremos este capítulo de Juan tienen una estructura que conviene tener en cuenta: el milagro de los panes (domingo 17), el diálogo sobre el maná del desierto (domingo 18), qué significa “creer” en Jesús (domingo 19), qué significa “comer” a Jesús (domingo 20) y finalmente las reacciones de sus oyentes y de sus discípulos (domingo 21).

2 Reyes 4, 42-44. Comerán y sobraré

Eliseo, discípulo y sucesor de Elías, en el siglo VIII antes de Cristo, se distingue por los numerosos episodios milagrosos de su ministerio profético.

En esta ocasión es una multiplicación de los panes, que nos prepara para escuchar luego en el evangelio la que realizó Jesús. Ambas tienen muchos puntos paralelos: la desproporción entre los panes disponibles y la gente que ha de comer; la persona que aporta algo –en el caso de Eliseo, uno ofrece veinte panes; en el de Jesús, un joven tiene cinco panes y dos peces–. En ambos casos, después de la comida milagrosa, sobra todavía pan: aquí Dios promete que “comerán y sobraré”, y así sucedió; en el caso de Jesús sobraron doce canastas de pan.

El salmista invita a alabar a Dios: “que todas tus criaturas te den gracias, Señor”, porque en verdad Dios es generoso: “los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo”, y lo que se ha convertido en el estribillo de la comunidad: “abres tú la mano, Señor, y sacias de favores a todo viviente”.

Efesios 4, 1-6. Un solo cuerpo, un Señor, una fe, un bautismo

Después de la parte más teológica de la carta, ahora Pablo quiere que los efesios saquen las consecuencias y “anden como pide la vocación a la que han sido convocados”.

De estas consecuencias la que destaca hoy es la de la unidad que debe haber entre todos. La clave es teológica: todos tenemos “un solo cuerpo y un solo Espíritu, un Señor, una fe, un Bautismo, un Dios que es Padre de todos”.

A los cristianos de la comunidad, por su parte, Pablo les dice: “esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz”, y les insta a que sean “humildes y amables, comprensivos, sobrellevándose mutuamente con amor”.

Juan 6, 1-15. *Repartió a los que estaban sentados todo lo que quisieron*

Empezamos a leer el capítulo 6 de san Juan con la multiplicación milagrosa de los panes.

Hay detalles significativos en su relato: está cercana la fiesta de Pascua, la gente se encuentra “en la otra parte del lago”, simbolizando la marcha de Israel por el desierto en que recibieron de Dios el alimento del maná; aquí es el mismo Jesús quien reparte los panes y los peces (en los otros evangelistas son los apóstoles los que lo hacen) y al final sobran todavía doce canastas, el número simbólico de las tribus de Israel y de los apóstoles.

El diálogo con los apóstoles quiere hacerles compartir el gesto de dar de comer a la multitud: es interesante la respuesta de Felipe sobre los 200 denarios, y la de Andrés que ha visto a un joven que tiene cinco panes y dos peces (están cerca del lago, pero además los peces son símbolo de la espera mesiánica en la literatura judía). Sobran doce canastas: todo un símbolo de la abundancia de los dones que vienen de Dios.

El entusiasmo de la multitud ante el prodigio les hace interpretar, una vez más, el mesianismo en clave política, y por eso Jesús tiene que huir, porque para él la finalidad no es esa, sino el mesianismo espiritual, inaugurador del Reino de Dios.

–II–

Dadles de comer

Jesús se compadece de la multitud y del hambre que a estas horas deben tener. Por eso, además de anunciarles la Palabra que viene de Dios, les multiplica también el pan material. Es una lección para sus discípulos de todos los tiempos.

¿No se ha dedicado la Iglesia a “dar de comer” a los pobres y a los más abandonados a lo largo de dos mil años de historia? ¿no se ha dedicado

también a los enfermos? ¿no ha sabido conjugar la evangelización con la beneficencia y el cuidado material de los más pobres, completando lo que en principio pertenecería a los deberes de cada Estado?

También ahora, y en ritmo creciente, el hambre es uno de los mayores problemas del mundo. ¿Cuántos millones de personas, sobre todo niños, mueren cada año de hambre? Esto va unido a la voz profética que levanta la Iglesia a favor de la justicia y de la recta distribución de la riqueza de este mundo. Sin justicia y una nivelación justa entre países ricos y pobres no se puede “dar de comer” a todos.

En este encargo de “dadles vosotros de comer” entra, no sólo el poder milagroso de Dios, sino también la colaboración humana. En el caso de Eliseo, y también en el de Jesús, hay personas que se adelantan generosamente. Uno ofrece veinte panes de cebada, y Dios hace el resto. El joven del evangelio tiene cinco panes y dos peces, y Cristo los bendice y obra el milagro de que basten para alimentar a todos, salvando la evidente desproporción. O sea, Dios no desdeña la aportación humana. Al contrario: a partir de lo que hacemos nosotros, él realiza el milagro de la multiplicación.

Son muchos los que colaboran en esta “multiplicación de panes” en el momento actual: cristianos comprometidos, misioneros, voluntarios, cooperantes, religiosos y religiosas que trabajan desinteresadamente en el campo sanitario y educativo y “comparten su pan” con los que no tienen. Esta colaboración es a veces económica (harían falta 200 denarios, dice Felipe) y otras, la donación de sí mismos, de su tiempo, de su trabajo. Lo hacen no sólo con los países del Tercer Mundo, sino más cerca, en su propio ambiente, en que los ancianos o los enfermos o los pobres necesitan “pan”, que puede ser nuestra acogida y nuestra cercanía.

Dios hará crecer y fructificar lo que nosotros aportamos, aunque parezca claramente insuficiente. Ojalá Cristo Jesús, nuestro Juez al final del camino, pueda decirnos a nosotros: “me disteis de comer... me disteis de beber... lo hicisteis conmigo”.

Del pan material al espiritual

Compartir el pan material es un símbolo muy expresivo de otros “panes” de los que también tiene hambre la humanidad: la cultura (¡cuántos están sin escuela!), trabajo (un trabajo digno y estable), vivienda (sobre todo para los que están en la calle y para los jóvenes que quieren formar una nueva familia), posibilidades de vida (en particular para los inmigrantes que han tenido que abandonar su patria).

Pero en el conjunto del evangelio se ve cómo Jesús, además del pan material (y de la luz física de los ojos y del agua natural del pozo) quiere dar a la gente un pan y una luz y un agua espirituales. Les da de comer y cura enfermos y resucita muertos, pero también, y sobre todo, les predica el Reino, les perdona los pecados, les conduce a Dios. Por eso se escapa cuando le quieren proclamar rey. Es lo que explica el “secreto mesiánico” que notamos en diferentes ocasiones: él no quiere que se queden en el mero hecho de unos milagros materiales, sino que den el salto a la fe.

El discurso de Juan 6 irá poco a poco conduciendo a los lectores a la comprensión más profunda del sacramento de la Eucaristía, que, cuando él escribe su evangelio, hacía ya décadas que los cristianos celebraban.

Él cuenta la multiplicación de los panes con un lenguaje claramente “eucarístico”: “tomó... dio gracias... repartió”, aludiendo también a la “fracción del pan”, porque habla de “los pedazos” que sobraron. No es que aquella fuera una Eucaristía, pero sí que él nos prepara, ya desde el relato del milagro, para que entendamos el sentido eucarístico de su catequesis sobre el Pan de la Vida.

También para nosotros sucede que “el pan y el vino” que traemos en el ofertorio –idealmente, aportación de la comunidad– están destinados a una transformación admirable, y se convertirán, por la invocación del Espíritu y las palabras de Cristo, en el Cuerpo y Sangre de Cristo, verdadero alimento espiritual para nuestro camino cristiano.

Esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz

Hoy resuena también en las lecturas una llamada a la unidad eclesial. Para Pablo el creer en Cristo Jesús y estar bautizados en su nombre tienen unas consecuencias importantes. Entre ellas, hoy nos subraya una: la unidad.

Si el domingo pasado leíamos cómo Cristo ha roto el muro de división entre los pueblos, ahora nos toca a nosotros traducir la misma convicción a la vida interior de nuestra comunidad: “esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz”.

Las consignas que da Pablo a los de Éfeso son igualmente actuales para nosotros. Él tiene experiencia. Sabe cuáles son los problemas de una comunidad humana, sea familiar o civil o eclesial: tensiones, divisiones, discusiones, intransigencias... Desde la cárcel de Roma les da –y nos da– unas consignas siempre válidas.

La base teológica y la raíz última de nuestra unidad podemos decir que es “trinitaria”: todos tenemos un solo Dios que es Padre de todos, un Cristo Jesús que se ha entregado por todos y un Espíritu que es el alma de la comunidad. También tenemos una fe y un Bautismo.

Pero esto tiene que ir acompañado de unas actitudes: “sed humildes y amables... sed comprensivos... sobrellevaos mutuamente con amor...”. Todos los argumentos teológicos a favor de la unidad no valen gran cosa si no hay amor entre nosotros. Tal vez la unidad falla por culpa nuestra. La Iglesia no está dando precisamente el testimonio de unidad y de amor que Pablo quisiera, ni con los otros cristianos ni entre nosotros mismos.

En el fondo, tenemos que imitar lo que hizo Cristo. Él no sólo dio “cosas” (multiplicando, por ejemplo, panes), sino que se dio a sí mismo, en toda su vida, y sobre todo en la cruz. Si le imitamos, entonces podemos decir que “andamos como pide la vocación a la que hemos sido convocados”.

Esto no sólo tiene sentido en clave de relaciones ecuménicas entre las varias confesiones cristianas, o de la unidad que debe existir en la Iglesia universal o diocesana, sino también en la parroquia, en una comunidad religiosa, en una familia cristiana...

DOMINGO 18 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

La relación entre las tres lecturas dominicales

Las tres lecturas de los domingos no tienen una unidad temática. La primera (con su salmo) sí que se ha elegido de acuerdo con el mensaje central del evangelio del día. Hoy es el tema del pan, el que Dios concedió a Israel en el desierto y el que Cristo multiplicó también en el desierto para la multitud, intentando luego conducirles del pan material al espiritual.

La segunda va por su cuenta, en una lectura semicontinua de una carta de Pablo: en esta temporada, la que escribió a los Efesios, que nos aporta un contenido ciertamente denso y siempre actual.

Para la meditación personal es conveniente abarcar las tres. Para la homilía, a veces es mejor elegir, sobre todo, el evangelio, leído también con su perspectiva del AT.

Éxodo, 16, 2-4.12-15. *Yo haré llover pan del cielo*

Qué pronto han olvidado los israelitas la poderosa intervención de Dios que les liberó de la esclavitud de Egipto. Ahora experimentan la dureza del desierto y la incertidumbre del destino, y se desaniman. Se rebelan contra Moisés y añoran “la olla de carne” de Egipto. El peor obstáculo que tuvo la liberación del pueblo elegido no fue el Faraón o los enemigos que encontraban en el camino: era el mismo pueblo.

A pesar de todo, Dios sale en su ayuda. Dos fenómenos naturales, no extraños en aquel desierto, pero ciertamente providenciales y oportunos, le sirven para proveer a Israel de comida. Ante todo, el “maná” (del original “man-hu”, ¿qué es esto?), que es una especie de rocío o de resina comestible de algún árbol como el tamarisco. Y la bandada de codornices, atraída en la justa dirección por el viento favorable, que les provee de carne abundante, al caer exhaustas y dejarse coger fácilmente.

El salmo interpreta estos episodios claramente como signos de la cercanía de Dios: “hizo llover sobre ellos maná, les dio trigo celeste”. E invita a transmitirlos de generación en generación: “lo que nuestros padres nos contaron, lo contaremos a la futura generación”. En el discurso sobre el Pan de la vida, Jesús tomará pie precisamente de un versículo de este salmo: “les dio un pan del cielo”.

Efesios 4, 17.20-24. *Vestíos de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios*

Para Pablo, el Bautismo nos hace tener un estilo de vida diferente del de los paganos.

Los cristianos “abandonan el anterior modo de vivir”, renovados como están en su mentalidad. Según la comparación que se repite varias veces en sus cartas, el cristiano ya no vive conforme al “hombre viejo”, sino que se “viste de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas”.

Juan 6, 24-35. *El que viene a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará sed*

Entre la multiplicación de los panes, que leíamos el domingo pasado, y el “discurso del Pan de Vida”, que empieza hoy, cuenta Juan un episodio un tanto misterioso: ¿cómo ha pasado Jesús a la otra orilla?

Jesús no contesta a la pregunta de la gente. Le interesa sacar pronto las consecuencias de la multiplicación de los panes, conduciéndoles a la comprensión del “pan verdadero”. Distingue el “alimento que perece”,

que es el que va buscando la gente, y “el alimento que perdura para la vida eterna”, que es el que quiere darles Jesús. El verdadero pan no fue el maná que les dio Moisés, sino el que les está dando ahora mismo Dios enviando a su Hijo: “yo soy el pan de vida: el que viene a mí no pasará hambre y el que cree en mí no pasará sed”.

-II-

Les dio a comer pan del cielo

El domingo pasado era el profeta Eliseo quien anticipaba de alguna manera la multiplicación de los panes por Jesús. Esta vez es Moisés quien consigue de Dios el alimento para los suyos en el desierto.

En el momento del cansancio, el desánimo y la rebelión de los israelitas en el desierto, Dios sigue siendo el Dios cercano, el “yo soy”, o sea, el “yo estoy”, que escucha las voces de su pueblo y acude una vez más en su ayuda.

También el hombre de hoy camina por el desierto, a veces cargado de preocupaciones, con crisis más o menos profundas. Hay muchas clases de hambre, además de la material: hambre de amor, de felicidad, de verdad, de seguridad, de sentido de la vida. Dios vuelve a estar cerca y se preocupa de dar su “pan” a los cansados. Ese pan es su Hijo, Cristo Jesús: “yo soy el pan de vida: el que viene a mí no pasará hambre y el que cree en mí no pasará sed”. Los verbos “venir” y “creer” son típicos del evangelio de Juan.

Aunque se emplee la metáfora del “pan”, se puede decir que el discurso de Jesús, en esta parte, todavía no habla de la Eucaristía, sino de la fe. Creer en Jesús es comer el pan que Dios nos envía para sacar nuestra hambre: “el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida del mundo... Yo soy el pan de vida”. Más tarde escucharemos cómo dice Jesús que “el que come de este pan tendrá vida eterna”. Pero de momento dice que esa vida eterna la tiene “el que cree en él”.

Si el salmista afirmaba, agradecido, que “Dios les dio un trigo del cielo” (“panem de coelo praestitisti eis”, cantábamos antes en la bendición con el Santísimo), nosotros con mucha más razón podemos estar agradecidos a Dios porque nos ha dado el auténtico “pan del cielo” para nuestra hambre: Cristo Jesús.

Algunos se contentan con la “olla de carne” de Egipto

Lo que sucedía a aquel pueblo pasa también a muchos otros: añoran la esclavitud de Egipto. Se conforman con cosas materiales que son en verdad “alimento que perece”.

Lo malo no es tener hambre, sino no tener hambre de las cosas que valen la pena, no saber que nos falta el auténtico pan. Lo malo es quedarse satisfecho de la “olla de carne” que ofrece el mundo, con valores que no son los últimos.

Para salvarse, primero hay que tener conciencia de que necesitamos ser salvados. Pero salvarse a veces obliga a romper esquemas y tener que aceptar novedades incómodas en nuestra vida. Muchos prefieren no ser salvados.

Jesús hace claramente la distinción entre el pan material y el espiritual, que él quiere ofrecerles. La gente no pasa fácilmente del uno al otro: se quedan admirados y agradecidos porque han podido comer pan, pero no llegan a la conclusión a la que Jesús les quiere conducir. Como pasa el ciego de la luz de los ojos que recibió a la luz de la fe que le interesaba a Jesús. O la mujer samaritana del agua del pozo al agua de vida eterna que Jesús le ofrecía. Por eso el evangelio de Juan no habla tanto de “milagros”, sino de “signos”, y por eso también Jesús insiste en lo que llamamos el “secreto mesiánico”, porque a él le interesa que la gente no se quede en el milagro, sino que lo sepa interpretar en su significado de fe. El auténtico pan no era el maná, sino lo que el maná prefiguraba: Cristo mismo.

¿Tenemos hambre de Cristo? ¿deseamos ese pan que es Cristo, o nos conformamos con otros panes que no sacian el hambre de nadie?

En la Eucaristía se nos da Cristo Jesús, ante todo, como la Palabra en la

que “creemos”: una Palabra que es también el Pan que Dios concede a la humanidad hambrienta. Luego se nos dará como Cuerpo y Sangre, el Pan eucarístico. Ambos “Panecillos”, el de la Palabra y el de la Eucaristía, nos dan “vida eterna”.

No andéis ya como los paganos

Para Pablo, los que creemos en Cristo Jesús, los que “hemos aprendido” de él y estamos “en su verdad”, debemos sacar una consecuencia fundamental: tenemos que cambiar de estilo de vida.

Tenemos que abandonar “el anterior modo de vivir”, lo que él llama “el hombre viejo corrompido por deseos seductores” o engañosos, “renovarnos” en nuestra mentalidad y “vestirnos de la nueva condición humana”. Esta nueva condición de vida en Cristo es “creada a imagen de Dios” y consiste en la “justicia y la santidad verdaderas”.

También ahora estamos nosotros sumergidos en un mundo neo-pagano, que tal vez no nos persigue físicamente, pero que impregna sutilmente todo el ambiente y es una continua tentación para que sigamos sus deseos engañosos o sus ídolos.

El cristiano debe saber remar contra corriente, no vivir según el “hombre viejo” que hay en nosotros, y que crece más que el nuevo, sino según el estilo y la novedad radical de Cristo.

DOMINGO 19 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

La liturgia de la Palabra y la Eucaristía

Sigue la catequesis de Jesús sobre el Pan de la Vida, en la sinagoga de Cafarnaún. A pesar de que la terminología de todo el capítulo parece “eucarística” (ya desde la multiplicación de los panes y su distribución), la lógica de Jesús va dando pasos poco a poco.

La aplicación del “pan de la vida” se hace hoy en el sentido de la fe. Si Cristo es el Pan que Dios envía a la humanidad para que sacie su hambre (como es la Luz para que la ilumine y el Pastor para que la guíe y la Puerta por donde entre), la primera respuesta nuestra debe ser “creer” en él como Enviado de Dios: el que crea en él tendrá vida eterna. El domingo próximo Jesús desarrollará la idea que ya aparece hoy al final: comer la carne que Jesús nos va a dar, su propio Cuerpo, en la Eucaristía.

1 Reyes 19, 4-8. *Con la fuerza de aquel alimento, caminó hasta el monte de Dios*

Elías fue un personaje importante de la vida de Israel, un profeta fogoso que luchó con energía contra el deterioro social y religioso de su tiempo. Pero hoy, perseguido a muerte por la reina Jezabel, tiene miedo y huye.

La escena de hoy lo presenta en el desierto, desanimado, pidiendo a Dios la muerte: “Basta, Señor, quítame la vida”. Pero el ángel de Dios le despierta por dos veces, le manda que coma y beba, y que siga su camino. El profeta encuentra pan y vino y, en efecto, sigue su camino hasta el monte donde se encontrará misteriosamente con Dios.

La lectura nos prepara para escuchar luego en el evangelio la promesa del Pan que nos piensa dar Cristo Jesús para que tengamos vida.

El salmo se hace eco de esta situación, símbolo de tantas que había sufrido el pueblo de Israel, y lleno de confianza en Dios, le alaba por su cercanía: “bendigo al Señor en todo momento... me libró de todas mis ansias”. Alude también al ángel, como el que atendió a Elías: “el ángel del Señor acampa en torno a sus fieles y los protege”, para pasar a una afirmación global: “si el afligido invoca al Señor, él lo escucha”, e invitar a todos a la alabanza y la confianza: “gustad y ved qué bueno es el Señor”.

Efesios, 4, 30 – 5, 2. Vivid en el amor como Cristo

Pablo da a los cristianos de Éfeso unas consignas de vida Comunitaria que siguen plenamente de actualidad. En negativo, “desterrad la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad”. En positivo, “sed buenos, comprensivos, perdonándonos unos a otros”.

La motivación no es una mera filantropía o un modo civilizado de convivir. Es una motivación desde Dios, y desde Dios Trino: “no pongáis triste al Espíritu Santo de Dios”, “perdonándoos como Dios os perdonó en Cristo”, “y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros”.

Juan 6, 41-51. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo

A esta altura del discurso de Jesús, al día siguiente de la multiplicación de los panes, en la sinagoga de Cafarnaún, Juan intercala una objeción de los presentes a lo que va diciendo Jesús. Una objeción esta vez claramente “cristológica” (no todavía “eucarística”): ¿cómo puede decir este que ha bajado del cielo? Se basan en que conocen a Jesús, “el hijo de José”, y también “a su padre y a su madre”.

Jesús sigue desarrollando su idea, sin contestar de momento a la pregunta: “os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna”. Los verbos de Juan se repiten: “ver, venir, creer”, y se añade otro, “atraer”, que indica que la fe no es fruto sólo de nuestro esfuerzo: “nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre”.

Al final aparece otro verbo, “comer”, que es el que conducirá el discurso hacia la Eucaristía: “el que coma de este Pan vivirá para siempre”. Anuncia ya que “el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”.

-II-

La crisis de un profeta

Después de un triunfo espectacular que ha obtenido el profeta Elías contra los sacerdotes de los dioses falsos, es perseguido a muerte por la reina Jezabel y su débil esposo el rey Ajab. El que siempre había aparecido como profeta temperamental, atrevido, incansable, ahora tiene miedo y entra en crisis. Está en el desierto, no sólo geográficamente, sino psicológicamente.

Es una crisis que podemos llamar “vocacional”: se desanima porque no ve los frutos de su predicación, está cansado de hablar y no ser escuchado, cae en la tentación de “dimitir” y huye. Llega hasta el punto de desearse la muerte: “¡basta, Señor! ¡quítame la vida!”. Se siente abandonado de Dios. Es una crisis que vemos también en la historia de Moisés o de Jeremías, o en la de Jesús en el Huerto de Getsemaní, cuando con gritos y lágrimas (como dice la carta a los Hebreos) pidió a su Padre ser liberado de la muerte, y los evangelistas dicen que su “alma estaba triste hasta la muerte”. Esa expresión “hasta la muerte” (“usque ad mortem”) la interpretan algunos como “con una tristeza capaz de hacerme desear la muerte”.

Los cristianos, no sólo los que tienen una vocación más apostólica y ministerial, sino todos los fieles que son conscientes de su misión en el

mundo y están comprometidos en la familia o en la sociedad, pueden conocer también momentos de crisis en su camino, momentos tal vez no tan dramáticos como los de Elías, pero en que se desaniman, se sienten abandonados de todos, cansados de trabajar en vano y de hacer el bien, poco animados por la comunidad y escépticos respecto a las propias fuerzas, y les entran deseos de “dimitir” y dejarlo estar. Se encuentran en el desierto, como Elías. En dirección contraria a la que trajeron gozosamente los israelitas cuando venían de Egipto: ahora Elías marcha de la ciudad hacia Egipto. No le vienen a los labios cantos gozosos como “qué alegría cuando me dijeron...”. Tampoco a nosotros, muchos días de nuestra vida. Aunque seguramente no hasta el extremo de tumbarnos bajo la retama y desearnos la muerte.

La respuesta de Dios

A pesar de las apariencias, Dios no abandona a Elías. De momento no le hace oír su voz –lo hará cuando llegue al monte Horeb– pero sí la del ángel: “levántate, come, que el camino es superior a tus fuerzas”. Hace que encuentre una hogaza de pan y un jarro de agua, para que siga su camino y tenga fuerzas hasta el final: “levántate, come”.

Dios no le libera de su misión profética: le da fuerzas para llevarla a cabo. En efecto, Elías “se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches”.

Tal vez Dios le está dando una lección porque le ve demasiado confiado en sus propias fuerzas, un poco presuntuoso y violento en sus métodos. Sin la ayuda de Dios no podrá hacer nada. Más adelante, cuando se le aparezca en el monte, le dará otra lección: no se hace reconocer ni en la tormenta ni en el fuego ni en el terremoto, sino en una suave brisa. Finalmente, le mandará que vuelva de nuevo a la ciudad, de la que estaba huyendo, a continuar su misión.

Cuando nosotros flaqueamos en el camino –un camino que a veces nos resulta realmente difícil– no podemos apoyarnos sólo en nuestras propias fuerzas, sino en Dios.

También a nosotros nos hace oír Dios unas “voces”, que no necesariamente son de un ángel, pero sí de personas y acontecimientos que nos están recordando que él nos está cercano y que, como dice el salmista, “si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias”.

También a nosotros nos ha preparado Dios “una hogaza de pan cocido y un jarro de agua”, que nos ayuda a proseguir nuestro camino, por áspero que sea: la Iglesia, su doctrina, sus sacramentos, en especial la Eucaristía, el buen ejemplo de nuestros hermanos... Sobre todo, su Hijo Cristo Jesús, que es el Pan de la vida, y su Espíritu, a quien se representa muchas veces como el agua de la vida. Para que continuemos nuestro camino sin desánimos ni dimisiones.

También a nosotros tal vez nos convenga que Dios nos dé una lección, si somos presuntuosos y nos fiamos de nosotros mismos, o queremos trabajar con un estilo que puede no ser el de Cristo o el de Dios.

“Yo soy el Pan de la Vida”

Como respuesta a nuestra debilidad ha pensado Dios darnos un alimento para el camino: su Hijo Jesús. Como sucedió con aquella multitud cansada y hambrienta de la que se compadeció Jesús y les alimentó con el pan milagroso, pero apuntando al Pan que era él mismo: “yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre”.

Si creemos en él, o sea, si le admitimos sinceramente en nuestra vida, tendremos fuerza para seguir el camino: tendremos “vida eterna”. Si no creemos en él, si construimos nuestra vida independientemente de él, sin dejarnos iluminar y alimentar por él, no construiremos nada sólido, y nos perderemos por el desierto.

Los que oyeron el discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún no parece que estuvieran muy decididos a creer en él: ¿cómo puede decir este que ha bajado del cielo? Se escudaron en que al “hijo de José” le conocían desde pequeño, así como también conocían “a su padre y a su madre”.

Por una parte no nos extraña este escepticismo. Si un obrero del pueblo de al lado nos dijera de repente que es el Hijo de Dios y que hay que creer

en él para salvarse, tampoco nosotros nos sentiríamos muy inclinados a aceptar sus palabras. Pero en el caso de Jesús eran tales las “credenciales” que presentaba –entre ellas, la multiplicación de panes que acababa de realizar– que tenían que haber dado el salto hacia la fe.

El mismo Jesús, según 6, 62-63, parece darles la respuesta a su objeción sobre el verbo “bajar” del cielo, que les escandalizaba, apuntando a que sólo le podrían entender si más tarde le veían “subir” adonde estaba antes: sólo desde el misterio pascual completo –con su muerte, resurrección y ascensión, así como el envío del Espíritu– se puede entender algo el misterio de Cristo.

Es la fe la que nos anima, la que da sentido a nuestra vida cristiana. Cristo es el pan que nos da fuerzas. Claro que esta fe es don de Dios: “nadie puede venir a mí si el Padre no le atrae”. Pero también depende de cómo acogemos en nuestra vida ese don de Dios.

Cada vez que celebramos la Misa, parece como si siguiéramos el itinerario que nos señala Juan en este capítulo que estamos leyendo. Primero “comemos a Cristo Palabra”, profundizando en nuestra fe en él. Es la primera parte de la Misa, la “mesa de la Palabra”. Luego pasamos a “comerle como Pan y Vino”, en la comunión.

Cristo, Palabra y Pan. Celebramos la Palabra de Dios, o sea, acogemos a Cristo como la Palabra viviente que es de Dios. Eso mismo nos prepara para que luego, en la segunda “mesa”, le recibamos como Pan y Vino eucarísticos.

Tanto a la Palabra como a la Eucaristía se les puede llamar “pan” y “alimento”. En la introducción al Misal se afirma que “en la Misa se dispone la mesa, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, en la que los fieles encuentran instrucción y alimento” (IGMR 28).

Ojalá se pueda decir también de nosotros: “y con la fuerza de aquel alimento caminó durante toda una semana”.

Consignas para la vida de la comunidad

Si el domingo pasado leíamos cómo Pablo invitaba a sus cristianos a vivir según el “hombre nuevo” y no según las costumbres que tenían antes, cuando eran paganos, hoy concreta su recomendación en uno de los aspectos que más veces subraya en sus cartas: la caridad fraterna.

Las consignas son siempre actuales. Por una parte hay que evitar cosas como “la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad”. Ciertamente no son estos los “frutos del Espíritu” que Pablo enumera en otros pasajes. Es lógico que afirme que estas cosas “ponen triste al Espíritu Santo de Dios” con el que estamos marcados desde el Bautismo.

La parte positiva es que debemos ser “buenos, comprensivos, perdonándonos unos a otros”. Estos sí son frutos del Espíritu.

Pablo, como siempre, se remonta al ejemplo de Jesús y del mismo Dios Padre. Motiva estas actitudes positivas que hemos de cultivar en una comunidad como imitación de Dios: “perdonándoos como Dios os perdonó en Cristo”. El amor que nos debemos tener no sólo es humano: “vivid en el amor como Cristo os amó” y Cristo nos mostró ese amor con las obras, “se entregó por nosotros a Dios como oblación”.

Bastante mejor nos irían las cosas en toda comunidad –eclesial, social, familiar– si hiciéramos caso de estos consejos de Pablo.

DOMINGO 20 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Un domingo muy “eucarístico”

Juan, en su evangelio, no nos trae las “palabras de la institución” eucarística en la Última Cena de Jesús (sí el mandato del amor fraterno con el lavatorio de los pies). Los otros evangelios sí las traen, y antes que ellos todavía Pablo en su primera carta a los Corintios.

Pero en cambio, Juan nos ofrece en labios de Jesús una “catequesis” o una “teología” eucarística muy profunda, con ocasión de la promesa que hace de la Eucaristía al día siguiente de la multiplicación de los panes, en la sinagoga de Cafarnaúm. Es la que oímos hoy, en la segunda parte de su “discurso del Pan de la Vida”, claramente orientada a la Eucaristía, después de la base de la fe en Cristo, que es la que había desarrollado antes.

Hemos visto en estos domingos pasados cómo las lecturas del AT iban preparando la proclamación del evangelio de los panes y su discurso siguiente. Primero fue Eliseo quien multiplicaba panes, luego Moisés el que anunciaba el maná que Dios daba a su pueblo, más tarde el pan y el vino que fortalecieron a Elías para proseguir su camino. Hoy es el libro de los Proverbios que nos habla de la comida festiva que Dios prepara para los suyos.

Proverbios 9, 1-6. *Comed de mi pan y bebed el vino que he mezclado*

Pocas veces leemos el libro de los Proverbios en la liturgia. La página de hoy nos presenta un banquete, un festín que nos prepara la Sabiduría.

La Sabiduría, personalización de Dios mismo, “ha preparado el banquete, mezclado el vino y puesto la mesa”. La invitación es para todos, sobre todo para los más desheredados: “venid a comer de mi pan y beber el vino que he mezclado” (el vino siempre se mezclaba con agua, porque era demasiado fuerte: también sucedía lo mismo en tiempos de Jesús).

El salmo parece responder con gratitud y alegría a esta invitación: “gustad y ved qué bueno es el Señor”, “bendigo al Señor en todo momento... que los humildes lo escuchen y se alegren”. El salmista hace un elogio de los buenos, de los rectos de corazón, en contraposición con los “ricos”, que “empobrecen y pasan hambre”, mientras que “los que buscan al Señor no carecen de nada”.

Efesios 5, 15-20. *Daos cuenta de lo que el Señor quiere*

El breve pasaje de Pablo nos presenta un lúcido panorama de lo que debería ser la vida cristiana.

Invita sobre todo a la sensatez: “no seáis insensatos... no estéis aturdidos”, sino “daos cuenta de lo que el Señor quiere”. Contrapone el “emborracharse con vino” y el “dejarse llenar del Espíritu”.

A la vez traza un programa de oración: recitando salmos y cánticos inspirados, cantando y tocando “con toda el alma para el Señor” y, sobre todo, “dando gracias a Dios por todo, en nombre de nuestro Señor Jesucristo”.

Juan 6, 51-58. *Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida*

Hoy termina la lectura del “discurso del Pan de la Vida”, dejando para el domingo siguiente las reacciones que este produce.

Esta última sección de la catequesis de Jesús empieza con la misma frase con que terminaba la anterior: “yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo”. Pero ahora no se desarrolla con el tema de la fe –“creer” en él– sino con el eucarístico –“comer” la carne del Hijo del hombre– para tener la vida eterna.

La objeción de los judíos ante estas palabras sí que es “eucarística” (antes habíamos escuchado una “cristológica”): “¿cómo puede este darnos a comer su carne?” (la pregunta no está exenta de lógica, porque en principio lo que dice Jesús parece increíble). La respuesta de Jesús no resta nada a lo dicho, sino que lo amplía: ahora habla de “comer” y de “beber” su Cuerpo y Sangre, y describe los efectos que van a acompañar a los que coman y beban esta “verdadera comida” y esta “verdadera bebida” que son su Cuerpo y su Sangre.

–II–

El banquete que nos prepara Dios

La de la comida es una buena metáfora para indicar lo que Dios quiere comunicarnos: él está siempre dispuesto a saciar el hambre de la humanidad y a llenarla de fiesta y de alegría.

Invitar a comer y a beber no sólo pretende satisfacer el apetito o la sed, sino es un signo de amistad, de fiesta, de reconciliación si es el caso.

Si se habla de la Sabiduría de Dios que nos quiere hacer un don, esperaríamos que a continuación se nos concretase en una lección doctrinal, pero aparece la imagen de la comida, con buen pan y vino exquisito. Lo mismo hará Jesús cuando, por ejemplo, quiera expresarnos cómo será el Reino de los cielos: un banquete que prepara el rey para la boda de su hijo.

En el contexto cristiano el comer tiene varios sentidos, incluso en el ámbito de la Eucaristía. Al comer el pan y beber el vino estamos convencidos de que nos alimentamos con el Cuerpo y Sangre de Cristo: “mi carne

es verdadera comida. Es el alimento para nuestro camino. Como dice el Catecismo, “lo que el alimento material produce en nuestra vida corporal, la comunión lo realiza de manera admirable en nuestra vida espiritual: vivifica, conserva, acrecienta y renueva la vida de gracia recibida en el Bautismo. Este crecimiento de la vida cristiana necesita ser alimentado por la comunión eucarística, pan de nuestra peregrinación, hasta el momento de la muerte, cuando nos sea dada como viático” (CCE 1392).

Pablo entendió la comida como símbolo también de la fraternidad eclesial. El pan de la eucaristía, además de unirnos a Cristo, construye la comunidad: “un pan y un cuerpo somos, ya que participamos de un solo Pan” (1Co 10, 16-17).

La Eucaristía: quien me come vive por mí

Para nosotros los cristianos, este don de Dios a la humanidad, bajo la imagen de la comida, prometido en el AT y anunciado ya próximamente por Jesús, no puede ser otro que la Eucaristía. Las palabras de Jesús, tal como suenan en el evangelio de Juan, escrito bastante más tarde que los sinópticos, no pueden dejar de referirse a la Eucaristía que ya están celebrando desde hace decenios.

Si antes había dicho Jesús que “el que cree en él tiene vida eterna”, ahora completa su revelación diciendo que “el que come su carne y bebe su sangre tiene vida eterna”. Además de dárseos como Palabra viviente, él ha querido identificarse con este pan y ese vino que aportamos al altar y dárseos así como alimento para el camino (“viático”).

Son admirables los efectos que dice Jesús que seguirán para los que le “coman” con fe. Ante todo dice: “el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”. Es el verbo “permanecer”, en el original, el mismo que empleará más tarde al hablar de la vid y de los sarmientos: si estos quieren dar fruto deben “permanecer” unidos a la cepa principal que es Cristo mismo. Aquí se aplica a la Eucaristía.

Pero hay otro efecto todavía más admirable, y que no nos hubiéramos atrevido a afirmar nosotros, si no estuviera en el evangelio: “así como yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come vivirá por mí”.

En el original dice: “yo vivo del Padre”, “el que me come vivirá de mí”. Compara, pues, la unión que se va produciendo entre nosotros y él con la que él tiene con el Padre.

Son afirmaciones misteriosas y llenas de fuerza. No son invento nuestro. La palabra de Jesús, después de dos mil años, sigue fiel. El que se entregó por todos en la cruz, ha querido actualizar esta entrega suya cada vez que celebramos la Eucaristía: este pan y este vino son, de un modo misterioso pero real, su misma persona, que se nos da para que tengamos vida.

El Señor Resucitado, además de ser la Palabra, el Maestro, el Médico y el Pastor, ha querido ser Alimento para el camino.

¿Nos extraña que los que abandonan la participación en este admirable sacramento de la Eucaristía vayan enfriándose en su fe y en su vida cristiana? Jesús dice que “si no coméis la carne del Hijo del hombre... no tenéis vida en vosotros”. No acudimos a la Eucaristía del domingo principalmente porque es de precepto, sino que es de precepto por la importancia que tiene para nuestro crecimiento en la vida cristiana.

Para vivir sensatamente

El consejo que da Pablo a los efesios nos va bien a todos, también en nuestro tiempo: “no seáis insensatos”. Hemos progresado en muchos aspectos de la vida, pero se nos podría llamar “insensatos”, o sea, necios, si descuidamos lo más importante y quedamos bloqueados en lo menos importante.

Él urgía a la sensatez porque “vienen días malos”. Ahora sí que estamos sumergidos en días malos, tiempos de confusión, que exigen de nosotros una verdadera sabiduría, la sabiduría que viene de Dios, que nos ayuda a no quedar “aturdidos”, sino a ser sensatos y darnos cuenta de lo que el Señor quiere”. Tal vez tenga también sentido ahora la antítesis entre “emborracharse con vino” (o con otras clases de “drogas” más o menos blandas) y “dejarse llenar del Espíritu”.

Nuestra sabiduría es Cristo Jesús. Si la Sabiduría, según el libro de los Proverbios, nos invitaba a una mesa festiva, Jesús, que es la Palabra viviente y la Verdad misma de Dios, se nos da él mismo como comida y

bebida. Los creyentes debemos confrontar continuamente la mentalidad que respiramos en este mundo con lo que dice la Palabra de la vida, que escuchamos a lo largo del año sobre todo en la Eucaristía. Porque nos toca muchas veces ir contra corriente y luchar para no dejarnos contagiar de una mentalidad que a menudo no es precisamente la de Cristo Jesús.

La fuerza para vivir con sensatez y crecer en la fe nos la describe también Pablo. Ante todo, con la invitación a recitar y cantar salmos y cánticos inspirados. La oración comunitaria, sobre todo la Liturgia de las Horas, nos va conformando en las actitudes propias de un verdadero creyente y reorienta continuamente nuestra vida en dirección a Dios.

Pero también nombra la “acción de gracias”, que podemos interpretar claramente como la Eucaristía. Es nuestro sacramento central, el que más veces celebramos y el que va construyéndonos como personas creyentes y como comunidad. En la “primera mesa”, la de la Palabra, Cristo nos va comunicando su sabiduría. En la “mesa eucarística”, nos da como alimento para el camino su propia Persona, ahora como Resucitado.

Se tendría que notar en nuestra vida que estos domingos la Palabra de Dios nos está invitando a comprender y celebrar más en profundidad el admirable sacramento que Cristo nos ha dejado.

DOMINGO 21 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Optar entre Dios y los dioses

Hoy terminamos de leer la selección de la carta a los Efesios con una página famosa: la que habla de las relaciones entre marido y mujer, situándolas en la esfera del amor de Cristo que se entregó hasta el final por su esposa la Iglesia.

Terminamos también la lectura del capítulo 6 de san Juan, que hemos ido escuchando durante cinco domingos, haciendo un paréntesis en el evangelista del año, Marcos. Lo terminamos con las reacciones de los presentes ante las palabras de Jesús y una interpelación también para nosotros: ¿aceptamos o no este “discurso duro” de Jesús? Es también la disyuntiva que ponía Josué a los suyos al entrar en la tierra prometida: ¿prefieren servir a Yahvé o a los dioses falsos?

Josué 24, 1-2a.15-17.18b. *Nosotros serviremos al Señor:
jes nuestro Dios!*

Josué, el sucesor de Moisés, el que finalmente introdujo al pueblo de Israel a la “tierra prometida”, convoca en asamblea solemne a todos, para renovar la Alianza del Sinaí y les plantea una clara disyuntiva: ¿a quién quieren servir, al Dios que les ha liberado de Egipto o a los dioses que van

encontrando en los pueblos vecinos? Porque siguen teniendo la tentación de la idolatría.

La respuesta del pueblo es muy decidida: “¡lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros!”. Ese Dios es quien les ha sacado de Egipto y les ha ayudado en el camino con toda clase de prodigios. Un poco espontánea y optimista parece la respuesta, mirándola desde la historia posterior de este pueblo, siempre a caballo entre la tentación de la idolatría y la fidelidad a la Alianza de Yahvé.

El salmo plantea también la oposición entre los justos y los malvados: “que los humildes lo escuchen y se alegren... Los ojos del Señor miran a los justos, pero el Señor se enfrenta con los malhechores”.

Efesios 5, 21-32. *Es este un gran misterio
y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia*

Leemos por última vez la carta de Pablo a los de Éfeso, siguiendo con las consecuencias que tiene la fe en Cristo para la vida de la comunidad, esta vez más específicamente para la familiar. Este era un pasaje que antes se solía elegir bastante para las bodas, pero ahora no tanto, porque refleja una situación social muy poco actual en la vida matrimonial.

Pablo invita a las mujeres a que “se sometan a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer”, comparándolas a “la Iglesia que se somete a Cristo”. Invita en seguida a los maridos a “amar a sus mujeres como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella”. Amar a la propia mujer es “amarse a sí mismo”, y “nadie jamás ha odiado su propia carne”.

Cita la motivación del Génesis: “serán los dos una sola carne”, pero además añade la más específicamente cristiana: “es un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia”.

Juan 6, 60-69. ¿A quién vamos a acudir?*Tú tienes palabras de vida eterna*

Al final de este capítulo que hemos ido leyendo de Juan escuchamos hoy las reacciones que produjo en los oyentes el discurso de Jesús sobre el Pan de la Vida, y que hacían “vacilar” a algunos, que le empezaron a “criticar”.

Ante todo, les reenvía, para que puedan entender el sentido estas palabras, a cuando vean que “él sube a donde estaba antes” (la objeción era sobre lo que decía que había “bajado” del cielo) y también a la acción del Espíritu, que es quien da vida (la objeción segunda era sobre cómo era posible “comer la carne” del Hijo del hombre).

Al ver que se van marchando algunos discípulos, Jesús plantea la pregunta: “¿también vosotros queréis marcharos?”. Es muy hermosa la respuesta de Pedro, decidido como siempre: “¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna”.

—II—**Hay que hacer la opción**

La disyuntiva que propuso Josué a los israelitas y la que Jesús ofrece a los suyos sigue válida también para nosotros. En nuestra vida tenemos que optar: entre Dios y los dioses, entre el bien y el mal, entre el camino que nos parece estrecho pero que lleva a la vida y el que es ancho pero que no lleva a ninguna parte.

El pueblo de Israel, inmediatamente después de salir de Egipto, guiado por Moisés, había sellado con Yahvé una Alianza. El primer mandamiento de esta Alianza es el que sigue siendo primero también ahora: “no tendrás otros dioses más que a mí”. Ahora, al entrar ya en la Tierra Prometida, se trata de ratificar esa Alianza, un tanto olvidada ya, y es lo que Josué les propone: ¿servirán a ese Dios que les ha salvado o prefieren servir a otros dioses que parecen más permisivos? Lo que exige la Alianza de Yahvé es mucho más duro que la floja moral de los dioses de los pueblos vecinos. La

opción es libre, pero luego tendrán que ser consecuentes con la que hagan. El pueblo elige ser fiel a Yahvé y a la Alianza con él. Aunque luego, en su historia, falten muchas veces a lo prometido.

Jesús ve que algunos se van marchando, asustados por sus palabras —el “poco éxito” de Jesús debe “consolarnos” ante lo que nos pueda parecer también ahora un fracaso apostólico nuestro o de la Iglesia—, y hace también una pregunta directa a sus apóstoles: “¿también vosotros queréis marcharos?”. Pedro, que no entiende mucho de lo que ha dicho Jesús —como tampoco debían entender los demás— pero que tiene una fe y un amor enormes hacia él, contesta decidido: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos que tú eres el Santo consagrado por Dios”. Han hecho la opción por él.

También nosotros hemos de tomar postura. Desde la libertad, pero con coherencia. Es la opción que presenta tantas veces Pablo cuando habla de vivir conforme al Espíritu o conforme a la carne, de acuerdo con el “hombre viejo” o con “el hombre nuevo”, con “el primer Adán” o con “el segundo Adán”, Cristo.

La opción ya la hemos hecho, algunos hacia la vida ministerial o religiosa, otros a la vida matrimonial, todos a una vida cristiana consecuente. El sacramento del Bautismo fue un momento inicial, en el que fueron probablemente nuestros padres y padrinos los que profesaron su fe en Dios y su renuncia al mal, para comprometerse a ayudarnos a crecer en la vida de Dios que entonces recibíamos.

Luego hemos ido renovando personalmente esa fe y esa renuncia, cada año en la Vigilia Pascual, aunque no en asambleas tan solemnes como la de Siquén. Pero también conocemos las tentaciones que nos presentan las idolatrías de todo género.

Aunque no nos suelen gustar las preguntas comprometedoras, ni las disyuntivas, la Palabra de hoy nos invita a decidirnos: “elegid hoy a quién queréis servir”. No podemos servir a dos señores. A la fidelidad y amor que Dios nos ha mostrado siempre, debe responder nuestra fidelidad y nuestro amor. Creer compromete. La fe no es un tranquilizante. Nos obliga a decidirnos y a aceptar el estilo de vida que quiere Jesús. No vale lo de

encender una vela a Dios y otra al diablo. No valen las medias tintas. La fe en Cristo Jesús supone aceptarle a él y su estilo de vida, sin rebajas.

Es duro este modo de hablar

Lo que proponía Josué a los israelitas no era fácil, aunque contestaran con entusiasmo. Lo que pedía Jesús a los suyos no era fácil, porque suponía un cambio de mentalidad y de vida.

No sabemos qué es lo que más asustó y escandalizó a los oyentes de Jesús para decir que “este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?”. Por una parte había dicho que había que creer en él para poder tener vida eterna. Se ponía, por tanto, en el lugar de Dios. Pero igualmente increíble era lo que decía de “comer su carne” y “beber su sangre”.

Aunque Jesús intentó darles una clave para entender las dos cosas, no debieron entender mucho. Por una parte, respondiendo a la primera objeción (cristológica: ¿cómo puede este decir que ha “bajado” del cielo?) les dice que lo entenderán mejor cuando le vean “subir” a donde estaba antes. Podríamos decir, que les emplaza para la “Ascensión”, o sea, hasta el misterio pascual cumplido. Por otra, responde también a la segunda objeción (esta vez eucarística: ¿cómo puede este darnos a comer su carne?), apuntando al Espíritu Santo, que es quien da vida, y que será quien le resucite a él, a Jesús, de entre los muertos y entonces hará posible la donación de su carne, real pero resucitada, y a nosotros nos dará la fe para aceptarla con fruto.

Jesús no rebaja su oferta y les deja ante la disyuntiva: ¿también vosotros queréis marcharos?

Sigue siendo “duro” lo que nos pide Jesús. No tanto el entender o no el misterio de la presencia real de Cristo en la Eucaristía –recibir a Cristo en la comunión puede representar, incluso, un momento serenante y tranquilizador en nuestra vida–, sino el estilo de vida que eso comporta. ¿Quién no encuentra duro lo de la otra mejilla y lo del perdón de las ofensas y lo de cargar con la cruz y lo del matrimonio como indisoluble, ya que Pablo habla hoy de ese tema, y que Jesús también había presentado?

Los valores del evangelio no son precisamente los que más aplaude el mundo de hoy ni los más fáciles de asumir.

La sociedad nos ofrece otros valores mucho más “apetitosos” a simple vista y a corto plazo. Confrontando esta mentalidad con la Palabra que escuchamos continuamente, nos damos cuenta de que Dios no piensa como nosotros, o nosotros como él.

No nos debería extrañar que, si Cristo no convenció a muchos, tampoco ahora la Iglesia tenga mucho éxito en su evangelización. La doctrina del evangelio sigue “asustando” a muchos y no tenemos que extrañarnos, aunque nos duela, que la comunidad vaya “perdiendo unidades”.

Pero a la vez podemos alegrarnos de que, así como entonces Pedro y los suyos se mantuvieron fieles a Jesús, millones y millones de personas, a lo largo de los siglos, y también ahora, siguen creyendo en él y le siguen, a veces con verdadero sacrificio.

Sed sumisos unos a otros

Para Pablo, creer en Cristo y estar bautizados en él nos pide una serie de nuevas relaciones entre unos y otros. Lo va refiriendo a los diversos aspectos de la vida personal y comunitaria.

Hoy establece el principio fundamental para los cristianos: “sed sumisos unos a otros con respeto cristiano”. Lo aplica a veces a las relaciones comunitarias, otras al comportamiento entre amos y esclavos, o entre hijos y padres.

Esta vez lo aplica a las relaciones entre mujer y marido. Es verdad que refleja una situación de la mujer que está muy lejos de como ha evolucionado en nuestro tiempo, en que se subraya mucho más la igualdad de derechos y deberes entre marido y mujer. En el nuevo Ritual del Matrimonio en castellano, en el rito de las “arras”, hay un cambio significativo. Antes era el novio quien entregaba a la novia las monedas. Ahora son los dos los que se hacen mutuamente esta entrega: lo que era “mío” y “tuyo”, ahora es “de los dos”.

Pero los principios teológicos que aduce Pablo siguen siendo válidos.

Aunque habla de esa sumisión de la mujer al marido, en seguida habla también de los deberes del marido, que debe amar a su mujer y entregarse por ella.

En ambas direcciones, se basa primero en la voluntad originaria de Dios en el Génesis: “abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne”. Por eso, “que cada uno ame a su mujer como a sí mismo”, como a su propia carne. En seguida añade el ejemplo de Cristo y la Iglesia. La mujer, para con su marido, debe personificar a la Iglesia en su relación de amor y sumisión a Cristo. El marido, para con su mujer, debe personificar a Cristo mismo en su relación de amor y respeto a la Iglesia.

En todo ello, ciertamente no pretende Pablo cambiar la situación social de su tiempo en cuanto a la vida familiar y matrimonial, ni canonizar una situación de sumisión de la mujer con relación al hombre. Lo que hace es sacar las consecuencias de la fe cristiana también sobre la vida matrimonial. Debe prevalecer en ambos el respeto y la sumisión mutuas: “sed sumisos unos a otros con respeto cristiano”, espejándonos en Cristo, que amó y se entregó a sí mismo por la Iglesia. Es como cuando en la vida religiosa se habla de la obediencia que un religioso debe al superior, cosa que hay que verla en conexión con el deber que tiene el superior de entender su autoridad como servicio.

La conclusión solemne de Pablo es que la relación del marido y la mujer es como un “sacramento”, un signo eficaz del amor que se tienen Cristo y su Iglesia: “es este un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia”. El amor de Cristo a su Iglesia no es precisamente romántico: lo demostró en su entrega en la cruz y es permanente, indisoluble.

En nuestras relaciones comunitarias –familiar o de comunidad religiosa o parroquial– deberíamos aceptar este criterio profundo: ver a Cristo en los demás, imitar a Cristo en su entrega. Esto vale para todas las culturas y para todas las situaciones.

DOMINGO 22 DEL TIEMPO ORDINARIO

–I–

Vuelve Marcos

Después del paréntesis que hemos hecho los últimos cinco domingos, leyendo el capítulo de Juan sobre el Pan de la Vida, volvemos a partir de hoy a leer al evangelista del año, san Marcos.

Además hoy damos comienzo a la carta de Santiago, que nos acompañará durante cinco domingos. Es una carta de un conocedor y amante de la espiritualidad judía, basada en citas del AT y dirigida a los cristianos convertidos del judaísmo y que ahora están esparcidos: “las doce tribus dispersas”. Más que una carta es una exhortación homilética sobre el estilo de vida que deberían llevar los seguidores de Jesús.

En ella escucharemos consignas concretas que sacuden el conformismo y tienen gran actualidad, como la relatividad de las riquezas, la fortaleza ante las pruebas y la no acepción de personas. Empezará hoy por avisarnos que no basta con escuchar la Palabra de Dios, sino que hay que llevarla a la práctica en la vida.

Deuteronomio 4, 1-2.6-8. *No añadáis nada a lo que os mando..., así cumpliréis los preceptos del Señor*

Moisés recomienda a su pueblo, antes de concluir la peregrinación por

el desierto y entrar a la Tierra Prometida, que recuerden la Alianza que sellaron con Yahvé al salir de Egipto y cumplan sus mandamientos.

Los mandatos del Señor “son vuestra sabiduría” y todos los que os vean dirán: “esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente”. Moisés dice que deberían estar orgullosos de estos mandamientos que les ha dado Dios: “¿hay alguna nación que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor Dios de nosotros?”.

El salmo 14 es un canto al justo, que no se dedica a cosas extraordinarias, sino a “proceder honradamente y practicar la justicia”, que “tiene intenciones leales, no calumnia, no hace mal a su prójimo, ni difama a su vecino”. Nombra también otros detalles muy concretos: “no presta dinero a usura ni acepta soborno contra el inocente”. Esa es la verdadera sabiduría: “el que así obra nunca fallará”.

Santiago 1, 17-18.21b-22.27. *Llebad a la práctica la palabra*

Empezamos hoy la lectura de esta carta, que se conoce con el nombre de Santiago, el pariente de Jesús y primer responsable de la comunidad de Jerusalén. No es segura esta atribución, porque era común en autores antiguos ampararse bajo el nombre de alguien conocido y aceptado.

Hoy recomienda Santiago que acojamos la Palabra de Dios en nuestra vida, porque es la única capaz de salvarnos, pero lo importante no es escucharla, sino llevarla a la práctica: “no os limitéis a escucharla”. A continuación da dos consignas para que acertemos con la verdadera sabiduría y la religión que agrada a Dios: “la religión pura e intachable es esta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo”.

Marcos 7, 1-8.14-15.21-23. *Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres*

El evangelio de Marcos, después del episodio de la multiplicación de los panes –que nuestra lectura dominical ha sustituido con el capítulo “eucarístico” de Juan– sigue con las confrontaciones que se van sucediendo entre Jesús y los fariseos, apoyados por unos escribas que vienen de Jerusalén.

Su crítica esta vez es porque los discípulos de Jesús comen sin hacer las abluciones de manos según “la tradición de los mayores”. Jesús les acusa de hipócritas, citándoles a Isaías: “este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí”. Los fariseos no buscan tanto “el mandamiento de Dios”, sino que se aferran a “la tradición de los hombres”, a la interpretación que ellos se han inventado de esa ley de Dios.

En concreto, sobre lo de la purificación de las manos a la hora de comer, Jesús le quita importancia y aprovecha la ocasión para expresar cuál es la pureza que él pretende. Lo que “entra de fuera”, o sea, lo que se come, no importa mucho. Es lo que “sale del corazón” lo que puede “hacer impuro”. Y a continuación hace lista de esas cosas que salen de dentro y son malas.

–II–

La ley de Dios es nuestra sabiduría

No suele gustar al hombre de hoy el hablar de la ley, o de la norma objetiva de nuestro obrar. Sin embargo, las lecturas de hoy nos presentan la ley como un camino de sabiduría y de auténtica libertad.

Moisés inculca a los suyos que sigan amando la ley, que para ellos son los cinco libros del Pentateuco, con las normas que Dios les dio en la salida de Egipto y que sellaron con la Alianza del Sinaí: “escucha los mandos y decretos que yo os mando cumplir, y así viviréis”.

Seguir la ley de Dios es orientar nuestra vida hacia él y disponerse a cumplir su voluntad, no nuestro gusto. Eso es lo que nos dará la verdadera felicidad y la vida. Podría pensarse que obedecer a la ley nos priva de libertad o que cohibe nuestra personalidad. Pero en verdad seguir la ley de Dios es el camino que conduce al amor y a la libertad, y nos asegura que vamos por el recto camino.

Para Moisés, en cumplir esa ley está la auténtica sabiduría: “ponedlos por obra, que ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia”. De modo que

los pueblos vecinos, al ver cómo actúa el pueblo elegido de Dios, tendrán que decir: “esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente”.

Aunque nos pueda gustar, en principio, que la clave de nuestra conducta sea nuestro criterio subjetivo, nos resulta muy conveniente que Dios nos haya dado criterios objetivos, conforme a su voluntad, que orientan nuestra vida y fortalecen nuestra debilidad. A veces lo hace por la ley natural, otras por su intervención del AT, en la Alianza del Sinaí. Basta mirar los “mandamientos” que se firmaron en la primera Alianza sobre el comportamiento de justicia social con los parientes y con los forasteros y con los pobres, para darnos cuenta que Dios nos orienta en terrenos en que nosotros tal vez buscaríamos una norma de conducta más benigna y permisiva. La verdadera sabiduría no está en nuestros instintos o en las modas o estadísticas de este mundo, sino en conocer y seguir la voluntad de Dios.

Pero, sobre todo, Dios nos ha mostrado su voluntad en la enseñanza de su Hijo, Jesús. Deberíamos estar orgullosos de que nuestro Dios, además de ser el Señor y Creador del universo, sea un Maestro y un Dios cercano que nos acompaña en el camino: “¿hay alguna nación que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor Dios de nosotros?”, “¿cuál es la nación cuyos mandatos y decretos sean tan justos como esta ley que hoy os doy?”. Lo cual tenemos más motivos de agradecerlo a Dios nosotros, desde la llegada de Cristo.

Si Santiago dice que “todo beneficio y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de los astros”, eso se cumple de modo especial cuando ese Dios nos da normas concretas que expresan cuál es su proyecto de vida para que vayamos por el recto camino y encontremos la salvación: “aceptad dócilmente la palabra que ha sido plantada y es capaz de salvaros”. Es hermosa la comparación, que nos recuerda la parábola del sembrador: esa Palabra “ha sido plantada” en nosotros y está destinada a dar fruto.

La ley no es “absoluta”

Jesús en más de una ocasión parece relativizar la ley, como en el caso del sábado o ahora de las abluciones sagradas que los fariseos apreciaban tanto.

Eso no significa que despreciara las normas de vida de los judíos: él dijo que no había venido a abolir la ley, sino a llevarla a su perfección. La ley es necesaria y nos sirve de camino para el bien y para la armonía interior y exterior. Es, como leíamos en la primera lectura, la verdadera sabiduría. Lo que hizo Jesús fue interiorizar esa ley, para que no nos conformemos con la apariencia exterior; personalizar esa ley, despertando la responsabilidad personal en nuestra aceptación de la voluntad de Dios, de modo que su cumplimiento no sea sólo la realización externa y formalista de la “letra”, sino que siga su “espíritu” o intención según Dios.

Lo que desautorizaba Jesús era el legalismo formalista, la interpretación exagerada de la ley, que la hace más bien esclavizante que liberadora, más preocupada de la observancia meticulosa que de la caridad para con el necesitado. Si relativiza la ley es porque da prioridad a la persona. La norma es necesaria, pero no tenemos que hacernos esclavos de su materialidad descuidando su intención profunda.

Los fariseos eran unas personas muy cumplidoras de la ley, pero exagerados en su interpretación y demasiado satisfechos de su cumplimiento. Jesús opone “el mandamiento de Dios”, que evidentemente es lo principal, a “las tradiciones humanas”, sobre todo cuando se han llevado a ciertos extremos que le hacen perder a la ley su finalidad última, que es el bien del hombre. Una cosa es obedecer la ley de Dios, y otra el legalismo, el formalismo, o sea, conformarnos con el cumplimiento externo y no llegar hasta su intención profunda.

En esta ocasión se trataba de lavarse las manos antes de comer, sobre todo después de haber estado en el mercado, donde era posible algún contacto, por ejemplo, con pecadores y paganos, que había que purificar antes. Estas abluciones no eran meramente higiénicas, sino que se habían convertido, sobre todo por las interpretaciones de las diversas escuelas rabínicas, en una ley religiosa.

Jesús no critica eso. Son pequeños detalles y el amor está hecho también de pequeños detalles. Pero aprovecha la ocasión para afirmar que es más importante la pureza del corazón y de la conciencia, la interior, que la exterior de las manos. También Pablo, en su carta a los Corintios (1Co 8), al hablar de los “idolotitos” (carne procedente de los banquetes sagrados de

dioses paganos), relativiza la prohibición de comer esa carne, a no ser que al comerla se escandalice a los hermanos más débiles.

Esta lectura nos invita a un examen de conciencia y a un chequeo de nuestra vida de fe, sobre todo de las intenciones que nos mueven a actuar en la vida para con nosotros mismos o en el terreno de la justicia social.

También a nosotros nos puede suceder que no sabemos distinguir entre las cosas que son verdaderamente importantes y las que no, o que damos más importancia al cumplimiento externo que al interno. Esa es la tentación del “formalismo”. Cumplir con los mandamientos, e incluso con las normas eclesiales, por ejemplo referentes a la celebración litúrgica, está muy bien. Pero no es tan “absoluto” que se anteponga a cualquier otra circunstancia.

A veces, institucionalmente, hemos caído en una casuística exagerada, que parecía más preocupada por el cumplimiento externo que por la búsqueda del sentido interior de la ley. Baste recordar la importancia que hemos dado durante siglos al latín, a pesar de que dificultaba lo principal, que es la participación en la celebración. O la ley del ayuno eucarístico, desde la medianoche, que, con la idea de expresar el respeto a la Eucaristía, parecía anteponer a ella el cumplimiento de esa ley que, en el fondo, era una norma eclesial no tan importante como el admirable don que Cristo nos dejara en herencia. Recordemos el acierto del “concilio de Jerusalén”, cuando decidieron no imponer más cargas que las necesarias a los que provenían del paganismo. Cediendo en detalles pequeños (el sábado, la circuncisión, algunas comidas) para salvar lo principal: la universalidad de la salvación de Cristo.

¿Somos nosotros como los fariseos en la interpretación meticulosa de la norma? ¿somos capaces de perder la paz y hacerla perder a otros por minucias insignificantes en la vida familiar o eclesial? ¿nos conformamos con la apariencia exterior, o entramos en la interioridad de nuestros motivos de actuación?

Lo que entra en la boca y lo que sale del corazón

Para Jesús lo que cuenta es lo que nace de dentro, no la mera observancia exterior (“me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”).

Su lenguaje está tomado de la vida y lo entienden todos: lo que entra de fuera por la boca no tiene tanta importancia como lo que sale del corazón humano. Del corazón es de donde manan los malos propósitos, los adulterios, la codicia de dinero, la envidia, la difamación del hermano... Eso sí que hace impuro a uno, y no tanto lo que come o deja de comer, o si se ha lavado las manos o no.

Todo esto puede pasarnos también en nuestro ambiente familiar o comunitario. A veces perdemos la paz y el humor por una antífona más o menos, o por si nos arrodillamos o no en tal momento, y no parecen preocuparnos las actitudes internas que deben estar debajo de esas normas.

El salmista se preguntaba “quién puede hospedarse en tu tienda”, que ahora podría equivaler a “quién puede llamarse buena persona, buen cristiano”. Y la respuesta no era entonces, y tampoco ahora, sólo las cosas de oración y culto, sino la honradez, la comprensión para con los demás, abstenerse de la usura o del soborno, no difamar al hermano...”. Y sigue siendo verdad que “el que así obra nunca fallará”.

La religión verdadera: escuchar y hacer

A los que escuchamos con frecuencia la Palabra de Dios nos pone Santiago en guardia contra el peligro de conformarnos con oírla, sin poner empeño en practicarla, o contra la falsa idea de una religión que se contente con palabras, mientras que lo que agrada a Dios son las obras: en concreto ayudar al prójimo y no dejarse contaminar por las costumbres y la mentalidad del mundo.

En la selección que leemos de esta carta saltamos una comparación muy expresiva que hace su autor: “si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ese se parece al que contempla su imagen en un espejo, se contempla, pero en yéndose, se olvida de cómo es”.

Si la Palabra que oímos la olvidamos apenas termina la misa, no produce ningún fruto en nosotros. Como la semilla que cayó entre piedras o entre espinas.

La religión verdadera, según Santiago –que refleja bien la repetida enseñanza de Jesús a lo largo del evangelio– no es sólo rezar, o escuchar la Palabra. Ya dijo Jesús que no el que dice “Señor, Señor”, entrará en el Reino, sino el que cumple esa Palabra. Al decir, por ejemplo, que para un cristiano no todo consiste en ir a Misa en domingo, no estamos diciendo que no sea importante esta celebración, sino que le debe corresponder una vida coherente.

Santiago nos da dos direcciones en que se debe concretar nuestra “religión”: ayudar a los más necesitados (nombra a los huérfanos y las viudas “en sus tribulaciones”), y “no mancharse las manos con este mundo”, o sea, defenderse de la mentalidad que tiene el mundo, muchas veces alejada de la de Dios.

Se puede decir muy bien de nosotros, si seguimos este camino, lo que afirmaba el salmo del justo: “el que así obra nunca fallará”.

DOMINGO 23 DEL TIEMPO ORDINARIO

–I–

¿Se preocupa Dios de los males de este mundo?

Parecería imposible, viendo la situación del mundo y los muchos males que le aquejan, tanto de orden natural como humano, creer que Dios es bueno, omnipotente, cercano a nuestra historia.

¿Cómo puede “permitir” Dios que haya catástrofes en que mueren tantos inocentes y que los malvados se salgan con la suya, imponiendo su ley a los demás? ¿cómo se compaginan el hambre, las sequías, las inundaciones, los terremotos y los “tsunamis” con la bondad y la omnipotencia de Dios?

No sabemos la respuesta, que nos resulta misteriosa. Sin embargo, Dios sigue siendo el cercano, y su proyecto salvador continúa, y su poder curativo nos lo aseguran, por ejemplo, las lecturas de hoy, aunque también nos invitan a que colaboremos nosotros con nuestro esfuerzo para vencer al mal en todos los órdenes.

Isaías 35, 4-7a. *Los oídos del sordo se abrirán,
la lengua del mudo cantará*

El pueblo de Israel estaba en una situación dramática, que parecía sin remedio. Pero el profeta le asegura la cercanía de Dios y su voluntad de curar todos sus males: “mirad a vuestro Dios, viene en persona”. Viene a liberarlo del destierro.

El profeta describe esta acción salvadora de Dios enumerando los diversos males que le aquejan a una persona: curará a los ciegos, a los sordos, a los cojos, a los mudos. Además hará brotar manantiales en la estepa y el páramo.

El salmista se invita a sí mismo a expresar la gratitud a Dios: “alaba, alma mía, al Señor”. Y enumera los muchos favores que le debemos: Dios “mantiene su fidelidad, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos... abre los ojos al ciego, endereza a los que ya se doblan”.

Santiago 2, 1-5. *¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres para hacerlos herederos del reino?*

Santiago pone un ejemplo muy expresivo, precisamente de la celebración litúrgica, de cómo no hay que hacer acepción de personas: lo contrario de lo que hacemos si a un rico le tratamos de manera muy distinta que a un pobre.

Obrar así es “juzgar con criterios malos”, porque tendríamos que aprender de Dios mismo, que si por alguien tiene preferencia, ha demostrado que es por los pobres: “¿acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos herederos del reino?”.

Marcos 7, 31-37. *Hace oír a los sordos y hablar a los mudos*

En sus andanzas por diversas regiones, ahora en Sidón, fuera, por tanto, del territorio de Galilea, Jesús cura a un pobre hombre que le presentan, que era sordo y, además, apenas podía hablar.

Lo hace elevando la mirada al cielo, tocando con sus dedos los oídos y con su saliva la lengua del enfermo y, sobre todo, pronunciando con autoridad la palabra “effetá” (palabra aramea: “ábrete”).

Sigue el mandato de guardar el “secreto mesiánico”, porque Jesús no quiere que se queden en el mero hecho del milagro, sino que den el paso a la fe en su persona. Pero no le obedecen, aunque la reacción de la gente es muy positiva: “todo lo ha hecho bien, hace oír a los sordos y hablar a los mudos”. Se cumple así lo que anunciaba Isaías.

–II–

Poder curativo de Dios

Dios, que creó el universo “y vio que todo era bueno”, sigue fiel a su proyecto de salud y salvación, a pesar de la desarmonía que ha traído la malicia humana a nuestra historia.

Muchos de los males suceden por culpa humana, porque a veces actuamos contra el plan de Dios. La naturaleza se venga, por ejemplo, de ciertos abusos de urbanización y del trato indiscriminado de los bienes naturales (riqueza minera, existencias pesqueras, capa de ozono...). Los edificios, los puentes y los túneles fallan a veces porque hubo negligencia en su construcción. Las escandalosas diferencias entre ricos y pobres se deben a la ambición e injusticia de muchos, que no quieren saber del plan de distribución equitativa que Dios ha pensado para los bienes materiales de este mundo.

Sea lo que sea, Dios sigue queriendo el bienestar y la salud para todos, a pesar de nuestros fallos. Como anunciaba Isaías, repetía el salmo y hemos visto que se cumple en Jesús, Dios quiere que los ciegos recobren la luz, los sordos el oído, los mudos el habla, los cojos la agilidad, los desiertos el agua. Sigue siendo verdad lo que decía el profeta: “no temáis: mirad a vuestro Dios, que viene en persona y os salvará”. Dios todo lo orienta para nuestro bien y saca bien incluso de los males y de las desgracias. Como del destierro del pueblo de Israel, fruto en gran parte de la incompetencia política de sus dirigentes.

Este poder curativo de Dios se nos ha manifestado plenamente en Jesús. ¡Cuántas veces aparece a lo largo del evangelio como el que sana a los enfermos, resucita a los muertos, domina la naturaleza y libera integralmente a la persona humana! Jesús cura al hombre entero, no sólo su enfermedad. En verdad, como dicen las gentes en el episodio de Sidón, “todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos”, o, como resumió Pedro en su catequesis: “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10,39).

No sabemos responder a la pregunta de cómo se compagina el mal que hay en el mundo y la bondad de Dios. Es una pregunta que ya planteaba vigorosamente el libro de Job y que sigue en pie también hoy. Como también surgió en el “mal” por antonomasia, que fue la muerte injusta de Jesús, su Hijo, en la cruz. También allí hubo la gran pregunta: “¿por qué me has abandonado?”. No hubo respuesta razonada. Hubo la resurrección. Nosotros no sabemos responder al problema. Pero Dios, sí.

La Iglesia sigue curando

El Resucitado sigue curando hoy a la humanidad a través de su Iglesia. Durante dos mil años, la comunidad de Jesús se ha dedicado, no sólo a predicar la Palabra y perdonar los pecados, sino también a curar enfermos, atender a los pobres y marginados, luchar contra la toda opresión e injusticia, trabajar por la liberación integral de la persona.

Es una tarea en la que todos deberían sentirse comprometidos, no sólo los ministros ordenados sino todos los fieles, cada uno en su campo de acción.

De una manera especial actúa la Iglesia esta liberación y poder curativo a través de los sacramentos. Los gestos sacramentales, muy parecidos a los que utilizó Jesús –imposición de manos, contacto con la mano, unción con óleo y crisma, baño en agua– junto con las palabras decisivas que pronuncia el ministro, en nombre de Cristo y en virtud del Espíritu, son el signo eficaz de cómo sigue actuando Dios en el mundo de hoy.

El milagro de hoy nos recuerda el Bautismo, porque uno de los signos complementarios con que se expresa el efecto espiritual de este sacramento es precisamente el rito del “*effetá*”, en el que el ministro toca con el dedo los oídos y la boca del bautizado y dice: “el Señor Jesús, que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos, te conceda, a su tiempo, escuchar la Palabra y proclamar la fe, para alabanza y gloria de Dios Padre”.

Un cristiano ha de tener abiertos los oídos para escuchar y los labios para hablar. Para escuchar tanto a Dios como a los demás, sin hacerse el sordo ni a la Palabra salvadora ni a la comunicación con el prójimo. Para hablar

tanto a Dios como a los demás, sin callar en la oración ni en el diálogo con los hermanos ni en el testimonio de su fe.

Podemos aplicarnos esta tarea curativa a nosotros mismos. Ante todo, para pensar si Jesús, o la Iglesia, nos tendrían que curar a nosotros mismos de alguna clase de sordera o de mudez voluntarias. A veces tendríamos que prestar oído a la Palabra de Dios, y no lo hacemos con suficiente atención. A veces tendríamos que alabar con nuestras palabras y cantos a Dios y también hablar a nuestros hermanos con palabras oportunas, y no lo hacemos.

Además, deberíamos pensar si ejercemos la misión de curar a otros. Sin necesidad de hacer milagros, ¿somos capaces de ayudar a los ciegos, las personas que no ven o no quieren ver, para que sepan cuáles son los caminos de Dios? ¿y a los sordos, las personas que no oyen o no quieren oír, para que se enteren del mensaje de salvación de Dios? ¿o a los mudos, las personas que no pueden o no quieren hablar, para que se suelte su lengua y recobren el habla en los momentos oportunos?

Sin acepción de personas

Santiago describe muy vivamente lo que ya en su tiempo se ve que era más espontáneo en la vida eclesial y concretamente en la celebración litúrgica: la acepción de personas. Ya el domingo pasado nos decía que la religión verdadera era ayudar en sus tribulaciones a los huérfanos y a las viudas.

En la “*Didascalia de los Doce Apóstoles*”, un documento del siglo III, se le dice al obispo que preside la celebración que, si entra un pobre, sobre todo si es mayor, y no encuentra asiento, que le deje él, el obispo, el suyo, aunque él tenga que sentarse en el suelo.

En nuestra vida tenemos muchas ocasiones de caer en la trampa de mostrar preferencias por unos en razón de su simpatía, sus cualidades o sus riquezas, y, consecuentemente, menospreciar a los demás. Nos va bien la lección de Santiago.

En la liturgia hemos caído con frecuencia exactamente en lo que él desautorizaba, Existían “clases” o diferencias en ciertos sacramentos

(funerales, bodas). No es de extrañar que el Vaticano II, en el documento de liturgia, tuviera que mandar que “en la liturgia no se hará acepción de personas o de condición social, ni en las ceremonias en el ornato exterior” (SC 32).

Pero en nuestra vida comunitaria y social podemos seguir faltando a esta regla de oro. Como en la historia ha existido el nepotismo y el favoritismo, o el que ahora llamamos “tráfico de influencias”, también nosotros podemos tratar bien a unas personas marginando a otras, usando medidas distintas según los casos, siguiendo el criterio de ricos y pobres, o según la raza o la lengua o la cultura o la simpatía o el interés que nos despierten. ¿A quién no le gusta salir en la foto al lado de personas famosas? Es la regla que se sigue en el mundo: se honra a los ricos, a los que han tenido éxito, a los famosos. A los otros, no.

Dios quiere a todos, hace salir el sol sobre buenos y malos, y si por alguna muestra preferencia, es por las personas sencillas y humildes. Cristo se entregó por todos. Todos somos imagen de Dios. Todos somos hermanos. Una persona, por rica o simpática que sea, no es más que otra. En todo caso, tanto la preferencia de Dios como la de Cristo iban a favor de los pobres y los que han tenido poca suerte en la vida. No precisamente de los ricos, que ya están pagados de sí mismos.

Tendríamos que tratar igual a un pobre, a un emigrante, a un desconocido, que a un rico o un amigo. Antes de ir a comulgar, el darnos la mano como gesto de paz con los que tenemos al lado, conocidos o no, de la misma edad y condición social o no, es un ejercicio de universalidad y fraternidad que nos puede ir corrigiendo precisamente de esta acepción de personas que critica Santiago. Al dar la mano indistintamente a personas simpáticas o no, cercanas o no, lo hacemos pensando que Cristo se ha entregado por nosotros tanto como por los demás y que ahora vamos acudir a comulgar con él unos y otros. Si Cristo les acoge, ¿quiénes somos nosotros para hacer discriminaciones humillantes?

DOMINGO 24 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Punto crucial en el evangelio de Marcos

Dicen los entendidos que el pasaje que leemos hoy en el evangelio de Marcos es como el final de su primera parte y punto de flexión hacia la segunda. Pronto dejará Galilea y emprenderá la subida a Jerusalén.

Había empezado el libro anunciando: “comienzo del evangelio de Jesús el Cristo (el Mesías), Hijo de Dios”. Hoy leemos la primera confesión clara de Pedro: “Tú eres el Mesías”. Al final escucharemos la sorprendente afirmación del centurión romano: “verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”. Mesías e Hijo de Dios.

También leemos hoy el primero de los anuncios que Jesús hace, “con toda claridad”, de su pasión, muerte y resurrección, preparada por el canto del Siervo de Isaías, y la reacción espontánea de Pedro.

Estamos en el punto central del evangelio: se trata de la recta interpretación de la persona y de la misión de Jesús.

Isaías 50, 5-9a. *Ofrecí la espalda a los que me apaleaban*

De los cuatro “cantos del Siervo de Yahvé” que nos ofrece Isaías, leemos hoy el tercero, en el que subraya expresivamente las contradicciones que

el Siervo tendrá que sufrir en el ejercicio de su misión: “me apaleaban... mesaban mi barba... ultrajes y salvazos”.

Es admirable la serenidad que le infunde al Siervo, ante ese panorama, la confianza que tiene en Dios, “sabiendo que no quedaría defraudado”. “¿Quién tiene algo contra mí? Que se me acerque. El Señor me ayuda, ¿quién me condenará?”.

También el salmista sabe lo que son las situaciones difíciles: “me envolvían redes de muerte, caí en tristeza y en angustia”. Pero también a él le salva la confianza en Dios: “el Señor escucha mi voz suplicante... arrancó mi alma de la muerte... estando yo sin fuerzas, me salvó”. Y está seguro que “caminará en presencia del Señor en el país de la vida”.

Santiago 2, 14-118. *La fe, si no tiene obras, está muerta*

Santiago sigue planteando temas muy concretos en su carta. Esta vez es la relación entre fe y las obras.

¿Cómo puede salvar una fe sin obras?: “la fe, sin obras, por sí sola está muerta”. Pone una comparación expresiva: el que a un pobre que está medio desnudo y hambriento, le consuela sólo con palabras: “Dios te ampare, abrigaos y llenaos el estómago”, pero no hace nada para ayudarle de hecho: ¿de qué sirve?

Marcos 8, 27-35. *Tú eres el Mesías...*

El Hijo del hombre tiene que padecer mucho

La página de hoy es como el centro de todo el evangelio de Marcos. En Cesarea de Felipe, Jesús hace, ante todo, como un sondeo o encuesta sobre lo que dice la gente de él. En seguida su pregunta interpela a los doce: “y vosotros ¿quién decís que soy yo?”.

La respuesta de Pedro es espontánea y decidida, más breve que en Mateo: “Tú eres el Mesías”. “Mesías” es el término hebreo que en griego se traduce por “Cristo” y en castellano “Ungido”. Sigue el mandato del “secreto mesiánico”, porque la gente todavía no está preparada para entender su identidad profunda.

En seguida se ve que Pedro no ha respondido con una fe madura. Porque, cuando Jesús les anuncia por primera vez “con toda claridad” su pasión, muerte y resurrección, Pedro reacciona “increpando” a Jesús porque eso no cabe en la concepción que él tiene del Mesías. Y recibe una respuesta muy dura: Jesús, a su vez, “increpa” a Pedro y le llama “Satanás”, porque no piensa como Dios, sino como los hombres.

Jesús, además, extiende a todos sus discípulos el estilo con que hay que entender el mesianismo: “el que quiera seguirme, cargue con su cruz y que me siga”.

-II-

¿Quién es Jesús para nosotros?

La pregunta estaba continuamente presente en los capítulos anteriores del evangelio: ¿quién es este? ¿no es este el carpintero? ¿quién es este para perdonar pecados? ¿quién es este a quien los vientos y el mar le obedecen?

Ahora la pregunta se hace explícita y la pone el mismo Jesús: “¿quién dice la gente que soy yo?”. Y, en seguida, más directamente: “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”.

Hemos ido leyendo en los capítulos anteriores unas reacciones muy variadas ante la persona, la doctrina y la actuación de Jesús: desde el estupor, la admiración y la alabanza hasta la persecución y la decisión de eliminarlo.

Ahora, en Pedro, esta reacción llega al acto de fe, a la profesión de que es el Mesías, el Ungido de Dios, el esperado, por tanto, durante tantos siglos.

Es una pregunta clave también hoy: ¿quién es Jesús para la gente? ¿quién es para nosotros, para mí? La fe en Cristo exige una opción personal.

También hoy podemos constatar que hay todo un abanico de posturas e interpretaciones de la figura de Jesús. Junto a los que le rechazan o no

creen en él o simplemente le ignoran, están los que le admiran como un gran hombre, un profeta admirable o un modelo de entrega por los demás. Para nosotros seguramente es algo más: él es el Mesías, el Ungido de Dios, más aún, el Hijo de Dios, el hombre en quien habita la plenitud de la divinidad. Por eso creemos en él, le amamos, le intentamos seguir, porque es él quien da sentido a nuestra existencia.

Nos podemos espejar en ese apóstol que se ha constituido en portavoz de los demás, Pedro, que todavía no está maduro, y que en la Pasión de Jesús tendrá momentos incluso de traición y negación. Pero irá madurando, sobre todo por la Pascua y la venida del Espíritu, y comprendiendo más en profundidad a Jesús, y terminará por entregar su propia vida por él.

Cómo entendía Jesús su misión de Mesías

Pero hay otro paso. Podemos preguntarnos con sinceridad si de veras aceptamos a Jesús en toda su profundidad, o con una selección de aspectos según nuestro gusto, como hacía a veces Pedro. Claro que “sabemos” que Jesús el Mesías y el Hijo de Dios. Pero una cosa es saber y otra, aceptar su persona juntamente con su doctrina y su estilo de vida, incluida la cruz y la entrega por los demás.

A Pedro le pasó, como seguramente también a los otros apóstoles, que tenían del Mesías una concepción más política que religiosa, más de liberación nacionalista, contra los romanos, que la del Reino tal como Jesús lo entendía. Lo que a Pedro le valió unas de las palabras más duras que leemos en el evangelio: “¡quítate de mi vista, Satanás! ¡tú piensas como los hombres, no como Dios!”. Ser como Satanás significa que Pedro, sin quererlo, le estaba tentando a Jesús a que no aceptase el plan de Dios, sino que siguiera las apetencias humanas que buscan el éxito y la victoria.

No entendieron el misterio de la personalidad de Cristo. Sobre todo no entendieron, o no quisieron entender, que el camino del Reino fuera la cruz. Se ve que también ellos, y no sólo “la gente”, necesitaban el “secreto mesiánico”, porque tampoco ellos estaban maduros para entender sin equívocos el anuncio de Jesús. Su “mentalidad” (“tú piensas”) está todavía inmadura. Aunque iba unido al anuncio de la resurrección: pero en esto

no se fijan, porque no acaba de entrarles en la cabeza que su Maestro, el Mesías, pueda fracasar.

No es por masoquismo: el dolor por el dolor. Sino porque Dios ha querido salvar a la humanidad entregando a su propio Hijo en solidaridad con todos los hombres, que son los que merecían el castigo por su pecado. A Jesús tampoco le gustaba el sufrimiento, y tuvo pavor ante la muerte, y suplicó a su Padre, “con gritos y lágrimas”, como dice la carta a los Hebreos, que le librara de ella. Pero aceptó el plan salvador de Dios por solidaridad absoluta con la humanidad.

No sólo tenemos que aceptarle como Mesías, sino también como el Siervo que se entrega por los demás, que no se echó atrás ni ante los que le apaleaban o mesaban su barba o le inferían ultrajes o le escupían, como hemos escuchado en Isaías y sabemos, sobre todo, de los impresionantes relatos evangélicos de la Pasión.

Tome su cruz y sígame

A Pedro le gustaba lo que pasó en el monte Tabor y la gloria de la transfiguración, y allí quería hacer tres tiendas. Pero no le gustaba el monte Calvario con su cruz. ¿Hacemos nosotros una selección semejante? ¿mereceríamos también nosotros el reproche de que “pensamos como los hombres y no como Dios”?

Hoy nos explica Jesús, para que nadie se lleve a engaño, qué significa seguirle como discípulo, y sus palabras no son muy optimistas: “el que quiera venirse conmigo, a) que se niegue a sí mismo, b) que cargue con su cruz c) y me siga”. Con la añadidura de que d) “el que quiera salvar su vida, la perderá, y e) pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará”.

Es un opción radical la que se pide al discípulo de Jesús. Creer en él es algo más que saber cosas o rezar. Es seguirle existencialmente. Él no nos promete éxitos ni seguridades y nos advierte que su Reino exige un estilo de vida difícil, con renunciaciones, con cruz. Igual que él no buscó prestigio social o riquezas o el propio gusto, sino el bien de todos, que le llevará a la

cruz. Ya avisó Jesús que los caminos del discípulo no pueden ser distintos del de su Maestro.

A todos nos gustan más aquellos aspectos del evangelio que nos resultan consoladores, fáciles de incorporar a nuestra mentalidad. Seguir a Jesús es profundamente gozoso y es el ideal más noble que podemos abrazar. Pero es exigente. Ciertamente nosotros no le seguimos con cálculos humanos y comerciales: “el que quiera salvar su vida...” se llevará un desengaño. Porque los valores que nos ofrece él son como el tesoro escondido, por el que vale la pena venderlo todo para adquirirlo.

Él le pide a su discípulo negarse a sí mismo, cargar con la propia cruz y seguirle en su camino. Tampoco aquí es el dolor por el dolor, o la renuncia por masoquismo; sino por amor, por coherencia, por solidaridad con él y con la humanidad a la que también nosotros queremos ayudar a salvar. Es como la amistad y el amor, que para ser verdaderos, exigen sacrificio y renunciaciones.

Todo esto supone en nosotros también una gran confianza en Dios, como la que muestra el Siervo cantado por Isaías, o el salmista en el salmo de hoy, y Jesús mismo en el momento crucial de su entrega: “el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?”, “el Señor es benigno y justo, estando yo sin fuerzas, me salvó”, “arrancó mi alma de la muerte”, “a tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu”.

La fe sin obras es muerta

En verdad es expresivo el ejemplo que pone Santiago de lo vacías que pueden ser las palabras y la fe si no van acompañadas de las obras.

Si uno, al que tiene hambre o frío, se conforma con decirle “que Dios te ampare”, “ánimo, vístete, y come”, y no da ningún paso para socorrerle de hecho, es evidente que no tiene auténtica caridad.

Nuestra fe en Cristo y nuestra pertenencia a su comunidad se podrían quedar en puras palabras si no les sigue una vida coherente. Si hablamos mucho de “amor”, de “democracia”, de “comunidad” y de “derechos humanos, pero luego en la práctica no nos portamos como hermanos o

como cristianos, nuestras palabras con vacías. Exactamente igual que al que Santiago describe con un tono un poco caricaturesco.

Esta afirmación de Santiago no va en contra., naturalmente, de la que repite Pablo en sus cartas, que no son las obras las que salvan, sino la fe en Jesús. Santiago supone esta fe, pero insiste en que para ser salvadora, tiene que llevar a consecuencias prácticas. Pablo se opone al excesivo aprecio que muestran los fariseos de las obras de la ley de Moisés, y casi pretenden conquistar la salvación por sus obras: él resalta que es Cristo Jesús y la fe en él quienes salvan. Ni Santiago absolutiza las obras, ni Pablo está invitando a una fe sin obras, divorciada de la vida.

La consigna de Santiago se parece a la de Juan: “Hijos, no amemos de palabra ni de lengua, sino con obras y de verdad” (1Jn 3,18), y la del mismo Jesús: “no el que dice: Señor, Señor, sino el que cumple la voluntad de mi Padre...” (Mt 7,21).

DOMINGO 25 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Hoy es nada menos que domingo

Hoy es domingo. Nada más. Nada menos. Una vez que se han acabado los “tiempos fuertes” y también las “fiestas”, damos serenamente relieve a esto: que es domingo, el “día del Señor”, y que en este día, ya desde la primera generación de la Iglesia, se reúne “la comunidad del Señor” para celebrar “la cena del Señor”.

Lo principal de nuestra celebración es la presencia en medio de nosotros del Señor Resucitado, que se hace Palabra y Sacramento. Domingo tras domingo vamos escuchando la Palabra de Dios, que es la mejor escuela de sabiduría y que va contrarrestando la mentalidad que el mundo nos inculca, y vamos comulgando con el Resucitado, como alimento para el camino.

Una celebración así se convierte en el centro del domingo, un día celebrado todo él, sus veinticuatro horas, en la alegría y el sereno descanso que tiene el domingo para los cristianos, que, a su vez, debería ser el motor de toda una semana vivida según los caminos del Señor.

Sabiduría 2, 12.17-20. *Lo condenaremos a muerte ignominiosa*

Hoy, para preparar el anuncio que Jesús va a hacer en el evangelio de su muerte y resurrección, aunque con la poca comprensión de los suyos, se ha

elegido esta página del libro de la Sabiduría, que habla de la suerte de los justos en medio de una sociedad que no les admite.

El justo “nos resulta incómodo”, dicen los impíos: y es que con sus palabras y su sola presencia “se opondrá... nos echa en cara... nos reprende”. Por eso deciden “someterlo a la prueba de la afrenta y la tortura”, más aún, “lo condenaremos a muerte ignominiosa”, a ver si resiste, a ver si Dios le ayuda, ya que dice que es “hijo de Dios”.

Los salmistas reflejan muchas veces situaciones de extrema angustia: “unos insolentes se alzan contra mí... me persiguen a muerte”. Pero invocan a Dios: “oh Dios, sálvame... sal por mí con tu poder”. Triunfa la confianza en él: “Dios es mi auxilio... el Señor sostiene mi vida”.

Santiago 3, 16 – 4, 3. *Los que procuran la paz están sembrando la paz, y su fruto es la justicia*

Santiago conoce bien las dificultades internas que toda comunidad humana experimenta: envidias, rivalidades, codicia. De todo eso “proceden las guerras y las contiendas... os combatís y os hacéis guerra”.

El ideal sería seguir a “la sabiduría que viene de arriba” y ser “amantes de la paz, comprensivos, llenos de misericordia”. Los cristianos deben ser “sembradores de paz” en la comunidad.

Marcos 9, 30-37. *El Hijo del hombre va a ser entregado. Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos*

A punto de abandonar Galilea y emprender el viaje a Jerusalén, Jesús anuncia por segunda vez su muerte y resurrección a los doce: “va a ser entregado en manos de los hombres”. El domingo pasado oíamos el primer anuncio, al que siguió la intervención, poco afortunada, de Pedro.

Esta vez tampoco encuentra Jesús mucho eco en sus apóstoles: “no entendían aquello”. Pero se cuidan muy bien de preguntarle, y menos de contradecirle. Marcos cuenta a continuación que en el camino “discutían quién era el más importante”, exactamente lo contrario de lo que les proponía Jesús.

Por eso les da la gran consigna, que tampoco entenderían mucho, de que “el que quiera ser el primero, que sea el último y el servidor de todos”. Incluso de los niños, a los que la sociedad de entonces tenía en muy poco aprecio.

–II–

Los profetas estorban

Lo que pasaba ya en el AT –que el justo “resulta incómodo”, como dicen los impíos, según la Sabiduría, y como se vio, por ejemplo en el caso del profeta Jeremías– se cumplió todavía con mayor viveza en el caso de Jesús, como vamos viendo en un ritmo creciente en el evangelio de Marcos.

Jesús sacudió con una valiente denuncia los cimientos de la construcción religiosa de sus contemporáneos, y señaló claramente los defectos de las clases dirigentes. Los poderosos no soportan las voces que les denuncian.

Lo mismo sigue pasando en nuestros tiempos, de un modo más o menos disimulado. Muchas veces el método es desprestigiar al profeta, para no tener que aceptar su mensaje o su denuncia. Para ello le acusan de delitos que sean particularmente impopulares. Según el libro de la Sabiduría, los impíos decían: “le someteremos a la prueba de la afrenta”. Así se desautoriza su mensaje, que es el que estorba.

Se le puede aplicar también, si hace falta, alguna clase de tortura, física o moral. Y si todo eso falla, “lo condenaremos a muerte ignominiosa”. Baste recordar, como caso extremo de eliminación del que estorba, la muerte de Mons. Romero.

Nosotros mismos, si somos sinceros, empleamos a nuestro nivel, unos métodos parecidos, cuando nos “defendemos” con argumentos más o menos válidos de la voz profética que se puede alzar en torno nuestro. No hace falta que venga del Papa o de los Obispos: muchas veces son las personas que viven cerca de nosotros que, con su ejemplo de fidelidad y de integridad, “dejan mal” o nos “reprenden” por nuestra conducta.

Todos quieren los primeros puestos

Marcos deja muy mal a los apóstoles, cuando después del anuncio de Jesús sobre su muerte, cuenta que andaban discutiendo sobre quién sería el más importante entre ellos. Es lógico que cuando Jesús les preguntó de qué hablaban no quisieran responder, porque les daría vergüenza. Ahí está la diferencia entre “pensar como los hombres” y “pensar según Dios”, que contraponía Jesús el domingo pasado, respondiendo a Pedro.

También nosotros podemos tener dificultades en entender, o en querer entender, la lección que Jesús da a los apóstoles. Si Jesús, de repente, nos preguntara: ¿de qué hablabais? ¿en qué estabais pensando?, tal vez sentiríamos también vergüenza de confesar cuáles son nuestras ambiciones y deseos.

Tendemos a ocupar los primeros lugares, no los últimos. Buscamos nuestros propios intereses, y eso no pasa sólo en el mundo de la política, sino también en el de la Iglesia y en el ámbito familiar. Es interesante leer en la historia los conflictos que llegaban a darse en las procesiones solemnes por cuestión de precedencia de unos o de otros.

Nos puede pasar a todos. Lo que deseamos espontáneamente es triunfar y que los demás nos aplaudan y nos admiren. Nos gusta “salir en la foto” con los famosos. Sin llegar a optar al Oscar o al premio Nobel o a los records mundiales en nada, pero no nos conformamos con trabajar con humildad, sin llamar la atención. ¿A quién le gusta “servir a todos” o “ser el último de todos”? Dentro de unos domingos escucharemos cómo, según el mismo Marcos, Jesús será todavía más explícito: “el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”.

La lección que les quiso dar Jesús a los suyos abrazando a aquel niño no fue, esta vez, de humildad, sino de servicio a los más humildes. Si se trata de atender a los famosos, o a personas importantes, estamos dispuestos. Mientras que a los poco famosos, sobre todo a los más marginados de la sociedad –como en tiempo de Jesús los niños– no les prestamos nuestra atención. Claro que hoy ha cambiado el “estatuto social” del niño, mucho más tenido en consideración y hasta “mimado” por las leyes y la sociedad. Pero en tiempos de Jesús un niño era un buen representante de los poco importantes en la sociedad.

La lección de la servicialidad gratuita, que trastoca todas las consignas de este mundo –¿a quién se le ocurre decir “quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”?–, la puede dar Cristo porque es el que mejor la cumple. Toda su vida está en actitud de entrega por los demás: “no he venido a servido sino a servir y a dar mi vida por los demás”. Es una actitud que manifestará plásticamente a sus discípulos cuando le vean ceñirse la toalla y arrodillarse ante ellos para lavarles los pies. Pero sobre todo cuando en la cruz entregue su vida por la salvación del mundo.

La salvación del mundo vino a través de la cruz de Cristo. Si nosotros queremos colaborar con él y hacer algo válido en la vida, tendremos que contar en nuestro programa con el sufrimiento y el esfuerzo, con la renuncia y la entrega gratuita. Seguimos a un Salvador humilde, que se hizo el último de todos, aparentemente fracasado, el Siervo de todos, hasta la muerte. El discípulo no puede ser más que el Maestro.

La Iglesia se ha declarado, en el Vaticano II, servidora de la humanidad, y no dueña y matrona que lo sabe todo y que exige ser servida. Cuando comulgamos en Misa con “el entregado por”, debemos ir aprendiendo a ser también nosotros los “entregados por”, servidores de los demás.

Sembrar paz

Para Santiago, como escuchamos hoy, la verdadera sabiduría, la que “viene de arriba”, es pura y “amante de la paz”.

¡Vaya cuadro que describe Santiago de una comunidad!: “codiciáis... matáis... ardéis en envidia... os combatís y os hacéis la guerra”... Mientras que tendríamos que ser “amantes de la paz, comprensivos, llenos de misericordia... sembradores de paz”. Si fuéramos más humildes, no tendríamos tantos disgustos nosotros mismos, y crearíamos menos situaciones de tensión.

Eso tiene su aplicación, siempre actual, en la relación de los pueblos entre sí, y también en la vida de la Iglesia, de nuestras comunidades y familias: porque todos queremos ser más, pasar por delante de los demás, como los apóstoles en el evangelio.

Cuando momentos antes de ir a comulgar, en la Misa, nos “damos fraternalmente la paz”, el gesto no refleja sólo los sentimientos de ese momento, sino que quiere ser símbolo de lo que nos proponemos hacer a lo largo de la jornada y de la semana. Cuando saludamos al que está a nuestro lado, antes de ir juntos a recibir al Señor, es bueno que nos preguntemos: ¿en verdad yo favorezco la paz a mi alrededor?, ¿sé poner un poco de aceite en las junturas para que no chirrien? ¿soy persona de paz o de división? Esa paz que nos damos en Misa debe durar 24 horas.

Tendríamos que hacernos merecedores de una de las bienaventuranzas de Jesús: “bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

DOMINGO 26 DEL TIEMPO ORDINARIO



El lenguaje de la Palabra a veces es muy duro

En la Biblia hay páginas duras, y expresiones que pueden extrañarnos. Tal vez somos demasiado blandos, y preferimos fijarnos en aquellas palabras que consuelan, que nos dan esperanza o que acarician nuestros oídos.

Pero hoy, Santiago amenaza a los ricos y les dice que pueden llorar y lamentarse, porque les vienen días malos. Nada menos que los compara con los animales de matanza: “os habéis cebado para el día de la matanza”.

No son más suaves las palabras que dirige Jesús al que escandaliza a los débiles: “más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar”. O las palabras con que parece exigir a sus seguidores que se “corten la mano” o el pie o el ojo si les son ocasión de escándalo y tentación.

La Palabra de Dios es exigente. No es bueno que intentemos “echar agua al vino” para dulcificarla. O ir seleccionando las páginas que nos gustan e irnos fabricando un estilo de vida a nuestra medida.

Números 11, 25-29. *¿Estás celoso de mí?
¡Ojalá todo el pueblo fuera profeta!*

En el libro de los Números, que se llama así porque se inicia con los censos

de todas las tribus, se nos cuenta el episodio de los dos que profetizan sin haber recibido oficialmente encargo para ello.

Moisés, agobiado por el excesivo trabajo, elige un consejo de setenta “ancianos” o personas sensatas que colaboren con él. Hay dos que no acuden a la reunión de investidura oficial de esos “consejeros”. Pero el Espíritu también “se posó sobre ellos” y ellos “se pusieron a profetizar en el campamento”.

Ante la protesta de Josué, el discípulo preferido, responde Moisés con una elegante apertura de visión: “ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta”.

El salmo confiesa que “la voluntad del Señor es pura y estable”, pero sus siervos no siempre responden bien: “¿quién conoce sus faltas? Absuélveme de lo que se me oculta”. Entre otras faltas está el orgullo que pueden sentir: “preserva a tu siervo de la arrogancia... así quedaré libre del gran pecado”.

Santiago 5, 1-6. *Vuestra riqueza está corrompida*

Hoy leemos por última vez la carta de Santiago en esta serie dominical. Es un pasaje muy duro contra los ricos.

“Vuestra riqueza está corrompida”. Los ataca porque es una riqueza que “han ido amontonando” a base de injusticias: “el jornal defraudado a los obreros (del campo) está clamando contra vosotros”. Dios escucha estos gritos de los segadores defraudados y hará justicia: “os habéis cebado para el día de la matanza”.

Marcos 9, 38-43.47-48. *El que no está contra nosotros está a favor nuestro. Si tu mano te hace caer, córtatela*

El mensaje más subrayado es el episodio del “exorcista por libre”, preparado en la primera lectura con un hecho muy semejante.

La acusación de Juan ante Jesús es paralela a la de Josué ante Moisés. También son parecidas la respuesta de Moisés y la de Jesús, en el sentido

de no prohibir a nadie ejercer su profetismo aunque no esté exactamente dentro del grupo de los elegidos.

Además, en la página que leemos hoy, Marcos ha reunido otra serie de enseñanzas: a) el vaso de agua dado a sus seguidores no quedará sin recompensa, como nos recuerda el examen final: “me disteis de beber”; b) las duras palabras contra los que escandalizan a los débiles, y c) la radical recomendación de “cortarnos” la mano, o el pie o el ojo si nos tientan y nos hacen caer.

-II-

¿Tenemos el monopolio del Espíritu?

Los dos episodios paralelos nos enseñan plásticamente la amplitud de corazón de Moisés y de Jesús en contraste con la estrechez de miras de Josué y de Juan.

El Espíritu, que antes parecía ser exclusiva de Moisés, el gran líder del pueblo, se “reparte” ahora entre los 70 ancianos, incluidos los dos que no acudieron a la reunión. El “exorcista por libre” de que habla Marcos parece tener el Espíritu de Dios, porque es eficaz en liberar del maligno a los posesos, cosa que, por cierto, los apóstoles no habían logrado hasta que llegó Jesús de vuelta del monte de la transfiguración. En verdad, el Espíritu sopla donde quiere, está lleno de sorpresas y no sigue necesariamente nuestros programas.

Josué interviene decidido: “señor mío, Moisés, prohibeselo”. Juan hace lo propio: “se lo hemos querido impedir, porque no es de los nuestros”. Juan, junto con su hermano Santiago, ya había tenido otra intervención intransigente, cuando pretendía hacer bajar fuego sobre la aldea que en Samaria no había querido recibirles, cosa que les valió una reprimenda de Jesús.

La respuesta de Moisés fue de un corazón magnánimo: ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor! Y la de

Jesús, también: “no se lo impidáis: uno que hace milagros en mi nombre no puede luego hablar mal de mí: el que no está contra nosotros está a favor nuestro”.

Puede muy bien pasar, y ha pasado más de una vez, en la historia de la Iglesia, que los católicos hayamos creído poseer el monopolio de la verdad y del Espíritu. Basta leer la declaración conciliar “Nostra Aetate”, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, para ver el cambio que supone la nueva visión. Lo mismo sucede con el nuevo clima de diálogo y mutua comprensión que se quiere crear entre las diversas profesiones cristianas y la Iglesia católica en la “Unitatis Redintegratio”.

Pero puede seguir viva la tentación de este monopolio en otros ámbitos. Como en la relación entre el clero y los laicos, entre los mayores y los jóvenes, entre los hombres y las mujeres, entre los “encargados” de un ministerio en la comunidad y los que no lo son. Unos y otros a veces queremos usurpar el Espíritu, monopolizar la verdad y la razón para nosotros. Tendemos a cerrar el grupo y formar un “ghetto” eclesial, rechazando instintivamente a los que “no son de los nuestros” y los movimientos e ideas que no tenemos controlados nosotros.

A veces es por celos, si vemos que otros tienen más éxito que nosotros: ¿es extraño que un ministro ordenado tienda a la suspicacia si ve que los laicos tienen iniciativas, o una persona mayor si observa cómo los jóvenes muestran creatividad? No nos resulta fácil reconocer que hay otros que tienen muy buenas ideas y consiguen más éxito que nosotros. En esto fue modélico Pablo, cuando en sus viajes se encontró con aquellos dos laicos que también se dedicaban a la evangelización: Aquila y Priscila. Lejos de incomodarse con ellos, o sospechar de su ortodoxia, les ayudó con sinceridad.

No somos los únicos buenos. No somos dueños del Espíritu. Deberíamos ser más fáciles en reconocer los valores que tienen otros y alegrarnos de sus éxitos. Porque no se trata de que el bien lo hagamos nosotros, para que nos aplaudan, sino de que el bien se haga, sea quien sea quien lo haga, y que este mundo se vea en efecto libre de sus demonios y opresiones.

El escándalo de fuera y el de dentro

En la página de hoy, Marcos, además de traernos la promesa de que no quedará sin recompensa un vaso de agua dado en nombre de Jesús, reproduce sus duras palabras referentes a los escándalos.

“Escándalo” es una palabra griega que significa “tropiezo” o “trampa”. Escandaliza, por tanto, quien hace caer a otro.

En un primer sentido, habla de las personas que escandalizan a los más débiles. Lo de “pequeñuelos” se podría traducir como los “sencillos”, “los débiles”, aunque se personifique en los niños. Para Jesús es de las cosas peores que uno puede hacer: servir de tropiezo para que caigan otros, no teniendo en cuenta su fragilidad. Es como cuando Pablo se preocupaba de que, en la comunidad de Corinto, los “fuertes” de conciencia no dañasen con su mal ejemplo a los “débiles”, en el asunto de comer las carnes inmoladas a los ídolos.

Es muy dura la amenaza de Jesús contra los escandalosos: “más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino (que era una piedra bien grande) y lo echasen en el mar”. No todas las palabras de Jesús son dulces y consoladoras. Aquí se pone bien serio contra los que hacen caer a los débiles.

A continuación habla del escándalo en otro sentido. El que viene de dentro de nosotros mismos. “si tu mano te hace caer (por tanto, si te escandaliza), córtatela: más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos manos al infierno”. Lo mismo dice de “si tu pie te hace caer”, o “si tu ojo te hace caer”. Es una concretización de tres direcciones de nuestra persona: la mano que actúa, el pie que dirige, el ojo que ve y desea.

Aquí se ve qué exigente es Jesús para con los que le quieren seguir. Claro que no son ni la mano ni el pie ni el ojo los que nos “hacen caer”, sino la intención y el corazón. Pero es un buen modo de decir que no valen las medias tintas, que hay que “cortar por lo sano”, que hay que evitar las ocasiones para no caer en la tentación, que tenemos que saber renunciar a cosas que nos gustan pero nos llevan a la perdición. Como el jardinero que sabe podar a tiempo para purificar y dar más fuerza a la planta. O el cirujano que decide operar

y cortar para asegurar la vida. El seguimiento de Cristo exige radicalidad: como cuando él le propuso al joven rico que vendiera todo, o cuando dijo que el tesoro escondido merecía venderlo todo para llegarlo a poseer, o cuando afirmó que el quiere ganar la vida la perderá...

Vosotros, los ricos, llorad

A lo largo de toda la carta, Santiago muestra que no tiene ninguna simpatía por los ricos.

No es que ni para él, ni en general para el NT, toda riqueza sea mala. En todo caso, dependerá de cómo se usa: por ejemplo, el rico Epulón que describe Jesús en su parábola, no se condena porque es injusto, sino porque no ha querido darse cuenta de que a la puerta de su casa tiene un pobre hambriento.

En el caso de Santiago, sí son injustos los ricos de que habla: han “defraudado el jornal a los obreros que han cosechado sus campos”. Los gritos de esos obreros que protestan llegan hasta “el oído de Señor”.

Este sí que es uno de esos escándalos que no puede dejar tranquilo a ninguna persona de bien: la injusticia social de los que están satisfechos de sí mismos, y que tal vez para vivir en ese lujo han pasado por encima de los demás. Esto es lo que provoca las tremendas y crecientes desigualdades entre ricos y pobres.

Por eso, las invectivas de Santiago contra esta clase de ricos son directas y bien fuertes: “vuestra riqueza está corrompida”, “habéis vivido en este mundo con lujo y entregados al placer”, y con ello “os habéis cebado para el día de la matanza”. La comparación con los cerdos, a los que se ceba para luego matarlos, es evidente y nada suave.

Es una llamada a que, ante todo, nosotros mismos no caigamos en la misma tentación de una “riqueza” mal ganada e injusta. Y, por otra parte, a que la Iglesia no deje de denunciar las injusticias y de invitar a los países ricos a buscar un mayor equilibrio en la distribución de los bienes de la tierra. Cosa que debe empezar ya en nuestro nivel doméstico, porque todos tenemos algo que compartir con los que tenemos al lado.

DOMINGO 27 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Camino de Jerusalén

Jesús y los suyos están ya en camino hacia Jerusalén. Han llegado a Judea. En este camino —que no es un dato geográfico, sino un símbolo de su marcha hacia la pasión y la muerte—, sitúa Marcos varias de las enseñanzas de Jesús a sus discípulos: sobre el matrimonio, sobre el papel de los niños en la sociedad, sobre el uso de las riquezas... Son temas que eran candentes y difíciles entonces y lo siguen siendo ahora.

No tendríamos que caer en la tentación de esquivar los temas exigentes que nos va proponiendo la Palabra de Dios y seleccionar las páginas que nos resultan consoladoras, saltando las que no nos gustan.

Hoy va de amor y de fidelidad matrimonial, un tema problemático. Cuando muchos matrimonios andan a la deriva o se han roto, tenemos que aceptar la doctrina de Cristo y presentarla con delicadeza y firmeza a la vez, aunque a todos nos resulta cuesta arriba la fidelidad, cada uno en sus compromisos.

Hoy también empezamos a leer una selección de la carta a los Hebreos, que nos acompañará durante siete domingos.

Génesis 2, 18-24. *Y serán los dos una sola carne*

El primer libro de la Biblia, el Génesis, describe, ante todo, el origen del cosmos y de la vida en este mundo, así como de la familia humana.

El lenguaje es ciertamente popular y poético, no necesariamente científico: la arcilla de la que forma Dios a los animales, los nombres que el hombre les va dando a medida que pasan como en revista ante él, la falta que nota Adán de un ser que le pueda hacer compañía adecuada y la creación de la mujer sacándola de la costilla del hombre. El juego de palabras entre “hombre” y “mujer” sólo tiene pleno sentido en hebreo, que los llama “ish” y “ishshah”.

Lo principal —y lo que motiva la elección de este pasaje como primera lectura, para preparar lo que luego dirá Jesús sobre el hombre y la mujer— es la última frase: “por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne”.

El salmo refleja una visión ideal de la familia de su tiempo en casa del hombre justo: su mujer será como “una parra fecunda”, sus hijos como “renuevos de olivo en torno a su mesa” y Dios les bendecirá “todos los días de su vida” y hará que “vean a los hijos de sus hijos”.

Hebreos 2, 9-11. *El santificador y los santificados proceden todos del mismo*

La carta que empezamos a leer hoy es de autor desconocido, aunque esté inspirada en la doctrina de Pablo. Fue escrita hacia el 67 o 70 y va dirigida a cristianos que provienen del judaísmo y que aparecen cansados, con una cierta añoranza por lo que han dejado: el templo, el sacerdocio, los sacrificios y la ley de Moisés. La carta les exhorta a perseverar en su fe y les va demostrando que Jesús es superior a Moisés y a todas las instituciones del judaísmo.

Jesús “ha padecido la muerte para bien de todos”. Ese era el plan de Dios, que quiso “perfeccionar y consagrar con sufrimientos al guía de la salvación”. Con esa muerte ha “llevado a una multitud de hijos a la gloria”.

Jesús y la humanidad, “el santificador y los santificados”, son hermanos: “proceden todos del mismo: por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos”.

Marcos 20, 2-26. *Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre*

En el camino de Jerusalén, entre las enseñanzas de Jesús, Marcos nos transmite hoy dos: la visión de Jesús sobre el matrimonio y sobre los niños.

La pregunta de los fariseos sobre la posibilidad del divorcio quiere poner a prueba a Jesús. Este, en contra de lo que permitía la ley judía en su tiempo –que los maridos pudieran dar un acto de repudio a la mujer–, apela a la voluntad originaria de Dios, manifestada en el Génesis: “hombre y mujer los creó... y serán los dos una sola carne... lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”. Niega, pues, la posibilidad del divorcio, que él interpreta como camino al adulterio.

Marcos sitúa aquí también la defensa que hace Jesús de los niños: “dejad que los niños se acerquen a mí”, y las palabras que les dedica poniéndolos como el modelo de los que acogen el reino: “de los que son como ellos es el reino de Dios... el que no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en él”. Y los abrazaba y los bendecía. Este episodio sobre los niños no necesariamente está ligado al tema anterior, el matrimonio y el divorcio.

–II–

Y serán los dos una sola carne

En un tiempo en que la institución del matrimonio se cuestiona desde diversas perspectivas, es bueno que leamos en la Palabra revelada cuál es el plan de Dios sobre la relación de amor entre hombre y mujer.

El primer hombre, Adán, rodeado de la belleza del jardín del Edén y de los

numerosos animales que lo pueblan, “no encuentra ninguno como él que lo ayude”. No quiere estar solo. Dios tampoco lo quiere: “no está bien que el hombre esté solo”.

La aparición de la mujer es presentada en el Génesis como la de una compañera que complementa al hombre. La frase del Génesis, que también repite Jesús en el evangelio, “y serán los dos una sola carne”, no sólo se refiere a la comunión sexual, sino a una comunión personal, de complementariedad total entre el hombre y la mujer, abriendo además su amor al admirable don de una nueva vida, el mayor milagro que puede pasar en la creación y la mejor manera de colaborar con el Dios de la vida y del amor.

Este amor, que es invento de Dios y participación de su infinito amor, está planeado por Dios en términos de igualdad entre el hombre y la mujer, que contrasta con la situación de inferioridad que, en tiempos de Jesús, tenía la mujer respecto al hombre. Ambos proceden del poder creador y del amor de Dios: “hombre y mujer los creó”. Aquí resuena el entusiasmo del hombre al ver a la mujer: “esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”. Esta página está escrita no precisamente en tiempos de reivindicaciones feministas. Por eso tiene más mérito que nos diga ya desde el primer libro de la Biblia que Dios quiere la igualdad entre el hombre y la mujer y que ambos están pensados como complementarios el uno del otro.

Ahí está la dignidad radical de la atracción y del amor entre hombre y mujer. El “yo” de Adán tiende al “tú” que es Eva, y forman “una sola carne”: en una misteriosa comunión que Pablo luego verá como signo sacramental de la unión de Cristo con la Iglesia.

El hombre no lo separe

Es muy hermosa la dignidad de la unión matrimonial entre el hombre y la mujer. Pero a veces esta unión se hace difícil. En el evangelio de hoy se le pone a Jesús el interrogante que todavía sigue de actualidad: ¿se puede admitir el divorcio?

En tiempos de Jesús la ley judía permitía que el marido pudiera dar el “acto de repudio” a la mujer. Esto era interpretado por algunas escuelas rabinicas en un sentido muy rigorista (sólo en caso de adulterio de la mujer), y por

otras con una permisividad mucho mayor (prácticamente por cualquier cosa que desagradara al marido). En todo caso, dar el “acta de repudio” era mejor que rechazar a la mujer sin más, sin ningún derecho legal. Eso sí, esta ley era unilateral: sólo el marido podía dar ese repudio.

Jesús vuelve a las fuentes, apela a la que según el Génesis había sido la voluntad originaria de Dios y establece su clara negativa al divorcio: “si uno se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera”. Y añade una cosa que no esperarían sus interlocutores, que tampoco la mujer puede tomar esa iniciativa: “y si ella se divorcia de su marido y se casa con otro, comete adulterio”. Esta última posibilidad no era ni contemplada entre los judíos del tiempo. En ambos casos queda desautorizada por Jesús.

Jesús supera la mera legalidad de la época y establece para los suyos el principio: “lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”. Él es consciente que al dar esta norma está desautorizando la ley de Moisés y pidiendo algo muy difícil.

Juan el Bautista murió por haber denunciado que Herodes se había separado de su legítima mujer y vivía con la de su hermano. También Pablo, hablando a los cristianos de Corinto, les dice: “en cuanto a los casados, les ordeno, no yo sino el Señor, que la mujer no se separe del marido; mas en el caso de separarse, que no vuelva a casarse, o que se reconcilie con su marido, y que el marido no despida a su mujer” (1Co 7,10-11).

Sigue vigente para los cristianos esta misma voluntad contraria al divorcio, a pesar de que las leyes civiles hayan decidido en muchos lugares despenalizarlo y a pesar de que se multiplican las separaciones y se constata una crisis de la institución matrimonial. Una cosa es que las leyes permitan o despenalicen el divorcio y otra, que los cristianos podamos olvidar la doctrina de Jesús y la voluntad radical de Dios. La indisolubilidad del matrimonio no la ha decidido la Iglesia (como, por ejemplo, el celibato de los sacerdotes en la Iglesia latina), ni una escuela de teólogos, sino Dios mismo, desde su proyecto inicial.

Los cristianos tendrían que celebrar el sacramento del matrimonio teniendo un concepto más exacto del amor entre hombre y mujer, que pide que

ambos caminen juntos en un programa común de maduración y de mutua tolerancia. El criterio de un cristiano para juzgar sobre este importante tema no se puede basar en la evolución social o en las tendencias de una época, sino en la perspectiva de Dios. Lo que pasa es que en el mundo de hoy encontramos especiales dificultades para una fidelidad duradera, en este y en otros ámbitos. Estamos influidos por una sociedad de consumo, que gasta y tira y cambia y busca nuevas sensaciones. Vamos perdiendo la capacidad de un amor total, de un compromiso de por vida, a imagen de la Alianza que Dios mantiene con la humanidad y Cristo con la Iglesia. Estamos más inclinados a una especie de “voluntariado” por unos años, sin comprometernos de por vida.

Una de las razones del deterioro de esta fidelidad es la poca preparación y la poca madurez humana que algunos llevan al matrimonio, hasta el punto de que se pueda dudar seriamente en no pocos casos de la validez del mismo. Lo que explica las muchas declaraciones de nulidad matrimonial que tiene que certificar la Iglesia, que no es lo mismo que conceder el divorcio.

El lugar de los niños

Al parecer no tiene ninguna relación con el tema anterior, del matrimonio y el divorcio, lo que Marcos nos cuenta a continuación sobre cómo trataba Jesús a los niños (“los abrazaba y los bendecía imponiéndoles las manos”) y la defensa que hizo de ellos.

Ante todo, tuvo que reprender a sus discípulos porque perdían fácilmente la paciencia con los niños: “dejad que los niños se acerquen a mí”. En aquel tiempo los niños eran mucho menos considerados en la sociedad que ahora, en que incluso por ley son protegidos y hasta “mimados”.

Jesús cambia este modo de actuar. No sólo los trata con cariño, sino que los pone como modelos para los que quieran “entrar en el reino de Dios”. ¿Qué cualidades ve él en los niños para ponerles como modelos? Tal vez no la inocencia o la humildad, porque ya en su tiempo los niños dejarían mucho que desear en ese campo. Probablemente, según los entendidos, lo que alaba Jesús en los niños es la disponibilidad, la actitud de dependencia y receptividad con que reciben de los mayores cualquier don: el reino de

Dios hay que acogerlo con apertura y confianza, no con conciencia de poder ofrecer algo nosotros a Dios, sino de recibir de él gratuitamente lo que nos quiere dar.

Un Salvador que pertenece a nuestra familia

Lo que el Salmo 8 dice del hombre como “poco inferior a los ángeles”, lo aplica el autor de la carta a los Hebreos a Jesús, sobre todo en su pasión y muerte. Pero ese momento de total humillación es precisamente cuando “es coronado de gloria y honor”, porque Jesús “ha padecido la muerte para bien de todos”.

Lo sorprendente es que afirma que “Dios juzgó conveniente perfeccionar y consagrar con sufrimientos” al que iba a ser “guía de su salvación”, Jesús. Aquí se puede basar la “teología del dolor de Dios”, que presentaba muy bien Juan Pablo II en su carta apostólica de 1984 *Salvifici doloris*: Dios asumió él mismo, al enviar a su Hijo, el castigo que merecía el pecado humano. La muerte de Jesús, por total solidaridad con los hombres, es la prueba mayor del amor de Dios. Es también lo que más acercó a Jesús a nuestra humanidad, y por eso “no se avergüenza de llamarlos hermanos”.

Nos admira la superioridad de Jesús sobre todo el cosmos, incluidos los ángeles, porque es Hijo de Dios. Pero sobre todo nos conmueve su solidaridad con la raza humana. Se ha querido hacer hermano nuestro. Como dice la Plegaria Eucarística IV, “compartió en todo nuestra condición humana, menos en el pecado”. Nos ama como a hermanos: “el santificador y los santificados proceden todos del mismo”, son de la misma raza y familia.

Como seguiremos leyendo en domingos sucesivos, no tenemos un Mediador que no haya experimentado nuestro dolor e incluso nuestra muerte. “Consagrado por los sufrimientos”, nos ha salvado desde dentro y se ha hecho uno de nosotros para llevarnos a la comunión de vida con Dios.

El Cristo con quien comulgamos en la Eucaristía es el “cuerpo entregado por” y la “sangre derramada por”, y participamos así, al celebrar el memorial de su muerte, en el sacrificio de su entrega por nosotros. Es la convicción que nos llena de confianza y nos impulsa a ser también nosotros, en la vida, “entregados por los demás”, si queremos contribuir a la salvación de todos.

DOMINGO 28 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

No podemos servir a dos señores

El tema del dinero aparece muchas veces en el evangelio. La enseñanza de Jesús y, sobre todo, su ejemplo de vida, nos ayudan a situarnos también nosotros en el justo lugar en relación a los bienes de este mundo.

Jesús no desautoriza de entrada el dinero ni a los ricos. Pero sí pone en guardia del peligro que las riquezas pueden representar para la verdadera felicidad.

La sabiduría que alaba la 1ª lectura se concreta sobre todo en el aprecio relativo que hemos de tener de los bienes de este mundo. Pero, sobre todo, es el evangelio el que nos orienta, con el episodio del joven que no se decidió a seguir a Jesús, precisamente porque era rico, y la reflexión un poco dura que hace Jesús a continuación: a los ricos, a los que confían en las riquezas, les va a resultar difícil –imposible, como a un camello pasar por el ojo de una aguja– entrar en el Reino.

Sabiduría 7, 7-11. *En comparación de la sabiduría, tuve en nada la riqueza*

El libro de la Sabiduría, escrito el siglo anterior a Cristo en Alejandría, nos ofrece hoy un himno en alabanza de la sabiduría, atribuido al joven

rey Salomón, que pidió a Dios que le concediera sobre todo sensatez para gobernar.

Todas las cosas que se pueden nombrar: cetros y tronos, el oro y la plata, la salud y la belleza, no valen nada, para el autor del libro, en comparación con la sabiduría que Dios concede a los suyos: “con ella me vinieron todos los bienes juntos”.

También el salmista aprecia la sensatez como don de Dios: “enséñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato”. Con la sabiduría de Dios todo lo demás nos irá bien: “baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos”.

Hebreos 4, 12-13. *La palabra de Dios juzga los deseos e intenciones del corazón*

En el breve pasaje que leemos hoy, el autor de la carta a los Hebreos compara la eficacia de la Palabra de Dios a una “espada de doble filo”, que penetra hasta lo más profundo de una persona, “hasta el punto donde se dividen alma y espíritu”.

Esta Palabra, por tanto, “juzga los deseos e intenciones del corazón... y todo está patente a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas”.

Marcos 10, 17-30. *Vende lo que tienes y sígueme*

En la página de hoy se agrupan varias enseñanzas de Jesús: el episodio del joven que le pregunta sobre la vida eterna, la reflexión de Jesús sobre los ricos y la pregunta de Pedro sobre lo que les toca a los que han abandonado todo para seguirle.

La pregunta del joven rico es “qué ha de hacer para heredar la vida eterna”. Jesús le “recita” los mandamientos (en concreto, sólo los referentes a nuestra relación con el prójimo), a lo que el joven responde que ya los ha cumplido todos. Jesús le mira con afecto y le propone la gran disyuntiva: vender lo que tiene, dar el dinero a los pobres y seguirle. Aquí el joven se asusta y se retira entristecido.

Jesús, que debió quedar un tanto defraudado, aprovecha para comunicar a sus discípulos su visión de las riquezas: “qué difícil les va a ser entrar en el reino de Dios a los que ponen su riqueza en el dinero”. Lo que ilustra con la famosa comparación: “más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios”.

Ahora es Pedro quien pregunta a Jesús qué va a ser de ellos, los que, a diferencia del joven, lo han dejado todo y le siguen. Jesús le asegura que recibirán el ciento por uno ya en este mundo, y luego la vida eterna.

-II-

La verdadera sabiduría

Tanto la primera lectura como el evangelio nos proponen dónde está la verdadera sabiduría para los creyentes de todos los tiempos.

Si hiciéramos ahora una lista de los bienes que más apetecemos –la salud, la felicidad, la amistad, los éxitos, el dinero, el prestigio, el poder– ¿qué lugar ocuparía la sabiduría?

El creyente del libro de la Sabiduría ha preferido la prudencia y la sensatez a todas las cosas de este mundo. El joven que se acercó a Jesús, que era una buena persona, y cumplidor de los mandamientos, no ha sabido dar el paso a lo más importante y ha preferido seguir gozando de sus riquezas que no el plan que le proponía Jesús.

La sabiduría según Dios es algo profundo: no se trata de tener más o menos cultura, más o menos erudición. Es saber ver las cosas y la historia desde los ojos de Dios. Saber discernir qué es bueno y qué es malo, qué es lo importante y qué no.

La sabiduría es una mezcla de sentido común y de visión interior desde la fe. Nos la va comunicando la escucha atenta de la Palabra de Dios (en la Eucaristía, en la Liturgia de las Horas, en la meditación personal, en la

“lectio divina”), que va haciendo que nuestra mentalidad vaya coincidiendo con la de Dios.

Muchas personas sencillas según las medidas humanas, nos dan lecciones de auténtica sabiduría según Dios.

La fuerza de la Palabra

Es expresiva la comparación que hace la carta a los Hebreos: la Palabra de Dios es “viva y eficaz” y “más tajante que espada de doble filo”, que llega hasta la juntura de la carne y el hueso, lo ve todo y nos conoce hasta el fondo.

También cuando celebramos la Eucaristía, en que Cristo se nos da ante todo como Palabra, esta es por su parte viva y eficaz, como la del Génesis: “dijo y se hizo”. Es Palabra que penetra, fecunda, anima, discierne, juzga, estimula. Quiere ser eficaz como lo era la de Cristo cuando curaba y resucitaba y calmaba tempestades.

En cada Eucaristía nos ponemos ante el espejo de esa Palabra. Unas veces nos acaricia y nos consuela. Otras nos juzga y nos invita a un discernimiento más claro de nuestras intenciones y obras, o nos condena cuando nuestros caminos no son los buenos: nos va comunicando la sabiduría de Dios

Además de la comparación que leemos hoy son expresivas otras que se aplican en la Biblia a la Palabra de Dios: es luz (“lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mis senderos”), alimento (“no sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios”), semilla sembrada en el campo, que produce fruto, lluvia y nieve (“como descienden la lluvia y la nieve y empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, así será mi Palabra”)....

Vende lo que tienes

Es una escena simpática: un joven inquieto que busca caminos y quiere dar un sentido más pleno a su vida. Pero el diálogo acaba en un fracaso. El joven no supo ver dónde estaba lo verdaderamente importante y no superó el obstáculo que su riqueza le ponía para seguir a Jesús. Al contrario que el que habla en el libro de la Sabiduría, que considera todo como nada, comparado con la sabiduría de Dios. Jesús le pedía un “plus”, además de

cumplir los mandamientos: la total entrega. Como cuando en otro lugar invitaba a sus discípulos a tomar su cruz y seguirle. Jesús no pide “cosas”, sino la entrega absoluta.

Menos mal que Pedro y los demás apóstoles sí se decidieron a dejarlo todo y seguir al Maestro. ¡Cuántos en la historia de la comunidad cristiana, han obedecido a esta llamada de Jesús, han abandonado todo y le han seguido! Fue famoso san Antonio, entre los siglos III y IV, el “padre de los monjes”, que escuchando precisamente este pasaje de Marcos en un sermón, se decidió a vender sus bienes y retirarse al desierto de Egipto.

Aunque el pasaje de hoy no se pueda considerar necesariamente como referido a lo que hoy llamamos “vida religiosa” o “consagrada”, sin embargo hay que reconocer que los religiosos –miles y miles en toda la Iglesia– siguen la consigna de Jesús. En un mundo en que el ideal se sitúa en tener, en poseer, en enriquecerse de bienes materiales, ellos, con el voto de pobreza, relativizan su amor a los bienes para dedicarse con mayor agilidad a su colaboración con Cristo en la salvación del mundo. Prefieren “perder algo” para “ganar lo principal”. Prefieren desprenderse de las cosas que puedan entorpecer su camino de discípulos de Jesús. Como tantos misioneros que lo dejan todo y se marchan a tierras donde no tienen ningún “seguro” de subsistencia. O como tantos jóvenes que dejan la familia y sus posibles y prometedoras carreras para entrar en un Seminario y aceptar la vocación a la vida de ministros ordenados en la comunidad cristiana.

También nosotros deseamos seguir de cerca de Cristo. Cumplimos los mandamientos –¡sólo faltaría que matáramos o robáramos o defraudáramos a nuestros padres!– pero somos invitados a una entrega más total a Cristo, sin anteponer nada a su amor, cada uno en su vocación dentro de la Iglesia. Se trata de seguir a Cristo sin demasiados cálculos y reticencias. También a nosotros nos cuesta renunciar a lo que estamos apegados: las riquezas o las ideas o la familia o los proyectos. Cuando estamos llenos de cosas, no tenemos agilidad para avanzar por el camino. El atleta que quiera correr con una maleta a cuestas conseguirá pocas medallas. Es el ejemplo que nos dio el mismo Jesús: “el cual, siendo de condición divina, se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, y se humilló hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2, 6-7).

Peligro de las riquezas

El triste episodio del joven que se retira asustado le da ocasión a Jesús para reflexionar sobre lo que ha sido la causa de esta cobardía: las riquezas.

Jesús no tiene nada contra los ricos, ni afirma que las riquezas son malas. Pero sí advierte una y otra vez que son peligrosas, en el sentido de que nos pueden impedir estar abiertos a los bienes verdaderos del Reino. Depende de cómo se usan esas riquezas, porque nos pueden llevar a sentirnos tan satisfechos y llenos de nosotros, que no quede en nuestro ánimo lugar para Dios ni para la caridad con los hermanos. De quienes afirma la imposibilidad de salvarse es de “los que ponen su confianza en el dinero”.

La comparación del camello que no puede pasar por el ojo de la aguja no sería cuestión de aguarla con interpretaciones más o menos verosímiles. Sencillamente, es una exageración intencionada, como otras de Jesús (como lo de la fe que mueve montañas o lo de la paja y la viga en el ojo), expresando así que es imposible que uno que se apegue a los bienes de este mundo pueda tener todavía sitio para los bienes del Reino. Es una afirmación inquietante, que hay que aceptar tal como está.

Lo hemos dejado todo

La pregunta de Pedro, seguramente compartida por los demás apóstoles, expresa la poca madurez que tenía su fe y su seguimiento de Cristo.

Su afirmación es exacta: “lo hemos dejado todo y te hemos seguido”, las redes, las barcas, la mesa de los tributos. No como el joven, cuya negativa acaban de presenciar ellos también. Pero tal vez se muestra aquí que esperan una recompensa, que no ha sido del todo gratuito su seguimientos. Su concepción del mesianismo es más bien política e interesada. Dos de ellos pedirán estar a la derecha y a la izquierda del Señor cuando llegue el reino. ¿Pregunta acaso una madre cuánto le van a pagar por su trabajo? ¿pone un amigo precio a un favor? ¿pasó Jesús factura por su entrega en la cruz?

La respuesta de Jesús es esperanzadora y misteriosa a la vez: “recibirá en este tiempo cien veces más y en la edad futura vida eterna”. No se

trata de cantidades aritméticas y tantos por ciento. La respuesta se refiere a la nueva familia que se crea en torno a Jesús: dejamos un hermano y encontramos cien, con la perspectiva de la vida eterna como premio definitivo y generoso.

Una experiencia de ese “ciento por uno” que promete Jesús la tienen tantos cristianos, clérigos, religiosos y laicos, que entregan sus mejores energías a trabajar por el Reino de Dios, y saben lo que es la generosidad de Dios incluso en este mundo, gozando, por ejemplo, de ese otro género de familia y parentesco que Jesús ha formado en torno a sí.

Aunque también experimentamos todos, en alguna medida, esa otra palabrita que Jesús añade a la lista de ventajas: “con persecuciones”. No asegura el éxito y el aplauso de todos. En todo caso, la felicidad del que se sacrifica por los demás. Lo que sí promete es la cruz y la persecución. Una cruz que estaba incluida en su programa mesiánico y que también tocará a sus discípulos. El amor muchas veces supone sacrificio. Pero vale la pena.

DOMINGO 29 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Los tres anuncios de la Pasión

En su camino hacia Jerusalén, que es un símbolo de su marcha hacia la hora pascual de su muerte y resurrección, Jesús anunció por tercera vez que iba a ser entregado y morir.

Este tercer anuncio no lo leemos hoy. Si en vez de empezar la lectura del evangelio en el v. 35 hubiera admitido los vv. 33-34, hubiéramos escuchado esto: “subimos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas: le condenarán a muerte... y a los tres días resucitará”. En este contexto llega la petición de los dos apóstoles y la lección que luego da Jesús a todos.

Es intencionada la manera como Marcos nos presenta los tres anuncios de Jesús y la poca comprensión que muestran los apóstoles. Parece como si tuviera interés en “dejarles mal”. Después del primero leemos la reacción de Pedro, que le merece la dura respuesta de Jesús, llamándole “Satanás”. Después del segundo, nos cuenta Marcos que los discípulos discutían sobre quién sería el mayor entre ellos. Ahora, después del tercero, viene la poco afortunada petición de Santiago y Juan. O sea, los apóstoles están muy lejos de comprender el destino que anuncia Jesús.

Isaías 53, 10-11. *Cuando entregue su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años*

La página de hoy es parte del impresionante cuarto canto del Siervo, que leemos por entero el Viernes Santo. Se ha elegido este pasaje como anuncio –claro para nosotros– de la pasión y muerte de Jesús: “triturado con el sufrimiento”, “entrega su vida como expiación” por los demás. En el evangelio escucharemos que Jesús dice que ha venido “para servir y dar su vida en rescate por todos”.

Pero se subrayan de modo particular los aspectos positivos, el premio que Dios tiene preparado para este Siervo que se entrega por todos: “verá su descendencia”, “verá la luz”, “mi Siervo justificará a muchos”, porque “cargó los crímenes de ellos”.

El salmo también presenta una visión positiva: “su misericordia llena la tierra”, “los ojos del Señor están puestos en sus fieles para librar sus vidas de la muerte”, “que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti”.

Hebreos 4, 14-16. *Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia*

La carta a los Hebreos aduce un argumento para exhortar a sus lectores a la fidelidad y a la perseverancia: la presencia de Jesús como nuestro Mediador y Sacerdote.

Aunque los cristianos puedan estar en momentos de debilidad y tentación, tienen un Sacerdote que conoce todo eso, que sabe lo frágiles que somos los humanos, y lo sabe por experiencia: es “capaz de compadecerse de nuestras debilidades, porque ha sido probado en todo como nosotros, menos en el pecado”. Eso nos debe dar confianza a la hora de acercarnos a la presencia de Dios.

Marcos 10, 35-45. *El Hijo del hombre ha venido para dar su vida en rescate por todos*

Al tercer anuncio de la muerte y resurrección de Jesús –que, como hemos dicho, no leemos este domingo– reaccionan Juan y Santiago con una actitud

radicalmente opuesta: piden los puestos de honor en el Reino que intuyen está a punto de inaugurarse (el evangelio de Mateo dice que fue la madre de los dos la que hizo la petición, aunque también allí Jesús responde a los dos apóstoles, no a la madre). Es lógico el enfado de los otros diez, porque veían peligrar sus deseos, a los que los dos se anticipaban.

La respuesta de Jesús habla de la “copa” y del “bautismo”, ambos términos símbolo de la desgracia y la muerte (“aparta de mí este cáliz”: Mc 14,36), a lo que los dos contestan, un poco presuntuosamente, que sí son capaces de beber esa copa y ser bautizados en la muerte, como el Maestro.

A continuación Jesús les da la lección de cómo hay que entender los primeros puestos: “el que quiera ser grande, sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”. Se pone a sí mismo como modelo: “el Hijo de hombre no ha venido para que le sirvan sino para servir y dar su vida en rescate por todos”.

–II–

Jesús, el Siervo y el Sacerdote entregado por todos

Hoy las tres lecturas se puede decir que presentan un admirable paralelismo.

Isaías anuncia un Siervo “triturado por el sufrimiento”, que “entrega su vida como expiación”, o sea, como ofrenda “vicaria” que él ofrece por todos los demás, que eran quienes con su pecado habían abierto un abismo entre Dios y la humanidad: “mi Siervo justificará a muchos porque cargó con los crímenes de ellos”.

En el evangelio hemos escuchado eso mismo, pero ahora aplicado a Jesús por él mismo: “el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos”. Eso lo demostró a lo largo de su vida y sobre todo en la cruz.

La carta a los Hebreos interpreta la entrega de Jesús desde la clave del sacerdocio. El Mediador (Sacerdote) que tenemos ante el Padre, sabe lo difícil que es nuestra vida. Él experimentó el trabajo y el cansancio,

la soledad y la amistad, las incomprendiones y los éxitos, el dolor y la muerte: “ha sido probado en todo exactamente como nosotros”. Por eso puede com-padecerse de nosotros, porque se ha acercado hasta las raíces mismas de nuestro ser. Por eso es un buen Pontífice (el que hace de puente) y Mediador, y nos puede ayudar en los momentos de fracaso: es “capaz de compadecerse de nuestras debilidades”. Eso es lo que nos da confianza para presentarnos ante Dios y alcanzar su misericordia.

¿Servidores o en los primeros puestos?

Jesús aprovecha la ocasión para darles una lección sobre la actitud que sus seguidores deben tener en la vida, siguiendo el ejemplo que les da él mismo.

Critica el modelo de las autoridades políticas, que entienden su autoridad como dominio y tiranía. Jesús dice a los doce –antes de dar esta lección reúne a todos– que sus seguidores deben buscar los últimos puestos, no los primeros. Servir, y no pretender que les sirvan. A los dos apóstoles ambiciosos les asegura que sí tendrán que compartir su cruz (uno de ellos, Santiago, bien pronto), pero que no vayan buscando puestos de honor.

A todos nos gusta más ser servidos que servir. Ocupar los primeros lugares que los últimos. ¿A quién le gusta ser esclavo de todos? Más bien buscamos poder esclavizar a otros, si podemos. En eso nos parecemos a Santiago y a Juan, que, en evidente contraste con lo que Jesús enseña, y entendiendo y el Reino en una clave terrena y política, presentan su candidatura a los primeros puestos de honor.

El mal uso de la autoridad no sólo habría que referirlo al ámbito social y político, que nombra Jesús, sino también al familiar o comunitario o eclesial. Todos tenemos la tentación de dominar y tiranizar a los demás, si se dejan. La Iglesia, toda entera, como comunidad de Jesús, debe ser servidora de la Humanidad, y no su dueña y señora. No apoyada en el poder, sino dispuesta al amor servicial, animada por el ejemplo de Jesús en el lavatorio de la Última Cena.

Pero todos somos destinatarios de la lección. Porque todos, más o menos conscientemente, ambicionamos puestos de honor en nuestro seguimiento de Jesús. Tampoco nosotros, en nuestra vida familiar o comunitaria,

tenemos que entender la autoridad como la de “los que son reconocidos como jefes de los pueblos”, que “los tiranizan y los oprimen”. Para nosotros, “nada de eso”. Los cristianos tenemos que entender la autoridad, en el ámbito en que la tengamos, como servicio y entrega por los demás: “el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”.

Cuando nos examinamos sinceramente sobre este punto, a veces descubrimos que tendemos a dominar y no a servir, que en el pequeño o gran territorio de nuestra autoridad nos comportamos como los que tiranizan y oprimen, en vez de imitar a Jesús, que está en medio de la gente “como el que sirve”.

Dispuestos a sacrificarnos por los demás

Pero además, y yendo a la raíz de la lección, debemos preguntarnos si aceptamos el evangelio de Jesús con todo incluido, también la cruz y la entrega total, no sólo en sus aspectos más fáciles. El mundo de hoy nos invita a rehuir el dolor y el sufrimiento. Lo que cuenta es el placer inmediato. Pero un cristiano tiene que asumir a Cristo con todas las consecuencias, “que cargue cada día con su cruz y le siga”. Ser cristiano es seguir el camino de Cristo, en su “subida” a Jerusalén. A todos nos gusta más el domingo de resurrección que el Viernes Santo, pero ambos van unidos y no podemos separar la gloria de la actitud de entrega servicial.

Igual que el amor verdadero, también el seguimiento de Cristo exige a veces renuncia y sacrificio. Como tiene que sacrificarse el estudiante para aprobar, el atleta para ganar, el labrador para cosechar, los padres para sacar la familia adelante. Depende del ideal que se tenga. Para un cristiano el ideal es colaborar con Cristo en la salvación del mundo. Por eso, en la vida de comunidad muchas veces debemos estar dispuestos al trabajo por los demás, sin pasar factura. La filosofía de la cruz no se basa en la cruz misma, con una actitud masoquista, sino en la construcción de un mundo nuevo. Lo que parece una paradoja –buscar los últimos lugares, ser el esclavo de todos– sólo tiene sentido desde esta perspectiva de Jesús.

Cuando comulgamos en la Eucaristía, no recibimos sólo a Cristo Maestro o Amigo o Compañero de camino, sino al Siervo entregado. Para que aprendamos a ser también nosotros “entregados por” los demás.

DOMINGO 30 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

El final está ya a la vista

La escena del evangelio de hoy sucede al salir de Jericó, camino de Jerusalén.

Marcos reúne en estos últimos capítulos varios episodios y discusiones, cada vez más agresivas, en el único viaje que él describe de Jesús a Jerusalén, aunque sabemos por Juan y Lucas que fue varias veces a la capital.

Todo tiene aquí color mesiánico: si el ciego Bartimeo le grita con un título mesiánico, “Hijo de David”, Jesús ya no le reprende, ni manda que guarden el “secreto mesiánico”, como en anteriores ocasiones. La muerte está a las puertas. El gesto simbólico de la higuera estéril también declara abiertamente que ese árbol es el pueblo de Israel, que no acoge al Mesías enviado por Dios.

Jeremías 31, 7-9. Guiaré entre consuelos a los ciegos y cojos

Jeremías fue un profeta al que le tocó hablar en nombre de Dios en tiempos calamitosos para su pueblo. Tuvo que anunciar muchas veces las desgracias que se habían merecido por su pecado.

Pero hoy leemos, ya en sus últimos capítulos, una página esperanzadora, la vuelta de los israelitas del destierro: “el Señor ha salvado a su pueblo”, “os traeré del país del Norte”, “seré un padre para Israel”.

Además, dice explícitamente que en la multitud que retornará habrá “ciegos y cojos”. Es lo que prepara más explícitamente la curación del ciego que realizará Jesús, según leeremos en el evangelio.

También el salmo tiene un color optimista: “cuando el Señor cambió la suerte de Sión”, “al ir, iban llorando; al volver, vuelven cantando”. En verdad pueden decir los creyentes del pueblo elegido: “el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”.

Hebreos 5, 1-6. *Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec*

Para destacar la neta superioridad del sacerdocio de Cristo en relación al sacerdocio de la antigua Alianza, la que se concentraba en el Templo de Jerusalén, el autor de la carta describe ante todo –y es lo que leemos hoy– las características de estos sacerdotes.

Un sacerdote es un hombre que “representa a los hombres en el culto a Dios, y ofrece dones y sacrificios” en nombre de todos. Hombre como es, “envuelto en debilidades” él mismo, debe “comprender a los extraviados”, y además “tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados”, antes que por los del pueblo.

Eso sí, nadie puede arrogarse el honor del sacerdocio por su cuenta. Aarón fue nombrado. En el AT los sacerdotes recibían el ministerio por una sucesión familiar, dentro de la tribu de Leví. Cristo recibió el sacerdocio del mismo Dios, no de manos humanas: “Tú eres sacerdote eterno”.

Se compara este sacerdocio con el de Melquisedec, personaje misterioso que aparece en la historia de Abrahán.

Marcos 10, 46-52. *Maestro, haz que pueda ver*

A la salida de Jericó, ya casi a las puertas de Jerusalén, sucede la milagrosa curación del ciego Bartimeo.

Marcos hace de la escena un relato vivo, dinámico, lleno de detalles: el ciego que está en la cuneta del camino, pidiendo limosna; oye la multitud que pasa, se entera que es Jesús y empieza a gritar: “Hijo de David, ten compasión de mí”, y a pesar de que le regañan para que se calle, él grita más fuerte. Jesús se detiene, manda que le llamen. Alguien se acerca al ciego y le anima a que se acerque. Él suelta el manto, da un salto y se acerca a Jesús. El diálogo es breve y dinámico: “¿qué quieres que haga por ti?”, “Maestro, que pueda ver”. Jesús le cura devolviéndole la vista y le dice: “anda, tu fe te ha curado”, unas palabras muy parecidas a las que había dicho a la mujer enferma de hemorragias. Y el ciego “lo seguía por el camino”. Aquí no hay ninguna orden de que se callen. No hay rastro del “secreto mesiánico”. Ya es inminente el final.

El que se conserve el nombre de Bartimeo se debe tal vez que luego fue uno de los discípulos conocidos de la primera generación.

–II–

Dios devuelve la vista a los ciegos

Lo que había prometido Dios, según Jeremías, de que haría volver al pueblo, con gran gozo, del destierro, incluidos los “ciegos y los cojos”, se cumple en Jesús.

Lo de devolver la vista a los ciegos ya se anunciaba, sobre todo en Isaías, como uno de los signos mesiánicos. Por eso los cuatro evangelistas narran episodios de curación de ciegos. Es uno de los “signos” más expresivos de la salvación que viene a traer el Mesías enviado por Dios.

Es triste el destino de los ciegos. Su ceguera, su tiniebla continuada, el abandono que solían padecer en la sociedad, que les obligaba casi siempre a la vida de mendicantes, era un vivo retrato de la miseria humana y de la marginación social.

Pero esta ceguera de los ojos del cuerpo es símbolo de otras clases de ceguera. Hay personas que gozan de muy buena vista física, pero se puede decir que están ciegas espiritualmente. Esa parece ser la intención de que

Marcos sitúe este milagro en medio de otras escenas que subrayan la incredulidad de los judíos y la torpeza de entendederas de los apóstoles. Otros que se creían con más vista, no siguieron a Jesús. Bartimeo, sí.

Un poco nos podemos sentir todos representados por Bartimeo. Como cuando vamos al oculista a hacernos un chequeo de nuestra vista, hoy podemos reflexionar sobre cómo va nuestra vista espiritual. ¿No se podría decir que estamos ciegos, porque no acabamos de ver lo que Dios quiere que veamos, o que nos conformamos con caminar por la vida entre penumbras, cuando tenemos cerca al médico oculista, Jesús, la Luz del mundo? Tendríamos que hacer nuestra la oración del ciego de Jericó: “Maestro, que pueda ver”.

En el acto penitencial con que empezamos la Eucaristía, también nosotros cantamos cada vez la misma invocación que gritaba Bartimeo: “Jesús, ten compasión de mí”. Todos tenemos algún mal del que tendríamos que “gritar” a Jesús que nos libere.

¿Ayudamos nosotros a los que lo necesitan?

También podemos dejarnos interpelar por la escena del evangelio en el sentido de cómo tratamos a los ciegos que están a la vera del camino, buscando, gritando su deseo de ver. Hay muchas personas, jóvenes y mayores, que no encuentran sentido a la vida y que pueden dirigirse a nosotros, los cristianos, por si les podemos dar una respuesta a sus preguntas.

¿Somos de los que se molestan por esos gritos, porque siempre resulta incómodo el que pide o el que formula preguntas? ¿o nos acercamos a la persona y la conducimos a Jesús, diciéndole amablemente: “ánimo, levántate, que te llama”?

Jeremías ayudó a sus contemporáneos, tanto cuando les avisaba de los males que les iba a traer el deterioro de su fe como cuando les anunció el final del destierro y la bondad salvadora de Dios.

Jesús se detuvo, al oír los gritos del pobre ciego. Siempre tenía tiempo para los que le necesitaban. Sus discípulos muchas veces perdían la paciencia, con los niños o con este mendicante que gritaba. Él, no.

¡A cuántos ha ayudado la comunidad de Jesús a lo largo de la historia a encontrar la paz y el camino, recobrando la vista! ¡A cuántos ha anunciado la Buena Noticia del amor de Dios!

Cristo es la Luz del mundo. Pero también nos encargó a nosotros que fuéramos luz y que esa lámpara alumbrase a otros, para que no tropiecen y vean el camino. ¿A cuántos hemos ayudado a ver, a cuántos hemos podido decir que se levanten y que acudan a Cristo Jesús?

El encargo va también para nosotros: “llamadlo”. No le dejéis tirado en la cuneta. Decidle que estoy pasando. Los cristianos debemos ser evangelizadores. ¿Está ciego el mundo? ¡Llamadlo! Gritadle, si es el caso. No os canséis. Echadle una mano, dadle ánimos: “ánimo, levántate, que te llama”.

El sacerdote, mediador

El autor de la carta a los Hebreos, entrando en el tema central, quería, sobre todo, subrayar que Jesús es el Sumo Sacerdote, superior en todo a los sacerdotes que actuaban en el Templo. Eso lo escucharemos el domingo próximo. De momento, hoy describe la identidad de un sacerdote.

Un sacerdote es mediador entre Dios y los hombres. No se ha arrogado él mismo ese título. Aarón fue nombrado por Moisés, y los sacerdotes del AT iban heredando familiarmente ese ministerio, dentro de la tribu de Leví. Nosotros añadiríamos ahora que un sacerdote cristiano tampoco se da a sí mismo el ministerio, sino que lo nombra la Iglesia, por manos de su Obispo.

El mismo Jesús, que no pertenecía a una familia sacerdotal, fue nombrado Sacerdote, no ciertamente por manos humanas, sino por Dios: “Tú eres mi Hijo, tú eres sacerdote eterno”. Y “según el orden de Melquisedec”, el misterioso personaje –rey de Salem y sacerdote de Dios– que ofrece pan y vino a Abrahán: no perteneciente todavía, por tanto, al sacerdocio instituido de la tribu de Leví, y por eso mismo figura especial de Cristo.

Ahora bien, los sacerdotes del Templo, incluido el sumo sacerdote de turno, es elegido para que represente al pueblo ante Dios, ofreciéndole culto y

peticiones y sacrificios en nombre de todos. Ofrecen estos sacrificios, ante todo, por sus propios pecados, porque “están envueltos en debilidades” igual que los demás.

Un sacerdote tiende puentes, un “pontífice”, que debe estar unido tanto a los hombres como a Dios, porque representa a los hombres ante Dios y a Dios ante los hombres. Nosotros nos alegramos de tener un Sacerdote como Cristo, Hijo de Dios y hombre verdadero, que ha querido experimentar también nuestras debilidades, menos el pecado.

Pero a la vez somos conscientes que él ha querido hacernos partícipes de su sacerdocio a todos nosotros. Todos, por el Bautismo (y la Confirmación) hemos sido incorporados a su sacerdocio, o sea, a su misión mediadora, y somos portadores de la Buena Noticia de Dios a los demás (la misión evangelizadora) y de las súplicas y oraciones de la humanidad ante Dios (por ejemplo, en la Oración Universal de la Misa). Es lo que con entusiasmo expresa la introducción al Misal, hablando de todos los bautizados que formamos la Iglesia: “pueblo que ha recibido el llamamiento de presentar a Dios las peticiones de la familia humana; pueblo que, en Cristo, da gracias por el misterio de la salvación ofreciendo su sacrificio...” (IGMR 5).

Dentro de ese pueblo, todo él participe del sacerdocio mediador de Cristo, algunos han recibido una gracia especial en el sacramento del Orden, por manos del Obispo, ahora “ofrecen el sacrificio y presiden la asamblea del pueblo santo” IGMR 4).

Siempre que celebramos la Eucaristía, además de acoger nosotros mismos la Palabra salvadora de Dios y entrar en comunión con Cristo Jesús, somos invitados a ejercer este sacerdocio mediador, por ejemplo, en la Oración Universal, en la que presentamos a Dios las súplicas de toda la humanidad, y además somos invitados, también fuera de la celebración, a llevar al mundo la Buena Noticia del amor de Dios y la fuerza salvadora de Cristo.

DOMINGO 31 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Los últimos días en Jerusalén

En la selección dominical de Marcos, que obviamente no es completa, sino “semicontinua”, saltamos a esta altura pasajes como la entrada solemne de Jesús en Jerusalén y otros episodios más referentes a la creciente oposición de sus enemigos, como la maldición de la higuera estéril, la expulsión de los mercaderes del Templo, la parábola de los viñadores homicidas (en la que se vieron claramente reflejados los escribas y fariseos) y las preguntas capciosas sobre el impuesto a pagar al César o la suerte de los siete hermanos casados con la misma mujer.

De los “hosanna” del Domingo de Ramos pasamos rápidamente a la oposición declarada y al enfrentamiento creciente entre Jesús y sus enemigos, que acabará con la condena y la muerte en cruz.

Deuteronomio 6, 2-6. *Escucha, Israel: amarás al Señor con todo el corazón*

El libro del Deuteronomio (= segunda ley) es un gran “discurso” de normas y leyes puesto en boca de Moisés, que quiere asegurar que su pueblo, cuando entre en la tierra prometida, seguirá fiel a la Alianza que sellaron con Yahvé en el monte Sinaí a la salida de Egipto.

El pasaje que leemos hoy quiere que el pueblo sea fiel a los mandamientos de Dios: “guarda todos sus mandatos”, y es el origen de la famosa oración “Shema Israel”, “escucha Israel”, que los judíos piadosos rezan varias veces al día: “escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno”. Destaca sobre todo el mandamiento del amor a Dios, que es el que va a citar luego Jesús en el evangelio: “amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas”.

El salmista muestra claramente que quiere cumplir ese mandato: “yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza”, porque encuentra en Dios su peña, su refugio, su escudo, su fuerza, su baluarte...

Hebreos 7, 23-28. *Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa*

Después de exponer lo que tienen de común los sacerdotes del Templo con el de Cristo (lo leíamos el domingo pasado), el autor de la carta llega al momento culminante de su exhortación: Cristo Jesús es el Sacerdote que “nos convenía”, y subraya aquí las diferencias entre él y los sacerdotes humanos.

Al contrario de los del Templo, que son mortales y tienen que sucederse unos a otros, Jesús “permanece para siempre... vive para siempre para interceder en nuestro favor”. Además, “nuestro Sumo Sacerdote es santo, inocente, sin mancha”, y por eso “no necesita ofrecer sacrificios cada día, porque lo hizo de una vez para siempre y no ofreció animales u otras ofrendas, sino “se ofreció a sí mismo”.

Marcos 12, 29b-34. *No estás lejos del reino de Dios*

Después de todos los pasajes que se han saltado en la lectura dominical –y que hemos enumerado antes– leemos cómo se acerca a Jesús un escriba preguntando, parece que de buena fe y no con ánimo de comprometerle, “qué mandamiento es el primero de todos”.

Era una pregunta muy actual en su tiempo, porque en el bosque de mandamientos (365 negativos y 248 positivos) que tenían, los israelitas querían saber cuáles eran los principales.

Jesús contesta que ese mandamiento principal son dos. El primero, es amar a Dios, y cita para ello el pasaje del Deuteronomio que leemos hoy como primera lectura. Pero en seguida añade que el segundo es “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. El escriba alaba a Jesús –“muy bien, Maestro”–, y añade por su cuenta que esos dos mandamientos “valen más que todos los holocaustos y sacrificios”, lo que le vale a su vez la alabanza de Jesús: “no estás lejos del reino de Dios”.

–II–

Lo principal es amar

Tendríamos que estar agradecidos a aquel buen escriba por haber formulado a Jesús esta pregunta, que le dio ocasión de aclarar, también para beneficio nuestro, cuál es el primer y más importante de los mandamientos. También nosotros nos movemos en medio de innumerables normas en nuestra vida eclesial (el Código de Derecho Canónico contiene 1752 cánones).

La gran consigna de Jesús es el amor en dos direcciones. El primer mandamiento es amar a Dios, haciéndole lugar de honor en nuestra vida, en nuestra mentalidad y en nuestra jerarquía de valores. Amar a Dios significa escucharle, adorarle, encontrarnos con él en la oración, obedecer su voluntad, amar lo que él ama. El mundo de hoy nos invita a elevar altares a otros dioses, más o menos atrayentes. Como los del pueblo elegido oían el “Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno”, nosotros deberíamos oír: “escucha, cristiano, sigue en pie el primer mandamiento: no tendrás otros dioses más que a mí”.

El segundo es amar al prójimo, a los simpáticos y a los menos simpáticos, porque todos somos hijos del mismo Padre y porque Cristo se ha entregado por todos. Y amarles “como a nosotros mismos”, que es una medida muy concreta y generosa.

Jesús une los dos, que ya aparecían en el AT. El primero lo hemos leído hoy mismo en el Deuteronomio. El segundo está en el Levítico 19,18. Lo que

hace Jesús es equiparar los dos y hacer de ellos como uno solo: “no hay mandamiento mayor que estos”.

Ser seguidores de Jesús no es sólo amar a Dios. Ni sólo amar al prójimo. Sino las dos cosas juntas. No vale decir que uno ama a Dios y descuidar a los demás. No vale decir que uno ama al prójimo, olvidándose de Dios y de las motivaciones sobrenaturales que Cristo nos ha enseñado para la caridad fraterna. Juan, en su primera carta, afirma que el que dice que ama a Dios y no ama al prójimo, es mentiroso. Si amamos a Dios, debemos amar al que Dios ama: al hombre.

En el Ritual del Bautismo, al comienzo de la celebración, el ministro pregunta a los padres del niño si están dispuestos a “educarlos en la fe”, para que ese niño, “guardando los mandamientos de Dios, amen al Señor y al prójimo, como Cristo nos enseña en el Evangelio”. Resume, por tanto, todo lo que supone la vida cristiana con las mismas palabras que dice Jesús en el evangelio de hoy.

Es interesante que el escriba subraye una cosa que Jesús afirma en otros momentos del evangelio: que este doble amor a Dios y al prójimo “vale más que todos los holocaustos y sacrificios”, o sea, que la caridad es una consigna superior incluso que la del culto litúrgico dirigido a Dios. Siguiendo a los profetas del AT, Jesús dijo más de una vez: “misericordia quiero, y no sacrificios”.

La alabanza de Jesús al escriba –“no estás lejos del reino de Dios”– tal vez la tendríamos que aplicar nosotros a tantas personas de otras razas y religiones que muestran su honradez y buena voluntad sobre todo en su buen corazón y en su caridad para con los demás. O sea, a las personas que dan importancia al amor en sus vidas.

En ese momento de examen de conciencia que, si somos sabios, hacemos al final de la jornada, estaría bien que nos hiciéramos esta pregunta: ¿he amado hoy? ¿o me he buscado a mí mismo? No vaya a ser que nos entretengamos en otras direcciones no tan “principales”.

Momentos antes de ir a comulgar con Cristo se nos invita a darnos la paz con los más cercanos. Es un buen recordatorio para que unamos las dos grandes direcciones de nuestro amor, y así luchemos contra la tendencia más innata que tenemos: el egoísmo.

El verdadero Sacerdote

Ante la añoranza que algunos cristianos sentían de los valores que habían abandonado al convertirse a Cristo (el Templo, los sacrificios, el sacerdocio), el autor de la carta insiste en mostrar cómo Jesús es superior a todo el AT, sobre todo a su sacerdocio.

Enumera los varios aspectos en que era deficiente el sacerdote de antes y perfecto el de Cristo. Los sacerdotes del Templo eran caducos, mientras que Cristo es Sacerdote para siempre. Aquellos eran pecadores, y tenían que ofrecer sacrificios ante todo por sus propios pecados, mientras que Cristo es el justo e inocente. Ellos tenían que ofrecer a Dios una y otra vez animales, mientras que Cristo se ha ofrecido de una vez por todas a sí mismo en la cruz.

Los cristianos nos sentimos orgullosos de tener el Sumo Sacerdote que tenemos ante Dios. Orgullosos y confiados, porque él nos ha reconciliado y nos abre el camino a Dios, y “vive siempre para interceder en nuestro favor”.

También ahora los hombres que reciben el ministerio sacerdotal son débiles y pecadores. Tienen que rezar primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo. Si presiden y absuelven y bendicen, es en nombre de Cristo, “in persona Christi”, habitados interiormente por él.

Jesús es un Sacerdote que en el sacramento de la Reconciliación nos comunica su victoria sobre el pecado y el mal. Que nos alivia y ayuda en la enfermedad por medio de la Unción. Que nos bendice en todo momento de nuestra vida. Que nos une en la Liturgia de las Horas a su alabanza al Padre y a su súplica por este mundo. Es siempre él, el Sacerdote eterno, quien actúa en nuestras celebraciones.

DOMINGO 32 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Alta teología y actitudes sencillas

Hay días en que la Palabra de Dios nos invita a actitudes muy sencillas pero profundas, con mensajes que no parecen de alta teología, pero son interpelantes en extremo para nuestra vida de cada día.

Hoy es un día de esos. Tanto el episodio de la buena mujer que ayudó al profeta Elías como el de la viuda a quien Jesús ve echar unas pocas monedas en el cepillo del Templo nos invitan a hacer un poco de examen de conciencia sobre la calidad de nuestro corazón.

A la vez, en la carta a los Hebreos que vamos leyendo estos domingos llegamos al punto álgido de la teología de su autor sobre el sacerdocio y el sacrificio de Jesús, que nos ayuda a entender y celebrar mejor el sacramento de la Eucaristía, memorial y actualización de ese sacrificio de nuestro Sumo Sacerdote.

1 Reyes 17, 10-16. *La viuda hizo un panecillo y lo llevó a Elías*

En tiempos de gran sequía y hambre, el profeta Elías pide a una mujer pobre, viuda y pagana (Sarepta es territorio fenicio) que le dé un poco de agua para beber, e inmediatamente también pan para comer.

Los dos, el profeta y la pobre mujer, muestran una gran confianza en Dios. El uno prometiendo, y la otra dando todo lo que tenía. La promesa se cumplió: “no se vació la orza de harina ni la alcuza de aceite”.

El salmo elegido refleja bien la generosidad de Dios, que “hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos... que ama a los justos y sustenta al huérfano y a la viuda”. Por eso el salmista entona una alabanza agradecida: “alaba, alma mía, al Señor”.

Hebreos 9, 24-28. *Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos*

El autor de la carta sigue haciendo ver la superioridad del sacerdocio y del sacrificio de Cristo sobre los del Templo.

Si el sumo sacerdote entraba una vez al año en el “sancta sanctorum”, en lo más profundo del Templo, atravesando la cortina que lo separaba del resto, Jesús ha entrado “en el mismo cielo para ponerse ante Dios e interceder por nosotros”.

Si los sacerdotes del Templo ofrecían, sobre todo en la fiesta anual de la Expiación (el “Yom Kippur”), sacrificios de incienso y animales a Dios por los pecados del pueblo, Jesús se ha ofrecido de una vez por todas en la cruz y no necesita repetir su sacrificio.

Si los sacerdotes ofrecían “sangre ajena” de animales, Jesús “se ha ofrecido a sí mismo... para quitar los pecados de todos”.

Marcos 12, 38-44. *Esa pobre viuda ha echado más que nadie*

Jesús, en los últimos días de su vida, predica ya abiertamente en el Templo y, según el evangelio de Marcos, enlaza hoy dos dichos en pleno contraste.

Ante todo lanza una dura invectiva contra los letrados o escribas. Si el domingo pasado nos hablaba de un escriba que “no estaba lejos del reino de Dios”, esta vez critica duramente los defectos de estas personas: la búsqueda de honores (la vanidad), el fingimiento de la santidad (la

hipocresía) y el egoísmo (en vez de ayudar a los pobres y viudas, se aprovechan de su posición en beneficio propio).

A continuación alaba delante de todos a la pobre viuda que echa en los cepillos del Templo dos reales, una cantidad insignificante, pero que es todo lo que ha podido ahorrar y le haría falta a ella misma. Los demás echan de lo que les sobra. Ella, de lo que necesita para su sustento.

-II-

Dos mujeres pobres y generosas

Son sencillas y sugerentes las dos escenas paralelas que escuchamos hoy: la viuda de Sarepta que ayuda a Elías y la viuda del Templo que echa unas monedas para el culto de Dios.

La de Sarepta, pagana, tiene doble mérito en fiarse del profeta y de su Dios, pero le da todo lo que pide, que es también todo lo que ella tiene para su sustento y el de su hijo. Y ve premiada su generosidad por Dios. Con razón la alaba Jesús, en su primera homilía en Nazaret (Lc 4, 26), provocando, por cierto, las iras de sus paisanos, porque alababa la fe de una pagana.

La viuda del Templo también es pobre, pero se acerca a los encargados de las limosnas y entrega todo lo que tiene, dos reales, para contribuir al culto de Dios. Jesús la alaba. No alaba la pobreza, alaba la generosidad. Y deja en evidencia a los que acaba de nombrar, los escribas orgullosos. Marcos escribe el episodio para que las generaciones siguientes admiren el gesto de aquella mujer y lo imiten.

¿Dónde quedamos retratados nosotros?

Las lecturas bíblicas son siempre como un espejo en el que miramos y ver si nuestra vida está de acuerdo con la mentalidad de Dios, dejándonos interpelar sobre nuestra conducta y nuestras intenciones.

Sería una lástima que nos viéramos retratados en la actitud de los escribas, tan criticada por Jesús. Les encanta “pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias”, “buscan los asientos de honor y los primeros puestos”; además son hipócritas y codiciosos: “devoran los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos”. A todos nos gustan los primeros lugares, que nos alaben y que nos tengan por importantes y santos. A todos nos atrae el dinero.

También nos ponen un interrogante las dos mujeres protagonistas de las lecturas de hoy. ¿Sabemos hacer el bien sin llamar la atención? ¿Somos desprendidos de los muchos o pocos bienes que tenemos? A la viuda del Templo no le aplaudieron los hombres, que no se hubieran dado ni cuenta si no llega a ser por la observación de Jesús. Pero Jesús sí se dio cuenta y la puso como modelo para generaciones y generaciones de cristianos. Le aplaudió Dios: “el Señor, que ve en lo oculto, te lo recompensará”, dijo Jesús en el sermón de la montaña.

Dios lo ve todo. Los que han recibido diez talentos, pueden dar más. Los que sólo uno, menos. Pero Dios ve el corazón. No todos son líderes, ni salen en los periódicos ni son ricos para poder hacer grandes donaciones. La mujer de Sarepta dio un vaso de agua y un pan. La del Templo, dos reales. Pero ambas lo dieron con amor.

Además, dieron lo que necesitaban ellas mismas. Con ello corrieron el riesgo de un futuro desconocido, sin ninguna seguridad. ¿Damos alguna vez, no de lo que nos sobra, sino de lo que nos haría falta a nosotros? ¿Imitamos, sobre todo, el ejemplo de Jesús que, como nos dice hoy la carta a los Hebreos, no ofreció como sacrificio sangre ajena, sino que “se ofreció a sí mismo”? ¿Damos sólo limosna, o nos entregamos a nosotros mismos: nuestro tiempo, nuestro trabajo, nuestro amor?

Cuando vemos a otros en situaciones difíciles, ¿les ayudamos, sabemos compartir con ellos los pocos bienes o ánimos que nos quedan? O, como en el caso de Elías, y en la parábola del buen samaritano que contará Jesús, ¿será verdad que los extranjeros son más generosos que los creyentes a la hora de atender al necesitado? O, como en el caso de las dos mujeres, ¿será verdad que son los pobres los que habitualmente son más generosos que los que tienen más?

Pablo alaba a los cristianos de Macedonia, que no eran muy ricos, pero en su pobreza dieron mucho para la comunidad de Jerusalén: “desde su extrema pobreza han desbordado en tesoros de generosidad”. Además, dice Pablo que lo principal fue la entrega de sí mismos, no tanto el dinero que recogieron: “según sus posibilidades, y aun sobre sus posibilidades, se entregaron a sí mismos” (2Co 8,2-5).

Cuando en el espacio del ofertorio de la misa aportamos al altar el pan y el vino para la Eucaristía, lo único que la introducción al Misal permite que se lleve además no son ofrendas pintorescas, más o menos simbólicas, sino “dinero u otras donaciones para los pobres o para la iglesia” (IGMR 73). Además, dice que en la Eucaristía no sólo “ofrecen la víctima inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos” (IGMR 79f).

Dios no se dejará ganar en generosidad, si somos como esas buenas mujeres que, desde su pobreza, y fiándose de él, lo dan todo: si somos capaces de correr la aventura de dar lo último que poseemos.

El sacrificio único de Cristo

El Sacerdocio de Cristo es muy superior al del AT, porque él es el Mediador de una Alianza nueva.

El sumo sacerdote de Israel entraba en el “santísimo”, el espacio más sagrado del Templo, para ofrecer sacrificios por sí y por el pueblo, pero, como no ofrecía más que sangre de animales, su ministerio no era eficaz y lo tenía que repetir cada año. No así Cristo, que entró en el santuario del cielo, no en un templo humano, y lo hizo de una vez por todas, porque se entregó a sí mismo, no sangre ajena. Así como todos morimos una vez, también Cristo, por absoluta solidaridad con nuestra condición humana, se sometió a la muerte “para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo”.

Tenemos un Sacerdote en el cielo que ha entrado en la presencia de Dios para siempre. Tenemos un Mediador siempre dispuesto a interceder por nosotros. Como el autor de la carta no se cansa de repetirlo, tampoco nosotros nos deberíamos cansar de recordar esta buena noticia, dejándonos

impregnar por ella porque, gracias a ese Mediador, tenemos el acceso a Dios como el de los hijos a su Padre.

Esto sucede sobre todo en el momento de la Eucaristía. El sacrificio de Cristo fue único, hace dos mil años, en el Calvario. Pero nosotros lo celebramos cada día. Él mismo nos lo encargó: “haced esto en memoria mía”. San Pablo sitúa claramente cada celebración entre el pasado de la cruz y el futuro de la última venida del Señor: “cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga” (1Co 11,26).

Según la introducción al Misal, significamos con mayor plenitud de sentido este sacramento si comulgamos también con vino, que “expresa más claramente la voluntad con que se ratifica en la sangre del Señor la alianza nueva y eterna” (IGMR 281)

DOMINGO 33 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Mirada al futuro al final del año

Terminamos hoy la lectura del evangelista Marcos, que nos ha acompañado todo el año. El próximo, fiesta de Cristo Rey, leeremos a Juan. Terminamos también la lectura que hemos ido haciendo los últimos domingos de la carta a los Hebreos.

Estamos terminando el año cristiano y por eso las lecturas nos orientan hacia la escatología, el futuro de la historia, que las primeras generaciones cristianas consideraban muy cercano. Esta perspectiva queda señalada por el pasaje de Daniel y por una breve página que precede al relato de la pasión de Jesús.

Daniel 12, 1-3. *Por aquel tiempo se salvará tu pueblo*

Este libro, de autor desconocido, fue escrito en el siglo II antes de Cristo, siendo rey de Siria Antíoco Epifanes, que hizo todo lo posible para “helenizar”, o sea, “paganizar” a los israelitas. Precisamente el libro quiere animar a sus lectores a que sigan siendo fieles a su tradición religiosa en medio de este período de tanta dificultad.

Al mirar al futuro, el autor del libro de Daniel contempla al arcángel Miguel dirigiendo la gran batalla contra el mal, con perspectivas de victoria: “se

salvará tu pueblo”, “los que duermen en el polvo despertarán”, y “los sabios brillarán como el fulgor del firmamento”.

El salmista también siente optimismo y confianza en Dios: “con él a mi derecha no vacilaré”, “mi carne descansa serena, porque no me entregarás a la muerte”, “me saciarás de gozo en tu presencia”.

Hebreos 10, 11-14.18. *Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados*

En la última página que leemos de la carta a los Hebreos concluye su autor la reflexión que ha ido desarrollando sobre el sacerdocio y el sacrificio de Cristo.

Los sacerdotes del Templo tenían que ofrecer sacrificios cada día, porque no eran eficaces para “borrar los pecados”. Mientras que Cristo “ofreció para siempre jamás un solo sacrificio”. Él sí que “con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados”.

Marcos 13, 24-32. *Reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos*

El capítulo 13 de Marcos –previo al 14, donde relata la muerte y resurrección de Cristo– es todo él “escatológico”: anuncia la destrucción de Jerusalén y el final de los tiempos.

Hoy leemos un breve pasaje de este “discurso escatológico”, el más largo que Marcos pone en boca de Jesús, donde habla de los efectos cósmicos que se notarán en el sol, la luna y los astros. Pero entonces, “verán al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad” y sucederá la convocatoria general ante él.

Con la parábola de la higuera que empieza echar brotes les asegura Jesús que “no pasará esta generación antes que todo se cumpla” porque, pase lo que pase en el cosmos, “mis palabras no pasarán”.

-II-

Triunfará el bien

Toda la historia es una lucha entre el bien y el mal. Nuestra vida personal, también.

Las lecturas de hoy nos aseguran que triunfará el bien. El libro de Daniel sitúa sus relatos y visiones como sucedidos varios siglos antes, en tiempos del rey Nabucodonosor. Pero los escribe en tiempos del impío rey Antíoco Epífanes, el que más persiguió la fe del pueblo de Israel, en tiempos de los Macabeos, en el siglo II antes de Cristo. Su autor quiere infundir ánimos a sus lectores para que permanezcan fieles a su fe. Presenta al arcángel Miguel –“¿quién como Dios?”– y bajo su guía “se salvará tu pueblo”, y los que han sido fieles y han “enseñado la justicia” “brillarán como el fulgor del firmamento, por toda la eternidad”. También en el Apocalipsis, el libro más “guerrero” de la Biblia, aparece el arcángel Miguel como líder de los que luchan contra el maligno.

Es un mensaje de victoria que nos va bien a todos, como también el del salmo: “tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré”.

La carta a los Hebreos nos pone como modelo y motivo de confianza al mismo Jesús. Él ha vencido al pecado, de una vez por todas, con su sacrificio en la cruz. Él es el “cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, como se nos dice al invitarnos a la comunión. Nosotros seguimos luchando contra el pecado, pero él ya ha vencido al mal, después de ofrecerse en sacrificio por todos, “está sentado a la derecha de Dios y espera hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies”.

Ciertamente en nuestra vida personal, como en la historia del mundo, habrá momentos de “gran angustia”, como anuncia Jesús, y no siempre el sol nos alumbrará, pero la perspectiva será siempre la persona del Hijo del hombre, que aparece en la historia “con gran poder y majestad”.

Esta es la gran alegría y la Buena Noticia que resuena incluso en este discurso escatológico de Marcos. Lo cual debe dar a nuestra visión de las

cosas y de la historia un tono más optimista y esperanzador. Por seca que parezca nuestra “higuera”, como la que simbolizaba al pueblo de Israel, llegará el momento en que “las ramas se le ponen tiernas y brotan las yemas”.

La venida del Hijo del hombre

Es ciertamente impresionante el lenguaje con el que Jesús –en el pasaje de hoy y en otros paralelos– describe el final de la historia. Es un lenguaje tomado del género literario “apocalíptico” y “escatológico”, con el que tanto los profetas del AT como en general la literatura rabínica de la época describen el futuro y la llegada del “día del Señor”.

A este lenguaje pertenece la descripción de fenómenos cósmicos: esta vez el sol y la luna y las estrellas que pierden su cualidad principal, la luz, que es lo que también cuenta en primer lugar el Génesis como efecto del primer día de la creación del mundo. Es un lenguaje que imitan espectacularmente ciertas películas catastrofistas.

Esta descripción, en labios de Jesús, no quiere ser angustioso, sino precisamente lo contrario, esperanzador, porque inmediatamente dice que veremos “venir al Hijo del hombre sobre las nubes (símbolo de la divinidad) con gran poder y majestad”, y él viene a salvar.

Ahora bien, lo que preocupaba a sus oyentes era sobre todo “cuándo” sucederá todo eso. La respuesta de Jesús, en la versión de Marcos, es misteriosa y un tanto enigmática. Por una parte, con la parábola o comparación de la higuera que, cuando sus ramas “se ponen tiernas y brotan sus yemas”, anuncian el verano, dice que “no pasará esta generación antes que todo se cumpla”. Pero en el anuncio que hacía, aunque no lo hemos leído completo, estaba incluida también la destrucción de Jerusalén, que en efecto sucedió el año 70, por Vespasiano y Tito. ¿Se refiere ese “todo” a ese final de Jerusalén o también a su Parusía o venida gloriosa como Juez de la humanidad? Las primeras generaciones se ve que tenían la convicción de que esta venida era inminente. Por otra parte, el mismo Jesús dice que “el día y la hora nadie lo sabe... sólo el Padre”.

Sea cual sea la interpretación que hay que dar a este anuncio de proximidad del final, lo que sí es seguro lo que añade a continuación: “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. Como proclamamos en el Credo: “desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos”.

Es bueno mirar al futuro

Es bueno que miremos al futuro, que nuestra vida esté orientada hacia nuestro encuentro con ese Jesús que es Salvador y será también nuestro Juez.

Nuestra vida es como una peregrinación. El que peregrina tiene siempre en cuenta, no sólo por dónde va, sino también a dónde se dirige, cuál es la meta de su viaje. Igual que un deportista mira desde el comienzo a la meta. Igual que un estudiante tiene la mirada puesta en el examen final.

Todo este discurso de Jesús nos quiere urgir a la vigilancia, a la confianza, al trabajo. No pretende tanto describir el futuro, sino darnos consignas serias para el presente. El versículo inmediatamente anterior al pasaje de hoy nos invita precisamente a la vigilancia: empezamos por el v. 24, pero el v. 23 dice: “vosotros estad sobre aviso”.

Lo importante no es saber “cuándo” y “cómo” sucederán estas cosas del final, ni para el cosmos ni para la humanidad ni para cada uno de nosotros. Sino estar preparados para que, cuando suceda, nos encuentre el Señor dignos de ser admitidos en su Reino. Las cosas que sucederán al final del mundo, o en el momento de nuestra muerte, ya nos están sucediendo día a día. Nuestro futuro está ya en nosotros, en el camino que estamos llevando.

Podemos mirar con respeto y miedo a ese Cristo glorioso que viene a juzgar a todos los pueblos. Pero también podemos contemplarlo con confianza: el que vendrá como Juez es el mismo en quien creemos, a quien escuchamos, a quien intentamos seguir, a quien recibimos en la Eucaristía. Estas lecturas no quieren llenarnos de angustia, sino que nos están anunciando la victoria y la salvación. Eso sí, invitándonos a la vigilancia y a la seriedad en nuestro camino. Para que estemos siempre preparados al encuentro con él, sea cuando sea.

Cuando celebramos la Eucaristía, se nos va educando a tener esta mirada hacia el futuro. El sacerdote dice que la comunidad eclesial es “peregrina en la tierra” y le pide a Dios, en nombre de todos, que nos libre de todo mal “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”.

La comunidad, inmediatamente después de las palabras de la consagración, aclama a Cristo diciendo que anunciamos su muerte y proclamamos su resurrección (esa es la mirada hacia el “ayer” de la Pascua) y añadimos: “ven, Señor Jesús”, que es nuestra mirada al futuro. Exactamente lo que decía Pablo a los Corintios: “cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, proclamáis la muerte del Señor hasta que venga” (1Co 11,26).

DOMINGO 34. JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

- I -

Una fiesta que mira al futuro

Estamos terminando el año litúrgico. El domingo que viene, con el Adviento, iniciaremos de nuevo ese proceso celebrativo que nos hace participar un año más de la gracia de la salvación.

La fiesta de Cristo Rey del Universo, con la que concluimos el año, antes se celebraba el último domingo de octubre, desde el año 1925 en que la instituyó el papa Pío XI. Pero en la reforma de Pablo VI, el 1969, se trasladó, de muy buen acuerdo, al último domingo del año cristiano, el domingo 34 del Tiempo Ordinario.

Nuestra mirada a Jesús como Rey del Universo, ahora con un tono claramente escatológico, mirando al futuro de la historia, debe guiarse sobre todo por los textos de lecturas, oraciones y cantos, que nos ayudan a entrar en el misterio de esta fiesta y ver nuestra historia como un proceso del Reino que se está gestando y madurando hasta el final de los tiempos.

Cada año tiene un color diferente esta fiesta de la realeza de Cristo. En este ciclo B escuchamos la confesión del mismo Jesús, ante Pilato, diciendo que es Rey. Pero en seguida él mismo dice que su reino no es de este mundo.

Daniel 7, 13-14. *Su dominio es eterno y no pasa*

Leemos un breve pasaje del mismo libro que leíamos el domingo pasado: el de Daniel, escrito en tiempo de una persecución muy dura contra la fe de Israel, con el propósito de animar a sus contemporáneos a ser fieles y perseverar en la fe de los mayores, sin ceder a los intentos de paganización del rey Antíoco Epífanos.

El profeta tiene una visión en la que contempla una solemne entronización real. Ante el trono de Dios aparece sobre las nubes del cielo –un símbolo muy antiguo de la presencia de la divinidad– “uno como un hijo de hombre”, al que se le concede “poder real y dominio, y su reino no tendrá fin”.

Naturalmente, el salmo que hace eco a esta lectura es uno de los salmos “reales”: “el Señor reina, vestido de majestad”, “tu trono está firme desde siempre y tú eres eterno”.

Apocalipsis 1, 5-8. *El príncipe de los reyes de la tierra nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios*

La primera visión del Apocalipsis contempla a Cristo como “el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra”. También aquí, como en el libro de Daniel, “viene en las nubes”. Y se llama a sí mismo “Alfa y Omega, el que es, el que era y el que viene”.

El reinado de Cristo tiene consecuencias para nosotros, porque “nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios su Padre”. Por eso prorrumpe en aclamaciones: “a él la gloria y el poder por los siglos”.

Juan 18, 33b-37. *Tú lo dices: soy rey*

No leemos hoy ningún pasaje del “evangelista del año, Marcos”, porque no hay en él ninguna página expresiva de la realeza de Cristo, y por eso se ha elegido el diálogo de Jesús con Pilato.

Pilato está intrigado por la acusación con la que le han traído a su presencia: que se hace llamar “rey de los judíos”, mientras que sus acusadores,

hipócritamente, dirán que “no tienen otro rey más que al César”. Por eso le pregunta: “¿eres tú el rey de los judíos”? La respuesta de Jesús es clara: “tú lo dices, soy rey”. Pero luego añade una matización: “mi reino no es de este mundo”, y “he venido para ser testigo de la verdad”.

– II –

Cristo, constituido Rey

Terminamos el año con los ojos fijos en Cristo Jesús. De los muchos títulos que en el NT se le aplican, hoy nos centramos sobre todo en el de Rey, sancionado por él mismo en su diálogo con Pilato: “tú lo dices: soy Rey”. Este título está preparado, como en relieve, por los pasajes de Daniel y del Apocalipsis.

El de Daniel es interpretado claramente en el NT como aplicado a Cristo. Él mismo se da el nombre de “Hijo del hombre” y en el conjunto del NT se le aplica unas ochenta veces. El “hijo del hombre” (o “como un hijo de hombre”, o “uno parecido a un hombre”) que vio el autor del libro en su visión es un hombre, al que se la ha concedido “poder real y dominio” y “su reino no tendrá fin”. En efecto, vemos en el NT, sobre todo en la teología cristológica de Pablo, que Jesús ha recibido la plenitud de la divinidad y es el Hijo de Dios.

La visión del Apocalipsis, al inicio del libro, llama a Jesús con varios títulos: “testigo fiel”, “primogénito de entre los muertos”, “el príncipe de los reyes de la tierra”. Se dice que “viene en las nubes”, símbolo de la presencia de la divinidad. Él mismo se llama “el Alfa y la Omega”, o sea, “el principio y el fin” de toda la historia. Por eso añade que es “el que es, el que era y el que viene”. Además, esta última expresión va acompañada de otra muy característica del evangelio de Juan, el “yo soy”: “yo soy el Alfa y la Omega”.

Nosotros nos alegramos que nuestro Salvador haya sido constituido Señor y Rey de la historia y Cabeza de la Iglesia. Porque también nosotros

participamos de su riqueza. El Apocalipsis afirma, en el pasaje de hoy, que, siendo como es él Rey y Sacerdote, “nos ha convertido a nosotros en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre”.

Mi reino no es de este mundo

El mismo Jesús matiza el carácter de su reinado: “mi reino no es de este mundo”.

No es un reinado de poder y riqueza: “si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado...”.

A lo largo del evangelio, y en particular pocas horas después de su diálogo con Pilato, se ve que este Rey está clavado en la cruz, que salva a los suyos mediante su sacrificio. Como dice el Apocalipsis, “aquel que nos ama, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre”. Es un Rey que no intenta imponer su dominio, sino que ha venido a servir y a dar su vida por todos.

El cambio de fecha que se llevó a cabo en la reforma postconciliar para esta fiesta supuso un cambio de tono: de una cierta tonalidad de fiesta que en las primeras décadas del siglo XX tenía incidencia en lo socio-político, se pasó claramente a un sentido más cristológico, espiritual y escatológico. O sea, que este Reino de Jesús madurará al final de la historia.

Sus seguidores –cada uno de nosotros– tendremos que aprender esta lección. Nuestra actitud no debe ser de dominio, sino de servicio. No de prestigio político o económico, sino de diálogo humilde y comunicador de esperanza. Evangelizamos más a este mundo con nuestra entrega generosa que con nuestros discursos o en la ostentación de nuestras instituciones. En nosotros también debe cumplirse lo de que “nuestro reino no es de este mundo”. No vaya a ser que, como comunidad o como personas particulares, y siguiendo las tendencias de este mundo, persigamos los valores de aquí abajo y no los que él nos ha enseñado.

Dichosos los invitados al banquete de bodas del Reino

En el Padrenuestro pedimos siempre: “venga a nosotros tu reino”. Hoy lo podemos rezar o cantar con mayor confianza. Porque creemos en Cristo,

intentamos seguir su camino, superando a veces tentaciones de desánimo, seguros de que él quiere construir unos cielos nuevos y una tierra nueva, un Reino que –vale la pena copiar su descripción del prefacio– es un reino de verdad y de vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz. Ese es el futuro de nuestro camino por este mundo.

Cuando el sacerdote nos invita a acercarnos a la comunión, dice unas palabras que, en su versión latina, apuntan claramente a un banquete festivo, “dichosos los invitados a la cena de bodas del Cordero”, de Cristo (“ad coenam Agni vocati sunt”). No se trata sólo de que estamos invitados a “esta mesa” de la Eucaristía, que ya es mucho, sino a lo que esta mesa prefigura y anticipa: la mesa del banquete celestial, la mesa festiva de bodas, ya en el Reino definitivo.

Con razón pedimos a Dios en la poscomunión de hoy, después de recibir el alimento de la inmortalidad: “te pedimos, Señor, que quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del Universo, podamos vivir eternamente con él en el reino del cielo”.

SANTÍSIMA TRINIDAD

Domingo siguiente a Pentecostés

– I –

No la teoría, sino la actuación de Dios

La fiesta de hoy no sería de por sí necesaria en el transcurso del año cristiano, porque en toda oración comunitaria y en toda fiesta ya nos dirigimos y celebramos a Dios Trino.

Pero no resulta superfluo el que este domingo lo dediquemos a glorificar explícitamente a ese Dios que es Padre, Hijo y Espíritu, que son los que dan pleno sentido a nuestra existencia cristiana. Eso, precisamente, cuando terminamos la Pascua, en la que Dios Trino, con un evidente protagonismo diferenciado –la actuación salvadora del Padre, el misterio pascual de la entrega de Cristo y la fuerza vivificadora del Espíritu–, nos ha querido comunicar con mayor densidad su vida divina.

En los tres ciclos las lecturas de este día son diferentes y nos presentan un retrato vivo del Dios Trino, no a partir de definiciones filosófico-teológicas, sino de sus actuaciones tal como se nos describen en la Biblia.

En este ciclo B se nos presenta a un Dios cercano a nuestra vida: que ha hecho de Israel su pueblo elegido, que le ha dirigido su Palabra, que lo ha liberado “con mano fuerte y brazo poderoso” de la esclavitud, y que a los que estamos bautizados en su nombre nos ha concedido ser hijos adoptivos suyos.

Deuteronomio 4, 32-34.39-40. *El Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro*

En este último libro del Pentateuco, el Deuteronomio (= “segunda ley”), leemos las recomendaciones de Moisés para que su pueblo siga los mandamientos de Dios, que habían pactado con él en la primera Alianza del Sinaí.

Moisés muestra cómo es ese Dios en quien creemos. Un Dios todopoderoso –“el único Dios allá arriba en el cielo y aquí abajo en la tierra: no hay otro”– que “creó al hombre sobre la tierra”, pero a la vez un Dios cercano que ha elegido a los israelitas de entre todos los pueblos, les ha hablado, y sobre todo les ha liberado de la esclavitud “con mano fuerte y brazo poderoso”.

Por eso, cumplir sus mandamientos es el único camino para la felicidad.

El salmista se alegra de esta actuación salvadora de Dios. Por una parte, es el creador: “la palabra del Señor hizo el cielo... él lo dijo y existió”, pero, sobre todo, es nuestro salvador: “él es nuestro auxilio y escudo”. Por eso exclama: “dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad”.

Romanos 8, 14-17. *Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar “Abba, Padre”*

En este capítulo de la carta a los Romanos, Pablo expone su entusiasta concepción sobre lo que significa el Espíritu en nuestras vidas.

El primer don que nos hace a los creyentes este Espíritu es la filiación adoptiva: “los que se dejan llevar por él esos son hijos de Dios”, y es él quien “nos hace gritar: Abba, Padre”.

Ser hijos en la familia de Dios tiene otras consecuencias a cual más esperanzadoras: “si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo”.

Mateo 28, 16-20. *Bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*

El final del evangelio de Mateo nos anuncia la misión que Jesús encomendó a la Iglesia, antes de su despedida. Es una misión triple: evangelizadora (“id y haced discípulos”), celebrativa (“bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”) y vivencial (“enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”).

El que los convertidos a la fe sean bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu”, que es el motivo de la elección de este pasaje para hoy, no quiere necesariamente referirse a la “fórmula” que hay que decir en el bautizo (porque en otros lugares del NT se habla también de “bautizar en el nombre de Jesús”), sino que el creyente queda insertado en la familia cristiana, la eclesial, que es la comunidad del Dios Trino. En oposición, por ejemplo, al bautismo sólo “en nombre de Juan”.

– II –

El misterio de un Dios Trascendente

En las últimas décadas se ha dado en la Iglesia una interesante acentuación del carácter “trinitario” de nuestra vida. El Catecismo de la Iglesia Católica, del año 1992, nos sitúa continuamente, sobre todo cuando habla de la celebración litúrgica, en una relación explícita con el Dios Trino, poniendo, sobre todo, un énfasis en el Espíritu que no habían destacado otros documentos anteriores, ni siquiera el Vaticano II. Cuando Juan Pablo II nos convocó para el Jubileo del año 2000, lo fuimos preparando con un año “dedicado” a cada una de las Personas de la Trinidad, para concluir con el año jubilar centrado en las tres.

Pero ¿quién es Dios? ¿cómo es ese Dios en quien creemos? No es indiferente la imagen que tenemos de Dios. De ella depende en gran parte nuestra relación con él: relación de criaturas, de esclavos o de hijos.

Los textos oracionales de la Misa insisten sobre todo en el “admirable misterio” de la “eterna Trinidad y la Unidad todopoderosa” (colecta) y dicen que confesamos nuestra fe “en la Trinidad santa y eterna y en su Unidad indivisible” (poscomunión). El prefacio –que hasta hace pocos años decíamos cada domingo– ensalza la comunión de las tres Personas en una única naturaleza: “un solo Dios, un solo Señor, tres Personas en una sola naturaleza”, “sin diferencia ni distinción, de única naturaleza e iguales en su dignidad”.

Es admirable y nunca podremos comprender bien el misterio de esas tres Personas llenas de vida, trascendentes, plenamente unidas entre sí.

Un Dios cercano, que elige, que libera, que salva, que nos hace sus hijos

Pero tal vez tengamos que esforzarnos más en “vivir” ese misterio que en “comprenderlo”. Nuestro Dios no es un Ser perfectísimo y lejano, omnipotente y frío, retratado en un problema “aritmético” de personas y naturalezas. Dios es admirable en sí mismo y en la obra de la creación y, a la vez, cercano a la historia del pueblo de Israel, de la Iglesia y de cada uno de nosotros.

Si las oraciones de la Misa hablan en una dirección, hay que completarlas con lo que dicen las lecturas bíblicas, que nos presentan a un Dios personal, cálido, cercano y salvador. Un Dios que se define no a partir de ideas o teorías, sino de acontecimientos y de actuaciones salvadoras.

Un Dios que ha creado admirablemente al hombre, que luego se ha mostrado salvador y liberador, que dirige su Palabra al pueblo al que ha elegido entre todos y lo libera de la esclavitud, como Moisés recuerda en el libro del Deuteronomio. A lo largo del AT aparece claramente como perdonador, rico en misericordia, cercano a su pueblo.

Esta cercanía se hace más palpable en el NT, porque aparece como el Padre de nuestro Señor Jesús. Un Dios que amó tanto al mundo que le envió a su propio Hijo como Salvador. Así se hizo “Dios-con-nosotros”.

Pablo, en el pasaje de hoy, da un paso más: el Espíritu de Dios ha hecho

que los que nos dejamos llevar por él seamos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, “coherederos con Cristo”. Así, en compañía del mismo Jesús, podemos “gritar: Abbá, Padre”.

Ciertamente, el Dios de la Biblia es un Dios cercano, no meramente filosófico y “todo Otro”. Es un Dios que es Padre, que ha entrado en nuestra historia, que nos conoce y nos ama. Un Dios que es Hijo, que se ha hecho Hermano nuestro, que ha querido recorrer nuestro camino y se ha entregado en la cruz por nuestra salvación. Un Dios que es Espíritu y nos quiere llenar en todo momento de su fuerza y su vida, y “da testimonio de que somos hijos de Dios”.

Ser hijos significa no vivir en el miedo, como los esclavos, sino en la confianza y en el amor. Ser hijos significa poder decir desde el fondo del corazón, y movidos por el Espíritu, “Abbá, Padre”. Significa que somos “herederos de Dios y coherederos con Cristo”: hijos en el Hijo, hermanos del Hermano mayor, partícipes de sus sufrimientos, pero también de su glorificación.

Es un Dios cálido el Dios bíblico. La Escritura se preocupa más de decirnos cómo actúa ese Dios que cómo podemos entender el misterio de su unidad y su trinidad. Como cuando Jesús quiso dejarnos un retrato de su Padre, no con teologías razonadas, sino identificándolo con el padre del hijo pródigo.

¿Creemos en ese Dios de la Biblia y vivimos según esa fe?

En un mundo como el nuestro, en el que parece estar de modo ser ateos, o al menos agnósticos, en el que Dios no cuenta en los programas ni de los pueblos ni de muchas personas, hoy nos enfrentamos a una interpelación personal: ¿quién es Dios para mí? ¿es un Ser supremo al que le tengo miedo, o es un Padre y un Hermano que está cercano a mí y me quiere llenar de vida?

¿Creemos de veras, aunque no le entendamos plenamente, en ese Dios que se presenta él mismo como compasivo y misericordioso, rico en clemencia y lealtad? ¿Podemos decir con sinceridad “dichoso el pueblo que el Señor

se escogió como heredad”? ¿Sentimos dentro de nosotros el Espíritu de Dios, el Espíritu de Jesús, que nos hace “gritar” Abbá, Padre? ¿Pensamos en nuestro futuro como en una herencia gloriosa que nos espera, porque estamos unidos a Cristo, el Señor Resucitado, que nos hará partícipes de su alegría y de su plenitud de vida?

Si de veras nos sentimos hijos en la casa de Dios, y herederos de sus mejores riquezas, si cada día rezamos a Dios llamándole “Padre nuestro”, ¿por qué ponemos la cara de resignados que a veces ponemos? Si, además, comunicamos a otros esa imagen de Dios, tal vez habría menos ateos y agnósticos. ¿De qué Dios reniegan los que se dicen ateos? ¿qué imagen de Dios tienen en su cabeza para reaccionar así? Según qué idea tienen de Dios, uno piensa que más vale que sean ateos, que no crean en ese Dios. Pero si alguien les presentara los retratos de Dios que las lecturas de hoy nos ofrecen, del Dios de la Biblia, ¿seguirían negándose a aceptarle en sus vidas? Si vieran que nosotros no creemos en un libro o en una doctrina o en un Ser lejano, sino que vivimos como hijos y como hermanos y movidos por el Espíritu, y que de ahí sacamos la fuerza y los ánimos para amar, para estar más unidos en la comunidad, para luchar por la justicia y para construir un mundo mejor, tal vez sería más creíble nuestro testimonio, y haríamos más fácil el acceso de otros a ese Dios.

Nuestra vida, “trinitaria” de principio a fin

Hoy no es un día para intentar explicar el “misterio de la Trinidad”, sino de recordar cómo ha actuado y sigue actuando Dios en bien nuestro y cómo toda nuestra vida está marcada y orientada por su amor:

* ya en el Bautismo fuimos signados y bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, envueltos, por tanto, ya desde el principio, en su amor;

* en la celebración de la Eucaristía, al principio nos santiguamos en su nombre, el presidente nos saluda en su nombre, y el final nos bendice también en el nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo;

* cantamos el Gloria y el Credo, centrados en la actuación de las tres

divinas Personas; y el sacerdote, en nombre de la comunidad, siempre dirige la oración al Padre, por medio de Cristo y en el Espíritu;

* en la “doxología” o alabanza final de la Plegaria Eucarística, se dice solemnemente cuál es la dirección de toda nuestra alabanza: “por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria”;

* ¿cuántas veces, durante nuestra vida, nos santiguamos a nosotros mismos en el nombre del Dios Trino, recordando nuestra pertenencia a él?;

* ¿cuántas veces rezamos esa breve y densa oración que es el “Gloria al Padre”, como resumen de nuestras mejores actitudes de fe?

Realmente se puede decir que todos “somos trinitarios”, que estamos invadidos del amor y la cercanía de ese Dios Trino. Eso es lo que puede darnos fuerzas para seguir con confianza el camino de Jesús en nuestra vida.

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

Domingo siguiente a la Trinidad

– I –

Una fiesta muy popular

La fiesta del Corpus –que ahora se llama mejor “del Cuerpo y Sangre de Cristo”– ha arraigado hondamente en el pueblo cristiano, desde que nació en el siglo XIII.

Últimamente en España y en otros países se ha trasladado desde el clásico jueves al domingo siguiente a la Trinidad.

Es una celebración muy propia de un domingo, que nos hace centrar nuestra atención agradecida en la Eucaristía, como sacramento en el que Cristo Jesús ha querido dársenos como alimento para el camino, haciéndonos comulgar con su propia Persona, con su Cuerpo y Sangre, bajo la forma del pan y del vino.

En la fiesta de hoy no nos fijamos tanto en la celebración de la Eucaristía, aunque la organicemos y celebremos con particular festividad, sino en su prolongación, la presencia permanente en medio de nosotros del Señor Eucarístico, como alimento disponible para los enfermos y como signo sacramental continuado de su presencia en nuestras vidas, que nos mueve a rendirle nuestro culto de veneración y adoración.

Se puede decir que estos últimos decenios hemos mejorado notablemente la “celebración” eucarística. Pero ha disminuido la “atención adorante” hacia el Señor que sigue estando presente en la Eucaristía también fuera de la misa. Esto empobrece nuestra fe y es lo que hoy intentamos corregir, con un cierto paralelismo con la adoración de la noche del Jueves Santo.

Éxodo 24, 3-8. *Esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros*

En el libro del Éxodo, después de los largos capítulos en que se desarrolla lo que resumidamente llamamos “los diez mandamientos” (cc. 19-23), como contenido de la Alianza que Moisés y su pueblo pactan con Yahvé al pie del monte Sinaí a la salida de Egipto, en el c. 24 se nos cuenta la solemne ratificación, cuasi-litúrgica, de esta Alianza. El desarrollo del rito es significativo:

se escriben los términos de la Alianza,

se prepara un altar (una gran piedra) y doce estelas o piedras más pequeñas (en representación de las doce tribus),

se encarga a unos jóvenes que maten reses para el holocausto y el sacrificio, y se guarda en unas vasijas la mitad de esa sangre,

con la otra mitad rocía Moisés el altar (representante de Yahvé),

Moisés proclama el texto de la Alianza y el pueblo hace su solemne promesa: “haremos todo lo que manda el Señor”,

y entonces con la otra mitad de la sangre Moisés rocía al pueblo (seguramente las doce piedras) y pronuncia las palabras que a nosotros nos suenan mucho, porque son las que Jesús pronunció sobre la copa de vino: “esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros”.

El salmo hace eco a este rito de alianza: “Señor, yo soy tu siervo, rompiste mis cadenas”, “te ofreceré un sacrificio de alabanza: cumpliré al Señor mis votos”, y lo que es también la antifona que repite la comunidad: “alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor”.

Hebreos 9, 11-15. *La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia*

La carta a los Hebreos quiere convencer a sus lectores –cristianos procedentes del judaísmo que tal vez añoran el sacerdocio y los sacrificios del Templo de Jerusalén– que Jesús les supera decididamente.

Él es “el Mediador de una Alianza nueva”, el Sumo Sacerdote que se ha entregado una vez por todas. Nos ha reconciliado con Dios, no con sangre de animales, sino con la suya propia, en la cruz, y nos ha conseguido así la salvación a todos.

Marcos 14, 12-16.22-26. *Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre*

La última cena la manda preparar Jesús con mucho cuidado y solemnidad, en una “sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes”.

En ella pronuncia sobre el pan y el vino unas palabras que para nosotros los cristianos han sido determinantes a lo largo de dos mil años: “esto es mi Cuerpo”, “esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos”.

–II–

La alianza se sella con la sangre del sacrificio

Sellar con sangre un pacto es un ritual bastante repetido en los libros del AT. El sentido de este rito parece ser este: que lo que les pasa a estos animales (han sido sacrificados y aquí está su sangre) les pase a los contrayentes de la alianza si faltan a sus cláusulas.

Las palabras que Moisés pronuncia al pie del Sinaí, al rociar las piedras o estelas que simbolizan las doce tribus estas palabras, son estas: “esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros”. Las palabras de Jesús en la última cena, sobre la copa de vino son: “esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos”. Jesús ha añadido una palabra: “mi”.

Ahora ya no es la sangre de animales sino su sangre la que ratifica la Nueva Alianza que se ha establecido entre Dios y la Humanidad.

Es la comparación que hace el autor de la carta a los Hebreos. Los sacerdotes del Templo ofrecían una y otra vez sacrificios de animales, por sus pecados y por los del pueblo, porque la sangre de los animales no era eficaz para conseguir la salvación. Mientras que Cristo se ha ofrecido a sí mismo, no “la sangre de machos cabríos ni de becerros”. El suyo sí que es “un sacrificio sin mancha”, que “purifica nuestra conciencia y nos lleva al culto del Dios vivo”. Él es el Mediador de una Alianza Nueva.

Todos los esfuerzos humanos fracasan a la hora de conseguir la salvación. No nos salvamos a nosotros mismos, por muchos “sacrificios de animales” que hagamos. Es Cristo Jesús quien nos ha salvado y quien también ahora sigue en el cielo intercediendo por nosotros. Él es el verdadero Sacerdote que ha asumido nuestra debilidad y nos reconcilia continuamente con su Padre.

La Eucaristía, cena memorial de la cruz

Este es el sacrificio que nosotros presentamos, una y otra vez, al Padre y con el que entramos en comunión, en la Eucaristía: el sacrificio de Cristo en la cruz, que no ha terminado, porque está presente en él mismo y que nos ha encargado que celebremos en el memorial de este sacramento.

El sacrificio de Jesús no se repite. Su comunidad lo celebra y participa en él en la Eucaristía. Cada vez que celebramos este sacramento, se actualiza –lo actualiza Cristo mismo– el acontecimiento salvador de su Pascua, su muerte y resurrección. El pan de la Eucaristía, nos dice él, es su Cuerpo entregado por nosotros. El vino de la Eucaristía, nos dice él, será para siempre la Sangre salvadora con la que él selló la Nueva Alianza.

Marcos no añade la expresión de que la Eucaristía es el “memorial” de Jesús, pero sí lo hacen Lucas y Pablo en sus respectivos relatos. Como los judíos siguen celebrando su cena pascual como memorial de su salida de Egipto, haciéndose cada vez “contemporáneos” de sus antepasados, así nosotros, en la Eucaristía, celebramos el memorial de la muerte y resurrección de Cristo, participando en su fuerza salvadora.

“Y todos bebieron”, dice Marcos en su relato. Por eso, la comunidad cristiana vuelve ahora, después de varios siglos de olvido, a participar preferentemente de este sacramento bajo las dos especies, la del pan y la del vino. La introducción al Misal dice que comulgar también con el vino expresa mejor la relación de la Eucaristía con el sacrificio de Cristo en la cruz: “la comunión tiene una expresión más plena por razón del signo cuando se hace bajo las dos especies. En esta forma... se expresa más claramente la voluntad divina con la que se ratifica en la Sangre del Señor la Alianza nueva y eterna” (IGMR 281). El cambio de nombre de esta fiesta de hoy –en vez de sólo “Corpus”, ahora “fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo”– es significativo de esta recuperación de la comunión bajo las dos especies.

Cristo, nuestro alimento de vida eterna

En este admirable sacramento, Jesús ha querido ser para su comunidad, hasta el final de los siglos, el Maestro que transmite la Palabra viva de Dios. Pero además ha querido ser el alimento que nos da fuerzas y nos transmite vida: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él... vivirá de mí como yo vivo del Padre”.

El simbolismo de la comida y la bebida es muy expresivo. Como al pueblo de Israel, en el camino del desierto, Dios lo alimentó con el maná y sació su sed con agua viva de la roca, también a nosotros, en el camino siempre difícil de la vida, Cristo nos da a comer su Cuerpo y su Sangre: él mismo es el verdadero “viático”, alimento para el camino, alimento que es fortaleza y alegría.

La Eucaristía la ha pensado Cristo como sacramento de unión con él. Es la dimensión “vertical” del sacramento, que nunca acabaremos de apreciar y agradecer. En el “discurso del pan de vida”, que Jesús hizo en la sinagoga, al día siguiente de la multiplicación de los panes, dice explícitamente que “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”. Pero sigue describiendo los “efectos” que va a producir en sus creyentes este “comer y beber” eucarísticos. Dice, ante todo, que “el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”: hay una “interpermanencia” entre

Cristo y el que le come con fe, como la unión íntima que más adelante, en el capítulo 15, describirá entre la cepa de la vid y los sarmientos. Pero, además, con una comparación que nosotros no nos hubiéramos atrevido a pensar, dice que “el que me come vivirá por mí, al igual que yo vivo por el Padre”.

En el prefacio I de la Eucaristía afirmamos con seguridad: “su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica”.

La celebración y la prolongación de la Eucaristía

La Eucaristía tiene dos dimensiones: su celebración, la misa, en torno al altar, y su prolongación, con la reserva del Pan eucarístico en el sagrario y la consiguiente veneración que le dedica la comunidad cristiana.

La finalidad principal de la Eucaristía es su celebración y que los fieles comulguen con el Cuerpo y Sangre de Cristo. Pero desde que, ya en los primeros siglos, la comunidad cristiana empezó a guardar el Pan eucarístico para los enfermos y para los moribundos, fue haciéndose cada vez más “connatural” que se rodeara el lugar de la reserva (el sagrario) de signos de fe y adoración hacia el Señor.

El Concilio Vaticano II impulsó una reforma de la “celebración” de la Eucaristía. En los años siguientes, con la introducción de las lenguas vivas, la mayor riqueza de lecturas bíblicas en los varios Leccionarios, la distribución más expresiva de los varios ministerios, la recuperación de la concelebración, de la Oración Universal, de la comunión bajo las dos especies, etc., ciertamente se ha conseguido esta finalidad: ahora se “celebra” mejor que antes la Eucaristía.

Pero tal vez, y esto no lo había querido el Concilio, se perdió o disminuyó en algunos lugares la sensibilidad que teníamos por el culto a la presencia eucarística de Cristo también fuera de la celebración.

Documentos posteriores como la instrucción *Eucharisticum Mysterium*, de 1967, y, sobre todo, el Ritual del Culto a la Eucaristía, de 1973, nos han dado motivaciones y orientaciones prácticas muy buenas para recuperar,

allí donde hiciera falta, también este aspecto más contemplativo y adorante de la Eucaristía, que prolonga la celebración y a la vez la prepara y la hace posible con mayor profundidad. También Juan Pablo II, en su encíclica *La Iglesia vive de la Eucaristía*, del año 2003, además de invitarnos a admirar y agradecer sinceramente el don de este sacramento, nos recordó el valor que debe tener en nuestras comunidades el culto al Señor Eucarístico también fuera de la celebración de la Misa.

Mejorar la celebración. Mejorar el culto

La fiesta de hoy nos invita a hacer un esfuerzo por mejorar nuestra Eucaristía en sus dos vertientes, que son dos aspectos del mismo misterio.

Ante todo, mejorar la misma celebración de la Misa, como signo de nuestro aprecio del sacramento que nos dejó el Señor. Este compromiso de ir mejorando nuestras celebraciones lo debemos recordar a lo largo de todo el año. Pero hoy, de un modo particular, cuidando, por ejemplo, la procesión de dones en el ofertorio, con la presentación del pan y del vino para la comunión; realizando mejor el gesto de la paz y la fracción del pan, para significar la fraternidad. Es también un día muy apropiado para llevar de un modo más significativo la comunión a los enfermos que la hayan pedido.

Sobre todo, con la comunión bajo las dos especies. Hoy tiene más sentido que nunca participar de Cristo también con la comunión en su Sangre, utilizando para ello el modo más conveniente. El vino, apuntando más directamente a la Sangre, nos recuerda de un modo especial que estamos participando del Sacrificio pascual de Cristo.

También es conveniente que reflexionemos si prestamos suficiente atención al culto eucarístico fuera de la celebración. Hoy, seguramente, haremos algún acto especial de adoración, prolongando la Eucaristía con una procesión más o menos solemne, o bien con unos momentos de meditación y alabanza antes de la despedida.

Este culto –respeto y adoración expresiva– deberíamos cuidarlo siempre: la dignidad del sagrario, la lámpara encendida, la genuflexión cuando

al principio y al final de la celebración pasamos ante él, los momentos personales de oración o “visita” ante el Señor en la Eucaristía, la organización de la “bendición con el Santísimo” con una “exposición” más o menos prolongada y solemne para la adoración comunitaria.

A todos nos convienen esos momentos, personales o comunitarios, de oración más pausada, meditativa y serena ante el sagrario, en que, por una parte, prolongamos la celebración de la Eucaristía y, por otra, preparamos la siguiente, intentando aprender las lecciones que nos da ese Cristo que ha querido hacerse Eucaristía para nosotros. Podemos organizar algunas veces –por ejemplo en torno a esta fiesta del Corpus– una “exposición” con la bendición del Santísimo, o unas jornadas más prolongadas de exposición y adoración.

En el Ritual del Culto a la Eucaristía, que es el documento eclesial que motiva y regula la adoración al Señor Eucarístico, hay toda una serie de consignas muy educativas para nuestra relación con el Señor Eucarístico fuera de la Misa, y también sobre la oportunidad o no de las procesiones por las calles de una población. Es bueno que, si la sociedad es medianamente receptiva, el Señor Eucarístico salga a la calle y se le manifieste públicamente nuestro aprecio y adoración. La Iglesia es un pueblo que camina, en medio del mundo, con la mirada puesta en Cristo Jesús. Camina, no como dominadora del mundo, sino como servidora, a imitación de su Señor, que se nos da como “cuerpo entregado” y “Sangre derramada”.

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

15 de agosto

– I –

Una fiesta que alegra nuestro verano

La fiesta de hoy es una de las más populares y consoladoras de las que la Iglesia dedica a la Virgen María, que aparece además como modelo de lo que es y espera ser toda la comunidad cristiana.

Es una fiesta que, en nuestro hemisferio, alegra el verano y constituye en muchas poblaciones la “fiesta mayor”, dándoles la ocasión de una entrañable celebración humana y cristiana. Es una buena noticia y una fiesta “contagiosa” de esperanza para la Iglesia: más aún, para toda la humanidad.

La solemnidad de la Asunción tiene también una misa vespertina de vigilia, pero aquí consideramos sólo la misa del día con sus textos de oración y de lectura bíblica, que nos parecen más apropiados.

Apocalipsis 11,19a; 12,1. 3-6a.10ab. *Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal*

En la batalla entablada entre el bien y el mal, tal como la cuenta con su lenguaje simbólico el Apocalipsis, hoy leemos la aparición de “una figura

portentosa en el cielo: una mujer vestida del sol... encinta, le llegó la hora y gritaba entre los espasmos del parto”.

Contra ella surge “un enorme dragón rojo... enfrente de la mujer que iba a dar a luz”. Pero la victoria es de Dios: “dio a luz un varón y lo llevaron junto al trono de Dios, y se oyó una gran voz: ya llega la victoria y el reino de nuestro Dios y el mando de su Mesías”.

El salmo resalta también la figura de una mujer, presente en el triunfo de Dios: “de pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro”. A esta mujer “la traen entre alegría y algazara” al palacio del rey.

1 Corintios 15,20-27a. *Primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo*

En el capítulo que dedica al tema de la resurrección de los muertos, Pablo transmite a los cristianos de Corinto su convicción de que nuestra resurrección es lógica consecuencia de la de Cristo.

“Cristo ha resucitado como primicia de todos los que han muerto”, como el segundo y definitivo Adán. Como del primero nos vino la muerte, del segundo todos esperamos vida. Después de Cristo, que es la primicia, resucitarán los cristianos, y esto será un proceso continuado, hasta que Cristo “devuelva a Dios Padre su reino, una vez aniquilado todo principado, poder y fuerza”. Porque “Dios ha sometido todo bajo sus pies”.

Pablo no nombra a la Virgen María como partícipe de esa resurrección a la vida. Pero en la fiesta de hoy lo que celebramos es precisamente que ella fue la primera después de su Hijo en experimentar esta victoria total contra la muerte, también corporalmente.

Lucas 1, 39-56. *El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes*

El Magnificat, el himno de alabanza a Dios que Lucas pone en labios de María de Nazaret, es un canto “pascual” que agradece a Dios que sabe enaltecer a los humildes. Como ha resucitado a Cristo Jesús de entre los

muertos, así Dios protege al pueblo elegido y, también, ha hecho maravillas en la Madre del Mesías.

Después de oír la alabanza de su prima Isabel: “dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”, María prorrumpe en el cántico que tantas veces proclama la comunidad cristiana desde hace dos mil años. Ella sí que puede decir: “ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo”, porque “ha mirado la humillación de su esclava” (sería mejor traducir, como hace la versión catalana, “la pequeñez de su sierva”).

María alaba a Dios por el estilo con que lleva la historia: “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”.

– II –

Victoria en tres tiempos

La fiesta de hoy se puede decir que tiene tres niveles.

Es la victoria de Cristo Jesús, el Señor Resucitado, tal como nos la presenta Pablo, el punto culminante del plan salvador de Dios. Él es la “primicia”, el que triunfa plenamente de la muerte y del mal, pasando a la nueva existencia, como el segundo y definitivo Adán que corrige el fallo del primero y conduce a la nueva humanidad a la salvación.

Es la victoria de la Virgen María, que, como primera seguidora de Jesús, primera cristiana y primera salvada por su Pascua, participa ya de la victoria de su Hijo, elevada también ella a la gloria definitiva en cuerpo y alma: “has elevado en cuerpo y alma a los cielos a la inmaculada Virgen María” (oración colecta).

El motivo de este privilegio lo formula bien el prefacio de hoy: “Con razón no quisiste, Señor, que conociera la corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo”.

Ella, que supo abrirse totalmente a Dios, que le alabó con su Magnificat

y le fue radicalmente dócil en su vida respondiendo con un “sí” total a su vocación (“hágase en mí según tu Palabra”), es ahora glorificada y asociada a la victoria de su Hijo. Ella estuvo siempre con su Hijo, en su nacimiento, en su vida, al pie de la cruz y en la alegría de la resurrección. Ella se dejó llenar del Espíritu ya desde su concepción, y luego en su maternidad y en el acontecimiento de Pentecostés. Finalmente fue glorificada como primer fruto de la Pascua de Jesús, asociada a su victoria en cuerpo y alma, gozando ya para siempre junto a él. En verdad el Señor “ha hecho obras grandes” en ella.

Pero es también nuestra victoria, porque el triunfo de Cristo y de su Madre se proyecta a la Iglesia y a toda la humanidad. En María se condensa nuestro destino. Al igual que su “sí” fue como representante del nuestro, también el “sí” de Dios a ella, glorificándola, es un “sí” a todos nosotros: señala el destino que él nos prepara.

La comunidad eclesial es una comunidad en marcha, en lucha constante contra el mal y contra todos los “dragones” que la quieren hacer callar y eliminar. La Mujer del Apocalipsis, la Iglesia misma, y dentro de ella de modo eminente la Virgen María, nos garantiza nuestra victoria final. La Virgen es “figura y primicia de la Iglesia, que un día será glorificada: ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra” (prefacio). Por eso, además de ser fiesta de la Virgen, es también nuestra fiesta.

Un sí a la esperanza

La fiesta de hoy, con sus cantos, oraciones y lecturas, quiere contagiarnos esperanza y optimismo. Necesitamos fiestas de estas, porque la imagen de “comunidad en marcha y en lucha” que nos da el Apocalipsis de fines del primer siglo sigue siendo actual en nuestros tiempos, y también en la historia personal de cada cristiano. No nos resulta fácil el camino de la fidelidad a Dios.

La Asunción es un grito de fe en que es posible la salvación y la felicidad: que va en serio el programa liberador de Dios. Es una respuesta a los pesimistas, que todo lo ven negro. Es una respuesta a los materialistas, que

no ven más que los factores económicos o sensuales: algo está presente en nuestro mundo que trasciende nuestras fuerzas y que lleva más allá. Es la prueba de que el destino del hombre no es la muerte, sino la vida, y que es toda la persona humana, corporeidad y espíritu, la que está destinada a la vida, subrayando también la dignidad y el futuro de nuestro cuerpo.

En María ya ha sucedido. En nosotros no sabemos cómo y cuándo sucederá. Pero tenemos plena confianza en Dios: lo que ha hecho en ella quiere hacerlo también en nosotros. La historia “tiene final feliz”. En la oración colecta pedimos a Dios que “aspirando siempre a las realidades divinas lleguemos a participar con ella de su misma gloria en el cielo”. María está presente en nuestro camino, como lo estuvo en el de su Hijo. Con su ejemplo, con su intercesión y auxilio materno.

Cada Eucaristía nos acerca a nuestra ascensión

Cada vez que participamos en la Eucaristía, dirigimos a Dios nuestro canto de alabanza, inspirado en el Magnificat de María. La Plegaria Eucarística que el sacerdote proclama en nombre de todos es un canto que alaba a Dios por la historia de amor y salvación que va realizando en nuestro mundo. El Magnificat de María se ha convertido en el canto gozoso de liberación de tantas personas y pueblos que sufren en nuestro mundo, por motivos políticos o económicos. Los que se sienten oprimidos elevan, con María, su canto al Dios que derriba a los poderosos y que enaltece a los humildes.

En la Eucaristía recibimos como alimento el Cuerpo y la Sangre del Señor Resucitado, que nos aseguró: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día”. La Eucaristía es como la semilla y la garantía de la vida inmortal para los seguidores de Jesús. Por tanto, de alguna manera, también nosotros estamos recorriendo el camino hacia la glorificación definitiva, como la que ya ha conseguido María, la Madre.

Cada Eucaristía nos sitúa en la línea y la esperanza de la Ascensión. Si la celebramos bien, vamos por buen camino.

FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1 de noviembre

– I –

Los Santos, nuestros hermanos e intercesores

Hoy las tres lecturas se refieren a la fiesta que celebramos: el misterio de esa multitud innumerable de personas que ya gozan de Dios y siguen en comunión con nosotros.

Es una fiesta que nos transmite alegría y optimismo. No es nada extraño que haya calado muy hondo en la sensibilidad del pueblo de Dios, junto con el recuerdo de los difuntos el día siguiente. ¡Qué hermoso es el canto de “introito” clásico en este día, el “Gaudeamus”: “alegrémonos todos en el Señor, al celebrar este día de fiesta en honor de todos los Santos”!

Como ambientación espiritual estaría bien que leyéramos las páginas que dedica el Catecismo al artículo del Credo: “Creo en la comunión de los Santos” (CCE 946-962).

Apocalipsis 7, 2-4.9-14. *Apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua*

En las visiones del Apocalipsis aparece hoy una muy dinámica: el panorama de una gran asamblea, “una muchedumbre inmensa de toda nación, raza y

lengua”, los bienaventurados que están en el cielo “de pie delante del trono (de Dios Padre) y del Cordero (Cristo), vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos”, y cantan con voz potente las alabanzas de Dios. El número 144.000 es evidentemente simbólico, el resultado de esta multiplicación: 12 por 12 por 1000, la plenitud de las doce tribus de Israel. Además de ese número, se habla de una multitud innumerable.

Estos creyentes que ya participan de la salvación tienen una historia: “son los que vienen de la gran tribulación”. En el cielo se unen a los ángeles, los “ancianos” y los “cuatro vivientes”, y todos adoran a Dios y le entonan himnos de alabanza.

El salmo se fija en los que ya gozan de la victoria, pero señalando cuál ha sido su camino para llegar a esta alegría: “estos son los que buscan al Señor”. Porque “quién puede subir al monte del Señor... el hombre de manos inocentes y puro corazón”.

1 Juan 3, 1-3. *Veremos a Dios tal cual es*

A la idea que más veces repiten las cartas de Juan, que somos hijos de Dios y objetos de su amor de Padre, se une hoy la de nuestro destino en la salvación definitiva.

La realidad de ahora ya es gozosa, pero todavía tiene que llegar lo mejor: “ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos”. Cuando llegue el final, “cuando se manifieste”, “seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es”.

Mateo 5, 1-12a. *Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*

El evangelio elegido para esta fiesta es el de las bienaventuranzas, porque se consideran el mejor camino para llegar a la felicidad definitiva del cielo, el camino que han seguido los Santos de todos los tiempos.

Dando inicio al sermón de la montaña, Jesús proclama unas sorprendentes bienaventuranzas: llama felices a los pobres, los que sufren, los que lloran,

los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los que son perseguidos por su fe.

En realidad hay una novena bienaventuranza, esta vez en segunda persona: “dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan...”, mientras que las ocho anteriores están en tercera: “dichosos los pobres porque de ellos es el Reino de los Cielos”.

– II –

Son hermanos nuestros

Las innumerables personas que ya gozan de la plenitud de vida en el cielo son nuestros hermanos. De la mayoría no conocemos los nombres. Algunos, pocos en comparación con la muchedumbre de los bienaventurados, han sido canonizados o beatificados, reconocidos por la Iglesia en su “Martirologio” y propuestos como modelos de vida cristiana. De ellos, a algunos, también muy pocos en comparación con los varios miles del Martirologio, se les rinde culto oficial en la Iglesia universal o en las particulares: son los que aparecen en el Calendario litúrgico.

Hoy celebramos a todos, no sólo a los que constan en las listas oficiales, sino a los que están en la lista de Dios, que son muchísimos más. Nuestra contabilidad no tiene ni punto de comparación con la de Dios. El prefacio de hoy afirma que son “nuestros hermanos”, “los mejores hijos de la Iglesia” y que “en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad”.

Son personas que han tenido las mismas dificultades y tentaciones que nosotros, que han seguido a Cristo, viviendo su evangelio, y ahora gozan de la plenitud de la vida en Dios. Entre ellos, están la Virgen María y Santos más importantes y conocidos, los patronos de la diócesis o de la ciudad o de la parroquia, los fundadores de comunidades religiosas, los que aparecen en las cristaleras o en los varios laterales de nuestras iglesias. Otros, la mayoría, nos son desconocidos, pero han tenido el mérito de una fe sufrida, humilde, y ahora gozan de Dios. Entre ellos, seguramente, familiares y conocidos nuestros.

El mejor éxito de Cristo

Estos Santos se puede decir que son el mejor éxito de Cristo Jesús. Son miles y millones de personas que le han seguido fieles a lo largo de los siglos y han dado testimonio de él con su vida.

El canto de júbilo de los salvados es también el nuestro: “la victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero, Cristo Jesús”. Por su número y porque han demostrado que es posible vivir según el evangelio de Jesús, los Santos son dignos de que celebremos su fiesta, y que se convierta este día en alabanza de Cristo, porque ellos son el mejor fruto de su Pascua.

La visión optimista del Apocalipsis, con las multitudes que describe, de toda raza y condición, unidas a los miles y miles de ángeles, nos llena de orgullo y de estímulo. Ha habido muchísimas personas buenas que han tomado en serio su vida cristiana y representan para Cristo su mejor victoria y, para nosotros, un estímulo y una garantía de que sí es posible cumplir el estilo de vida de Jesús.

Los Santos no han sido ángeles o héroes de otro planeta: son personas que han vivido en este nuestro mundo, en tiempos tan difíciles o más que los nuestros (“vienen de la gran tribulación”). Poco ayudados generalmente, como nosotros, por el ambiente. Pero han amado. Se han esforzado. Han realizado en sus vidas el proyecto de vida de Cristo, sus bienaventuranzas.

Un regalo del Espíritu

En un mundo en que no abundan ni las noticias positivas ni los modelos de vida coherente, vale la pena subrayar lo que representan los Santos: un regalo de Dios a la humanidad y el mejor don del Espíritu a su Iglesia. Es bueno que hayan aparecido y sigan apareciendo carismas, instituciones y movimientos: pero sobre todo podemos alegrarnos de que el Espíritu Santo nos regale personas santas, que son la mejor gloria de la familia cristiana y hasta de la humanidad. Hayan sido o no importantes, hayan dejado o no grandes obras escritas o fundado familias religiosas, o hayan vivido sencillamente, desconocidas de todos menos de Dios, dando un ejemplo de entereza y generosidad.

Estas personas son las que nos devuelven la fe en el género humano. Muchos van obteniendo premios y medallas por sus éxitos deportivos o artísticos o culturales. Es muy bueno que así sea, porque vale la pena premiar a los que enriquecen de alguna manera a la humanidad. Pero hoy podríamos pensar que los que merecen más premios y homenajes son estas personas, famosas o desconocidas, que han cumplido su carrera recibiendo los aplausos de Dios y ennobleciendo a la humanidad entera.

El que últimamente se hayan realizado tantas beatificaciones y canonizaciones tiene esta finalidad: que puedan alegrarse todos, en la Iglesia universal o en las Iglesias locales, de que el Espíritu sigue enriqueciendo a su comunidad con el don de la santidad, y así pueden mirarlos como modelos e intercesores más cercanos.

Nos señalan el camino

Papas y niños, mártires y religiosos, fundadores y laicos, reyes y sencillas madres de familia, misioneros y personas que han pasado años en su lecho de enfermedad, doctores de la Iglesia y humildes legos de un monasterio desconocido: los Santos nos están demostrando que es posible cumplir el evangelio y programar la vida según Dios. No son teorías, son modelos vivientes y cercanos.

No todos han obrado milagros, ni han dejado escritas obras admirables. Muchos se han santificado en la vida normal de cada día y ahora experimentan en plenitud la felicidad que Cristo prometió a los que le son fieles. Sobre todo nos han enseñado que las bienaventuranzas de Cristo siguen teniendo todo su valor. Es el camino que ellos han intentado seguir: la humildad, la pobreza, la apertura a Dios, la búsqueda de la verdad y de la justicia, la pureza de corazón, la actitud de misericordia, el trabajo por la paz, la entereza ante las dificultades.

Ese camino nos lleva a la felicidad y a la vida: “cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque le veremos tal es”. Vale la pena que nos dejemos animar, en la fiesta de hoy, por el ejemplo de todos estos Santos. Que le demos gracias a Dios porque también en nuestro tiempo sigue regalándonos esta clase de personas que nos devuelven la confianza en la humanidad y en la Iglesia.

Sintiéndonos ayudados por esta multitud de Santos, podemos dar gracias a Dios, en el prefacio: “nos concedes celebrar la gloria de tu ciudad santa, la Jerusalén celeste, que es nuestra madre, donde eternamente te alaba la asamblea festiva de todos los Santos. Hacia ella, aunque peregrinos en país extraño, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y gozosos por la gloria de los mejores hijos de la Iglesia: en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad”.

La comunión de los Santos

Estamos celebrando la fiesta de nuestros hermanos, en un día muy especial. Pero a lo largo de nuestra vida les tenemos muy presentes, igual que a los difuntos, a los que mañana recordaremos de modo especial, pero a los que no olvidamos en otros muchos momentos de nuestra vida.

Una de las verdades más consoladoras de nuestra fe es la “comunión de los Santos”, o sea, la unión misteriosa que existe entre ellos y nosotros, entre la Iglesia de los bienaventurados del cielo y la Iglesia peregrina en la tierra.

En cada Eucaristía les recordamos, deseando seguir su mismo camino aquí abajo y compartir después la herencia definitiva con ellos. Cuando decimos el “yo confieso” les invocamos para que intercedan por nosotros: “por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los Ángeles y a los Santos...”. Cuando encomendamos a Dios a los difuntos, pedimos a Dios que salgan a su encuentro los Ángeles y los Santos.

Sobre todo en la Plegaria Eucarística nos sentimos unidos a los Santos que han recorrido ya el camino y participan de la Pascua definitiva de Cristo, que siguen perteneciendo a nuestra familia y son nuestro mejor modelo, nuestros más válidos “intercesores” ante Dios: “veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María... y la de todos los Santos: por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección” (Plegaria I), “y así con María y los apóstoles... merezcamos por tu Hijo Jesucristo compartir la vida eterna” (Plegaria II), “y un día reúnenos cerca de ti con María la Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, para celebrar en tu reino la gran fiesta del cielo” (Plegaria I niños).

DOSSIERS CPL DISPONIBLES

3. El arte de la homilía
4. La cincuentena pascual*
9. Antiguo Testamento. Guía para su lectura*
12. Claves para la oración
15. Penitencia – Reconciliación
16. La misa dominical, paso a paso*
17. Claves para la Eucaristía
20. Celebrar la Eucaristía con niños*
22. 22 salmos para vivir*
26. El sabor de las fiestas
27. Canto y música
28. Celebrar las fiestas de María*
30. Homilías para el matrimonio*
31. Homilías para las exequias*
32. Nuevas homilías para el bautismo*
33. Vía Crucis*
34. El domingo cristiano
35. Ministerios de laicos
36. Liturgia de las Horas. 20 siglos de historia
37. La mesa de la Palabra
38. La música en la liturgia
39. La comunidad celebrante
40. Gestos y símbolos
41. Cómo no decir la misa
42. Principios y normas de la Liturgia de las Horas*
43. Orar los salmos en cristiano
44. Celebrar la venida del Señor: Adviento-Navidad-Epifanía
46. La alabanza de las horas. Espiritualidad y pastoral
47. Oración mariana a lo largo del año*
48. Lectura de la Biblia en el año litúrgico
49. Pastoral de la Eucaristía
50. El leccionario de Lucas. Guía*
51. Catequesis y celebración de la primera comunión*
52. Pascua/Pentecostés
53. Orar con la Iglesia: Laudes/Visperas de una semana*
54. La oración en la escuela de Jesús
55. La celebración de la penitencia*
56. Oración ante los iconos
57. Celebrar la Cuaresma*
58. Modelos bíblicos de oración
60. Pastoral de la salud
61. La celebración de la Semana Santa
62. Las fiestas de los santos*
63. La misa, sencillamente*

-
64. Religiosidad popular y santuarios*
 65. Las aclamaciones de la comunidad
 66. Matrimonio: preparación y celebración
 67. Enséñame tus caminos (1). Adviento / Navidad día tras día
 68. Enséñame tus caminos (3). Tiempo pascual, día tras día
 69. La asamblea litúrgica y su presidencia
 70. Celebrar la Liturgia de la Palabra
 71. El culto a la Eucaristía
 72. Enséñame tus caminos (4). Tiempo ordinario: Semanas 1-9
 73. Enséñame tus caminos (2). Cuaresma
 74. Celebraciones comunitarias de la Penitencia*
 75. Enséñame tus caminos (5). Tiempo ordinario: Semanas 10-21
 76. Enséñame tus caminos (6). Tiempo ordinario: Semanas 22-34
 77. Parroquia, comunidad orante
 78. Los sacramentos. Principio y práctica litúrgica
 79. La confirmación
 80. Enséñame tus caminos (7). Los santos con lecturas propias
 81. Hacia una fe adulta
 82. Los salmos nos enseñan a rezar
 83. El santoral del calendario *
 84. Vigilias y reuniones de oración *
 85. La comunión en la misa
 86. Lecturas breves, escuela de sabiduría
 87. Bautismo, matrimonio, exequias *
 88. Confirmación y Primera Comunión, Penitencia y Unción*
 89. Los enfermos terminales. La unción de enfermos
 90. Vademécum. Actitudes espirituales para la celebración.
 91. Conocer y celebrar la Eucaristía
 92. Adviento y Navidad. Sugerencias y materiales *
 93. La misa diaria en el tiempo ordinario. Sugerencias y materiales *
 94. Estuve enfermo y me visitasteis. Testimonio de Pastoral Sanitaria
 95. El arte del buen decir. Predicación y retórica.
 96. Cuaresma. Sugerencias y materiales *
 97. ¿Se entienden nuestras homilias?
 98. Hermandades y Cofradías: entre pasado y futuro
 99. Enséñame tus caminos (10). Los domingos del ciclo C
 100. El tiempo Pascual. Sugerencias y materiales *
 101. Preguntas y respuestas sobre la celebración litúrgica
 102. La iniciación cristiana. Once catequesis
 103. Bautismo de niños en edad escolar.
 104. Enséñame tus caminos (8). Domingos del ciclo A.
 105. Piedad popular y Liturgia
 106. Ordenación general del Misal Romano
 107. Oración de los fieles. Días laborables, santoral, sacramentos*
 108. Enséñame tus caminos (9). Domingos del ciclo B.

(*) Editados también en catalán